

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

**DEPARTAMENTO DE
PSICOLOGÍA BIOLÓGICA Y DE LA SALUD**



***INTERACCIÓN Y PROCESO PSICOANALÍTICO:
LA CONTRIBUCIÓN DE STEPHEN A. MITCHELL***

Tesis Doctoral

Doctorando: Ariel Liberman Isod

Director: Prof. Alejandro Ávila Espada

Tutora: Prof. María Oliva Márquez

Madrid, 2014

ÍNDICE

Dedicatoria y agradecimientos, *p.5*

Capítulo 1: Introducción y justificación del tema, *p.10*

Capítulo 2: Perfil biográfico-profesional de Stephen A. Mitchell, *p.21*

2.1 El polémico contexto histórico-institucional de su pensamiento, *p.21*

2.2 Los aspectos biográficos e institucionales más relevantes, *p.30*

2.3 Las principales influencias en el desarrollo de su pensamiento, *p.38*

2.3.1 Sigmund Freud: una marca duradera. De fantasma a ancestro, *p.38*

2.3.2 Otras fuentes de su pensamiento, *p.44*

2.3.2.1 Antes de los años setenta, *p.45*

2.3.2.1.1 H. S. Sullivan: un pensamiento combatido por la *mainstream*, *p.45*

2.3.2.1.1.1 Consideraciones generales, *p.45*

2.3.2.1.1.2 Angustia, operaciones de seguridad y cultura, *p.51*

2.3.2.1.1.3 Indagación detallada y validación consensual, *p.52*

2.3.2.1.2 W. R. D. Fairbairn: una voz solitaria, *p.54*

2.3.2.1.2.1 Su compatibilidad con el psicoanálisis interpersonal, *p.54*

2.3.2.1.2.2 La libido como buscadora de objetos, *p.58*

2.3.2.1.3 H. Loewald: un freudiano diferente, *p.61*

2.3.2.2 Después de los años setenta, *p.66*

2.3.2.2.1 E. A. Levenson: el psicoanálisis interpersonal postclásico, *p.66*

2.3.2.2.1.1 Una presencia fuerte y escurridiza, *p.67*

2.3.2.2.1.2 Replanteamiento perspectivista, *p.70*

2.3.2.2.2 I. Z. Hoffman: epistemología y clínica, *p.71*

2.3.2.2.2.1 Consideraciones generales, *p.71*

2.3.2.2.2.2 Constructivismo, *p.73*

Capítulo 3: Principales contribuciones a la teoría psicoanalítica, p. 75

- 3.1 Estrategias conceptuales y políticas para enfrentar los cambios en el pensamiento psicoanalítico, p. 75
 - 3.1.1 El legado de Freud, p.75
 - 3.1.1.1 La necesidad de continuidad y lo políticamente correcto, p.75
 - 3.1.1.2 Riesgos de exclusión y heurística de la discontinuidad, p.77
 - 3.1.2 Heterogeneidad actual del psicoanálisis, p.78
- 3.2 Elección del *container*: ¿Por qué es necesario de elegir un marco de trabajo?, p.79
- 3.3 Dos grandes modelos que atraviesan la historia del psicoanálisis: el modelo estructural-pulsional y el modelo estructural-relacional, p.83
 - 3.3.1 Crítica del concepto de pulsión como fundamento de la vida psíquica, p.88
 - 3.3.1.1 Freud: desarrollo del núcleo teórico y acomodación, p.88
 - 3.3.1.1.1 De 1890 a 1905, p.88
 - 3.3.1.1.2 De 1905 a 1910, p.91
 - 3.3.1.1.3 A partir de 1911, p.96
 - 3.3.2 La relación como fundamento de la vida psíquica: la emergencia del modelo relacional, p.99
- 3.4 Mitchell, un constructor de puentes: hacia una integración de los modelos relacionales en psicoanálisis, p.115
 - 3.4.1 Estado fragmentado de las contribuciones al campo relacional, p.116
 - 3.4.2 Primera etapa del pensamiento de Mitchell: la matriz relacional y el conflicto relacional, p.118
 - 3.4.2.1 La matriz relacional, p.120
 - 3.4.2.1.1 La configuración relacional, p.123
 - 3.4.2.1.2 La agencia, p.126
 - 3.4.2.1.3 Configuración relacional y agencia, p.137
 - 3.4.2.2 El modelo del conflicto relacional, p.137
 - 3.4.3 Segunda etapa: los múltiples sí mismos (selves), p.148
 - 3.4.4 Tercera etapa: los modos de la relacionalidad, p.165
 - 3.4.4.1 Modo 1: el comportamiento no-reflexivo, p.168
 - 3.4.4.2 Modo 2: la permeabilidad afectiva, p.171
 - 3.4.4.3 Modo 3: las configuraciones self-otro, p.174
 - 3.4.4.4 Modo 4: la intersubjetividad en un sentido restringido, p.176

Capítulo 4: Principales contribuciones a la práctica psicoanalítica: consecuencias de la introducción del concepto de Interacción, p.180

- 4.1 Definición de proceso psicoanalítico, p.180
 - 4.1.1 Consideraciones generales, p. 180
 - 4.1.2 En Freud, p.184
 - 4.1.3 A partir de Freud, p.190
- 4.2 El modelo clásico del proceso psicoanalítico, p.193
 - 4.2.1 La actitud analítica, p.194
 - 4.2.2 La transferencia, p.196
 - 4.2.3 La contratransferencia, p.200
 - 4.2.4 La participación del analista, p.203
 - 4.2.5 La autoridad del analista, p.205
 - 4.2.6 Metas del psicoanálisis, p.208
- 4.3 El modelo de la detención del desarrollo, p. 208
 - 4.3.1 Consideraciones generales, p.208
 - 4.3.2 La actitud del analista, p.212
 - 4.3.3 La transferencia, p.218
 - 4.3.4 La contratransferencia, p.219
 - 4.3.5 Formas de participación, p.223
 - 4.3.6 La autoridad del analista, p.224
 - 4.3.7 Metas del psicoanálisis, p.227
 - 4.3.8 La concepción del cambio, p.228
- 4.4 El modelo del proceso psicoanalítico según Mitchell: una nueva mirada, p.229
 - 4.4.1 Consideraciones generales y ámbitos de problemas, p.230
 - 4.4.2 El concepto de técnica, p.231
 - 4.4.3 Definición general del proceso, p.233
 - 4.4.4 La participación del analista o la “actitud analítica” en cuestión, p.241
 - 4.4.5 Transferencia y contratransferencia, p.251

- 4.4.5.1 Transferencia, *p.251*
- 4.4.5.2 Contratransferencia, *p.261*
- 4.4.6 Formas de participación o tipos de intervenciones, *p.271*
 - 4.4.6.1 Elecciones clínicas, *p.271*
 - 4.4.6.2 Interpretación, *p.275*
 - 4.4.6.3 *Self-disclosure*, *p.281*
 - 4.4.6.4 *Enactment*, *p.291*
- 4.4.7 ¿Qué sabe el analista?, *p.295*
- 4.4.8 La autoridad del analista, *p.303*
- 4.4.9 Metas del psicoanálisis, *p.310*
- 4.4.10 Concepción del cambio, *p.313*
- 4.4.11 La acción terapéutica, *p.318*
 - 4.4.11.1 El *Bootstrap Problem*, *p.318*
 - 4.4.11.2 Las soluciones que fueron propuestas históricamente, *p.321*
 - 4.4.11.3 El trabajo de la contratransferencia y la nueva conexión emocional, *p.322*

Capítulo 5: Conclusiones, p.325

6. Referencias bibliográficas, p.337

7. Anexos, p.354

- a. Principales hitos en la cronología de Stephen A. Mitchell, *p.354*
- b. Publicaciones de Stephen A. Mitchell, *p.356*
- c. Trabajos sobre Stephen A. Mitchell, *p.362*

A mis padres, Susana y Arnoldo
A mi hijos, Sarah y Federico Simón
A mi mujer, Claudia

Por todo lo que me han dado y me siguen dando en este frágil y atractivo
deambular que es la vida.

Agradecimientos

Sin duda han sido muchos aquellos que me han ayudado, de muy diversas formas, a que este trabajo llegue a buen puerto. Citar a unos no es olvidar a los otros.

Me gustaría por ello agradecer:

A Alejandro Ávila Espada, mentor e impulsor de gran parte de este trabajo, siempre atento y cercano.

A María Oliva Márquez, quién con interés y dedicación ha aceptado ser mi tutora y ha hecho sutiles observaciones que han contribuido a mejorar este trabajo.

A José Gutiérrez Terrazas, por los años en los que sostuvo, más allá de mi indisciplina, mi relación con el doctorado.

A Alberto Becerra, amigo y aliento desafiante durante todos estos años.

A cada uno de ellos que, a su manera, han participado en el camino de esta tesis y han empujado, siempre con sentido de la oportunidad y cercanía, los avatares de mis ganas y desganas.

A mis excelentes colaboradores en las cuestiones ortotipográficas, bibliográficas y demás: Arnoldo Liberman (mi padre), Mónica Liberman (mi hermana), Viviana Gutman (amiga y colega), Amy Reale (amiga y colega) y Aránzazu Vidal (paciente proveedora de trabajos del PEP).

A todas las personas que han compartido a lo largo de estos años mis seminarios, soportando con paciencia y cariño mis “divagaciones” y/o “excursiones” fuera de lo estrictamente psicoanalítico y que me han ayudado enormemente a pensar sobre el psicoanálisis y sus interfaces.

A mis compañeros del grupo Los Navatos –aire fresco musical, recreo semanal y alegría compartida.

A mis queridos amigos Alejandro Boim, Augusto Abello, Pablo Piekar, Alicia Casullo y Adela Leibovich, quienes tanto han insistido y alentado estas búsquedas.

Al colectivo GRITA, con quienes periódicamente debatimos sobre ciertos asuntos del psicoanálisis contemporáneo (Carlos, Manuel, Charo, Susana, Augusto y Alejandro).

Y, por último para El Escorial, donde escribí gran parte de esta tesis gracias a la tolerancia y complicidad de mis padres, mi mujer y mis hijos.

Me interesa el hecho de que en campo cultural alguno es posible ser original salvo sobre la base de la tradición. [...]. Me parece que el juego recíproco entre la originalidad y la aceptación de la tradición como base para la inventiva es un ejemplo más, y muy incitante, del que se desarrolla entre la separación y la unión (Winnicott, 1971/2001, p. 99).

Es cierto que desde Freud hasta nuestros días el psicoanálisis ha estado asediado, de uno u otro modo. Pero, como los bolcheviques, los guardianes del psicoanálisis parecían no comprender que el peligro más grande no son las ideas equivocadas sino las sostenidas rígidamente (Mitchell, 1997a, p. 208).

En la experiencia de la lectura se crea un sujeto tercero que no es reductible ni al escritor ni al lector. La creación de un sujeto tercero (que existe en tensión con el escritor y con el lector como sujetos separados) es la esencia de la experiencia de la lectura (Ogden, 1994, pp. 1-2).

La historia agrega que, antes o después de morir, se supo frente a Dios y le dijo: Yo, que tantos hombres he sido en vano, quiero ser uno y yo. La voz de Dios le contestó desde un torbellino: Yo tampoco soy; yo soñé el mundo como tu soñaste tu obra, mi Shakespeare, y entre las formas de mi sueño estás tú, que como yo eres muchos y nadie" (Borges, 1974, p. 804).

Capítulo 1:

Introducción y justificación del tema

Aquellos que se refieren a sí mismos como psicoanalistas relacionales están más unidos por el tipo de cuestiones que se plantean, por el tipo de cuestiones clínicas y teóricas que ponderan, que por alguna respuesta particular o conjunto de respuestas a las que llegan. Si existe una característica que defina a los analistas relacionales podría ser la diversidad, el interés en el psicoanálisis comparado, un esfuerzo de cuestionamiento, desafío e integración (Altman y Davies, 2003, pp. 147-148)¹.

Nos gustaría comenzar esta introducción con dos referencias que funcionarán como una especie de prolegómeno al espíritu de este trabajo.

La primera de ellas alude a Borges, quien en su texto “Kafka y sus precursores” plantea una hipótesis que nos parece central en nuestra comprensión del movimiento del pensar, muchas veces descuidada: “Cada escritor *crea* a sus precursores. Su labor modifica nuestra concepción del pasado, como ha de modificar el futuro” (Borges, 1974, p. 712). Es decir, todo acontecimiento actual es creado y, a su vez, crea a quienes le han precedido.

En segundo lugar queremos hacer nuestras las reflexiones que Laurent de Wilde, en su biografía de Thelonious Monk (1996), desarrolla cuando se pregunta para quién tocamos o para quién hacemos música (en nuestro caso, para quién escribimos). Plantea que existen tres interlocutores principales: uno mismo, los otros miembros de la orquesta y el público. Si no

¹ Todas las citas traducidas, tanto del inglés como del francés, que aparecen en estas páginas son del autor de esta investigación, salvo que la referencia bibliográfica sea en español.

mantenemos un buen equilibrio entre estas tres audiencias, si nos encerramos en alguna de ellas, corremos peligro. Si tocamos sólo para nosotros, ello nos conduce a un hermetismo que nos aísla del grupo; si tocamos solo para el grupo, nuestra música será impersonal y descolorida; y, por último, si tocamos solo para el público, afirma de Wilde, el músico “ha perdido su alma en el camino” (p. 24).

Stephen A. Mitchell murió muy joven, en un momento de gran fecundidad de su pensamiento. Como sostuvieron en el obituario que publicó la dirección del William Alanson White Institute en *The New York Times* del 24 de diciembre de 2000, tres días después de su muerte: “El mundo del psicoanálisis ha perdido una de sus estrellas más brillantes en la cumbre de su realización”. Coincidimos con ellos en que esta muerte prematura ha dejado al psicoanálisis huérfano de un pensador profundo, claro y original que, al decir de Peter Fonagy, “se encuentra entre los dos o tres más significativos psicoanalistas que trabajan hoy en USA” (2001, p.125). Los reconocimientos a la obra de Mitchell provienen de muchos ángulos de la comunidad psicoanalítica. Thomas Ogden sintetiza lo que muchos de nosotros sentimos y pensamos:

Para mi, Stephen Mitchell fue una de las fuerzas más saludables en psicoanálisis en la década previa a su muerte en el año 2000. Representó lo mejor del psicoanálisis: una disciplina que está dedicada a una atenta, compasiva y, cuando las situación lo demanda, enérgica y valiente articulación de lo que es verdadero. Su muerte ha dejado “a space / Utterly empty, utterly a source” (Heaney, 1984, p. 253). (Ogden, 2004, p. 373).

No podemos dudar hoy del reconocimiento y la influencia que Mitchell ha tenido en el psicoanálisis contemporáneo. Debemos considerar su obra como la de uno de los representantes más lúcidos, a nuestro entender, de lo que hoy se conoce como “psicoanálisis relacional”. Decimos “uno” por diversas razones: por un lado, porque el psicoanálisis relacional es un proyecto

colectivo que alberga en sus entrañas un conjunto de psicoanalistas que, como afirman Altman y Davies, comparten más un tipo de sensibilidad y de forma de interrogar la tradición que un conjunto de respuestas sobre las cuestiones que se plantean y, por otro lado, porque el mismo pensamiento de Mitchell contiene también en su seno una multiplicidad dialógica; como testimonia Jay Greenberg, para Mitchell “pensar, trabajar y construir ideas eran actividades que, en el mejor de los casos, crecen a partir de la colaboración de la gente trabajando cercana e íntimamente con otros” (2001, p. 190). Sus libros y artículos así lo constatan: son un diálogo constante con la historia del psicoanálisis, sus colegas, sus maestros, sus discípulos y, siempre, con otras disciplinas. Pensar era, para él, pensar con otros. Esto también queda reflejado en el conjunto de proyectos institucionales que promovió y participó, proyectos que fuera de todo personalismo siempre tendieron a aglutinar a aquellos que compartían una sensibilidad común.

Siempre nos gustó la definición que Lewis Aron, alguien que trabajó cerca de Mitchell durante años, realizó de él: “Un constructor de puentes” (2005, p.27). Esta definición es válida tanto para su obra teórica, en la que la integración crítica de las diferentes tradiciones de la comunidad psicoanalítica es un elemento central, como para su vida profesional-institucional. También podría ser una buena definición del trabajo clínico de cualquier psicoterapeuta psicoanalítico.

Pienso que la mejor forma de encontrarse con S. A. Mitchell, como con cualquier otro autor, es trabajando su pensamiento ya que, como decía Piera Aulagnier (1979), no hay mejor homenaje que podamos hacer a un pensador que pensar su pensamiento, un pensar que esté lejos de cualquier ecolalia o “locura recitante” (1949) –como diagnosticaba Kierkegaard a los *Herr Professors* hegelianos de su época. Ahora bien, me gustaría señalar una de las dificultades que encontramos en la exposición de sus ideas, justamente por las características que hemos señalado previamente. Este diálogo constante con la historia del psicoanálisis, así como con el psicoanálisis de su época y otras disciplinas, hace que su pensamiento tenga siempre como telón de fondo un conjunto de conocimientos que se presuponen en sus

debates, en sus discrepancias y convergencias. Al mismo tiempo, es esta conversación con su horizonte teórico y epistémico –del propio campo y de fuera de él- lo que da a sus reflexiones una profundidad y una textura singulares.

Si seguimos la clasificación, esquemática aunque útil, que Bruno Winograd (2002) hiciera de las diferentes modalidades de grandes creadores en el psicoanálisis posterior a Freud, es decir, una agrupamiento de aquellos que, en última instancia, son quienes han contribuido a innovar y actualizar las perspectivas en el campo de nuestra disciplina, podríamos situar orientativamente a Mitchell. Winograd distingue tres grandes modalidades:

1. Los inventores con una alta coherencia interior en sus desarrollos, entre los cuales podríamos ubicar a Melanie Klein, Lacan, Kohut o los autores de la *Ego Psychology*.
2. Aquellos que han construido sistemas conceptuales en diálogo constante con los propuestos en el primer grupo (con mayor o menor grado de formalización), pero que han sido ya expresión de reflexión crítica y creatividad y, a la vez, han permitido múltiples desarrollos. Aquí podríamos mencionar a Winnicott, Piera Aulagnier, Bion y otros autores.
3. Por último, aquellos psicoanalistas que compaginan léxicos variados al desarrollar su propio esquema y entre los cuales podríamos ubicar a Kernberg, Green, Thomä y Kächele, los autores rioplatenses como Pichón Riviére, los Baranger, Liberman, Bleger, Racker y donde nosotros incluiríamos las contribuciones de Mitchell.

En este trabajo nuestro objetivo es recorrer el pensamiento de Stephen A. Mitchell teniendo como idea directriz el concepto de interacción. Nos parece que esta idea es una de las que vertebran su pensamiento. Ya en sus primeros escritos plantea que su integración crítica de las teorías y prácticas analíticas tenía como base “la premisa de la interacción” (1988b, p. 8). En los últimos desarrolla un “modelo jerárquico de las interacciones” (2000c, p. 57) en el que sitúa diferentes niveles. Estas dos referencias bastan –pensamos-

para mostrar cómo la interacción fue uno de los ejes sobre el cual se fueron construyendo sus ideas, sus debates, sus críticas y sus reformulaciones.

Pensamos que sólo se puede realizar este recorrido ubicando los diferentes trabajos del autor en sus diversos contextos polémicos de producción, lo que nos permitirá, en el espíritu y estilo general de su obra, ir matizando y comprendiendo los diferentes énfasis, acentos, desplazamientos de problemáticas, lugar de lo instituido y, también, mostrar lo atractivo de un pensamiento que permite integrar el conocimiento y el respeto de las diferentes tradiciones teóricas del psicoanálisis con una visión novedosa y actual de la relacionalidad como dimensión central para el psicoanálisis contemporáneo.

Su pensamiento parte de una constatación: en la historia del psicoanálisis ha habido una tendencia general a desmentir su naturaleza interactiva-intersubjetiva, tanto en la teoría como en la práctica. Esta actitud queda en evidencia de forma notoria en lo que, en la tradición norteamericana, se ha denominado “psicoanálisis clásico”. Hay que tener en cuenta que una de las formas en que esta desmentida se realizaba era por medio del mandato, de la prescripción, de un conjunto de reglas técnicas en relación a la posición del analista que tenían como eje central el trípode de la neutralidad, la abstinencia y el anonimato. Esta desmentida funcionaba, también, excluyendo y aislando a aquellos que durante esta misma historia fueron sugiriendo, en la comunidad psicoanalítica, dicha posibilidad. Esto se realizaba, afirma Mitchell, mediante el “encantamiento de ciertas palabras temidas” (1997a, p. 3), como “sugestión”, “interpersonal”, “reaseguramiento” o “ambientalista” que, en última instancia, remitían a la idea de “esto no es psicoanálisis”. El término “interacción” fue también una de esas palabras.

Los tiempos han cambiado, en parte gracias a pensadores como Mitchell y otros, y las problemáticas del psicoanálisis contemporáneo, en general pero sobre todo en Estados Unidos, han ido progresivamente reconociendo esta dimensión interactiva constitutiva del proceso analítico y de la teoría de la psique. Las formas de hacerlo han sido variadas y, necesariamente, de forma

congruente con los supuestos de las diferentes tradiciones teóricas que están presentes y vivas en el psicoanálisis actual.

Esto llevó a Mitchell a plantear, ya en 1997, que el desafío contemporáneo consiste en buscar nuevas formas de dar cuenta racionalmente de nuestra práctica una vez que los pilares que la han sostenido a lo largo de los años han sido interrogados, cuestionados o reformulados.

En este sentido, el término “relacional” funcionó, en un primer momento, como un “concepto puente” (Mitchell, 1999d, p. 717) que permitió a Jay Greenberg y a Mitchell poner de manifiesto en 1983 las congruencias implícitas de los supuestos básicos sobre la comprensión de la mente y del proceso analítico que atravesaban la historia de psicoanálisis en formas de pensamiento, o escuelas, que se presentaban y se creían opuestas y divergentes. Las tradiciones principales que fueron conectadas mediante este concepto, en primer lugar, fueron el psicoanálisis interpersonal norteamericano y la teoría de la relaciones objetales británicas. Pero también, gracias a este término y a esta actitud, se exploraron y pusieron de manifiesto las contribuciones que fueron realizando a lo largo de los años otros psicoanalistas a través de diferentes estrategias conceptuales y corrección política. Además de Harry S. Sullivan y Ronald Fairbairn, como exponentes centrales, se encuentran Winnicott, Klein, Balint, Sandler, Kohut y Loewald, por citar sólo algunos.

Este puente conceptual entre lo que parecían dos continentes separados, muchas veces definidos como lo interpersonal versus lo intrapsíquico, fue poco a poco transformándose en un espacio tercero en el que explorar la interpenetración del mundo interno y el mundo externo, de las presencias internas y el aquí y ahora de la interacción, presencias internas que eran, en rigor, relaciones de objeto internalizadas. El mundo de lo intrapsíquico deja de pertenecer, como parecía hasta entonces, a aquellos autores que de una u otra forma mantenían una vinculación con la teoría pulsional cuyo origen se encuentra en la obra de Freud (Gill, 1994). Deja de ser necesario, para

pertenecer al campo psicoanalítico, afiliarse al mismo a partir de este concepto.

La obra de Stephen A. Mitchell fue una de las contribuciones centrales para esta apertura conceptual: integración y renovación. Como afirmaba él mismo en el editorial del primer número de *Psychoanalytic Dialogues*, en 1991: “Estamos en un punto en la historia de las ideas psicoanalíticas y de la práctica clínica en el que para nosotros existe una particular urgencia en comenzar a superar nuestros problemas de comunicación intra-disciplinarios” (Mitchell, 1991d, p. 2). Esta revista tuvo y tiene esa función: restablecer los diálogos entre diferentes tradiciones teóricas. En su último editorial, con el que se despidió como director de la misma y que tituló “Mirando hacia atrás... mirando hacia adelante”, Mitchell describe lo que considera el comienzo de una “nueva era” (1999d, p. 717) y los desafíos que ella supone. Estos nuevos desafíos requieren retomar las preguntas y cuestiones que la incorporación progresiva de lo relacional como parte indisociable de toda reflexión sobre lo psíquico y lo clínico. Esto en parte es debido, piensa Mitchell, a que el término “relacional” se ha convertido en una palabra de moda (1999d, p. 718) y necesita ser constantemente interrogada para que no se reduzca a una “perogrullada sobre la importancia de las relaciones humanas” (Mitchell, 1996c, p. 2).

Caer en un ambientalismo superficial no es la propuesta del psicoanálisis relacional del que Mitchell participó en su gestación. No podemos, afirma en cierta ocasión, volver a las “épocas oscuras” de una psicología pre-freudiana (Mitchell, 1999d). La obra de Freud no es la última palabra pero, ciertamente, es la primera y abre un campo de reflexión que no podemos desconocer y del cual somos deudores. *Freud y más allá [Freud and Beyond]* (1995), como titulan su libro Black y Mitchell. Pienso que hoy existe un amplio acuerdo en la afirmación de que la obra de Freud tuvo un desarrollo insuficiente en cuanto al lugar del objeto o del otro. Autores nada sospechosos de desconocer el legado freudiano como André Green o Jean Laplanche no han cesado de recordárnoslo. El asunto y el debate deben centrarse en cuáles son las consecuencias, tanto teóricas como clínicas, que extraemos de su

inclusión. Mitchell piensa que el psicoanálisis relacional tiene que volver a pensar los asuntos sobre los que siempre ha girado la teoría y la clínica psicoanalítica, tales como la sexualidad, la culpa, la agresión, la transferencia, etc., porque su propuesta es re-enmarcar el psicoanálisis en nuestra época, con los cambios tanto en el plano socio-cultural como de pensamiento de los que formamos partes. Los desarrollos en otros campos del saber no deben ignorarse, sino que es necesario abrir el diálogo. Neurociencia cognitiva, feminismo, psicología social, filosofía de la ciencia y otras disciplinas suponen grandes desafíos para el psicoanálisis que no pueden más que enriquecer nuestra reflexión.

Nuestro trabajo se ha basado en utilizar la masa documental de Mitchell y sobre él para, en un trabajo interpretativo (hermenéutico), analizar y comparar el contenido de su pensamiento con algunos aspectos y autores de la tradición psicoanalítica. Como nos comentó hace algún tiempo un colega frente al sentimiento de lo inabarcable de la bibliografía a la que podríamos acceder sobre algunos temas, tenemos que aceptar que ya no somos hombres del Renacimiento. Por ello, y por la especificidad del pensamiento de Mitchell, hemos restringido nuestro debate al ámbito del psicoanálisis norteamericano.

En español su obra ha sido poco traducida y casi no encontramos trabajos sobre su pensamiento (diría que salvo algunas publicaciones mías no hay nada más, según nuestro conocimiento). Tal vez habría que resaltar, como excepción, algunos libros de Joan Coderch (2010, 2012) en el que la referencia a la obra de Mitchell se encuentra muy presente. La falta de publicaciones sobre su pensamiento es otro de los motivos por los que este destacado psicoanalista ha sido objeto de nuestra elección –además de la clara afinidad y sensibilidad que nos une.

Hemos dividido nuestro trabajo en tres capítulos principales. En el primero de ellos, el capítulo 2 “Perfil biográfico-profesional de Stephen A. Mitchell”, tenemos como meta explicar el contexto histórico y polémico del psicoanálisis en el que es necesario situar la obra de Mitchell (2.1), así como ciertos

aspectos de su biografía (2.2) y de sus principales influencias teóricas (2.3). Pensamos que esta primera aproximación a su obra es muy esclarecedora para quienes no procedemos ni, en general, tenemos el mismo marco de referencia tanto cultural como psicoanalítico que él. Es así que retomamos brevemente la histórica confrontación entre freudianos e interpersonales, repasamos el recorrido personal-profesional de Mitchell y resaltamos algunos de sus interlocutores formativos centrales. Destacamos el lugar de la obra de Freud (2.3.1) así como otras fuentes de su pensamiento, algunas anteriores a los años setenta y otras posteriores. Anteriores a los años setenta tenemos: la psiquiatría interpersonal de Sullivan (2.3.2.1.1), especialmente sus conceptos de campo interpersonal, patrones ficticios yo-tú, operaciones de seguridad o la indagación detallada; la teoría de las relaciones objetales de Fairbairn (2.3.2.1.2), en donde subrayamos su compatibilidad con el psicoanálisis interpersonal así como su cuestionamiento de la teoría motivacional freudiana acuñando el concepto de la libido como “buscadora de objetos”; la singular obra de Loewald (2.3.2.1.3), freudiano atípico si los hay, quien permite a Mitchell retomar una y otra vez, con su ayuda, el diálogo permanente que tiene con Freud. Con posterioridad a los años setenta encontramos a: Levenson (2.3.2.2.1.1), un referente central del psicoanálisis interpersonal post-clásico, una de las voces más originales del William Alanson White Institute de esos tiempos, que propone replantear el psicoanálisis desde el perspectivismo, o Hoffman (2.3.2.2.2), quien también articula epistemología y clínica con su propuesta de un constructivismo dialéctico.

En el capítulo 3, “Principales contribuciones a la teoría psicoanalítica”, situamos, en primer lugar, las principales estrategias conceptuales y políticas con las que el pensamiento psicoanalítico ha enfrentado los cambios e innovaciones en el pensamiento y en la clínica (3.1); también exponemos los principales debates teóricos que forman parte del pensamiento de Mitchell, es decir, cómo comprende este que se ha enfrentado el legado de Freud (3.1.1) y la heterogeneidad actual del psicoanálisis (3.2.2); en segundo lugar, revisamos junto con Mitchell la historia del psicoanálisis y tratamos de desarrollar la cuestión, que atraviesa su obra, de por qué es necesario hacer

una elección del marco de trabajo (3.2 y 3.3). A continuación, exponemos los diferentes modelos que Mitchell fue desarrollando a lo largo de los años. Hemos situado tres grandes momentos de este desarrollo, que los pensamos como integraciones sucesivas, reformulaciones de un mismo proyecto. En un primer momento, plantea la necesidad de pensar en términos de matriz relacional y de conflicto entre configuraciones relacionales (3.4.2); allí sitúa conceptos tan centrales como los de configuración relacional o su particular versión del concepto de agencia. En un segundo momento (3.4.3), incorpora su comprensión de la multiplicidad del self. Por último, en el tercero, comienza a desarrollar un modelo de los niveles jerárquicos de interacción.

En el capítulo 4, “Principales contribuciones a la práctica psicoanalítica: consecuencias de la introducción del concepto de Interacción”, abordamos las consecuencias que entendemos tiene la introducción del concepto de interacción en las reflexiones sobre la teoría de la técnica. En primer lugar definimos el proceso psicoanalítico según entendemos lo hizo Freud (4.1.2) para luego situar, brevemente, los dos modelos dominantes y alternativos que formaban parte del horizonte de debate y de prácticas en el que Mitchell desarrolla su pensamiento: el psicoanálisis clásico y el psicoanálisis que se ha centrado en la detención del desarrollo (4.2 y 4.3). En cada uno de estos modelos hemos tratado su comprensión de los conceptos centrales de la teoría del proceso que luego trabajaremos en la obra de Mitchell: la actitud analítica, la transferencia, la contratransferencia, la participación del analista, el problema de la autoridad del analista, así como las metas y las concepciones respectivas del cambio. A continuación (4.4) hemos desarrollado la comprensión de Mitchell del proceso psicoanalítico y de los conceptos a él vinculados a partir de la jerarquización del concepto de interacción. Podemos ver aquí la originalidad del su pensamiento teórico-técnico.

En el capítulo 5, “Conclusiones”, situamos en una brevísima síntesis aquellos aspectos que nos parecen más relevantes de las contribuciones del pensamiento de Mitchell que hemos desarrollado en este trabajo de tesis así

como alguna deuda con la que quedamos comprometidos para un futuro trabajo.

Capítulo 2:

Perfil biográfico-profesional de Stephen A. Mitchell

2.1 El polémico contexto histórico-institucional de su pensamiento

En el contexto norteamericano de los años 50'-60'-70' la referencia a Freud funcionaba, muchas veces, como una hipoteca que parecía vitalicia y dónde era necesario apoyarse/autorizarse para pertenecer al grupo-movimiento. Esto es lo que llevó a Kohut, a finales de dicha década, a sostener que para que el psicoanálisis siga vivo “debe pasar de estudiar a Freud a estudiar al ser humano” (1981, p.405)². Provocación excesiva, sin duda, pero reveladora del clima esterilizante³ que se había respirado en la décadas que referiremos dentro de la American Psychoanalytic Association (APsaA).

Para comprender este contexto, o este avatar postrero del mismo, es útil tener en cuenta algunas características de la historia del psicoanálisis en los Estados Unidos. Por supuesto, como toda escritura de la historia hecha en general por especialistas de la casa, tiene un componente inevitable de contemporaneidad y de construcción de identidad. Por ello hemos tratado de combinar diferentes perspectivas. Por un lado nos ha resultado útil el esquema que plantea Robert S. Wallerstein sobre del desarrollo del psicoanálisis en Estados Unidos en su libro *The talkings cures* (1995). Aunque su meta principal es mostrar cómo dentro de Estados Unidos se fue desarrollando la relación entre psicoterapia psicoanalítica y psicoanálisis, los momentos que va situando de esta mutua definición nos resultan útiles para la perspectiva global y esquemática que queremos ofrecer. Por otro lado tenemos los trabajos de John A. Millet (1968), Kenneth Eisold (1998, 2003), Marianne Horney Eckardt (1978) así como el trabajo de Alejandro Ávila Espada (2013) entre otros.

² Curiosamente esta frase la escribe alguien que hasta la década de los 60' se lo apodaba, entre sus alumnos y colegas, “Mr. Psicoanálisis” por su amplio conocimiento de la obra de Freud y del pensamiento psicoanalítico en general. (Agnès Oppenheimer, 1998, PUF).

³ Es de recordar que Wallerstein sostenía aún en 1988 que en la comunidad analítica todavía no se había hecho el duelo de Freud.

Podemos distinguir, por tanto, varios jalones de este desarrollo: la era fundacional; los “estrepitosos cuarenta” -al decir de Millet (1968)-; la era del consenso o “1954: la cristalización de un consenso mayoritario” -como lo denomina Wallerstein, (1988)-; y la era de la fragmentación a finales de lo 70'. En paralelo con estos momentos, que representan fundamentalmente la historia contada por psicoanalistas cercanos a la corriente dominante de la APsaA, podríamos sostener que a partir de los años 40', con la no-integración de la William Alanson White Institute en la APsaA, se genera lo que nosotros llamaremos “la era de la confrontación”. Esta última también tiene su declive hacia finales de 1970, con la fragmentación del “consenso mayoritario”, los cambios generacionales y “la muerte de los grandes maestros” (Kohut, Lacan, etc) –como sostuvo Etchegoyen. Será en este terreno, abonado por estos nuevos aires, que se desarrollará la obra de Mitchell.

“La era fundacional” del psicoanálisis americano se encuentra en la Europa de pre-guerra, con Freud y Ferenczi. Las conferencias de Freud en los EEUU en 1909 por invitación de G. Stanley Hall; el curso de cuatro meses que impartió Ferenczi en 1927 invitado por la New School for Social Research; los diferentes analistas que fueron a realizar sus análisis didácticos a Europa –de los que nos interesa resaltar el análisis que Clara Thompson realiza con Sándor Ferenczi -la paciente Dm para quienes hayan leído el *Diario Clínico* de Ferenczi (1932).

En términos más formales en 1911, con poco tiempo de distancia, se fundan dos sociedades psicoanalíticas: The New York Psychoanalytic Society y la American Psychoanalytic Association –esta última teniendo como meta agrupar a aquellas personas vinculadas al psicoanálisis tanto en EE.UU. como en Canadá (Millet, 1968). En los años 20' comienzan los debates y las controversias en torno a la formación de analistas “legos”, es decir, de la formación de no-médicos en los institutos, debate que en esos mismos años tiene lugar también en otras latitudes, como por ejemplo Inglaterra (Lieberman, 2011, p. 45). Concluye en 1929 cuando la New York Psychoanalytic Society

reglamenta que sólo podían aspirar a ser miembros de dicha institución los médicos que hubiesen realizado un análisis didáctico. Es el comienzo de una alianza que perdurará en el tiempo entre el grupo médico y el freudismo ortodoxo.

Por otro lado, es la primera vez que dentro del psicoanálisis se estableció dicha regla. Recordemos que Freud y Ernest Jones discrepaban en este punto: mientras que el primero, con su conocido artículo de 1926 *¿Pueden los legos ejercer el análisis?*, salía en defensa de uno de los grandes psicoanalistas legos de entonces, Theodor Reik, el segundo insistía en que el psicoanálisis debía ser una rama de la medicina. Freud opinaba que lo que hoy llamaríamos “intrusismo profesional” no deriva del ejercicio del psicoanálisis sin la titulación médica sino de su ejercicio sin los conocimientos y la formación necesaria para realizarlo. Para Freud era clara la diferencia entre “análisis lego” y “análisis salvaje” (Liberman, 2011). En este asunto la British Psycho-Analytical Society fue en una dirección inversa al naciente psicoanálisis en USA, con una enorme presencia de analistas legos –Melanie Klein, James Strachey o Ella Freedman Sharpe, por citar sólo algunos.

En los años 30’ comienza a cambiar fuertemente la composición de las sociedades analíticas debido a la fuerte ola migratoria que comienza en esos años debido a la necesidad de escapar del terror y el asesinato que supuso la inclusión de los Nazis en el gobierno Alemán y su posterior toma del poder. Inglaterra y EEUU eran los destinos más frecuentes (también la Argentina).

Pensamos que si bien la constitución nominal de la APsaA es en 1911, su constitución efectiva acontece con la llegada de los psicoanalistas europeos a partir de los años 30’.

Los años 40’, los “estrepitosos cuarenta”, según Millet (1968), es la década de la multiplicación, los conflictos y las rupturas. Es un momento crucial en la historia del psicoanálisis americano visto desde el presente y desde nuestro tema. La creación de sociedades psicoanalíticas se multiplica a lo largo del territorio americano, los estándares de formación comienzan a ser

arduamente debatidos y la sangre llega al río. A diferencia del “pacto de caballeros” que realizan en 1942 Melanie Klein y Anna Freud salvando la escisión en la British Society, los desacuerdos en las comisiones de enseñanza sobre cómo reglamentar la formación psicoanalítica comenzaron a generar escisiones en los EE.UU.. La más notoria y relevante fue la salida, en 1941, de Karen Horney y un grupo de colegas –entre ellos Clara Thompson- de la New York Psychoanalytic Society. Poco después estas dos mujeres tienen fuertes discrepancias sobre la formación de personal no médico, lo que lleva a que Clara Thompson, con el apoyo de Erich Fromm y Harry Stack Sullivan, a fundar la William Alanson White Foundation. La presencia de Fromm y Sullivan hacía aún más singular a este grupo. Hablando del recorrido personal de H. S. Sullivan, Ávila Espada lo resume de esta manera:

De 1942 en adelante empieza a ser un “amigo incómodo” para los psicoanalistas de la línea dominante que van distanciándose de Sullivan y se producen diferencias y enfrentamientos entre Institutos y Sociedades. La Washington School of Psychiatry [WSP] se decanta desde 1943 a favor de la línea cultural-interpersonal (con Sullivan, Frieda Fromm-Reichmann, Clara Thompson, Erich Fromm, David Rioch, Ruth Benedict) mientras que la American Psychoanalytic Association se refugia en el psicoanálisis clásico [...] La rama de New York [de la WSP], creada en 1943, se separará en 1946 de la Washington School, renombrándose como William Alanson White Institute (2013, p. 125).

Aquí se establece, como vemos, una oposición que será central en la cultura psicoanalítica norteamericana y que atravesará parte importante de la historia institucional de dicho país. Por un lado, la APsA como representante del freudismo ortodoxo que, a partir de la llegada de Hartmann, Loewenstein y Kris en los 40' se orientará hacia la Psicología Psicoanalítica del Yo, del que estos tres grandes psicoanalistas fueron sus representantes más destacados. Se suele aludir a esta corriente como la *mainstream*, expresión que se utiliza para designar los pensamientos, gustos y/o preferencias aceptados

mayoritariamente en una sociedad. Por otro lado, un núcleo fuerte y variado, agrupados en torno al W. A. White Institute, que representan lo que podemos llamar el psicoanálisis cultural-interpersonal (o psicoanálisis interpersonal o “culturalismo” –como a veces se lo ha denominado- o humanista-interpersonal). Este grupo de psicoanalistas, con algunos antropólogos y semiólogos, de muy variada procedencia (véase Ávila-Espada, 2013), construye una institución con características muy diferentes a la APsaA, siendo el interés común una reflexión sobre el impacto de lo socio-cultural en el desarrollo del psicoanálisis y, por tanto, de la persona. Este clima de diálogo y tolerancia lo describe Erich Fromm, en un breve prólogo a una selección de trabajos de Clara Thompson publicados en 1964. Hablando de las características personales de esta última, tanto intelectuales como emocionales, Fromm comenta:

Cuando comenzó a dirigir el William Alanson White Institute [fue la primera en hacerlo], lo hizo con una enorme preocupación por sus estudiantes y colegas, con mucha paciencia y con una remarcable modestia. Todas estas cualidades hicieron posible que liderase el instituto sin permitir que este deviniese el centro de una “escuela” en la cual una teoría especial se enseñase como siendo la única buena y ortodoxa. [...] se puede decir, sin exagerar, que esta objetividad, tolerancia y consideración hicieron posible que el William Alanson White Institute crezca como un instituto psicoanalítico independiente y evite los reclamos fanáticos y las restricciones burocráticas representadas por “una única y verdadera” teoría (Fromm, 1964, p. vi).

Fromm piensa también que este espíritu de apertura y tolerancia tiene el sello de quien fuera uno de sus grandes maestros, Sándor Ferenczi.

El año 1954 es tomado por Wallerstein como el momento de la “cristalización del consenso mayoritario” (1988). Con ello se refiere a la cristalización teórico-técnica planteada y defendida por ciertos sectores de la comunidad analítica vinculados a la APsaA como reacción, en la década de los 40’, a las

propuestas y modificaciones en la técnica realizadas fundamentalmente por Franz Alexander⁴ y Frida Fromm-Reichmann. Ambos cuestionan, de diferente manera, que sólo se considere a la díada interpretación-insight como motor del cambio –eje central del modelo llamado “clásico”. La experiencia emocional, la relación interpersonal, de modos diferentes, comienzan a tener también un estatuto de factor/motor de cambio para estos y otros psicoanalistas. Estas modificaciones técnicas conllevan al menos un replanteamiento de lo que se entiende como la “actitud analítica”, o sea, una reflexión sobre la participación del terapeuta.

Esta fecha, 1954, obviamente arbitraria como todo intento de trazar períodos, tiene sin embargo su justificación ya que en ese año se edita un volumen del *Journal of the American Psychoanalytic Association* (1954, 2: 4) en el que se compilan una serie de mesas redondas de los años precedentes que debaten estos asuntos⁵. La discusión lleva a la cristalización de un consenso mayoritario acerca de lo que constituye el psicoanálisis propiamente dicho. El texto de Kurt Eissler (1953) será decisivo y se convertirá en emblemático de dicho momento. Como en todo consenso hubo excepciones y matices -como las de Leo Stone (1961) promoviendo un psicoanálisis más “humano” frente a la “austeridad” propuesta por Eissler, o la de Hans Loewald (1960)- pero, en los rasgos centrales, siguieron sosteniendo el nódulo del modelo conceptual y operativo que Wallerstein sitúa en 1954. Aquí el debate queda planteado en términos de humanidad versus austeridad del psicoanalista, pero, como veremos, tanto Mitchell en diversos trabajos, como Irwin Hoffman en su ya clásico texto *The Patient as Interpreter of the Analyst's Experience* (1983) trasladan ese debate a los presupuestos conceptuales y epistemológicos que organizan dichas adjetivaciones –presupuestos que para Mitchell y Hoffman

⁴ Mitchell dirá de la “experiencia emocional correctiva” de Alexander que estaba bien orientada en cuanto a la descripción de la experiencia emocional como un factor central de cambio en el proceso psicoanalítico pero que pecaba de la racionalidad técnica propia de la época (Zeigeist) que compartía con sus críticos. Fue esto, según él, lo que llevó a lo más discutible de su propuesta: el aspecto prescriptivo (de actitudes contrapuestas a la de las figuras parentales, etc.).

⁵ Curiosidad: también en 1954 Maurice Bouvet escribe para *la Encyclopédie Médico-chirurgicale, Psychiatrie* (dirigida entonces por H. Ey) un texto sobre “La cure type” (p. 37812, A10-A40) y Ey solicita a J. Lacan al año siguiente (1955) un trabajo sobre “Variantes de la cure-type”, *Écrits*, 1966, Seuil, p. 323.

son iguales en ambos “bandos”. Esto llevó a Hoffman a denominar a estas críticas como “críticas conservadoras” (1983).

El enfrentamiento entre psicoanalistas freudianos y psicoanalistas interpersonales se instala desde entonces y sólo irá cediendo en las últimas décadas del pasado siglo. Por supuesto, el consenso siempre tuvo sus disidentes dentro de la APsaA pero, indiscutiblemente, esa era la *mainstream*.

En la década de los 70 el consenso va fragmentándose. “La guerra psicoanalítica” –una especie de guerra fría psicoanalítica- comienza a quebrarse. Hay muchos factores, internos y externos, que pueden haber jugado un rol importante para que esto ocurra. Los cambios en el panorama intelectual, en el ámbito de la filosofía de la ciencias, el peso de movimientos sociales como el feminismo, de los cambios sociales y políticos de esas décadas, etc. Obviamente, no podemos más que intuir en este trabajo este conjunto de factores y referirlos, ya está fuera de nuestro alcance dar cabida cuenta de ellos. Dentro del movimiento psicoanalítico norteamericano podemos situar un conjunto de voces emergentes, tanto dentro como fuera de APsaA, que tuvieron un peso importante. Sólo destacaremos algunas de esas voces (sin menospreciar las que no citamos ni las que ignoramos): Heinz Kohut desarrolla lo central de su pensamiento en la década del 70’ (fallece en 1981) construyendo lo que se llamará la Psicología Psicoanalítica del Self; Harry Guntrip fue invitado por la WAWI a dar una serie de conferencias en 1968 (Guntrip, 1971), expresión de la introducción progresiva de teoría de la relaciones objetales en el ámbito americano; por otro lado, un referente mayor de la “guardia vieja” freudiana, Merton Gill, realiza en esa década un movimiento de acercamiento hacia posiciones interpersonales en su comprensión de la transferencia que quedará reflejado en su obra “El análisis de la transferencia” (1981) y en otra serie de trabajos (1983, 1994); por su lado, Donald Spence (1982) desarrolla sus ideas sobre *Narrative and Historical Truth*, abriendo una serie de debates tanto epistemológicos como clínicos de enorme interés; Roy Shafer, asimismo, tratará de articular *A New Language for Psychoanalysis* (1976); y, por supuesto, Edgar Levenson

(Lieberman, 2013) quién publica en 1972 *The fallacy of Understanding*⁶, texto que tuvo un gran impacto, sobre todo en la generación de jóvenes analistas de la WAWI. Como sostiene Greenberg refiriéndose a este período:

Se respiraba algo en el aire en esos días; la hegemonía de la tradición clásica en los Estados Unidos comenzaba a mostrar ciertas grietas. La misma corriente principal (mainstream) teórica estaba lista para el cambio, y su dominio conceptual/político estaba significativamente mermado (2013, p. 15).

Mitchell también refleja claramente la situación de enfrentamiento que reinaba, o sus últimos estertores, cuando relata, en una entrevista con J. Drescher, sus comienzos como docente del programa de posdoctorado de la NYU en la orientación humanista-interpersonal a comienzos de los 80':

En ese momento, el sentimiento entre los Interpersonalistas era que sólo muy poco de la relaciones objetales era tolerable, [...] temían que este tipo de cosas fuese muy peligroso para la escuela Interpersonal. Hice un trabajo en la NYU llamado Teoría de las Relaciones Objetales, ¿amiga o enemiga de la tradición Interpersonal? El discutidor lo atacó en un tono que tenía mucho de macartismo: era como si la teoría de la relaciones objetales fuese un "frente de organización" freudiana que quisiese infiltrar las cosas. La tradición interpersonal necesitaba mantenerse pura de esto. Se debatía en lo que para mí era un nivel pseudo-racional [...] Las personas que tenían el poder habían crecido en confrontación con los freudianos y no

⁶ Como anécdota que refleja bien una época y sus debates es señalable que este libro, cuya traducción literal sería "La falacia de la comprensión" y que es un exponente sólido del psicoanálisis interpersonal norteamericano, fue traducido en la Argentina, en 1974 —época de grandes debates políticos e ideológicos— como "Réquiem por el psicoanálisis", editorial Kairos. Aquellos que hemos leído este libro, o al menos nosotros, tenemos un sentimiento encontrado en relación a esta traducción: por un lado, indudablemente, es una traducción desacertada por ser excesivamente interpretativa y, fundamentalmente, porque pierde de vista un aspecto central de lo que Levenson plantea y que está condensado en su título; por otro lado, pensamos que hay cierto acierto interpretativo en ese título efectista ya que lo que propone Levenson supone un cuestionamiento fuerte del modo epistemológicamente acrítico de abordar la clínica.

se pueden eludir estas experiencias formativas. Si usted crece en la depresión, siempre temerá estar peor, sea cual fuera su situación (1994, p. 4).

Es casi obvio decir que en el sentido inverso ocurría lo mismo. Una manifestación clara de este enfrentamiento, que no ocurría sólo en norteamericana sino que se ha dado también a nivel internacional, es que en el amplio y erudito libro de H. Etchegoyen (texto de referencia también en muchos institutos de Estados Unidos) prácticamente no se incluyen los aportes que desde los años 40' viene realizando la tradición interpersonal (Aron, 1996)⁷.

Refiriéndose también a ese período Mitchell (1988a) afirmará que tanto de un lado como del otro existía la tendencia a reducir la posición del otro a la del interlocutor “primero”, podríamos decir, frente al cual cada una de esta teorías se había construido: Freud y el psicoanálisis nació como una teoría que pretendía ir más allá de la mera descripción de conductas y fenómenos, hacia el mundo interno y sus dinámicas; por ello, los freudianos americanos, con esa marca de origen –y su desconfianza hacia todo lo que sonaba a “ambiente”- redujeron las contribuciones de Sullivan y su escuela a una especie de “sociología” de la relaciones. El cuanto a los interpersonalistas, criados con Sullivan en la lucha contra el constitucionalismo Kraepeleano en la comprensión de las psicosis, desconfiaban de todo lo que fuera “meramente interno”, “biológico”, “abstracto”, y redujeron a esto las contribuciones que en aquellos días realizaba el psicoanálisis “oficial” (me refiero al vinculado a APsaA-IPA), la desconfianza se centraba sobre todo en la metapsicología freudiana.

⁷ Curiosidad: es muy interesante comparar las referencias que se realizan sobre el tema ‘Contratransferencia’, incluso en la década del 90', por miembros de IPA y por interpersonalistas (véase Benjamin Wolstein). En ambos la coincidencia de textos debe ser de un 30 a un 40 %. Es de remarcar que en la recopilación de Wolstein no se encuentre el texto de Paula Heimann del 50' y en las referencias de psicoanalistas de IPA difícilmente encontremos a gente como Tauber, Wolstein mismo, etc. Racker es referente en ambos. (Probablemente esto también ocurra en otros temas).

En este contexto polémico cobra sentido la analogía que Spezzano establece con la *British Society of Psychoanalysis*, cuando define al psicoanálisis relacional norteamericano como “grupo intermedio o grupo independiente americano” (1995, p.27), ubicándolo así entre el freudismo clásico y el psicoanálisis interpersonal⁸.

2.2 Los aspectos biográficos e institucionales más relevantes

Stephen A. Mitchell nace el 23 de julio de 1946, en Manhattan, en el seno de una familia de primera generación de americanos. Su padre, Stanley, era contador y su madre, Lillian, secretaria forense (procuradora). Pronto se desplazan por razones laborales a New Jersey. Allí nace su hermano Richard cuando él tenía cinco años. Su familia extensa vivía cerca del domicilio familiar, lo que hacía que sus encuentros fueran frecuentes. Era una familia muy unida, de origen judío aunque no practicante (laica), muy comprometida con la realidad social, en la que los debates sociales y políticos formaban parte importante de sus vidas. El tío favorito de Mitchell era militante comunista y tuvo que vivir oculto durante un tiempo en la era McCarthy (Drescher, 1994). Para Mitchell existía un vínculo claro, del cuál era consciente, entre este pasado familiar y su visión más radical en psicoanálisis (Berman, 2001).

Sus primeras lecturas de Freud las realiza en la adolescencia, en el *High School*, lo que en parte influenciará su orientación hacia la psicología. Además de la psicología siempre estuvo muy interesado en la filosofía y en la política, muestra de esto último, entre otras cosas, es su compromiso, en la segunda mitad de los 60', con el movimiento contra la guerra de Vietnam (*antiwar movement*).

Realiza sus *undergraduate studies* en la Universidad de Yale con la intención de hacer el *Psychology Major* y de estudiar psicoanálisis. Finalmente, por

⁸ Recordemos que lo que agrupó al Grupo Intermedio de la British Society, que luego pasó a llamarse Independiente, fue ante todo un rechazo a enlistarse en la filas de quienes disputan el poder por aquel entonces en esa sociedad: Melanie Klein y Anna Freud (Lieberman, 2011, p. 52).

cierta decepción con los contenidos de los estudios de psicología, termina realizando su *major* en el único programa interdisciplinario que había entonces, *History, Art & Literature*, dedicando el segundo año del mismo a realizar un trabajo en filosofía política sobre “*The Man and the State*” [“El hombre y el Estado”]. Se gradúa con un *Bachelor of Science degree* con la calificación de *summa cum laude* en 1968. Realiza posteriormente su doctorado en Psicología Clínica (Ph.D.), en el programa de doctorado de la *New York University (NYU)*, que tenía por entonces orientación psicoanalítica y estaba dirigido por el profesor Bernard Kalinkowitz. En el primer año de doctorado comienza su primer análisis personal con un analista “Freudiano Contemporáneo”, Richard Mulliken. En esos años de formación comienza a realizar supervisiones clínicas con Avram Ben-Avi de quién siente haber aprendido las complejidades que supone el proceso analítico.

En el contexto de su formación en la NYU realiza un año de *internship* (Residencia) en el *Columbia Psychiatric Institute* dividiendo dicho año en un semestre en el servicio comunitario y otro semestre en el servicio psicoanalítico. En esta época, nos cuenta (2004), lee mucho a Fromm, a Sullivan y, gracias a Bernard Friedland, se introduce en autores como Fairbairn y Guntrip. También en este período entra en contacto con los trabajos de Leslie Farber, autor de orientación existencialista e interpersonal que influenciará de forma duradera su pensamiento. La tesis de doctorado la presentó en 1972, cuyo título y tema fueron: “*Social needs, environmental fit and re-hospitalization*” [*Necesidades sociales, sintonía ambiental y rehospitización*] (así está registrada en los archivos de la NYU en 1973).

Comienza por entonces su actividad docente en cursos de pre-grado e interdisciplina, actividad que formará parte fundamental de su vida profesional y de la que afirmará que es “el mejor modo de aprender algo profundamente” (2004). Piensa que es enseñando y reflexionando con otros sobre su trabajo clínico lo que lo llevó a desarrollar un punto de vista personal así como, en la clínica, un “estilo coherente propio” (1994, 2004). Un gran amigo, co-autor y

compañero de pensamiento desde sus años de formación en la *William Alanson White Institute* (WAWI), Jay Greenberg, lo recuerda así:

...su juego era diferente del juego de la mayor parte de los psicoanalistas creativos que conozco; para Steve siempre era una empresa compartida. No es sorprendente que Steve jugase un rol central en el desarrollo de la teoría relacional ya que para él pensar, trabajar y construir ideas eran actividades que, en el mejor de los casos, crecen a partir de la colaboración de la gente trabajando cercana e íntimamente con otros (2001, p. 190).

Al finalizar su doctorado, nos cuenta Mitchell (Drescher, 1994), que si bien su experiencia en la NYU había sido enriquecedora sentía la necesidad de realizar una formación psicoanalítica más estructurada y sistemática. Elige realizarla, a mediados de 1972, en el *William Alanson White Institute* (WAWI), ya que los docentes que provenían de dicha institución eran los que más impacto habían tenido en él. También, como señala su colega y mujer Margaret Black, “por la rica tradición intelectual y cultural de pensamiento innovador que allí encontraba. Valoraba la importancia de contextualizar el psicoanálisis –la necesidad de comprenderlo en interacción con su cultura– por ejemplo, con la filosofía política, el feminismo y la semiótica” (2013, p. 18). Finalizará allí su formación en 1977. Cuando Mitchell decide comenzar su formación en la WAWI también comienza su segundo análisis con un psicoanalista interpersonal, Milt Zaphiropoulos, análisis del cual le quedarán los mejores recuerdos y el reconocimiento de su gran influencia. En el momento de formación de Mitchell, el psicoanálisis interpersonal y la institución como tal tenía otra serie de figuras relevantes e influyentes que los que fueron sus fundadores (Sullivan, Thompson, Fromm), una segunda generación: Edgar Levenson, Benjamin Wolstein, Erwin Singer, entre otros. Comentaré sobre su momento de formación:

La influencia intelectual dominante en el White en esos años era Edgar Levenson, quién transformó y modernizó mucho la teoría interpersonal

en su énfasis actual en el fenómeno transferencia-contratransferencia (Mitchell, 2004, p. 532).

Mitchell comenzará, en los 80, a formar parte de los docentes del programa de post-doctorado de la NYU. Hay que tener en cuenta que en aquel momento, especialmente a partir de 1970, este programa de la NYU estaba fuertemente dividido, tal y como lo hemos descrito en el apartado anterior, en dos “*track*” o *cursus* de formación con poco contacto e intercambio entre ellos, reflejo del enfrentamiento general que atravesaba la disciplina: uno de ellos estaba liderado por los freudianos y el otro por los interpersonalistas (*track* interpersonalista-humanista). Como hemos visto antes, Mitchell describe la fuerte oposición que sus tempranos intentos de enseñar la Teoría de la Relaciones de Objeto en el “*track*” Interpersonal-Humanista recibieron. Sus acercamientos a la Teoría de la Relaciones Objetales eran leídos como amenazantes, lo que describe bien tanto el clima de la época como algunas de las actitudes que caracterizaron a S. A. Mitchell a lo largo de su vida: apertura mental, esfuerzos de integración y coraje en la exposición de sus ideas.

Un año importante en su desarrollo profesional es 1983 ya que se publica el libro que viene escribiendo con Jay Greenberg hace aproximadamente cuatro años: “*Las Relaciones de Objeto en la Teoría Psicoanalítica*”. En este año, 2013, se cumplen ya 30 años de dicha publicación, obra que muchos consideran –opinión a la que nosotros nos sumamos- que ha jugado un rol central en el gran cambio que ha tenido el psicoanálisis en esas latitudes a partir de los años 80’ (Pantone, 2013; Berman, 1997 y 2001; Orfanos, 2002). Este libro tuvo mucho trabajo conjunto y se convirtió, con el tiempo, en una referencia casi ineludible.

Los autores, después de haberse dado cuenta durante su formación en la WAWI que tenían en mente la publicación de un libro parecido, decidieron escribirlo juntos. Fue en estos años que la relación personal entre ellos fue creciendo. En este libro quisieron mostrar, según Mitchell, el importante cambio que se estaba produciendo en las décadas precedentes dentro del

pensamiento psicoanalítico, que se podría sintetizar –énfasis del libro que sólo puede comprenderse situacionalmente- en un movimiento que va de

[...] la comprensión de la mente construida a partir de impulsos y defensas hacia una comprensión de la mente construida a partir de configuraciones relacionales. Intentamos mostrar las diferentes estrategias de enfrentar este cambio –desde las estrategias más conservadoras de acomodación (en la psicología del yo freudiana) a estrategias más radicales como claras alternativas (la teoría interpersonal y la teoría de las relaciones de objeto de Fairbairn)” (2004, p. 533).

Volviendo al texto de 1983, Mitchell sostiene: “La comprensión de la historia de las ideas psicoanalíticas que desarrollé en esos años ha permanecido conmigo desde entonces” (2004, p. 534).

Otra de las notables consecuencias de dicha publicación fue lo que algunos refieren como cierta “nivelación” y apertura de diálogo entre el psicoanálisis clásico (o perteneciente a la *American Psychoanalytic Association*) e interpersonalistas (WAWI). Ubicar al psicoanálisis interpersonal, como lo hacen en su libro, entre las diferentes escuelas psicoanalíticas, en un mismo plano que el psicoanálisis “clásico”, tuvo ese efecto. Aunque muchos pensaron (y aún piensan) que su meta-intención fue desde el inicio política, pensamos que Greenberg tiene razón cuando sostiene, en relación a esta visión: “Estoy de acuerdo que eso fue parte del impacto del libro –tal vez la parte más importante- pero no es, hasta donde yo se, lo que estábamos intentando hacer. Lo que tratábamos de hacer era clarificar los supuestos, las premisas y los desarrollos dentro de cada una de las tradiciones psicoanalíticas más importantes” (2013, p. 14). Tanto Mitchell como Greenberg eran docentes en ese momento en el *National Institute for Psychotherapies*: Mitchell enseñaba la tradición interpersonal y de las relaciones de objeto y Greenberg el pensamiento de Freud y la Psicología Americana del yo. Allí surge la idea del libro, en conversaciones de restaurantes, como cuenta Greenberg (2013, p. 14):

[...] nos dimos cuenta de la necesidad de realizar un tipo de psicoanálisis comparado como hicimos en el libro, porque la historia del psicoanálisis está hecha por teóricos que trabajan dentro de diversas tradiciones e instituciones que operan relativa o independientemente una de otra, pero que sin embargo están reaccionando y hablando a la sensibilidad de la otra (2013, p. 14).

Hemos mostrado el anclaje de Mitchell en la tradición interpersonal porque es allí dónde construye sus bases y tiene sus influencias decisivas. Pero dentro de este contexto, como hemos dicho, también conoce a otro de sus grandes “héroes intelectuales”: W.R.D. Fairbairn. Greenberg sostuvo que Mitchell tenía muchos “héroes intelectuales” (2001), la mayor parte de lo cuales habían sido “outsiders” dentro de sus propias tradiciones teóricas. También Margaret Black señala que Mitchell prefería ser identificado con aquellos pensadores que habían desafiado las propias tradiciones, que operaban en los márgenes, “y era impaciente y se sentía molesto con lo que veía como una visión intelectual estrechamente profesional” (Black, 2013, p. 21). Fairbairn claramente cumplía dichas condiciones: dentro del “psicoanálisis oficial” había cuestionado ciertos consensos que hacían peligrar su pertenencia⁹.

La obra de Fairbairn fue para él como una continuación natural de su formación interpersonal, de lo no pensado-tematizado por ella. Como un puente, nos dice, en el que poder extender el pensamiento interpersonal hacia las texturas del mundo interno, hacia lo que según usos y costumbres postfreudianas se llama lo intrapsíquico. Es interesante señalar, y no creo

⁹ Es curioso a este respecto como Winnicott, en una reseña (1953) sobre los aportes de Fairbairn realizada junto con Masud Khan, muestra cierto reparo frente a sus propuestas, mientras que luego, en 1969, hacia el final de su obra, sostiene que Fairbairn hacía tiempo que había captado lo fundamental. Dice entonces: “...reconozco que coincidí con lo declarado por Fairbairn en 1944: la teoría psicoanalítica está poniendo el acento en la satisfacción de las mociones a expensas de lo que él llamó ‘búsqueda de objeto’. Porque entonces Fairbairn, como yo ahora, estaba transitando los senderos en los que la teoría psicoanalítica debe ser desarrollada o modificada, si el analista se propone enfrentar los fenómenos esquizoides en el tratamiento de pacientes” (Winnicott, 1989)

que sea sólo anecdótico, que Mitchell publica en 1981 (mientras realiza este libro), o sea, muy tempranamente, un artículo sobre Fairbairn “*The Origin and Nature of The "Object" in the Theories of Klein and Fairbairn*” [Origen y naturaleza del ‘objeto’ en la teorías de Klein y Fairbairn] y que algunas de sus últimas conferencias tratan, justamente, sobre este mismo autor.

Comenta su encuentro con Fairbairn del siguiente modo:

Habiendo sido formado en el White Institute entre 1972 y 1977, me sentía inmerso en la tradición interpersonal. Además, este fue el momento en el cual la teoría de las relaciones de objeto Británica se había hecho más accesible. [...] Lo que mas me entusiasmaba era que esa teoría de la relaciones de objeto británica, en lo que yo entendí que eran sus rasgos más sobresalientes, era perfectamente compatible con el psicoanálisis interpersonal tal y como yo lo entendía y practicaba. Fairbairn, en particular, había provisto un modelo intrapsíquico de relaciones internas que eran una transformación de la relaciones externas, interpersonales. Por ello, vi en la teoría de las relaciones de objeto como una extensión del psicoanálisis interpersonal en dominios previamente no teorizados (1999a, p. 356).

La influencia de la obra de Fairbairn estará presente a lo largo de su obra de diversas maneras: como una autor de referencia constante al que, junto con H. S. Sullivan, considera como los referentes-exponentes más claros y radicales del modelo relacional; como un pensamiento lleno de *insights* que lo enriquecen para pensar sobre diversas temáticas clínicas; o como foco-tema de su lectura en algunos de sus primeros y últimos trabajos (1981, 1998, 1999, 2000).

Podríamos considerar que a partir de su siguiente libro, ya en solitario, *Relational Concepts in Psychoanalysis. An Integration* [Conceptos relacionales en psicoanálisis: una integración] de 1988 (libro construido sobre la base de artículos que fueron apareciendo desde 1983 a 1987 con algunos

capítulos nuevos) S. A. Mitchell comienza a desarrollar su propia perspectiva de un *modelo relacional integrado* que irá atravesando, con diferentes énfasis y/o matices, los libros subsiguientes publicados en vida así como el conjunto de sus artículos. Citaré sólo sus libros posteriores a los dos referidos: *Esperanza y temor en psicoanálisis* (1993), *Freud y más allá* (1995, escrito junto con su mujer Margaret Black), *Influencia y Autonomía en psicoanálisis* (1997), *Relacionalidad. Del apego a la intersubjetividad* (2000), así como el libro que aparece después de su muerte, *¿Puede el amor durar? El destino del “romance” en nuestro tiempo* (2002).

Siguiendo con su desarrollo profesional e institucional habría que señalar algunos lugares y momentos cruciales: por un lado, el comienzo de la movilización de la división de psicoanálisis de la Asociación de Psicólogos Americana (división 39); en este contexto la actividad docente de Mitchell y su influencia irán creciendo día tras día; por otro lado, comienza a dictar seminarios en el Programa de Post-doctorado en la NYU. Hacia 1989, después de una serie de disputas internas, se les ofrece la posibilidad a Emmanuel Ghent, Bernard Friedland y a él (sumándoseles pronto Philip Bromberg y James Fosshage) de formar un grupo independiente, el “*Relational Track*”, como tercera opción de formación.

El tercer momento crucial en el desarrollo de Mitchell y, también, del psicoanálisis relacional, es la fundación en 1991 de la revista *Psychoanalytic Dialogues: A Journal of Relational Perspectives*. Esta revista es fruto, como señala Mitchell, de la común iniciativa de Lewis Aron y de él. Mitchell la describirá como un lugar de encuentro formidable con gente con la que colaborará a lo largo de los años y que se transformarán en amistades duraderas.

También dirige, junto con Lewis Aron, la *Relational series books* en la editorial *Analytic Press*. En esta serie aparecerá, en 1999, un libro editado por ambos que tiene como fin trazar la evolución del pensamiento relacional a partir de una serie de artículos de autores diversos que, elegidos con criterio

histórico-fundacional, han jalonado este pensamiento. El libro se titula: *Psicoanálisis relacional. La emergencia de una tradición* (1999).

Por último, y no menos importante a nivel institucional, Mitchell participó en la gestación y en el proceso de organización de la *Internacional Association for Relational Psychoanalysis and Psychotherapy* (IARPP) justo antes de su repentina muerte en diciembre del 2000.

Nos gusta y compartimos la definición que Lewis Aron hace de Mitchell como “un constructor de puentes” (2003, p. 68).

2.3 Las principales influencias en el desarrollo de su pensamiento

We must recognize ourselves in Laius's and Oedipus's efforts to escape history, since each of us resists experiencing ourselves as spoken as well as speaking. Th. Ogden XXXX

2.3.1 Sigmund Freud: una marca duradera. De fantasma a ancestro

Leer a Freud hoy no es recitarlo sino dialogar con sus preocupaciones y volver actual su reflexión. Marcelo Viñar (2002, p. 72)

En este apartado nos gustaría aclarar la relación de Mitchell con la obra de Freud. Los temas más concretos de debate los iremos trabajando a medida que la exposición de la ideas lo requiera, pero nos parece importante señalar desde el comienzo lo que podríamos definir como la actitud más general de Mitchell hacia el pensamiento de Freud: desde dónde lo lee y con qué *background*.

Mitchell ha sido, en reiteradas ocasiones, criticado y/o acusado por haber “leído mal” a Freud. Mitchell nunca trató en exceso de defenderse de este tipo de interpelaciones sino que argumentó poniendo en evidencia los supuestos que dichas objeciones llevaban implícitos: habría, según dicha crítica, una lectura correcta de Freud que él no realiza ... ¿pero cuál? Sea que clasifiquemos las lecturas de Freud por nacionalidad –el Freud francés o el norteamericano- o en referencia a destacados autores o escuelas –el Freud kleiniano, lacaniano, de la psicología del yo, laplancheano- todas estas adjetivaciones muestran, de manera evidente, que hay más de un Freud, que cada uno de ellos/as, que cada una de esas lecturas, han realizado sus elecciones a la hora de leerlo, han jerarquizado ciertos aspectos y minimizado otros en función de su experiencia clínica, de sus propios desarrollos teóricos o como efecto de los cambios en el *Zeigeist* que les ha tocado vivir. Pensamos que todo acto de lectura crea y anula posibilidades, que toda lectura tiene siempre un sesgo personal, valorativo y de época que le es consustancial.

Afirma Mitchell:

No me preocupa excesivamente lo que Freud pudo haber dicho (o significado o no significado) en los diferentes momentos de su gigantesca obra. El genio de Freud era muy complejo; escribió mucho; estaba dispuesto a ser ampliamente inconsistente; sus modelos básicos cambiaron a lo largo del tiempo sin una sistemática integración. Todo esto se añade a un cuerpo de trabajo [body of work] que puede ser organizado y sistematizado de muchos y muy diferentes modos (Mitchell, 1998e, p. 561).

Otro autor norteamericano, Roy Schafer, hablando del “retorno a Freud” (“retorno” francés importado tardíamente a los EEUU), bandera productiva en sus comienzos que poco a poco fue perdiendo fuelle y se convirtió en una especie de corsé inmovilista, comenta:

Cuando esa recomendación se realiza como un absoluto simple más que como un estímulo para mantener viva nuestra lectura de Freud, sugiere erróneamente que alguien puede leer a Freud de un modo absolutamente impersonal, libre de valores y de cultura, de forma no dialógica y, por lo tanto, alcanzar no sólo la respuesta correcta para ese momento sino al verdadero y único Freud. El “retorno a Freud” es tal vez el mayor artificio retórico. Quién aconseja está diciendo “retorna a mi Freud y reprime los otros” (Schafer 1992, p. 152), [citado por Mitchell en 1998e, p. 561; también ver Mitchell, 1993, p. 251, nota 1].

Contextualizar la obra de Freud, relacionarla con su tiempo y su cultura, es para Mitchell algo central, desde su formación interpersonal, y que no debemos perder nunca de vista. “Freud fue inevitablemente un hombre de su tiempo” (Mitchell, 1991c, p. 147), como los somos todos. Nuestra época nos inspira nuestras imágenes, metáforas y referencias centrales, y traza los horizontes, siempre imprevisibles, de nuestros pensamientos e ideas. Eso no agota, por supuesto, la interpretación de una obra y/o su producción. Tampoco la de Freud, como Mitchell lo recalca en reiteradas ocasiones. Pero esta ubicación contextual hace que, para Mitchell, Freud no es [sea] “la última palabra” sobre muchos de los problemas que nos planteamos en psicoanálisis sino, justamente, “la primera” y, como tal, “alguien que ha planteado cuestiones-preguntas sobre aspectos fundamentales de la experiencia humana con las que los teóricos analíticos posteriores, y todos nosotros como individuos, seguimos luchando (*struggle*)” (Mitchell, 2002, p. 29). En esta línea, Mitchell aboga por no renunciar a ninguna de las cuestiones y/o problemas que la obra de Freud se plantea, abre, construye, aunque piensa que este punto de partida, necesario y saludable, no implica que compartamos muchas de sus respuestas.

En esta línea podemos decir con Gadamer que:

La reconstrucción de la pregunta a la que da respuesta un determinado texto no puede tomarse evidentemente como un producto puro de la metodología histórica. Lo que hay al principio es más bien la

pregunta que el texto nos plantea a nosotros, nuestra propia afección por la palabra de la tradición. Así pues, en realidad la relación entre pregunta y respuesta queda invertida. Lo transmitido, cuando nos habla —el texto, la obra, una huella— nos plantea una pregunta y sitúa por lo tanto nuestra opinión en el terreno de lo abierto. Para poder dar respuesta a esta pregunta que se nos plantea, nosotros, los interrogados, tenemos que empezar a nuestra vez a interrogar”. (1975/1988, p. 452)

Eso sí, pensamos que hay lecturas de Freud o referencias a Freud más trabajadas y rigurosas, y otras cuya función es meramente política: sólo muestran afinidades y dejan de lado todo espacio de discrepancia y/o reflexión crítica. También hay lecturas, como Mitchell acentúa en diferentes ocasiones, más imaginativas de Freud y que muestran, constantemente, la interpretación personal que están realizando, lecturas que no pretenden hacer pasar gato por liebre, es decir, que son conscientes de su acto de transformación y de sus elecciones interpretativas, reformulando en nuevos sentidos el lenguaje freudiano. Todo esto Mitchell lo trabaja, ya lo veremos más adelante, como las diferentes estrategias que ha habido dentro del psicoanálisis para lidiar con el legado de Freud.

Todos los que hemos leído a Freud desde nuestros primeros años de formación, y que seguimos haciéndolo casi como un saludable ejercicio, sabemos que su lectura nos permite muchas veces reubicar ciertos problemas, abrir nuevas preguntas y/o disfrutar de un pensamiento en marcha, que se sabe “en construcción”, que lucha contra sus propias inconsistencias aunque sin renunciar a ellas, sosteniéndolas, desarrollando diferentes respuestas, retomando el problema. Como dijo Mitchell en la cita previa, Freud “estaba dispuesto a ser ampliamente inconsistente”. La obra de Freud, como la de los grandes pensadores, nos permiten ver una obra “en vivo”, haciéndose, cuestionándose e, inevitablemente, sujeta a los impactos epocales así como pensando “más allá de sus medios” (Castoriadis, 1975, p. 242).

Mitchell piensa que somos más útiles al pensamiento freudiano –y, por lo tanto, al psicoanalítico- cuando “respetuosamente descartamos algunos de sus conceptos y repensamos y re TRABAJAMOS otros a la luz de los amplios cambios actuales en nuestras teorías y sensibilidad” (1993c, p. 468). Esta actitud mantiene viva la problemática que dichos conceptos trataron de articular¹⁰.

En diferentes lugares Mitchell retoma la metáfora de Hans Loewald (1991c, 2000), que hemos usado como encabezamiento de este apartado, en la que este sugiere que el análisis “trae a la vida” “los viejos fantasmas (*ghosts*)”, y que una de sus metas es “transformarlos en ancestros” (Loewald, 1957 [2000], p. 248-249). Dice Loewald: “Como ancestros viven a través de la generación presente mientras que como fantasmas estás forzados a acechar la generación presente con sus sombrías vidas” (Loewald 1957 [2000], p. 248-249). Así, un presente acechado-perseguido por el pasado (fantasma-*ghost*) se contrapone a un presente enriquecido y alimentado por él (ancestro). Con esta metáfora es como interpreta Mitchell lo que Wallerstein (1988) sugirió cuando sostuvo que la comunidad analítica tuvo y tiene dificultades en hacer el duelo de Freud. En los términos de Loewald-Mitchell, este duelo consistiría en: “[...] la necesidad de transformar a Freud [...] de un inapropiado fantasma agobiante que nos acecha en un amado y venerado ancestro” (Mitchell, 1991c, p. 148).

Frente a muchas de las objeciones que se le han realizado sobre este asunto, junto con los posicionamientos en torno a qué implica leer, Mitchell aclara que el Freud del cual él parte, en el cual se ha formado y al que ha leído, es el Freud de la traducción de James Strachey, traducción conocida como Standart Edition¹¹, y que está mediada, como nos dice (Mitchell, 1998e, p.

¹⁰ O, como lo dirá Baranger muchos años antes, ““Surge el conflicto entre fidelidad y rigor: el progreso del psicoanálisis implica necesariamente la reformulación de ciertos conceptos de Freud y el abandono de otros. Es fidelidad a Freud hacer una y otra cosa cuando es necesario y con rigor” (1967/1993, p. 52).

¹¹ Publicadas entre 1955 y 1967 bajo el patrocinio de Ernest Jones (Cf. Pines, 1985), citado por Carlos Rodríguez Sutil (2010, p. 53). Hay que situar también que la edición de Strachey es la primera y más referida edición crítica de la obra de Freud. En español la edición de Amorrotu, cuya traducción realiza Etcheverry del Alemán, ha usado y traducido el aparato

562), por la psicología del yo y por toda la sabiduría teórica y clínica que en los EEUU ha producido esta corriente. Si bien se interesa por otras lecturas – Laplanche o Lacan, por ejemplo- no piensa que ellas sean definitivas, ni más correctas, ni las que más lo inspiran, ya que le cuesta reconciliar, nos dice, esas lecturas con el Freud que él ha leído (Mitchell, 1998e, p. 562). Si tiene que preferir alguna, elige la lectura de Hans Loewald que, como veremos a continuación, es una lectura que se reconoce tal, extraordinariamente imaginativa y sugerente.

Por ello, y en adelante, para la continuación de este trabajo, pensamos que es conveniente tener presente que Mitchell debate con el modelo clásico del psicoanálisis, con la corriente dominante o *mainstream* que ha sido la preponderante en sus años de formación, tal y como esta se ha construido en la Europa de pre-guerra y en los EEUU a partir de los años 40', muchas veces referida como “freudismo” o “freudismo ortodoxo”.

Mitchell señala, igualmente, que es necesario realizar matices y establecer diferencias entre este “freudismo” y los que se suelen llamar hoy, en EEUU, “freudianos contemporáneos”, grupo de autores que muchas veces sólo tienen en común, afirma Mitchell, “su decisión de llamarse “Freudianos” y de usar el término “pulsión”¹²” (Mitchell, 1993c, p. 473).

Por todo esto Mitchell (1995, p. 228) se plantea: ¿debemos descartar a Freud como un ídolo caído? ¿No habrá un espacio para pensarlo que se encuentre entre el culto o la adoración y el ataque indiscriminado y automutilante? ¿Necesitamos ídolos? Por supuesto, Mitchell piensa que hay mucho para pensar con y a partir de Freud pero que no necesitamos ni aceptarlo todo acríticamente ni tener que referirnos a él como argumento último de autoridad.

crítico de Strachey de la *Standard Edition* así como la forma de dividir los volúmenes y las páginas (hay listas de correspondencias, etc).

¹² Hoy en día traducimos el *trieb* alemán por *puslión* en español así como en general los norteamericanos lo traducen por *drive*.

Como veremos más adelante, es el núcleo pulsional de la teoría freudiana y sus consecuencias, tanto en la construcción teórica como en las elecciones clínicas, lo que Mitchell cuestionará principalmente desde sus primeros trabajos.

2.3.2 Otras fuentes de su pensamiento

En diferentes ocasiones Mitchell ha evocado el conjunto de influencias que él considera centrales en el origen de su pensamiento y de su trabajo clínico. Por ejemplo, en 1990 dice:

He designado mi perspectiva 'relacional' porque tiene su fundamento en las tradiciones del psicoanálisis interpersonal y en la escuela inglesa de la teoría de las relaciones de objeto (...) Hace unos años descubrí que mi perspectiva teórica y clínica se había formado-modelado en la interacción de dichas influencias, junto con ciertas corrientes del psicoanálisis existencial y versiones revisionistas de la teoría "freudiana" (particularmente las de Loewald y Schafer). Dado que dicho enfoque parecía no encontrar una categoría preexistente, he usado relacional para abarcar-incluir esta mezcla de influencias (1990a, p.523).

Por ello pensamos que puede ser conveniente situar mínimamente dichos autores. Dentro de la tradición interpersonal Mitchell siempre ha destacado la obra de H. S. Sullivan y, posteriormente, el fuerte impacto innovador que tuvo la obra de Edgar Levenson. Dentro de la teoría de las relaciones objetales la obra más sobresaliente para él es la de R.W. Fairbairn, que no desmerezca este énfasis las contribuciones de Klein o Winnicott, por supuesto y el impacto el impacto que en su formación tuvieron sus obras. Y en cuanto a los freudianos revisionistas que más lo han marcado quedan claros en el texto: Loewald y Schafer. Es cierto que en algún otro momento hace referencia también a la obra de Heinz Kohut como una gran influencia pero, como veremos en otros capítulo, aún reconociendo el enorme valor de sus planteamientos, su actitud ha sido mucho más ambivalente.

Además, nos gustaría señalar aquí que Mitchell es un pensador muy atento a lo que van pensando sus colegas y discípulos, a los que permanentemente reconoce sus contribuciones y la influencia que han tenido en lo que viene exponiendo.

Dividiremos lo que continúa en dos breves secciones: una para los que produjeron sus obras centrales antes de los años 70' y otra sección para los más contemporáneos, que lo hicieron después de los 70. Sabemos de la arbitrariedad de esta división pero la consideramos útil para nuestros propósitos.

2.3.2.1 Antes de los años setenta

2.3.2.1.1 H. S. Sullivan: un pensamiento combatido por la *mainstream*

2.3.2.1.1.1 Consideraciones generales

Harry Stack Sullivan (1892-1949), como hemos visto, es una de las influencias centrales de lo consideramos la corriente interpersonal del psicoanálisis y fundador de la WAWI. Específicamente, él articula lo que ha denominado “psiquiatría interpersonal” (Sullivan, 1945, 1953). Mitchell considera al pensamiento de Sullivan como una de las grandes referencias para la construcción de un marco alternativo de trabajo al modelo pulsional/estructural (o de estructural pulsional). Dice Mitchell:

La influencia de Sullivan es raramente acreditada. Más aún, aunque las contribuciones de Sullivan a la teoría (el campo interpersonal, el trabajo sobre la ansiedad, la lucha por la autoestima, la complejidad de las integraciones interpersonales, etc.) tienen cada vez más relevancia para muchos de los asuntos y problemas que ocupan hoy un lugar privilegiado en la literatura, y aunque las contribuciones de Sullivan a la técnica (basadas en el principio del observador-participante) es cada vez más relevante para el creciente énfasis en la contratransferencia y

en los aspectos experienciales y relacionales de la situación analítica de los años recientes, su obra es a menudo considerada abstrusa (ininteligible), esquemática, tangencial a rigurosas preocupaciones teóricas o, simplemente, irrelevante (1983b, p. 133-134).

Esta era la situación dominante en los 80' salvo en ciertos círculos del pensamiento interpersonal. La cita está extraída de una clase que Mitchell imparte a candidatos de la WAWI sobre “Las dificultades en la enseñanza del psicoanálisis interpersonal” (1983b). Como vemos en la cita, la obra de Sullivan estaba fuertemente desprestigiada y era poco estudiada. Mitchell no pretende hacer con Sullivan lo que ha criticado que se ha hecho con Freud; Sullivan no es tampoco la “última palabra” sino la “primera” en muchos de los asuntos que el psicoanálisis contemporáneo se plantea e ignorarlo no hace más que perder la hondura de los problemas tratados. Desarrollos tanto teóricos como técnicos tienen allí su fuente. Sólo señalaremos, por el momento, algunos de dichos conceptos de la selección que Mitchell realiza.

Antes de ello algunas breves referencias biográfico-intelectuales de Sullivan que nos permitirán comprender algo del impacto que este pensador tuvo en Stephen A. Mitchell.

Sullivan¹³ comienza su formación psiquiátrica en 1921. Poco tiempo después conoce a Clara Thompson en *Sheppard Hospital* con quién desarrollará una larga amistad y colaboración profesional. Pronto ambos tienen conocimiento de la obra que estaba realizando Sándor Ferenczi en Europa y Sullivan convence a Clara Thompson para ir a analizarse con él¹⁴. A su regreso de esta experiencia, en 1927, se hará cargo del análisis didáctico de Sullivan quien será aceptado entonces en la American Psychoanalytical Association. Ferenczi será uno de los “ancestros” del psicoanálisis interpersonal, tanto por su influencia directa en Thompson y Sullivan como en psicoanalistas posteriores.

¹³ Muchas de las referencias biográficas aquí señaladas se encuentran en Ávila-Espada, 2013, en prensa.

¹⁴ En el Diario clínico de Ferenczi (1932) es referida bajo las siglas Dm.

Nos gustaría destacar, en este brevísima reseña biográfica, que Sullivan, por influencia de su amigo el antropólogo cultural Edward Sapir, entra en contacto con la Escuela de Chicago, gran referencia entonces en el campo de la ciencias sociales y que forma parte de lo que en aquellos años viene desarrollándose en la vida intelectual americana como filosofía pragmática (o tal vez, más concreta y apropiadamente -como señala Mitchell- "la anti-filosofía filosófica" que constituye el pensamiento pragmático (James, Dewey, etc), ya que es una filosofía que "sospecha" de "filosofar en lo abstracto" (Mitchell, 1986a, p. 159). Como sabemos, George H. Mead fue una de las figuras más destacadas de esa escuela y ejercerá una poderosa influencia en la obra de Sullivan a través de diferentes canales¹⁵.

La obra de Sullivan se compone, fundamentalmente, de recopilaciones de conferencias, es una obra hablada/oral, otra semejanza con Mead¹⁶. Dentro del conjunto de conceptos que acuña Sullivan, Mitchell considera central su reformulación del objeto de estudio: no se trata de estudiar al individuo aisladamente sino al "campo interpersonal" (Mitchell, 1983b, 1986a, 1988b), y esto es central ya que el modo en el que el observador encara y define su objeto de estudio está profundamente relacionado con los datos que le resultan relevantes (Mitchell, 1986a, 1986c). Esta idea, enormemente fértil para Mitchell, orienta el pensamiento de Sullivan hacia una concepción social de la mente.

Sullivan parte de un principio de existencia comunal (o comunitaria): la vida humana, sostiene,

¹⁵ "All the time he was in Chicago we know there was a continuous buzz of talk in and around the circle of social behaviorists. In Baltimore was his much admired Adolf Meyer, a strong supporter of Mead's views. In Washington was Dom Thomas Verner Moore who as early as 1919 supplied him with the term "parataxis." In later years Edward Sapir and Harold Lasswell provided continuing sources of information through conversation. It is difficult to footnote a shift in conceptualization occurring in the course of extended conversation" (Dyrud, 1979, p. 194).

¹⁶ "Sullivan's theory was built upon speaking and listening as was Mead's", Dyrud, 1979, p. 194

...necesita el intercambio con un medio que incluya la cultura (...) necesitar intercambio con el universo de la cultura significa, en realidad, puesto que la cultura es una abstracción que pertenece a los seres humanos, que el hombre necesita relaciones interpersonales con otros hombres (Sullivan, 1953, p. 53).

Ya en 1930-31 Sullivan defendía la siguiente posición:

La psicobiología ... es el estudio de la personas humanas en interrelación dinámica con otras personas y con entidades personales (cultura, tradición, instituciones, leyes, creencias, modas, etc). Aislar un individuo, una personalidad, del complejo de relaciones interpersonales que involucra a otras personas significativas exteriores físicamente a la persona en cuestión, es un absurdo que no viene al caso e indica una ingenuidad distorsionada que posee quién habla. Dicho aún más brevemente: la psiquiatría, si tiene que lidiar con algo, debe hacerlo con las perturbaciones en el vivir en y dentro de sus complejos personales. No es el estudio de un individuo imposible que sufre trastornos mentales, sino el estudio de los trastornos de las relaciones interpersonales que nuclea más o menos claramente una persona particular (Citado por Stern, 1994, pp. 257–258).

La idea de “campo interpersonal” rompe con cualquier imagen solipsista de la mente como objeto de estudio que pudiese ser abordado individualmente. En este sentido, Sullivan manifiesta claramente la influencia de la escuela de Chicago en el campo del estudio de la psicopatología.

Como afirma Dyrud:

El conductismo social le dio a Sullivan su orientación y mucha de su terminología, por ejemplo “Observación Participante” era un término de Dewey. Ellos trabajaban en el lado alegre (iluminado), describiendo el crecimiento flexible del self que toma las nuevas respuestas y las

integra. Para ese self, el cambio es estimulante y los nuevos desafíos una aventura. Sullivan trabajaba en el lado oscuro del desarrollo, dónde el self restringido por la ansiedad busca la seguridad de lo eternamente semejante en la relaciones, siendo el cambio y los desafíos una amenaza para la organización total. Su meta en la terapia era expresada con estas palabras: “la tarea del hombre en la vida es lograr intimidad con otros significativos sin distorsionar esas relaciones de forma irrealista para evitar la ansiedad” (de mi notas) (Dyrud, 1979, p.193).

Para Sullivan el self es una construcción secundaria a la interacción social, a veces tildada de “ilusión” en su obra ya que sostiene que “el único contexto significativo de comprensión es el campo interpersonal” (Sullivan, 1950). De este fuerte presupuesto se derivan una serie de consecuencias importantes. Como sostiene Herbert Blumer en relación a Mead, aunque la interacción sea algo (un “hecho”, podríamos decir con él, siempre y cuando lo entendamos como una descripción o redesccripción consensuada) “casi universalmente admitido” para dar cuenta de la existencia comunal del ser humano, suele ser algo que al darse por descontado se lo considera como si tuviese “una significación intrínseca escasa, por no decir nula” (Blumer, 1969/1982, p. 5). Tanto sociólogos como psicólogos, según este autor, reducen el impacto de la interacción a ser la expresión de factores sociológicos o psicológicos. Para él, “la interacción es un proceso que *forma* el comportamiento humano, en lugar de ser un simple medio o marco para la expresión y liberación del mismo” (Blumer, 1969/1982, p. 6). Las ideas de Sullivan seguirán caminos semejantes aunque, como sostiene Dyrud, “la psiquiatría interpersonal de Sullivan no me parece que sea un desarrollo hacia delante del conductismo social sino más bien un desarrollo lateral en el ámbito de la psicopatología” (Dyrud, 1979, p. 192).

La interacción “forma”, como sostiene Blumer, el comportamiento social generando secundariamente, según Sullivan, una representación del self que se sobre-impone a una realidad interaccional más fundamental y fluida. Es la

“indagación detallada”, otro concepto sullivaneano, de los patrones de interacción que organizan/construyen el campo interpersonal y que lo “deforman” o “distorsionan” (“distorsión paratáctica”, según la expresión de Sullivan (1953) paralela al concepto de “distorsión transferencial” del freudismo ortodoxo) lo que dará lugar a la ampliación del campo perceptivo con el consiguiente cambio y transformación de las representaciones del self. Levenson (1972, 1983) sostiene que para Sullivan la meta del psicoanálisis era la “expansión del self”, es decir, la ampliación perceptiva y la toma de conciencia del paciente sobre su vida.

Estos patrones de interacción o “patrones ficticios” o “ilusorios” o “patrones yo-tu” (*me-you*), que son fundamentalmente restrictivos de las posibilidades de relacionarse, se generan, según Sullivan, para evitar la situación de angustia o la anticipación de la angustia –lo que hace que hable de angustia de la angustia- y forman parte de las “operaciones de seguridad” del “sistema del self”, ya que ofrecen un sentimiento ilusorio de poder y control sobre la vida. Se sobre-imponen a la relación con los otros reales. Otras operaciones de seguridad para Sullivan son, por ejemplo, la desatención selectiva o la disociación.

Pero centrémonos en estos patrones. Cuando se activan, su dinámica consiste en que frente a nuevas experiencias y/o necesidades que despiertan ansiedad existe una tendencia a permanecer en aquellas áreas de la personalidad que permanece libre de angustia, con la consiguiente deformación necesaria de la experiencia. Estos patrones pueden ser, entre muchos otros:

1. self desamparado/otro como mágico
2. self como víctima/otro tiránico y poderoso
3. Self como especial/otro como admirador
4. Self que muestra/otro audiencia que mira
5. otros

El sistema del self realiza constantes operaciones de seguridad para sacarnos de los “puntos de inseguridad” (angustia) y llevarnos a un terreno familiar y seguro -lo cual perpetua los esquemas patógenos.

En general el sistema del self limita estos patrones cualitativamente a aquellos que son “agradables al yo”, es decir, al “yo bueno”.

2.3.2.1.1.2 Angustia, operaciones de seguridad y cultura

La ansiedad es originada por perturbaciones emocionales de cierto tipo en la persona significativa, es decir, en la persona con la cual la criatura está haciendo algo (Sullivan, 1953, p. 29).

En este sentido se puede decir que la angustia es tomada de los cuidadores por medio de lo que Sullivan denomina “vínculo empático”, tiene un origen exógeno.

Todos nosotros estamos afectados por el hecho de que con mucha anterioridad a lo que nos es posible recordar (...) alcanzamos a comprender bastante de lo que se nos presenta, en primer lugar por el ser materno y después por otras personas que tienen algo que ver con la misión de mantenernos vivos a través del período de nuestra absoluta dependencia. Antes de que (...) les sea posible recordar hecho alguno, aparece en el ser humano la capacidad de padecer una experiencia sumamente displacentera. Esta experiencia es utilizada en diversos grados por todas las culturas para adiestrar al animal humano a fin de que se convierta en una persona más o menos de acuerdo con las prescripciones de esa cultura particular. A esa experiencia displacentera la denomino ansiedad (Sullivan, 1953, p. 28).

Nos gustaría resaltar esta idea: las formas de lidiar con la angustia están al servicio de la socialización, de la adquisición de una cultura determinada,

gracias a lo inespecífico que caracteriza el alivio de la ansiedad. A diferencia de lo que Sullivan describe como necesidades de satisfacción (alimentarias, térmicas, etc), en las que existe una progresiva diferenciación de la respuesta adecuada (dirección de acción) para satisfacerla, la angustia conlleva, como sostiene Sullivan, una “falta de diferenciación en términos de la dirección hacia su alivio por medio de una acción apropiada” (1953, p. 65).

La búsqueda del alivio de la angustia, o sea, la búsqueda de seguridad, se transforma, pues, en un principio motivacional central; usurpa y deforma las situaciones interpersonales, haciendo que las necesidades de satisfacción (otras necesidades) permanezcan periféricas.

Los patrones repetitivos mantienen al paciente dentro del reino de lo familiar, apegado a patrones ficticios que lo protegen de la ansiedad asociada al crecimiento y a las nuevas experiencias.

2.3.2.1.1.3 Indagación detallada y validación consensual

La “indagación detallada” junto con el concepto de “observador participante” serán dos de las contribuciones técnicas más destacadas de la obra de Sullivan (Mitchell, 1997a; Levenson, 1983). La indagación detallada sustituirá, para él, a la asociación libre como método. Se trata, fundamentalmente, de rastrear las secuencias de interacción que permitan clarificar las distorsiones producto de las operaciones de seguridad frente a la ansiedad. Pero, al mismo tiempo, el analista registra su propia participación en el campo y sus consecuencias.

Sullivan parte de la idea de que el lenguaje es extremadamente idiosincrático (no podemos asumir que asignamos el mismo significado a las palabras). Las palabras que las personas usan para describir sus experiencias, particularmente las emocionales, están llenas de significados personales, de supuestos no-examinados, de no atención (desatención) a datos relevantes.

Por lo tanto, para Sullivan, preguntar es central, es un camino hacia los lugares ocultos o no formulados de la experiencia del paciente (Stern, 2003). Se trata de clarificar la experiencia, ya que cuanto más entienda el paciente sus operaciones de seguridad mejor podrá enfrentar los cambios. Y estos cambios que se buscan no son solo de conceptos, sino que, en gran medida, se trata de ampliar la percepción, de ver aquello que no se ha visto, que ha sido desatendido selectivamente, con la consiguiente reestructuración de la situación.

Por otro lado, como dice Levenson, para Sullivan “la “validación consensual” tiene como meta ayudar al paciente a distinguir entre lo que era real y apropiado y lo que no lo era” (Levenson, 1987, p. 62).

El analista es definido por Sullivan como un “experto”. En la cita que viene a continuación Levenson muestra qué entendía Sullivan por ello así como hacia dónde se dirigió en psicoanálisis interpersonal post-clásico que él representa. Afirma Levenson:

Es la formulación de Sullivan de la relación entre el paciente y el terapeuta la que ha sufrido mayores cambios. Tanto la “validación consensual” como la “observación participante” implican mutualidad; no una persona (el terapeuta) corrigiendo a otra persona (el paciente) [...] Sí, por todo ello, Sullivan se dejó a sí mismo fuera de la ecuación. Era la realidad del paciente la que estaba en cuestión y el rol del analista era ayudarlo/la a distinguir lo que era verídico y lo que era distorsión, “distorsión paratóxica”. El analista monitoreaba de muy cerca su propia ansiedad para evitar momento de desatención selectiva que podían comprometer su claridad de visión y de propósito y provocar excesiva ansiedad en el paciente. Pero no estaba en cuestión quién era el terapeuta; el paciente como paciente era definido

por el supuesto de que distorsionaba al terapeuta (Levenson 1992, p.452).

2.3.2.1.2 W. R. D. Fairbairn: una voz solitaria

2.3.2.1.2.1 Su compatibilidad con el psicoanálisis interpersonal

El otro psicoanalista que para Mitchell representa un modelo alternativo al modelo pulsional¹⁷ es Fairbairn. Como hemos señalado en su recorrido biográfico, el encuentro con Fairbairn, mediado por Bernard Friedland, fue un momento clave de su desarrollo profesional. El mundo de la teoría de la relaciones de objeto parecía no ser tan antitético –opuesto- a lo que su formación interpersonal había desarrollado como hábitos de pensamiento. Más bien lo complementaba, extendiendo las posibilidades de comprensión al mundo interno del paciente, mundo interno que tenía en la relación con los otros significativos, vía internalización, su constitución.

La obra de Fairbairn le sirve a Mitchell, por tanto, para ir descubriendo su propia perspectiva clínica y teórica, como una obra-pasaporte hacia nuevas integraciones y espacios de pensamiento. Cuando hablamos de la perspectiva “propia” de Mitchell hablamos, claramente en él, de una perspectiva que es deudora y se quiere deudora de una larga tradición de pensamiento psicoanalítico y de muchos psicoanalistas que fueron sus contemporáneos; vértice propio modelado por múltiples influencias reapropiadas en un ejercicio de autoría sin otra meta que construirse como clínico, como psicoanalista.

El pensamiento de Fairbairn le resulta una continuación natural de su formación interpersonal, de lo no pensado-tematizado por ella. Como un

¹⁷ Sabemos que siempre es delicado hacer referencia a la pulsión. Conocemos bien los fecundos y enriquecedores esfuerzos que parte importante de los psicoanalistas han hecho para recuperar, reformular y transformar, de formas extraordinariamente creativas, la concepción pulsional freudiana. Cito a Laplanche en Francia o a Bleger en Argentina o a Kernberg o Klein en Estados Unidos sólo como ejemplos paradigmáticos. Aún así creo que la críticas que realiza Mitchell a la teoría pulsional, siguiendo al psicoanálisis interpersonal y a Fairbairn, ha poseído y posee una gran vigencia. No podemos en este trabajo desarrollar este tema.

puente, nos dice, en el que poder extender el pensamiento interpersonal hacia las texturas del mundo interno, hacia lo que según usos y costumbres post-freudianas se llama lo intrapsíquico.

Greenberg y Mitchell comienzan el capítulo sobre Fairbairn afirmando:

En una serie de trabajo densos y fértiles escritos a comienzos de los 40' W.R.D. Fairbairn desarrolló una perspectiva teórica que, junto con la "psiquiatría interpersonal" de Sullivan, nos ofrece la expresión más pura y más clara del cambio desde un modelo de estructura pulsional a un modelo de estructura relacional (1983, p. 151).

Los interpersonalistas de la primera generación rompieron pronto con la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA) al no formar parte de la Asociación Psicoanalítica Americana (APsaA). Por ello desarrollaron su comprensión clínica por fuera de la forzadas lealtades al modelo pulsional. Dentro de la IPA, fue justamente Fairbairn quién más clara, temprana y consistentemente confrontó con el núcleo pulsional de la teoría psicoanalítica de entonces. Sus críticas a la teoría de la libido como *pleasure-seeking* (buscadora de placer), su cuestionamiento de la consideración de los impulsos como existiendo per se, fuera de toda estructura psicológica, o su comprensión del mundo interno en términos de multiplicidad de Egos (*selves*, diríamos hoy) o de multiplicidad de relaciones de objeto internas ego-objeto, por no citar más que algunos de sus desarrollos, fueron, sin duda, visionarios.

El primer encuentro de Mitchell con Fairbairn del que tenemos referencia es el programa de doctorado de la NYU, a finales de los 60. Mitchell agradece en diferentes oportunidades a Bernard Friedland, supervisor de entonces, el haberlo introducido a las obras de Fairbairn y de Guntrip (Aron y Altman, comunicación personal).

Friedland es un referente paradigmático de la insatisfacción teórica de algunos psicoanalistas interpersonales de entonces. El problema que se

planteaban algunos psicoanalistas formados en esta tradición en aquellos años era cómo conciliar lo que puede resultarnos útil de la teoría de las relaciones de objeto sin renunciar a ciertos supuestos que son la base de su formación y de su grupo de pertenencia. Friedland lo plantea así de claro en 1978:

Entrar en el mundo interno del paciente y enfrentar datos experiencialmente llamativos requiere de nosotros, inmediatamente, una guía fenomenológica. Tal guía no debe violar nuestros supuestos centrales. [...] es el esquema de Fairbairn (1952) el que yo encuentro que mejor ilumina la fenomenología del mundo interno del paciente y que es consistente con los supuestos básicos interpersonales [...] el esquema es interpersonal en su núcleo y renuncia al instinto. Al abandonar el instinto Fairbairn no abandona lo intrapsíquico. Alejándose de la metapsicología freudiana desarrolla, de hecho, una psicología del self, interpersonal e intrapsíquica (p. 559).

El problema que plantea Friedland lo veremos luego desplegado y enriquecido en todos los sentidos por Mitchell: no abandonar las premisas básicas de la tradición interpersonal, es decir, la centralidad de las relaciones interpersonales en la construcción de la subjetividad y, al mismo tiempo, poder beneficiarse de todos aquellos aspectos de otras teorías psicoanalíticas que puedan ser útiles para explorar el mundo interno, “lo intrapsíquico”, término que durante mucho tiempo para muchos interpersonalistas clásicos significaba teoría de la pulsiones y freudismo.

Como vemos, ya Friedland en 1978 se plantea lo que imaginamos sería el sentir de todo un grupo de gente y, desde luego, de Mitchell, que lo planteará en líneas semejantes, aunque desarrollado a lo largo de sus trabajos, unos años después: que si bien adherían a las premisas básicas de la tradición interpersonal se sentían limitados a la hora de explorar el mundo interno o lo intrapsíquico, espacios que no eran para ellos, como para otros, el lugar de las grandes abstracciones metapsicológicas, sino un lugar que la clínica solicitaba-exigía tener en cuenta una y otra vez.

Como vemos, plantearse el problema del origen y la naturaleza del objeto era un asunto clave para esta articulación. Era una forma primera de desmarcarse de los grupos freudianos de la psicología del yo que dominaban la escena analítica. Plantear, como lo hace Mitchell en su trabajo de 1981, que “Para Fairbairn, el contenido de los objetos internos deriva completamente de los objetos reales, externos, fragmentados y re combinados, seguro, pero derivando siempre de las experiencias del niño con sus padres reales” (Mitchell, 1981c, p. 392), era una forma de establecer ese puente, era, sin lugar a dudas, un lugar de encuentro con la tradición interpersonal políticamente aceptable. Esta afirmación no lo hace incurrir en un ambientalismo ingenuo, sino que lo lleva a proponer la necesidad de una integración crítica de conceptos de fuentes diversas, en este caso de Klein y Fairbairn. Este trabajo de esclarecimiento es considerado por Mitchell como un “prolegomena” de esta tarea, de la tarea de integración teórica que ha sido uno de los motores de su obra.

Esta consideración no le impide a Mitchell extraer sus primeras conclusiones, que serán desarrolladas en años posteriores:

Todos los cuidadores, en virtud de su humanidad, inevitablemente fallan a sus hijos, cada uno en su modo propio. Así, las relaciones de objeto internas, que se refieren tanto a “malos” como “buenos” objetos, se generan a partir tanto de la intensidad de la pasiones infantiles como de la patología de carácter de los padres. Es necesario un enfoque de ambos, tanto padres como hijos, basada en la responsabilidad sin recriminación (culpabilización), que haga posible una visión más equilibrada del origen de la neurosis en la interacción entre las dificultades en el vivir de los padres y en las necesidades infantiles del niño, su comprensión inmadura de la realidad y sus lealtades primitivas (1981c, p. 395).

2.3.2.1.2.2 La libido como buscadora de objetos

Vayamos a uno de los conceptos centrales que Mitchell retoma una y otra vez de la obra de Fairbairn, por su síntesis y centralidad en cuanto al giro que da su pensamiento y que ha sido objeto de polémica.

Sin desconocer la importancia histórica de la teoría de la libido freudiana Fairbairn sostiene:

Sin embargo, parece que hemos alcanzado un punto tal que, en el interés del progreso, la teoría clásica de la libido debe transformarse en una teoría del desarrollo basada esencialmente en las relaciones de objeto (1941/1952, p. 31).

El mismo Fairbairn afirma que podríamos argumentar que su forma de comprender el psicoanálisis deriva de la “del enunciado general que la libido no busca primariamente placer (*pleasure-seeking*) sino que busca objetos (*object-seeking*)” (1946, p. 137).

Este enunciado, como sabemos, generó gran impacto en la comunidad analítica y fue motivo de aislamiento o de desatención en un primer momento y de intensos debates y descalificaciones muchos años después (véase Rodríguez Sutil, 2010). Hoy, como sostienen Sharff y Fairbairn Birtles (1994), puede a veces pasar por un truismo (perogrullada) y tener, paradójicamente, el mismo destino.

Mitchell retoma una y otra vez esta hipótesis central del pensamiento de Fairbairn, y va matizando su comprensión a lo largo de sus trabajos. Esto implica que vaya refiriéndose a ella de diferentes maneras, lo que aunque puede generar cierta confusión mi impresión es que siempre persiguen el mismo objetivo.

En 1981 afirma que en el centro de las contribuciones de Fairbairn se encuentra en la “crítica y reformulación de la teoría psicoanalítica de la

motivación –la teoría pulsional (1981c, p. 385). La crítica es clara, la reformulación menos obvia y menos sujeta a consensos de interpretación. La proposición/tesis de Fairbairn sobre la libido invierte la relación medios/fines: “El placer no es un fin último del impulso, sino un medio para su verdadero fin, las relaciones con los otros” (Mitchell, 1981c, p. 385). Esta inversión es central: el placer, así como otros estados emocionales, tanto de naturaleza placentera como displacentera, devienen modos de estar con el otro, de alcanzarlo, de integrar las relaciones. Cuando hablamos de *object-seeking*, siguiendo a Mitchell, no estamos aludiendo a la presencia o ausencia literal de las figuras parentales o cuidadores primarios.

En 1988, en su penetrante primer libro de autoría personal, sostiene:

Esta inversión de los medios y fines (captado por Fairbairn en el slogan “la libido no busca placer sino objetos”) es crucial. Quién es el otro, qué hace y cómo el otro considera lo que está ocurriendo se hace mucho más importante. El otro no es simplemente un vehículo para gestionar las presiones y estados internos; los intercambios interaccionales y los vínculos con el otro devienen la realidad psicológica fundamental en sí misma (1988b, p. 25).

Por lo tanto otra perspectiva sobre los estados emocionales y un lugar diverso para el otro tanto en los orígenes del sujeto (historia, pasado) como, según veremos más adelante, en la relación actual (presente).

Así se va perfilando lo que será la hipótesis central de lectura de Fairbairn que Mitchell defenderá: este autor no propone una contribución más a la concepción relacional de la mente sino que sugiere un “proyecto relacional radical” (2000c, p. 105). Por supuesto, Mitchell es consciente de que su lectura es también radical, que va a las raíces de lo que entiende era el proyecto central de Fairbairn.

En 1993 frente a las críticas que recibió la publicación de su libro *Conceptos Relacionales en Psicoanálisis* (1988) retoma nuevamente este asunto afirmando que:

Porque no encuentran la pulsiones de Freud en mi perspectiva, Bachant y Richards sienten que he abandonado los conceptos motivacionales. Lo que ellos no comprenden es que considero la búsqueda de objeto, en el sentido de Fairbairn, o las tendencias integradoras interpersonales, en el sentido de Sullivan, como principios motivacionales supraordenados que son poderosamente activos. Yo también pienso que la gente busca placer, poder, ejercer una función, seguridad, y todo otro tipo de cosas. Pero pienso que es más útil, sin embargo, considerar estos motivos, aunque irreductibles, como modelados y estructurados en el contexto de una matriz relacional que provee un sentimiento del self en relación con los otros” (Mitchell, 1993d, p. 463).

Es claro en esta cita que Mitchell no desconoce la variedad de motivos que pueden mover a alguien en su vida. Lo que le interesa, lo que le parece más útil en su comprensión teórico-clínica, es pensar que este conjuntos de motivos que han jerarquizado diferentes autores, lista que podríamos ampliar o reducir en función de las categorías que utilicemos, se estructuran y configuran, se forman, en el contexto de matrices relaciones que le dan su sentido¹⁸.

Por ello, como estrategia conceptual, no le resulta sugerente detenerse en motivos o necesidades estipuladas a priori, según el marco de referencia que el autor posea, sino que prefiere, y sabe que es una elección que para él es clínicamente relevante y útil y no algo “más verdadero”, partir de la relación con el/los otro(s), de este/os encuentros, como pilares para la comprensión de los significados emocionales. La alternativa, partir de determinadas pulsiones

¹⁸ Tal vez en este párrafo sería objetable el uso por parte de Mitchell de la expresión “superordinate motivational principles” ya que años atrás, siguiendo a Eagle (1984), había criticado la idea de motivos supraordenados y, sobre todo, porque como veremos, no delimita bien lo que pretende sostener.

definidas *a priori*, le parece seguir sosteniendo “el mito del hombre abstracto” como su estado natural, para retomar la expresión de José Bleger (1973), y por lo tanto “aislado” del entorno social. Esta comprensión platónico-cartesiana es en diferentes oportunidades cuestionada desde una visión aristotélico-hegeliana del hombre como un zoom politikon.

2.3.2.1.3 Hans Loewald: un freudiano diferente

Hans Loewald (1906-1993) es otro de los grandes héroes intelectuales de Mitchell, otro *outsider*. Si bien es un autor que está presente desde sus primeros trabajos, sólo poco a poco va ocupando un lugar privilegiado. Mitchell nos comenta, en el primer texto publicado sobre su obra de una serie de dos que serán recogidos en su último libro, que:

Aunque me encontré con Loewald sólo una vez y participé con él en una breve correspondencia, estos artículos los he realizado con un espíritu de gratitud hacia un autor que, como me di cuenta lentamente, había devenido uno de mis escritores psicoanalíticos favorito. He encontrado en los trabajos de Loewald, en repetidas lecturas y enseñanzas de los mismos, una fuente inagotable de nueva y elegantes ideas, refinamiento conceptual [...] Loewald luchaba, por delante de sus contemporáneos, con asuntos que siguen siendo algunos de los espinosos problemas que enfrenta la teorización psicoanalítica hoy. Recorriendo el pensamiento de Loewald y la razón de las elecciones que realiza ayudan a aclarar/enfocar el asunto e informa la elecciones que estamos confrontados a hacer nosotros hoy, tanto en la teoría como en la práctica clínica (Mitchell, 1998b, p. 828).

Por lo tanto, actualidad de Loewald para Mitchell: pensar y retomar sus trabajos es una forma de articular y dar razón, también, de la elecciones que debemos realizar hoy. Por otro lado, comenta:

Como todas las ideas de Loewald se desarrollaron en el contexto de su amor por Freud y de su lectura extremadamente idiosincrásica y creativa de la obra de Freud, leer a Loewald me lleva a releer y reconsiderar la obra de Freud. Encuentro este tipo de vuelta atrás continua como probablemente la mejor modo tanto para preservar como para revitalizar la tradiciones (2004, p. 537).

Hans Loewald es una psicoanalista difícil de ubicar, escapa a cualquier clasificación psicoanalítica estándar. Nace en Alemania, estudia allí filosofía y tiene como referente y maestro a Martín Heidegger, con el cual experimenta una enorme traición personal cuando este adhiere al nacional-socialismo. El impacto que esto genera en Loewald, nos comenta Lear (2000, p. ix), lo lleva a reencausar su vida hacia los estudios de medicina hasta el momento en que tiene que huir de Alemania en 1933. Pasa primero por Italia y llega a los EE.UU. en 1939, donde trabaja en diversos hospitales hasta instalarse en 1950 New Haven, Connecticut, para colaborar en la fundación del Western New England Institute for Psychoanalysis y trabajar el resto de su vida en la práctica privada.

La obra de Loewald ha despertado desde un comienzo tantas pasiones que un autor como Lawrence Friedman ha hablado de “El Fenómeno Loewald” (1996). Marginalizado durante mucho tiempo, bajo la forma más insidiosa de marginalización, citarlo sin leerlo, la obra de Loewald ha recibido con el tiempo múltiples interpretaciones, de admiradores y detractores, y ha sido alabada y cuestionada por los mismo motivos. Para algunos, Loewald es quién “humaniza” la teoría, quién “libera el eros del analista trabajando” o quién “infunde vida en el aparato del ego y calidez en la energías neutralizadas” (Friedman, 1996, p. 671). Otros admiradores ven también en él un hermeneuta de primera hora. Sus detractores llaman a esto sentimentalismo, infantilización o influencia personal, tres elementos que no forman parte de lo que el psicoanálisis “clásico” entendía como propiamente psicoanalítico. Para ellos, según comenta Lear, Loewald “pone de pie a Freud sobre su cabeza” (Lear, 2000, p. xi). También recaía sobre él la sospecha de

una corriente de interpersonalismo subterránea, ya que trabajó en los comienzos con Sullivan y Fromm-Reichman en Baltimore (Mitchell and Black, 1995, p. 186). Si bien en sus artículos, ya que solo fue eso lo que escribió a lo largo de cuarenta años, mantiene una terminología freudiana, muchos autores no dudan de la influencia que este renombrado y poco comprendido psicoanalista, según Mitchell (1998), tuvo de los interpersonalistas (sobre todo de la Washington School) (Friedman, 1996, 2008). Muchas veces ha sido considerado como quién articula, en lenguaje freudiano, una teoría de la relaciones de objeto en los EE.UU.

La influencia y/o jerarquización de la relaciones interpersonales queda reflejado en diferentes asuntos que serán objeto de la atención de Mitchell: su particular versión de la teoría pulsional freudiana -que se asienta en una consolidación interactiva-, sus novedades en cuanto a la teoría de origen de la diferenciación ego-objeto, o ego-realidad (Loewald 1951), su reformulación de los procesos primario y secundarios, sus aportes sobre el lenguaje o, por sólo citar algunos asuntos, su original articulación entre fantasía y realidad.

Además, Mitchell recalca desde el comienzo que la lectura que Loewald hace de Freud es siempre consciente de los deslizamientos de significado que realiza en relación a la interpretación “clásica” y la califica, en diversas oportunidades, de lectura imaginativa (1993c, 1998, 2000). Imaginativo no es usado por Mitchell, por supuesto, en términos peyorativos sino para referirse al aspecto pudorosamente creativo de su obra. Loewald reconocía explícitamente la diferencia entre las lecturas más imaginativas de Freud de la más tradicionales. Refiriendo lo dicho por un psicoanalista clásico contemporáneo Mitchell habla de que “la tendencia de Loewald a vestir sus nuevas ideas con la terminología de Freud facilita que el lector informal pierda de vista lo revolucionaria que es la visión de Loewald” (Mitchell, 1993d, p. 473). O en otro lado (1998e) señala como muchas veces en su lectura no sabemos cuanto de lo que dice es Freud y cuanto son sus propias ideas. También Friedman, tomando a contrapelo el mismo argumento, comenta “¿pero quién es capaz o está preparado para decir que la cuidadosa exégesis que Loewald hace de la teoría freudiano no es plausible?” (Friedman, 1996,

p. 672)

Whitebook, por su lado, afirma:

El Freud que emerge de las interpretaciones de Loewald no es “el Freud de las autoridades freudianas de sus días” –de hecho, tampoco es “Freud como Freud se entendió a sí mismo” (Mitchell, 2000c, p. 32). La coherentes deformaciones de Loewald (Castoriadis, 1984, p. 132) de los términos básicos de Freud de hecho suponen una dimensión parricida-iconoclastica en su obra¹⁹ (Whitebook, 2004, p. 99).

Esta referencia al parricidio es central en la articulación que Loewald hace del Edipo como “a loving murder” (“un asesinato amoroso”), como lo llama Ogden (2006, p. 655), como un complejo proceso de emancipación.

Dentro de las reformulaciones que Loewald realiza de la obra de Freud está su manera particular de entender la pulsión; si bien “Loewald mantiene el término ‘pulsión’ (como lo hace Winnicott) deriva la organización y el significado de ese término de las interacciones con los otros” (Mitchell, 1993d, p. 474). Para el “radical interaccionismo de Loewald” (Mitchell and Black, 1995, p. 189), Freud realmente desarrolló dos teorías sobre la pulsiones: antes de 1920 y después. Antes de 1920 las pulsiones buscaban, según lo entiende Loewald, descargarse, es decir, reducir su montante energético y la tensión del aparato psíquico. Esta comprensión era deudora del imaginario maquínico e hidráulico del siglo XIX, la máquina (el psiquismo) como transformador de energía, el paradigma mecanicista según Levenson (1972). Mientras que a partir de 1920, de la introducción del segundo dualismo pulsional Eros-pulsión de muerte en “Más allá del principio del

¹⁹ “Parricide involves a revolt against parental authority and parental claims to authorship of the child. That revolt involves not a ceremonious passing of the baton from one generation to the next, but a murder in which a sacred bond is severed. The child's breaking of the sacred bond to the parents does not represent a fearful response to the threat of bodily mutilation (castration), but a passionate assertion of the ‘active urge for emancipation’ (p. 389) from the parents” (Ogden 2006, p. 655).

placer”, Freud afirma que lo que busca Eros es conexión, un ligarse a los objetos; busca al objeto no para la descarga sino para establecer experiencias de mayor complejidad.

Otro elemento que nos gustaría resaltar de este autor, retomado por Mitchell, es la visión que Loewald tiene de la mente como un fenómeno temporal que tiene diferentes niveles de organización que conviven sin sustituirse y, si todo va bien, se encuentran articulados dándole profundidad a la experiencia. Es la forma que tiene Loewald de reformular los conceptos de proceso primario y proceso secundario de Freud. Para él son, fundamentalmente, diferentes niveles de desarrollo, diferentes niveles de diferenciación y de organización que perduran a lo largo de la vida.

Dice Mitchell:

Es crucial comprender que Loewald no considera la experiencia de indiferenciación como ilusoria o menos “real”. Es tan real como la distinciones diferenciadoras esenciales para vivir de forma adaptativa en la realidad convencional. No son sólo fases del desarrollo; son modos de experiencia colindantes/contiguas/coincidentes (Mitchell, 1998, p. 843 / 2000, p. 19).

Por último nos gustaría resaltar el énfasis que Loewald ha puesto, desde los años 60’, en considerar al analista como un “objeto nuevo” (1960, p. 18), en la línea de Fairbairn, y en hacer una lectura de la idea de Freud de la transferencia positiva que enfatiza el aspecto de “investidura de objeto” y no sólo su aspecto de “transferencia de relaciones con objetos infantiles” (Loewald, 1960, p. 27). Esta lectura lo lleva a considerar que:

Sabemos tanto por la experiencia analítica como por la vida que lo nuevos borbotones/chorros de desarrollo del self pueden ser conectados íntimamente con esos redescubrimientos “regresivos” de uno mismo como pueden ocurrir a través del establecimiento de

nuevas relaciones de objeto, y esto significa: nuevo descubrimiento de los 'objetos'. Digo nuevo descubrimiento de los objetos y no descubrimiento de nuevos objetos, porque la esencia de esas nuevas relaciones de objeto es la oportunidad que ofrecen de redescubrir los caminos tempranos del desarrollo de la relaciones de objeto, que llevan a un nuevo modo de relacionarse con los objetos al mismo tiempo que de ser y relacionarse con uno mismo. Este nuevo descubrimiento de sí mismo y de los objetos, esta reorganización del ego y los objetos, es posible por el encuentro con un 'nuevo objeto' que tiene que poseer ciertas cualificaciones para promover el proceso (1960, p. 18).

Loewald piensa que el sesgo teórico de ver al psiquismo como un sistema cerrado “parece ser la razón específica [...de] porque esas interacciones no solo no eran observadas sino que frecuentemente eran desmentidas” (Loewald, 1960, p. 17). Retoma así Loewald, al igual que lo hizo en su momento Fairbairn, la crítica a la comprensión del psiquismo como un sistema cerrado, que conlleva la comprensión del analista como un espejo que refleja y no, como afirma Loewald, como un “co-actor del escenario analítico en el cual el desarrollo infantil, que culmina en la neurosis infantil, es rescenificado y reactivado en el desarrollo, cristalización y resolución de la neurosis de transferencia” (1960, p. 17).

2.3.2.2 Después de los años setenta

2.3.2.2.1 Edgar Levenson: el psicoanálisis interpersonal postclásico

The gap between what is done and what can be known and said about what is done is the epistemological dilemma (Levenson, 1983, p.5)²⁰.

²⁰ “El dilema epistemológico es la brecha que hay entre lo que ocurre y lo que se puede conocer o decir sobre lo que ocurre” (Levenson, 1983, p.5).

2.3.2.2.1.1 Una presencia fuerte y escurridiza

Introducir la figura de Edgar A. Levenson a un público con poco acceso a sus trabajos no es tarea sencilla. Levenson se escurre en cuanto uno lo quiere apresar, es un hombre de márgenes, habitante lúcido de lo no dicho, de lo omitido, de lo que no encaja, un buscador infatigable de fisuras, de inconsistencias y de supuestos inadvertidos de los discursos establecidos. Márgenes, por supuesto, del psicoanálisis “oficial” de la IPA –como lo fueron muchos interpersonalistas hasta hace relativamente poco- pero también márgenes dentro de su propio grupo de pertenencia (*William Alanson White Institute*) ya que, como los átomos de Heisenberg, nunca está allí donde se lo busca: si determinamos su posición en el espacio no sabemos su velocidad y si determinamos su velocidad desconocemos dónde está.

Es, podríamos decir, un gran talmudista, un escriba de los márgenes e interprete de la *letra* que, para él, no es otra que la del proceso analítico o la praxis analítica misma.

Hace suyo un chiste que parece que Erich Fromm solía contar con frecuencia: dos rabinos se encontraban como es habitual discutiendo un aspecto de la ley judía (*halajá*) y uno de los rabinos le dice al otro: “Lo que dios quería decir era...”. A lo que el otro rabino responde: “No, no, no... lo que dios quería decir era...”. En un momento se oye el sonido de un trueno, se abre el cielo y se escucha una voz que dice: “Lo que yo quería decir era...”. Y uno de los rabinos rápidamente dice: “De ninguna manera, Ud. ya tuvo su oportunidad!” (Levenson 2001; 2005, p. 620).

Este chiste refleja un espíritu saludablemente irreverente que Levenson transmite una y otra vez. Letra e interpretación, pero nunca interpretación

revelada y autoritaria de la letra. Perspectivas, diálogos, debates: allí reside una capacidad humana inalienable. Frente a la verdad revelada, las perspectivas singulares.

Dice de él Jay Greenberg quién, al igual que Mitchell y casi al mismo tiempo, realizó su formación en el Willian Alanson White Institut en la época en que Levenson venía de publicar su primer libro, *The fallacy of Understanding* (1972)²¹ y dirigía los servicios clínicos de dicha institución:

Entre los analistas, Edgar Levenson (1972, 1983) ha sido el más persistente, articulado y crítico radical de las teorizaciones convencionales. Trabajando con material clínico Levenson es un brillante deconstructivista. Demuestra de una forma arrolladora cómo los compromisos teóricos del analista en su práctica sesgan su comprensión y deforman su consideración del diálogo analítico [...] Esto lo sitúa bien en el papel de persona molesta (non-grata, tábano, gaftly). Disecciona los encuentros clínicos magistralmente, señalando supuestos implícitos, provocando, siempre interrogando lo que ha sido desatendido. Para el teórico así como para el clínico que él es la pregunta (o tal vez el preguntar) es siempre más interesante que la respuesta (1987, p. 690).

²¹ Como anécdota que refleja bien una época y sus debates es señalable que este libro, cuya traducción literal sería “La falacia de la comprensión” y que es un exponente fuerte del psicoanálisis interpersonal norteamericano, fue traducido en la Argentina, en 1974 –época de grandes debates políticos e ideológicos– como “Requien por el psicoanálisis”, editorial Kairos. Aquellos que hemos leído este libro, o al menos yo, tengo un sentimiento encontrado en relación a esta traducción: por un lado, indudablemente, es una traducción desacertada por ser excesivamente interpretativa y, fundamentalmente, porque pierde de vista un aspecto central de lo que Levenson plantea y que está contenido y condensado en su título; por otro lado, pienso que hay cierto acierto interpretativo, en ese título efectista, ya que lo que propone Levenson supone un cuestionamiento fuerte del modo a-crítico epistemologicamente de abordar la clínica. Esta preocupación también se encuentra en Bleger (1958) cuando propone que la reflexión epistemológica debía ser un momento necesario de la “práxis” psicoanalítica.

Donnel Stern afirma que si bien muchos han señalado su condición de hombre molesto²² -cosa que también Levenson disfruta ser- es, matiza Stern, “un tábano con agenda, a *Puck with a purpose*²³” (2005, p. xiii). Esta condición no es sólo, pues, la expresión de un temperamento sino que refleja, como veremos, una forma consistente de encarar su trabajo clínico y su concepción del psicoanálisis.

Mitchell, por su lado, lo ubica de esta manera: “El enfoque interpersonal tomó un giro importante en los 60’ entrando en lo que podríamos pensar como su fase post-clásica, ilustrada de la manera más clara en la obra de Edgar Levenson” (1997, p. 87). O también: “La influencia dominante en aquellos años en el White era Edgar Levenson, quien transformó y modernizó mucho la teoría interpersonal en su actual énfasis en los fenómenos transferenciales-contratransferenciales” (2004, p. 532).

Levenson, sin duda, fue una gran influencia en el pensamiento de Mitchell, así lo refiere Aron (1996, p. 41). Tal y como Philip Bromberg²⁴, utilizando el concepto de Harold Bloom de “*misprision*” (Bloom, 1973, p. 19) (“equivoco” o “equivoco poético”) o el de “malaleectura creativa” (en la que poetas y pensadores malinterpretaban no intencionalmente a sus predecesores creando, de este modo, un espacio imaginativo-creativo para su propio pensamiento), afirma que igual que la obra de Levenson puede ser considerada una “malaleectura creativa” de la obra de Sullivan, la suya era una “malaleectura creativa” de la obra de Levenson (citado por Foehl, 2008, p. 1256). Por nuestra parte pensamos que muchas veces el pensamiento de Mitchell también puede ser considerado, en aspectos sustantivos, una “malaleectura creativa” de Levenson o, como también refiere Harold Bloom, un *clinamen* (Bloom, 1973, p. 19) de su obra, es decir, una desviación azarosa,

²² Aguijón, tábano, *gadfly*, como ya se ha descrito en la cita de Greenberg (1987)

²³ Puck es el nombre propio de un personaje de Shakespeare, un espíritu maligno y juguetón que tiene sin embargo intenciones claras.... La definición Puck en el diccionario: A *mischievous* –travieso- *sprite* en el folklore inglés. De hecho “*A Puck with a purpose*” es un poco eso: estar en la interface de lo lúdico y de lo serio, juguetón pero con intención...(Comunicación personal de Anne-Marie Smith Di Biasio)

²⁴ Véase el capítulo de Carlos Rodríguez Sutil dedicado a Bromberg en A. Ávila (2013). *La tradición interpersonal*. Madrid:: Ágora Relacional.

un deslizamiento azaroso (no voluntario) e inevitable de muchas cuestiones apuntadas o sugeridas en la obra de Levenson. Por supuesto, no sólo de Levenson como estamos viendo.

2.3.2.2.1.2 Replanteamiento perspectivista

Levenson trata de realizar en el psicoanálisis un “replanteamiento perspectivista”:

Nada [...] puede comprenderse fuera de su tiempo y su lugar, de sus nexos de relaciones. Es una falacia epistemológica pensar que nos podemos situar fuera de lo que observamos u observar sin distorsión lo que es ajeno a nuestra propia experiencia (1972, p. 8).

...cada visión del mundo es una cierta perspectiva de una realidad desconocida, vista a través de los lentes de categorías humanas, culturales y lingüísticas (1972, p. 34).

Esas “lentes de categorías” humanas no puede dejar de evocar, en un lector informado filosóficamente, lo que Kant postulara en su día como “condiciones a priori del entendimiento”, es decir, condiciones universales que preexisten a nuestra aprehensión del mundo o de la realidad. Levenson cita a Kant pero, inmediatamente, nos aleja de él ya que su pensamiento está atravesado por el concepto de “paradigma” de Kuhn y el concepto de “episteme” de Foucault, y esto lo lleva a pensar que esas lentes categoriales no son universales sino que son construcciones históricas-sociales dentro de las cuales habitamos y en las cuales pensamos el mundo y nos pensamos.

“Una nueva decisión epistemológica se nos impone” afirma Levenson en 1972 (p. 56). Esta nueva “decisión” implicaba un nuevo modo de organizar y percibir la realidad clínica. “Nuestro ojo ha cambiado” (1972, p. 56) y este cambió o “decisión epistemológica” es lo que llamará “orientación perspectivista”. Levenson sabe bien que este nuevo modo de ver las cosas

no se puede demostrar, puesto que organiza “el mismo conjunto de datos experienciales” (1972, p. 55) que el modo tradicional de hacerlo y toda demostración de ese cambio entraría en el “paradigma” que trata de dejar atrás.

Por otro lado, aunque de la mano con su posición perspectivista, otro aspecto central de su obra consiste en que, como muchos otros interpersonalistas de la segunda generación, se desprende de la idea del analista como experto en el sentido sullivaneano y extiende el principio participativo (Mitchell, 1997, p. 87) más allá de la propuesta inicial de Sullivan. En esta línea Benjamin Wolstein –otro miembro destacado de esta segunda generación- planteó que el terapeuta, como observador participante, es también un “participante observado” (Levenson, 1972, p. 192).

2.3.2.2.2 Irwin Z. Hoffman: epistemología y clínica

2.3.2.2.2.1 Consideraciones generales

Cuenta Mitchell:

En los 80', tuve el privilegio de conocer a Merton Gill y a Irwin Z. Hoffman, y cada uno de ellos ha tenido un amplio impacto en mi tanto personal como profesionalmente. La lucidez, capacidad de ser incisivo e integridad intelectual de Gill se convirtieron, para mi, en ideales, y la honesta brutalidad de Irwin así como su constante investigación de las ambigüedades de la participación del analista en el proceso analítico me llevaron a caminos que no siempre estaba feliz de recorrer pero en los que siempre encontraba una recompensa (2004, p. 537).

Merton Gill es un psicoanalista que ha formado parte tanto de los que hemos agrupado como antes de los 70', como de aquellos que se desarrollaron después. A pesar de su gran impacto en el psicoanálisis, antes de los 70

como uno de los representantes más lúcidos de la psicología psicoanalítica del yo y, después de lo 70, en su apertura y viraje hacia la adopción de posturas más interpersonales-, de ser un puente de enorme interés entre ambas tradiciones, no lo tomaremos como referencia en este trabajo ya que pensamos que no tiene el mismo grado de influencia en el pensamiento de Mitchell que los otros autores que hemos desarrollado.

Por su parte Hoffman, que comienza su carrera trabajando junto con Gill a finales de lo 70' y vive con él el giro hacia una posición más interpersonal, sí nos parece merecer un lugar entre las influencia contemporáneas de Mitchell porque, por un lado, así lo reconoce este último y, por otro, pensamos que en muchos aspectos el diálogo entre ellos ha sido de enorme importancia para el desarrollo de ambos pensamientos.

En la contraportada del libro que Hoffman publica en 1998, *Ritual and Spontaneity in the Psychoanalytic Process*, que es una recopilación de trabajos de los últimos 15 años, Mitchell comenta:

En las dos décadas pasadas, Irwin Z. Hoffman ha sido uno de los más influyentes y fértiles pensadores de la escena psicoanalítica y una figura central en el amplio cambio paradigmático del psicoanálisis clásico a un psicoanálisis congruente con nuestro tiempo (Mitchell en Hoffman, 1998, contraportada).

En su libro Hoffman muestra el trabajo de un psicoanalista que, poco a poco, va delineando los aspectos centrales de su contribución a una visión del psicoanálisis en la que la participación del analista en el proceso analítico se encuentra íntimamente ligada a su comprensión epistemológica, constructivista dialéctica en este caso, del mismo. Hoffman ubica su desarrollo del constructivismo en línea con el “constructivismo crítico” de Mahoney y diferenciándose, como lo hace este, del “constructivismo radical” de von Glaserfeld (Hoffman, 1998, p. 21).

Ya Mitchell en 1993 señala que de las tres respuestas que han habido a la crisis del estatuto del conocimiento en psicoanálisis, la empírica, la fenomenológica y la constructivista, sólo esta última nos permite articular la dimensión fundamentalmente ambigua de la experiencia humana con su necesidad de ser organizada para ser comprendida. Sin descartar las otras dos en lo que pueden tener de enriquecedoras, la visión constructivista nos permite integrar interacción, participación y apertura.

2.3.2.2.2 Constructivismo

La visión constructivista de Hoffman, a diferencia de las visiones constructivistas de Schafer (1976, 1983) y Spence (1982, 1993) dentro del psicoanálisis, no sólo pondrá el acento en cómo las teorías modelan nuestra participación sino que también, y esto es lo fundamentalmente diferenciador, en cómo la contratransferencia y la subjetividad del analista están inevitablemente implicadas. Como afirma Mitchell “Hoffman se centra en la participación no intencional del analista (y a menudo inconsciente” (1993, p. 59).

Esta comprensión de la participación del analista y del tipo de conocimiento que lo acredita, como Hoffman lo señala en repetidas ocasiones, no lo lleva a la parálisis dubitativa como analista frente a lo incierto de su acción –parálisis basada en presupuestos positivistas- sino a que la acción, es decir, la respuesta del analista a una determinada situación, es una elección que supone una compleja combinación de factores –de contextos, como él dice- y que siempre incluye y debemos presuponer “un contexto de ignorancia de los contextos” (Hoffman, 1998, p. 76) como elemento inherente a la misma²⁵.

Esto lo lleva a volver una y otra vez a desmitificar la idea de un analista que se pretenda transparente a sí mismo, sea porque considere que su participación no tiene impacto en el despliegue de la transferencia, sea porque crea que tiene un acceso directo a su contratransferencia –retorno

²⁵ A mi amigo y colega José Llanos le gusta llamar a esto el “principio de ignorancia” (comunicación personal)

inesperado del analista pantalla-, sea porque piensa que puede acceder a la subjetividad del otro de modo tal que la emergencia de su subjetividad es sólo comprendida como falla de su función –sea como falla neurótica en el psicoanálisis clásico sea como falla necesaria aunque óptima en las perspectivas del desarrollo.

Como señala Mitchell: “El método analítico no es arqueológico y reconstructivo; no expone simplemente lo que está ahí. El método analítico es constructivo y sintético; organiza lo que esté allí –sea lo que sea- en patrones aportados por el método mismo” (1993, p. 56). Y no lo organiza de cualquier modo –como bien lo señala Hoffman en el libro cuando diferencia lo ambiguo de lo amorfo.

Pienso que la contribución de Hoffman en el plano de articulación de la epistemología y la clínica ha sido una de sus aportaciones más ricas en este aspecto²⁶ (tal vez junto con las de D.B. Stern), así como su reflexión en torno a esa convergencia sinuosa entre la perspectiva psicoanalítica y la perspectiva existencial en un sentido amplio, como se ve en el texto cuando enfatiza que trabajamos en tiempo real, con elecciones reales, con salidas inciertas, y que en el proceso analítico, a diferencia del baloncesto, no hay “tiempos muertos” (time out). (Todos sabemos que podemos modificar un poco esta metáfora y decir que en el baloncesto, incluso los tiempos muertos, forman parte del partido).

Tendremos oportunidad de citar a Hoffman en diferentes oportunidades a lo largo del trabajo.

²⁶ José Bleger, hace mucho tiempo, afirmó que la epistemología debía ser “un momento de la praxis psicoanalítica” (1958, p. 17)

Capítulo 3:

Principales contribuciones a la teoría psicoanalítica

3.1 Estrategias conceptuales y políticas para enfrentar los cambios en el pensamiento psicoanalítico

En reiteradas ocasiones a lo largo de su obra Mitchell plantea que fue central en la historia del psicoanálisis cuestionarse qué hacer con el legado de Freud, tal vez un equivalente al actual pensar como situarse frente a la heterogeneidad que caracteriza al psicoanálisis contemporáneo. Tomaremos brevemente estos dos asuntos.

3.1.1 El legado de Freud

Para abordar la cuestión de qué hacer con el legado de Freud, Mitchell explícitamente sostiene que prescinde de interpretaciones psicológicas, ya que estas podrían ir en direcciones opuestas según los intereses racionalizadores de quién la realice, y opta por una comprensión en términos de estrategias conceptuales y políticas. Plantea que han existido tres grandes estrategias que permitieron afrontar este asunto (1983, 1988):

1. De acomodación
2. Mixtas
3. De alternativa radical

3.1.1.1 La necesidad de continuidad y lo políticamente correcto

1. **La estrategia de acomodación** se caracteriza, por un lado, por la búsqueda de continuidad con las premisas de base del modelo freudiano, las cuales Mitchell hace girar en torno de la teoría pulsional, como posición motivacional central, aunque ya se comienza a enfatizar el rol fundamental de las relaciones tempranas (Hartmann, Jacobson,

Malher, entre otros); y, por otro, por la reinterpretación constante de la obra de Freud, que mantiene la continuidad a costa de atribuirle, incesantemente, los nuevos significados que los autores en cuestión pretenden sostener, sin un claro reconocimiento de dicha reformulación (el ejemplo paradigmático de esto es el primer período de la obra de J. Lacan en Europa y ciertas lecturas de la psicología del psicoanalítica del yo en EE.UU.). El problema, por supuesto, no es la reformulación en sí misma, sino su encubrimiento. De hecho, esta actitud ha llevado a grandes confusiones y a transformar ciertos términos-conceptos en una suerte de contraseña de pertenencia, principalmente como respuesta a una necesidad política.

2. **La estrategia mixta** consiste en yuxtaponer los modelos, el modelo pulsional y el modelo relacional, partiendo del supuesto de que cada uno da cuenta mejor de un momento del desarrollo, lo que muchas veces va unido a cierta/s área/s de la psicopatología –en general las correlaciones se establecen entre trastornos de las relaciones tempranas y patología severa (esquizoide en el ámbito británico, narcisista en el norteamericano) y trastorno en el nivel edípico-pulsional y patología neurótica. Esta estrategia se esfuerza por mostrar la continuidad entre los nuevos desarrollos y la obra de Freud a través de una suerte de complementariedad en dónde se redistribuyen y/o delimitan los nuevos terrenos o los previamente existentes –psicopatológicos, técnicos, clasificatorios– sosteniendo un progreso por sumatoria sin ninguna revisión crítica explícita –sea esto por convicción o por política. Esta estrategia permite, por un lado, no abandonar el modelo pulsional y, por otro, no pretender hacerlo dar cuenta del conjunto de las manifestaciones clínicas y lograr circunscribir un área de aportes fundamentales por fuera del debate político. Entre los autores más representativos de esta estrategia podemos citar a Winnicott y a Kohut –sabemos que ambos, al final de

sus días, fueron progresivamente ampliando sus contribuciones hasta englobar la totalidad de los fenómenos²⁷.

3.1.1.2 Riesgos de exclusión y heurística de la discontinuidad

3. **La estrategia de alternativa radical** propone modificar las premisas de base del modelo freudiano –premisas que Mitchell entiende como el marco referencial sobre el cual asentar la construcción teórica. Este tema de los ‘presupuestos básicos’ lo trataremos en el apartado “la elección del *container*”. Esta tercera estrategia ubica en el centro de la construcción teórica a las relaciones con lo otros, no como una motivación discreta entre otras, sino como una dimensión constitutiva de la experiencia humana dentro de la cual otras dimensiones como la sexualidad, la agresión, la culpa, entre otras, cobrarán su sentido. Mitchell considera a Sullivan y a Fairbairn como ejemplos paradigmáticos de esta estrategia. Destacará también, en diferentes momentos de su obra, lo radical de la alternativa que plantea Fairbairn al invertir la relación medios-fines en su concepto de la libido como “buscadora de objetos”. Como ya hemos señalado en el capítulo anterior: no buscamos el placer o un determinado estado emocional, sino que por medio de dicha experiencia emocional reconstruimos y/o mantenemos una determinada relación de objeto. Como se infiere, desde esta perspectiva se abandona la teoría pulsional como motivación central en favor de la jerarquización de las relaciones - internas y externas, reales y fantaseadas, pasadas y presentes- como fenómeno primario y motor de la experiencia. Es con esta última estrategia con la que podemos identificar al pensamiento de Mitchell.

²⁷ Es curioso a este respecto como Winnicott en una reseña sobre los aportes de Fairbairn, realizada junto con Masud Khan en 1953, muestra cierto reparo frente a sus propuestas, mientras que luego, en 1969, hacia el final de su obra, sostiene que Fairbairn hacía tiempo que había captado lo fundamental. Sostiene allí: “...reconozco que coincidí con lo declarado por Fairbairn en 1944: la teoría psicoanalítica está poniendo el acento en la satisfacción de las mociones a expensas de lo que él llamó ‘búsqueda de objeto’. Porque entonces Fairbairn, como yo ahora, estaba transitando los senderos en los que la teoría psicoanalítica debe ser desarrollada o modificada, si el analista se propone enfrentar los fenómenos esquizoides en el tratamiento de pacientes” (Winnicott, 1969/1989, p. 256).

3.1.2 Heterogeneidad actual del psicoanálisis

Pensemos ahora en la heterogeneidad del psicoanálisis, algo que desde hace unas décadas podemos constatar en los EEUU –y en otras latitudes. Esta crisis de los “consensos”, como la hemos llamado, nos exige aceptar, según Mitchell, los cambios que en las últimas décadas vienen asentándose en el panorama intelectual, sobre todo en el ámbito de la filosofía del conocimiento (epistemología), de las teorías de género y de la investigación sistemática.

Considera que ha habido dos estrategias centrales que han prevalecido para enfrentar esa heterogeneidad: en primer lugar, las ortodoxias -del autor que sea- es decir, la adopción de una única teoría que excluye a todas las otras, unificación forzada por una lealtad incondicional, y, en segundo lugar, los eclecticismos, es decir, aceptar todas la teorías en el más amplio ecumenismo y falta de articulación crítica.

Cada una de el estas estrategias tiene sus ventajas y desventajas. Las ortodoxias, es decir, la idea de que sólo existe un camino psicoanalítico (“el mío”, como dice la canción de Sabina en relación a la religión “verdadera”), tiene la ventaja de ofrecer simplicidad e identidad en la alienación del propio pensamiento; su desventaja, es que pierda la riqueza del campo disciplinar. En cuanto al eclecticismo, es decir, la idea según la cual todas las teorías son útiles dependiendo del paciente o del momento clínico, tiene la ventaja de acceder a diferentes pensamientos pero deja en el camino todo rigor conceptual y, por lo tanto, clínico.

Frente a estas actitudes Mitchell propone la necesidad de una integración crítica de los aportes y contribuciones de las diferentes teorías y tradiciones que han enriquecido la indagación analítica, teniendo en cuenta sus convergencias y compatibilidades, sus divergencias excluyentes y su capacidad de contrabalancearse o corregirse en los énfasis excesivos. Es decir, resalta la importancia “correctora” que unas teorías tienen sobre las otras (1988, 1997, 1999).

3.2 Elección del “container”²⁸: ¿Por qué hay necesidad de elegir un marco de trabajo?

En 1988 Mitchell plantea que un vértice para comprender la historia del psicoanálisis es hacerlo como si ella fuese una serie de alternativas al dilema conceptual que Freud enfrentó en 1923: datos clínicos saturados de relaciones con los otros y un marco conceptual que relega las relaciones a un rol de mediación y/o secundario. Hacía ya tiempo que Michael Balint (1949) había planteado claramente este problema: el psicoanálisis arrastra una ‘hipoteca fisiológica’²⁹ en la construcción de sus modelos teóricos cuando la experiencia clínica nos advierte de la centralidad de la relaciones de objeto; la teoría ha quedado rezagada frente a los desarrollos en la técnica como espacio de experiencia.

Según Mitchell, al inventar Freud el psicoanálisis no sólo creó un conjunto de ideas o una forma de cura sino, fundamentalmente, “un tipo de experiencia que nunca antes existió” (Mitchell, 1996, p. 166). Piensa que no es desmerecer los logros de Freud sugerir que el dispositivo que él inventó posee un poder que sólo aproximadamente pudo imaginar. A través de las asociaciones Freud lleva a los pacientes, desde los síntomas a sus contextos de origen, y se encuentra con la intensidad de los fenómenos de transferencia y resistencia. La teoría de la sexualidad, la teoría pulsional, las recomendaciones técnicas, todo devino parte, sostiene Mitchell, de la “artesanía conceptual que Freud desarrolló para navegar las traicioneras aguas de la experiencia psicoanalítica” (1997a, p. 34). Mitchell no duda que

²⁸ Este término es de traducción difícil. Pueden usarse varios términos –contenedor, recipiente, etc. Hemos preferido dejarlo en inglés ya que lo que pretende es matizar la idea de marco de trabajo.

²⁹ La metáfora de la hipoteca, tan cotidianamente actual en España, me pertenece. La idea de Balint se refiere a la impronta de la fisiología en la construcción teórica psicoanalítica y a la necesidad de que la teoría se actualizase a partir de una reflexión sobre la técnica. Me parece sugerente la idea de hipoteca ya que pienso que estamos, como disciplina, bastante endeudados. Otra gran hipoteca que tenemos a la hora de pensar la situación y el proceso analítico es la que suelo denominar “la hipoteca del resto diurno” (especialmente en su definición de 1900 en la teoría del sueño). Creo que hace ya tiempo viene cuestionándose esta idea pero, como sostiene José Luis Romero en su concepto de “mentalidad grupal”, ella permanece en estado poco elaborado, descolorida, aunque operativa, ya que “rige el sistema de la conducta del grupo social” analítico. “Son operativas, vigentes: actúan” (1987/1999). Esta definición hace necesario que mantengamos siempre la guardia alta con nosotros mismos ya que participamos de ella y se filtra en las más sutiles expresiones de nuestros intercambios clínicos cotidianos.

este sistema de ideas, método, recomendaciones técnicas y terapéutica funcionara para toda una época y esto explica, en parte, la perdurabilidad de sus ideas en la historia del psicoanálisis. Sin embargo las explicaciones de Freud que funcionaron convincentemente en sus días “ya no funcionan para nosotros, y tenemos una gran dificultad para aceptarlo del todo” (Mitchell, 1996, p. 168).

Desde sus trabajos más tempranos con J. Greenberg (1983), Mitchell plantea la necesidad de realizar una elección sobre aquello que consideramos primario en nuestra construcción de un modelo teórico. Tenemos la necesidad de elegir sobre qué supuestos basamos nuestro enfoque. Greenberg y Mitchell consideran que existen dos grandes modelos o marcos de referencia tanto para reflexionar sobre la historia del psicoanálisis como sobre sus desarrollos en la actualidad. Se refieren básicamente a dos marcos de trabajo: el que considera como fenómeno primario a la pulsión y el que considera como fenómeno primario a las relaciones. Como vimos, para Mitchell la actitud aparentemente conciliadora y tolerante que plantea ‘por qué elegir si podemos mantener ambos supuestos’, conlleva una elección previa, la de una estrategia conceptual mixta. Al enfrentar estas argumentaciones plantea que el problema no es de índole moral, que este no reside en la tolerancia, sino en cómo edificamos nuestros modelos –y él es consciente de que su propuesta sólo es una elección posible entre otras.

Afirma:

Creo que Fairbairn (como Sullivan) se orientaron hacia un modo diferente de comprender la naturaleza de los seres humanos, como fundamentalmente social: no como algo que entra en interacción sino como incrustado [embedded] desde el vamos en una matriz interactiva con los otros como su estado natural (Mitchell, 2000c, p. 105).

Esta idea presupone que el individuo no es la unidad de estudio más apropiada para estudiar al hombre en su ‘estado natural’, sino que el hombre

‘es’ en la interacción, ‘es’ en el vínculo, y no busca la interacción por y/o para determinado propósito o necesidad³⁰.

Si los conceptos son pensados como conceptos y no como partes de la naturaleza, si establecemos una diferencia clara entre modelos y realidad, entonces se hace necesaria una elección a la hora de organizar los datos o *insights* clínicos que las diferentes tradiciones teóricas han realizado. Mitchell (1999) sostiene que los marcos de trabajo son como ‘*containers*’ (contenedores) de ideas clínicas; piensa que si bien no podemos mezclar los ‘*containers*’ porque “sus presupuestos básicos son mutuamente excluyentes”, sí es posible reubicar (pasar) algún contenido, clínico o técnico, de un container a otro. Ambos supuestos de base no aluden a diferentes áreas de experiencia, son propuestas de organización del conjunto de datos clínicos³¹.

En una entrevista, en la que el entrevistador trata constantemente de hacerle decir a Mitchell que él no puede dejar de tomar los cánones científicos más habituales, Mitchell responde:

No soy un hermeneuta hasta el punto de decir “olviden la ciencia”. Pero la metodología científica te ofrece nuevos datos, no pruebas conclusivas. Cada uno organizamos muchas influencias diferentes, incluidas las que han sido generadas por la ciencia, para hacer una elección entre estos dos modelos. Por ello pienso que es relevante [lo que aporta la ciencia] pero no la plataforma definitiva sobre la cual los modelos son juzgados (Mitchell, 2000a, p. 118).

En esta línea podemos tomar los procesos de crianza dentro de una determinada familia como una analogía interesante –y profundamente relacional- de cómo en nuestro proceso formativo como psicoanalistas vamos generando lealtades, cegueras, conflictos de lealtades, aceptaciones acríticas

³⁰ Tomamos la idea de Winnicott “No existe nada que podemos llamar infante” (1960) como síntesis aforística de esta propuesta, con la que expresa la idea de que el bebé es inconcebible sin una madre que lo sostenga.

³¹ Podemos tomar, para los fines de este trabajo, la noción de “dato clínico” en su nivel más consensualmente descriptivo.

de determinados supuestos acerca de cómo es el mundo, de cómo hemos vivido a ese mundo dentro de nuestra “familia teórica”, de cómo la necesidad de pertenencia organiza también estas miradas. Y, finalmente, cómo conocer nuevas “familias”, nuevas “culturas”, permite un trabajo productivo de cuestionamiento, relativización crítica, reubicación de lo ya conocido, y muchos de los procesos que hoy tendemos a englobar bajo el concepto de desidentificación o, mejor aún, de ampliación de las identificaciones con incidencia en el sistema identificador -por medio de la corrección mutua, delimitación y contrapeso, en el sentido que lo plantean R. Stolorow (1999) y H. Bleichmar (1997)-, es decir, no se trata tanto de desinscribir algo inscrito sino de generar una nueva inscripción que abra nuevas posibilidades de reorganización.

Mitchell sostendrá:

Por razones que he elaborado en otra parte (Greenberg & Mitchell, 1983; Mitchell, 1988), no pienso que sea de gran ayuda el simplemente elegir trozos de teorías, extraerlas de su contexto conceptual y unir las a la fuerza. El choque entre diferentes teorías a menudo señala algún problema conceptualmente importante que necesita ser pensado y elaborado, no pasado por alto. Por consiguiente, una de nuestras necesidades más apremiantes en este momento es la de un marco de trabajo conceptual comprehensivo para pensar la interacción analítica (1995d, p.66).

Y defenderá la idea de que dicho marco de trabajo debería ser un “modelo relacional que incluya la dimensión intrapsíquica y la interpersonal, que albergue las contribuciones de cada tradición, al tiempo que elimine sus limitaciones y restricciones artificiales” (Mitchell, 1997a, p. 10). Finalmente, en su último libro publicado en vida, afirmará:

El marco de trabajo que empleo está basado en la premisa de que las mentes humanas interactúan de muchos modos diferentes, y que la variedad de conceptos relacionales difundidos en la reciente literatura analítica se comprende mejor no como representando teorías que compiten sino ocupándose de diferentes y entrelazadas dimensiones de la relacionalidad³² (2000, p. XV).

3.3 Dos grandes modelos que atraviesan la historia del psicoanálisis: el modelo estructural-pulsional y el modelo estructural-relacional

No estoy diciendo que la elección entre el modelo pulsional o el relacional sea a cara o cruz. Pienso que el modelo relacional es mejor; no pienso que sea el “correcto”. El modo en el que pienso sobre esto está influenciado por Richard Rorty. Preguntar si una teoría o un concepto es correcto o incorrecto no es útil. No puede probarse de un modo definitivo. La pregunta más útil es ¿qué razones tenemos para creer esto y no esto otro? Pienso que tenemos muy buenas razones para creer en la teoría de la evolución; no pienso que tengamos muy buenas razones para creer en el creacionismo, que para mí es un absurdo. Lo mismo es válido para el modelo relacional comparado con la teoría pulsional. Pienso que la teoría pulsional es anacrónica; no pienso que sea Incorrecta, con una I mayúscula³³ (Mitchell, 2000a, p. 118).

En 1983, como hemos visto, Jay Greenberg y Stephen A. Mitchell publican *Object Relations in Psychoanalytic Theory* cuya hipótesis central es la idea de que la historia del psicoanálisis ha estado atravesada por la presencia de dos grandes-amplios modelos antitéticos en sus supuestos básicos: el modelo

³² Traducimos la expresión de Mitchell “Relationality” por “Relacionalidad”.

³³ Continúa este párrafo un poco más adelante: “El éxito del giro relacional en el psicoanálisis se debe, fundamentalmente, al hecho de que es más útil. Explica a la gente mejor a sí misma –tanto a clínicos como a pacientes. También es más consistente con una amplia gama de movimientos en otras disciplinas intelectuales” (Mitchell, 2000a, p. 118).

pulsional y el modelo relacional o, como también allí los llaman, el modelo pulsional/estructural (o de estructura pulsional) y el modelo relacional/estructural (o de estructura relacional). Esta segunda expresión incluye la idea de estructura que ellos refieren como: “¿Cuáles son las “estructuras”, los patrones, el “stuff” (relleno), del que está compuesta la personalidad?” (1983, p. 19).

Otra aclaración que nos resulta útil. El concepto de “modelo” Greenberg y Mitchell lo derivan, *sui generis*, del concepto de “paradigma” de Thomas Kuhn (1962) y de la revisión que el mismo Kuhn realiza de su concepto (Kuhn, 1977). Digo que la derivación es *sui generis* no a modo de descalificación sino porque su intención no es hacer un desarrollo sistemático del mismo sino usarlo para tomar de él la idea de que las comunidades científicas comparten muchos tipos complejos de creencias y “compromisos cognitivos” (Kuhn citado por Greenberg y Mitchell, 1983, p. 18) Dentro de los diferentes tipos de herramientas conceptuales que se emplean dentro de la “matriz disciplinar” (reformulación que Kuhn realiza de su concepto de paradigma) para explicar los fenómenos, existen diferentes tipos de modelos. Muchos de esos modelos, cuyo rol es central y dominante, se convierten en un “marco de trabajo de orientación y creencia, sirviendo como “objetos de compromiso metafísico...”(Kuhn, 1977, p. 298)” (Greenberg y Mitchell, 1983, p. 18). Es a esto a lo que pretenden referirse cuando usan el concepto de modelo dentro de la teoría psicoanalítica, modelos en torno a los cuales ésta se organiza, y cuando piensan que un importante “cambio de paradigma” se viene dando de diversas formas. Por el uso y abuso de la idea de “paradigma” en los 80’-90’, que la ha transformado en un término “cliché”, Mitchell prefiere hablar posteriormente de “un amplio cambio” (2004, p. 533). Hoy en día en el psicoanálisis relacional contemporáneo se usa la expresión *sea change*³⁴

³⁴ La expresión *sea change* se encuentra en Shakespeare, en *La Tempestad* (además es citada por Arendt en su homenaje a Benjamin). Es lo que dice Ariel a Ferdinand, quién está en duelo por la muerte de su padre. Es interesante poner esta cita en relación con la metáfora de Loewald del que hemos usado para referirnos a Freud.

ARIEL [sings]:

Full fathom five thy father lies;

para hacer referencia a este movimiento (Aron, 2005; Berman, 2001; Orfanos, 2002).

Señalan Greenberg y Mitchell, por otro lado, que su uso del concepto de modelo se diferencia de otros usos que en psicoanálisis se han hecho del mismo, como Gedo y Goldberg (1973), ya que estos últimos piensan los modelos como un simple modo de “categorización de los datos clínicos” (1983, p. 19n) dentro de una teoría. Estos autores hablan de los diferentes modelos freudianos, haciendo equivaler los modelos al concepto de tópica (topográfico y estructural) al que suman otros modelos como el arco reflejo y el de la psicología del self.

Greenberg y Mitchell piensan que este uso

... presupone que estos son simplemente categorías observacionales, neutras, independientes de toda premisa teórica [...] Los diferentes modelos que caracterizan al pensamiento psicoanalítico no son simplemente ideas-concepciones organizacionales, sino que reflejan diferentes concepciones de la realidad. Ellos no pueden ser significativamente combinados en una única teoría (1983, p. 20n).

Esta es la elección que ellos están planteando. Gedo y Goldberg eran discípulos de Kohut en el momento en que éste último seguía tratando de articular una estrategia conceptual mixta.

Tal vez el concepto de “compromisos metafísicos” suena muy fuerte y abstracto; la expresión “compromisos cognitivos” nos resulta más interesante, siempre y cuando los pensemos como supuestos inadvertidos (inadvertidos

Of his bones are coral made;
Those are pearls that were his eyes:
Nothing of him that doth fade
But doth suffer a sea-change
Into something rich and strange.

Acto 1, Escena 2, The Tempest, Ariel's song
(Comunicación personal de Anne-Marie Di Biasio)

como supuestos) que organizan nuestro modo de organizar/construir la realidad³⁵. Recapitulando aquellos años Mitchell afirma:

Queríamos mostrar que un amplio cambio (en esos días, paradigma no era aún un término cliché) había tenido lugar en las décadas precedentes de pensamiento psicoanalítico –de la comprensión de la mente como construida a partir de pulsiones y defensas a una comprensión de la mente como construida por configuraciones relacionales. Tratamos de demostrar las diferentes estrategias de lidiar con este cambio –de la más conservadora estrategia de acomodación (en la psicología del yo freudiana) a estrategias más radicales como claras alternativas (la teoría interpersonal y la teoría de las relaciones objetales de Fairbairn) (2004, p. 533)

Ambos modelos trataron y tratan, a su manera, de dar cuenta de la centralidad clínica de la relaciones con los otros (tanto externos como internos) y del conjunto de la experiencia clínica.

Muchos grandes psicoanalistas hicieron valiosas contribuciones al modelo relacional recurriendo a diversas estrategias, como hemos visto, algunas de ellas para “no sacar los pies del plato” psicoanalítico –o definido como tal a partir de la jerarquización de la teoría pulsional- y otras en clara confrontación.

Los interpersonalistas de la primera generación tuvieron facilitada la vía de la reformulación teórica ya que muy pronto rompieron, como hemos dicho en el capítulo anterior, con el psicoanálisis organizado (IPA-ApsaA). Este alejamiento también llevó al enfrentamiento y a la consecuente radicalización de sus posiciones y al encierro identitario. Esto les permitió, sin duda, desarrollar una comprensión clínica fuera de las forzadas lealtades al modelo

³⁵ Recuerdo un día haber escuchado a Rafael Paz hablar de la necesidad de diferenciar en psicoanálisis los mecanismos de funcionamiento del psiquismo, que las diferentes teorías postulan, de las antropologías latentes que conllevan. No creo que esto sea posible, pero me gusta la idea de “antropologías latentes”.

pulsional³⁶ pero no sin lealtades, lo que a su vez los llevó a cierto empobrecimiento.

Dentro de la IPA la situación era más delicada. Fue Fairbairn quién de la forma más clara, temprana y consistentemente, confrontó con el núcleo pulsional de la teoría psicoanalítica de entonces. Sus críticas a la teoría de la libido como “pleasure-seeking” y su concepción de la libido como “object-seeking” supusieron un fuerte enfrentamiento teórico que quedó bastante diluido dentro de la gran lucha que la Sociedad Psicoanalítica Británica estaba teniendo en ese momento entre Kleinianos y Anna Freudianos, falta de impacto a la que colaboró el relativo aislamiento de Fairbairn en Edimburgo.

Los primeros interpersonalistas, que eran un conjunto heterogéneo, compartían la convicción de que la teoría clásica de las pulsiones, tal como había sido formulada por Freud y sus discípulos, era un fundamento erróneo para comprender la naturaleza de la experiencia humana y sus “dificultades en el vivir” –como solía aludir Sullivan a la psicopatología. Para ellos, la teoría pulsional ofrecía un punto de partida o fundamento equivocado ya que toma a la persona aislada como primer sustrato o entidad la cual, secundariamente, se relaciona. Por otro lado, la teoría clásica también minimizaba el impacto del contexto social y cultural en la conformación de la personalidad. No hay que confundir, afirman elocuentemente Greenberg y Mitchell, el énfasis que estos autores ponen en los aspecto socio-culturales de la construcción de la subjetividad con el hecho de que desconozcan que la experiencia humana está atravesada de fuertes y profundas “pasiones”. Dicen: “El contenido de estas pasiones y conflictos, sin embargo, no se comprende como derivados del empuje y regulación pulsional sino de las cambiantes y conflictivas

³⁶ Siempre es delicado en un marco europeo o latinoamericano hacer referencia a la pulsión. Conocemos bien los fecundos y enriquecedores esfuerzos que parte importante de los psicoanalistas que habitan estas latitudes han hecho para recuperar, reformular, y transformar de formas extraordinariamente creativas la concepción pulsional freudiana. Cito a Laplanche en Francia o a Bleger en Argentina sólo como ejemplos paradigmáticos. Aún así creo que la crítica que realiza Mitchell a la teoría pulsional, siguiendo al psicoanálisis interpersonal y a Fairbairn, posee también cierta vigencia en estos ámbitos. En este trabajo no podemos desarrollar este tema.

configuraciones compuestas por relaciones entre el self y el otro, real e imaginario” (Greenberg y Mitchell, 1983, p. 80).

3.3.1 Crítica del concepto de pulsión como fundamento de la vida psíquica

Mitchell parte de lo que, creemos, hoy ya es evidente: la complejidad de la obra freudiana. Como sabemos, el pensamiento de Freud se fue desarrollando a lo largo de los años, fue realizando cambios cruciales y es un absurdo, piensa Mitchell, tratar de extraer de la multiplicidad de sus enunciados teóricos una única y “verdadera” teoría freudiana –como vimos antes- ya que hay muchas posibilidades de organizar dicha obra. Jean Laplanche, un gran exegeta freudiano, sostenía que era necesario junto con “poner a trabajar” la obra de Freud realizar elecciones a la hora de situarnos (Laplanche, 1987, 1992). Mitchell piensa (lo que comparte con Jay Greenberg, 1983, 1991), y esta es su hipótesis de lectura fuerte, que la teoría pulsional, una vez constituida y establecida como tal, se convierte en un núcleo teórico duro del pensamiento freudiano, el cual nunca es abandonado. La teoría pulsional supone una visión particular de la naturaleza del hombre - y del animal como veremos- y, por lo tanto, de la comprensión de la experiencia humana.

Greenberg y Mitchell piensan que podríamos dividir la obra de Freud en tres grandes fases o momentos (Greenberg y Mitchell, 1983, p. 25); si bien reconocen que esta división es altamente esquemática, les sirve para resaltar el núcleo de su hipótesis de lectura. Nosotros retomamos este esquema ampliando las referencias.

3.3.2.2 Freud: desarrollo del núcleo teórico y acomodación

3.3.2.2.1 De 1890 a 1905

En una primera fase, que va de 1890 a 1905, Freud desarrolla toda una serie

de conceptos que todavía no están marcados por la teoría pulsional: la etiología sexual de la neurosis, su modelo de la defensa, una teoría de los afectos –y una proto-teoría de la angustia que retomará en 1926 (Freud, 1894, 1896), una teoría del origen traumático de las neurosis –teoría de la seducción traumática- y, finalmente, por sólo citar algunos temas relevantes, un modelo del deseo en *La interpretación de los sueños* (1900). Sabemos que en estos años Freud renuncia en privado, en una carta a Fliess de 1897, la famosa carta 69, a la teoría de la seducción traumática constatando su desilusión en la resolución de los casos y la improbabilidad de que tantos padres fuesen abusadores. “Ya no creo más en mi ‘neurótica’” (1897/1982b), sentencia y construye, a continuación, una idea que permanecerá doblemente en la historia del pensamiento psicoanalítico; dice también en esa carta: “en lo inconsciente no existe un signo de realidad, de suerte que no se puede distinguir la verdad de la ficción investida con afecto” (1897/1982b, p. 301); es decir, ausencia de signo de realidad en el inconsciente y esbozos de una teoría de la fantasía. Para concluir, le confiesa a Fliess:

Sin duda no lo contaré en Dan, ni hablaré de ello en Ascalón, en la tierra de los filisteos³⁷; pero, ante ti y ante mí mismo tengo, en verdad, más el sentimiento de un triunfo que el de una derrota (lo cual, empero, no es correcto) (1897/1982b, p. 302).

Años más tarde, en su *Presentación Autobiográfica* (1925) afirmará sobre este momento:

Cuando me sosegué, extraje de mi experiencia las conclusiones correctas, a saber, que los síntomas neuróticos no se anudaban de manera directa a vivencias efectivamente reales, sino a fantasías de deseo, y que para la neurosis valía más la realidad psíquica que la

³⁷ Nos comenta Strachey que esta referencia de Freud alude a Samuel, 1:20 y que no es “Dan” sino “Gat” la ciudad: «No lo anunciéis en Gat, no lo divulgéis por las calles de Ascalón; que no se regocijen las hijas de los filisteos, no salten de gozo las hijas de los incircuncisos» (Nota de Strachey, en el volumen XX de las obras completas, Amorrrortu, p. 302).

material (1925/1979, p. 33).

Mitchell reconoce y señala en este momento de la obra de Freud, en este giro, ventajas y desventajas. Las ventajas, indudables, fueron todo el desarrollo posterior y el edificio teórico que esta jerarquización de la fantasía, de la “realidad psíquica” (es decir, de la fantasía como un tipo de realidad para Freud) le permitió a Freud articular; la desventaja fue sin duda el abandono de las fuentes interpersonales en el origen de la vida psíquica (y de la patología), es decir, el abandono del papel del otro (del objeto, en términos psicoanalíticos clásicos) en el origen de lo psíquico. Autores como Jean Laplanche (1987) también percibieron esta desventaja, lo que lo llevó a desarrollar lo que él ha denominado “Nuevos fundamentos” para el psicoanálisis, nuevos fundamentos que tienen su origen en una generalización de la teoría de la seducción, es decir, del papel del otro en el origen.

Hasta este momento, la fuente de la excitación estaba en las impresiones externas, en la seducción padecida (“seducción arcaica” en la terminología de Laplanche), seducción traumática por haber despertado *demasiado intensamente*, y *demasiado pronto*, la excitación –el demasiado y el demasiado pronto que Freud enfatiza en diversos lugares es central para su comprensión del rol patógeno de una sexualidad que no puede ser tramitada psíquicamente, trauma que queda, como él sostiene, como núcleo de “un grupo psíquico separado” (Freud, 1894/1981b) –primeras aproximaciones al inconsciente- que sólo retroactivamente – *Nachträglichkeit*, *après-coup*- está en el origen de la patología (“Las histéricas sufren de reminiscencias”, Freud, 1893/1982a). Después de la renuncia a la teoría de la seducción traumática como explicación general de las neurosis (aclaro, por las dudas, que esto no excluye para Freud la existencia de abusos y sus efectos), vuelve nuevamente a plantearse el problema del origen de la excitación. “La teoría de la pulsión fue la solución” (1988b, p. 69), según Mitchell, a este replanteamiento. Su origen no es externo sino interno, “no proviene de impresiones de afuera sino de expresiones de dentro” (Mitchell, 1988b, p. 70). *Tres ensayos de teoría sexual* (1905) constituye, por excelencia, la obra de este vuelco, de este giro, su presentación formal y pública. No

desarrollaremos aquí sus pormenores, que son muchos, sino que nos centraremos en el cambio de perspectiva que el concepto de pulsión implicó en diferentes planos. Como Freud refiere antes, la “realidad psíquica” cobra un valor que deja en un muy segundo plano la realidad material o interpersonal –como hemos subrayado. Este énfasis, reiteramos, fue el origen de un desarrollo extraordinariamente rico y complejo de ideas y conceptos a la vez que, para Mitchell (y otros, entre ellos Laplanche), el origen de un gran malentendido en cuanto al origen de lo psíquico y al *fourvoiement biologisant* (extravío biologisante) o *biologisisme* (biologisismo), al decir de Laplanche (1993, 2000), del psicoanálisis³⁸. Por supuesto, Freud no deja totalmente afuera lo que proviene de la experiencia pero cambia en centro de gravitación de la teoría: de la interacciones con los otros a las presiones internas para la descarga, movimiento que, como vemos y veremos, cambia el estatuto del objeto, su naturaleza y función. El objeto pasa a ser una especie de “resto diurno” de la teoría de Freud de los sueños (la de 1900), es decir, un elemento ocasional, azaroso y contingente, preconsciente, que sólo en la medida en que entra en contacto con algo inconsciente –conexión absolutamente extrínseca- queda investido como tal en la medida en que permite al deseo infantil una expresión y/o salida.

3.3.1.1.2 De 1905 a 1910

Por todo esto podemos situar, junto con Greenberg y Mitchell, una segunda fase, que ellos denominan “El advenimiento del modelo de estructura pulsional” (1983, p. 30), que va de 1905 a 1910, en la cual Freud realizará un abandono público de la teoría de la seducción y desarrollará muchos de los conceptos centrales de su teoría pulsional.

Como sostiene Mitchell –y Laplanche- el concepto de pulsión está basado en conceptos propios de la biología del siglo XIX así como del *zeitgeist* en el que

³⁸ Me gustaría aclarar que los paralelos (coincidencia crítica) entre Mitchell y Laplanche se resumen a lo que hemos dicho: su cuestionamiento de la erradicación de lo intersubjetivo en el origen de lo psíquico. Luego, ambos autores van por caminos muy diferentes: Laplanche trata de restablecer el pensamiento freudiano sobre la base de los “nuevos fundamentos” (incluso el concepto de pulsión una vez que ha sido desbiologizado es reformulado) mientras que Mitchell, como veremos, descartará dicho concepto y seguirá otros caminos.

Freud vivió (Holt, 1976; Laplanche, 2000; Mitchell, 1988b, 1990a). Este *zeitgeist*, por supuesto, tiene múltiples aristas. Nosotros resaltaremos sólo algunas: la influencia de Darwin y la concepción de lo “animal”.

La relación entre Freud y Darwin es evocada por Mitchell en múltiples lugares. Como veremos Mitchell entiende que hay dos modos fundamentales en el que la obra de Darwin impactó en el psicoanálisis. Por un lado, en Freud, quién recoge centralmente nuestro linaje animal y, por otro lado, psicoanalistas como Hartmann o Bowlby que enfatizan el concepto de “adaptación”.

Hay una frase de Mitchell que además de parecernos un hallazgo sintetiza de forma excelente uno de los impactos que la obra de Darwin tuvo hacia finales del siglo XIX en los “hijos de la ilustración”, grupo en el que Peter Gay incluye a Freud (Gay, 1987). Dice Mitchell:

La perspectiva evolucionista que Darwin introduce, y que dominó el Zeitgeist científico de la época de Freud, fue una reversión abrupta del pensamiento platónico-cristiano de los siglos anteriores. El hombre no tropezó de arriba, argumenta Darwin, sino que evolucionó gradualmente desde abajo. El hombre no es un ángel caído [...] sino un animal (beast) más o menos refinado (Mitchell, 1988a, p. 487).

Pienso que esta cita es muy clara y nos permite comprender el entusiasmo que estas ideas tuvieron en grandes sectores de la *intelligentsia* europea. Luego retomaremos la idea espacial que éstas imágenes conllevan, lo bajo y lo alto, que, aún habiendo invertido su sentido, marcan un tipo de pensamiento. Venimos de los animales, descendemos de ellos, ellos están íntimamente ligados a nuestras “bajas” pasiones y hay sectores de la vida humana que se transforman en grandes ventanas hacia el pasado no sólo personal sino de la especie.

La reiterada idea de Freud de que la ontogenia reproduce la filogenia forma parte de este espíritu. Según afirma Isaías Berlin, también un compañero de

viaje de Mitchell desde sus estudios universitarios, el historicismo del siglo XIX era una estrategia conceptual frecuente a la hora tratar de comprender/explicar una serie de asuntos. Esta consistía, según Berlin, en encontrar la respuesta al presente en el pasado remoto, en su “prehistoria” (Berlin 1953, p. 11) –como Freud hace una y otra vez; esto ocurría tanto en la biología, en la geología como en otras ciencias naturales. Mitchell piensa que esta combinación entre darwinismo e historicismo tuvieron una influencia decisiva en el pensamiento de Freud, particularmente sobre estos asuntos. Afirma:

De este modo, el sentido que tenía para Freud realmente “explicar” algo estaba fuertemente influenciado por el descubrimiento copernicano de la profundidad del espacio, el descubrimiento geológico de la profundidad del tiempo, y el descubrimiento darwiniano de los ancestros remotos y pre-humanos del hombre (Mitchell 1988a, p. 488).

Además, este origen “bajo” y “prehumano” de las pulsiones permite, de otro modo que el “demasiado intensa” y “demasiado prematuramente” de lo traumático de la sexualidad que hemos referido previamente en la teoría de la seducción traumática, para tratar de comprender y dar cuenta de aquello que de la sexualidad es inasimilable. Como afirma Mitchell:

La sexualidad es difícil de integrar con otras dimensiones de las relaciones interpersonales porque es un vestigio de los orígenes primitivos del hombre, de su tempranos días como pre-civilizado y proto-humano, así como de los ancestros-antepasados en su desarrollo filogenético como especie. Freud considera lo distintivamente humano y especial en la humanidad como un tenue-delgado revestimiento de nuestro núcleo de animal rapaz (ávido), que sólo con gran dificultad mantenemos bajo el control de los motivos civilizados (1988b, p. 74).

La sexualidad es, pues, en esta lectura, un vestigio de nuestros antepasados animales que siempre amenaza las frágiles conquistas de la cultura-civilización. En este sentido, para Freud, la pulsión sexual es primaria y las relaciones con los otros secundarias, un revestimiento, un barniz, una forma de gestionar un atávico vestigio animal.

Otro de los asuntos que Mitchell trata es sobre la “imagen” del animal que reinaba en aquel momento. Para ello se apoya en Peter Gay (1969), quien afirma que Freud hereda diferentes corrientes de pensamiento que estaban presentes en la filosofía de la ilustración: por un lado, una indudable celebración de la cultura y la civilización y, al mismo tiempo, por otro lado, una fascinación con lo “primitivo”, con lo “animal”, muchas veces identificados con una especie de “estado natural”, pre-cultural, que se encontraba más cerca de todo aquello con lo que Freud identifica lo inconsciente: el placer inmediato, la sexualidad irrestricta “liberada de la tiranía de los objetos y de las necesidades sociales, una “naturaleza preservada”, como un zoológico en medio de lo urbano” (Mitchell, 1988b, p. 121). Esto es lo que entiende Mitchell como una “visión romántica de los animales y de los primeros hombres” (Mitchell, 1988b, p. 121). O, como afirma en otro lugar, en homenaje a la obra de Goldstein:

La naturaleza anacrónica de estas expectativas eran notables, más aún porque la “naturaleza animal” misma ha devenido un campo mucho más complejo y controvertido [...] ¿Es la naturaleza animal tan única y transparente? ¿Podemos realmente pretender conocer la “naturaleza animal”? Goldstein nos prevenía contra los peligros del zoomorfismo por el cual tratamos de establecer nuestra propia naturaleza atribuyéndole una arbitrariamente a los “animales” y luego razonando de los más “bajo” a lo más “alto”. Los animales no son tan simples, nos advertía Goldstein; pensando que los comprendemos podemos estar proyectando aspectos de nosotros mismos, usándolos como un espejo distorsionado de un modo que no tiene nada que ver con ellos. Esta fue una advertencia profética porque el estudio contemporáneo del comportamiento animal sugiere que la visión de

Freud de la naturaleza de la sexualidad, aunque distintivamente humana, tiene poco que ver con los animales (Mitchell, 1990a, p. 618).

En ambas ideas hay una concepción-imagen estratificada abajo-arriba (bajo-alto) de la relación entre animalidad y civilización y/o primitivismo y civilización. La teoría de Freud reproduce analógicamente, sostiene Mitchell, la teoría de Darwin: “Así como los más bajos organismos evolucionan en formas de vida más altas, los impulsos sexuales y agresivos se transforman en un gran abanico de actividades humanas civilizadas” (Mitchell, 1988b, p. 73). Para Freud, hemos dicho, esta cualidad atávica de la sexualidad la hace profundamente anti-social, y ya que socializarse es inevitable, somos seres simultáneamente anti y pro sociales, seres compuestos, híbridos, una especie de minotauro: mitad animal y mitad casi angelical (Mitchell, 1988b). La imagen del minotauro refleja bien la cualidad estratificada de este modelo. Sin embargo, sostiene Mitchell, esta visión del organismo humano ha cambiado en las últimas décadas aunque no deja de reconocer que es una forma habitual que tenemos los humanos de pensarnos –una metáfora que capta, como veremos, toda una fenomenología que no hay que perder de vista aunque cambie nuestra forma de entenderla. Ha habido, sostiene, cambios tanto en nuestra manera de entender la relación entre lo biológico y lo social como sobre qué entendemos que es la “naturaleza de la naturaleza” (Mitchell, 2002, p. 65).

En las últimas décadas la relación entre lo biológico y lo social ha cambiado de manera radical, afirma Mitchell (2002, pp. 63-76). No son más estratos en nuestra experiencia o aspectos de ellas, sino que es nuestra misma biología –o naturaleza animal, por llamarla así- la que forma nuestras sociedades y genera cultura. Lo específicamente humano, diferente de nuestros primates, es la formación de relaciones sociales específicamente humanas, grupos culturales y lingüísticos. Mucho de lo que Freud veía como secundario forma parte de nuestra naturaleza. Esta perspectiva, como afirma Mitchell, “no es menos darwiniana que la de Freud, no somos animales primero y luego sociales; somos profunda y enteramente animales sociales” (Mitchell, 2002, p. 66). Como criaturas corporales/sociales que somos, nuestra sexualidad es

desde el comienzo profunda y plenamente tanto cultural como física (Mitchell, 2002, p. 67). Hoy sabemos que cuerpo y cultura (o social o, como decía Sullivan, interpersonal) se influyen mutuamente desde el nacimiento, son creaciones que se dan vida mutuamente. Hablando sobre este tema vuelve Mitchell a tomar la imagen de M. C. Escher que había usado como portada de su libro de 1988, "Drawing Hands", para ilustrar, nuevamente, este modo de ir más allá de las dicotomías y pensar estas articulaciones en términos de "bucles extraños"³⁹. Por ellos habla de la necesidad de ir de la "estratificación a los bucles extraños" (2002, p. 71), salir de la dicotomía natura-nurtura – como hemos visto- que ha marcado la filosofía occidental. También en el campo de la neurobiología –del cerebro- ha habido en las últimas décadas cambios en nuestra concepción de gran calado. Sabemos que la biología no es un paquete que viene completo y que sólo se "liman la aristas" secundariamente por impacto de lo social-cultural. El cerebro del recién nacido, hoy lo sabemos, tiene un desarrollo parcial que se modela de forma notable en su interacción con los otros. Muchos rasgos-características que antes se veían como dados se ven hoy como modelados en la experiencia, incluso lo que se ha llamado "temperamento".

3.3.2.2.3 A partir de 1911

Vayamos ahora al tercer momento de la obra de Freud que Greenberg y Mitchell sitúan a partir de 1911 (1983, p. 25). Su texto, "Los dos principios del funcionamiento psíquico" (Freud, 1911), supone ya para ellos, en la misma obra de Freud, una estrategia conceptual de acomodación. Afirman que Freud comienza a partir de entonces a introducir toda una serie de conceptos "relacionales" que trata de integrar con la teoría pulsional: Identificación, principio de realidad, énfasis en la internalización del objeto, la teoría estructural –particularmente el concepto de superyó- y otros. Una vez constituido el núcleo pulsional de la teoría en 1905, toda futura contribución trata de adecuarse/acomodarse a él.

³⁹ Douglas R. Hofstadter (1992).

Para Mitchell hay un concepto que, en su problemática misma, desafía el modelo pulsional: es el concepto de “identificación primaria” que Freud introduce en 1921. Es un concepto que Freud no desarrolla mucho y, en las pocas referencias que existen, lo hace de forma poco clara. Aún así dicho concepto ha hecho derramar mucha tinta. Su estatuto metapsicológico es ambiguo ya que, justamente, su adjetivación de “primaria” hace que no sea una identificación que derive de una investidura previa del objeto, de su pérdida o a modo de defensa (como en las identificaciones secundarias) sino que es una identificación que se da de entrada, *d’emblée*. Para Mitchell en este concepto habría una “premisa relacional” implícita al plantear una “relación de objeto primaria” (1988, p. 49). Tomar esta identificación-relación de objeto primaria como fundamento hubiera tenido enormes consecuencias en el pensamiento de Freud y alterado su teoría. Haber enfatizado la relación con los objetos como primario le hubiese llevado, piensa Mitchell, en la dirección de un modelo más puramente relacional, como la teoría de las relaciones objetales de Fairbairn (Mitchell, 1988, p. 78; 2000, p. 110) o, podríamos decir también, a la lectura que Loewald hace de Freud (Mitchell, 2000, p. 43). Fairbairn toma la noción de Freud de identificación primaria en 1941 y define su uso así:

Empleo aquí el término ‘identificación primaria’ para significar la investidura de un objeto que aún no ha sido diferenciado de la investidura del sujeto. El término ‘identificación’ sin cualificación es usado a veces en este sentido; pero se usa con más frecuencia para significar el establecimiento de una relación basada en una no-diferenciación con un objeto que ya ha sido diferenciado al menos en alguna medida. Este último tipo de proceso representa revivir el tipo de relación propio de la identificación primaria y debe ser descrito, estrictamente hablando, como ‘identificación secundaria’ (Fairbairn, 1952, p. 34).

Loewald, por su lado, habla de la identificación primaria (o de las identificaciones tempranas) “como no teniendo nada que ver con la privación o la pérdida, sino con una importante cercanía a la que le falta

separación (separatividad) [*separateness*]" (1972/2000, p. 162), como en la intimidad. También Winnicott usa este concepto en la misma línea que estos autores: "El término 'identificación' primaria entraña un ambiente que todavía no se ha diferenciado de lo que será el individuo" (Winnicott, 1958, p.296).

Nos gustaría terminar este apartado recalcando que si bien Mitchell cuestiona el concepto de pulsión no por ello descuida toda la fenomenología que dicho concepto ha podido captar, con sutileza, de nuestra experiencia vital y clínica. Para recuperar esos "insights" clínicos, desde otra perspectiva, Mitchell hablará de la "metáfora del animal" (1988b, 1990a). El problema, para él, no es tanto el uso de determinadas metáforas para captar dimensiones de la experiencia sino su reificación, su transformación en entidades que operan detrás de las relaciones con los otros y tratan de explicarlas. La metáfora del animal (o de la bestia, con una traducción literal que tiene también su atractivo ya que condensa la imagen de lo animal que venimos describiendo como formando parte del bagaje epocal de Freud), nos permite simbolizar nuestra relación y sentimientos con los otros, con nosotros mismos, y para muchos asuntos tiene una gran capacidad evocativa ("una fuerza me ha llevado", "me salió de adentro", "algo me cegó", etc.). Lo animal/bestial, como metáfora, capta muchas veces muy bien ciertas formas de experimentar el deseo sexual (sea que es lo que siento dentro de mí, sea que lo inhibo porque es lo que temo sentir, etc). Para Mitchell experimentarse a uno mismo como animal es casi universal. Lo que se pregunta es: ¿por qué esta imagen es tan atractiva?, ¿por qué es una metáfora tan común para representarnos a nosotros mismos y a los otros? (1988b, p. 119). Piensa que en nuestra visión romántica de los animales estos no se preocupan por la otra persona, usan al otro sin ningún tipo de afecto añadido –algo que hoy sería bastante discutible-, los explotan "inhumanamente". Verse como animal tiene diferentes usos. Dice Mitchell que representarnos como animales es "un modo de sacarse de encima las restricciones de la relaciones de objeto, es *despersonalizar* al otro –a veces como un modo de alcanzarlo más plenamente, otras veces como un modo de escapar de sus reclamos" (Mitchell, 1988b, p. 119); también puede usarse, sostiene, para desentenderse de los significados relacionales conflictivos que puede

conllevar la experiencia. Escapar a la complacencia, al sentimiento de culpa vinculado a la actividad sexual y/u otro estado afectivo, puede generar el deseo de ser “animal”, de representarse tal. También refiere cierto tipos de inhibiciones sexuales en la que alguien no se siente libre de “usar” al otro al servicio de las propias pasiones, de perderse en las propias sensaciones, ritmos, etc (Mitchell, 1988b, p. 120). En la experiencia tan común de la pérdida de interés sexual en la intimidad, Mitchell evoca las reflexiones de Masud Khan sobre la dificultad de integrar la sexualidad con la intimidad no tanto por aburrimiento, y menos aún por injerencias de una sexualidad atávica, sino por inhibición, por no poder relacionarse con el otro a la vez como sujeto y como objeto (Mitchell, 1988b, p. 98). También, afirma que “nos sentimos más cómodos pensando en el animal-bestia *dentro* de nosotros que en el animal-bestia que a veces *somos* nosotros” (Mitchell, 2002a, p. 84).

Revisando y cuestionando los interesantes aportes que ciertos teóricos como George Klein, Robert Holt y Roy Schafer –freudianos revisionistas- realizaron en los años 70’ tratando de desprenderse de la metapsicología freudiana – sobre todo del concepto de pulsión y de la perspectiva económica- Mitchell comenta lo siguiente:

Tal como yo lo veo, remover un componente tan esencial de la visión de Freud como es el concepto de pulsión no altera fundamentalmente la teoría, sino que crea un vacío explicativo que necesita cubrirse de algún modo. Si la sexualidad no es un empuje poderoso, peligroso y pre-constituido desde dentro sino una respuesta o acción dentro de un contexto interactivo, la sexualidad se convierte en una función, en una expresión de la matriz relacional (Mitchell, 1988b, p. 89).

3.3.2 La relación como fundamento de la vida psíquica: la emergencia del modelo relacional

Afirma Mitchell en 1999:

Jay Greenberg y yo introdujimos el término “relacional” en su uso corriente en 1983 como una cuidadosa elección de un término puente. Un argumento central en Object Relations in Psychoanalytic Theory fue que un paradigma amplio y comprensivo, alternativo a la teoría clásica de la pulsión había surgido en diferentes escuelas no-clásicas, particularmente en el psicoanálisis interpersonal y en la teoría de la relaciones de objeto. El término “relacional” fue deliberadamente elegido para subrayar el vínculo entre relaciones interpersonales y relaciones de objeto internas (Mitchell, 1999a, p. 355).

La cuidadosa elección del término “relacional”, como señala Mitchell, le permite, por un lado, evitar la idea de “objeto” que era rechazada en los círculos del interpersonalismo clásico y, a su vez, por su amplitud, le posibilita ensanchar el concepto de campo interpersonal dejando la puerta abierta, como dice, para pensar también en relaciones internas, con otros internos (presencias internas). Este concepto-puente, formulado en 1983, va cobrando consistencia con el tiempo y comienza a definir a un amplio grupo de psicoanalistas que comparten una sensibilidad común acerca de cierto tipo de cuestiones clínicas así como de la necesidad de desprenderse de ciertas limitaciones fruto de lo que hemos llamado la “era de las confrontaciones”. Se comienza a construir ese “grupo intermedio” o “independiente” norteamericano -como sostuvo Spezzano (1995, p. 27).

Mitchell sostiene que lo que en un principio intenta al proponer un modelo “relacional” es crear un amplio marco en el que puedan integrarse tanto lo que ellos –con Greenberg- consideran su más claros representantes, Fairbairn y Sullivan, como todas aquellas otras teorías que seguían ligadas al modelo pulsional freudiano, pero que lo fueron ensanchando (con mayor o menor fortuna y coherencia) -las que Mitchell denomina estrategias de acomodación y mixta- para incluir una serie de aspectos relevantes que la clínica les exigía.

O sea, que uno de los primeros objetivos de Greenberg y Mitchell era describir un grupo de teóricos que aunque nunca se hubiesen definido a sí

misimos como “relacionales” y no hubiesen visto qué los unía con los otros, harían, sin embargo, importantes contribuciones que iban en ese sentido. Como eruditos e historiadores del desarrollo de la teoría psicoanalítica, intentaron categorizar, en 1983, lo que retrospectivamente se ha denominado el “giro relacional” en psicoanálisis.

Según Greenberg y Mitchell el primero en hacer este movimiento fue el mismo Freud. Formularlo así puede parecer contradictorio o hasta provocativo pero lo que los autores desean resaltar es cómo la obra de Freud fue “acomodándose” a sí misma a partir de la década de 1911. Según ellos, Freud establece el núcleo pulsional de la teoría en 1905 al que nunca renunció. Pero la ampliación creciente del tipo de clínica y el desarrollo teórico lo llevaron a “acomodarse” a ese núcleo pulsional, es decir, hubo toda una serie de ideas e intuiciones clínicas y teóricas, a veces de forma explícita y otras en “estado práctico”, que hicieron que fuera el mismo Freud el primero en extender y hacer muchas veces difícil la integración de sus nuevos aportes con el modelo pulsional-económico que venía sosteniendo. Nos referimos, sin ninguna pretensión de ser exhaustivos y con todo lo esquemático que puede ser una enumeración no argumentada, a muchas de sus originales propuestas en “Introducción del narcisismo” (1914), “Duelo y melancolía” (1917) –texto capital como origen de los desarrollos sobre el mundo de objetos y las relaciones de objeto internas-, “Psicología de las masas y análisis del yo” (1921) o sus desarrollos sobre la psicología del yo y del superyó a partir de 1923.

Pero hubo otros autores, dentro del psicoanálisis pertenecientes a la IPA, que según ellos realizaron contribuciones centrales para la ampliación de los “conceptos relacionales”. Me refiero a Melanie Klein, D. W. Winnicott, Fairbairn, H. Kohut, Michael Balint y muchos otros.

En muchos de estos desarrollos se pasará de comprender al hombre como un cuerpo pulsional a-social que entra en contacto con los otros a comprenderlo, fundamentalmente, como formando parte de tramas relacionales, en la que los otros (reales y/o imaginarios, presentes y/o

pasados) juegan un papel central y primario en la construcción de la subjetividad o del mundo interno así como de su realidad actual.

Desde esta perspectiva, la “adhesividad” de la libido freudiana no es una anomalía patológica sino que “refleja, justamente, la verdadera naturaleza de las relaciones interpersonales tempranas” (Mitchell, 1988b, p. 92-93).

Para el teórico relacional, plantea Mitchell, la gente lucha por establecer relaciones con los otros: desde los esfuerzos más tempranos del *infans* por alcanzar a sus padres a los esfuerzos constantes que realizamos en la vida adulta para consolidar relaciones de intimidad seguras y significativas.

El trabajo clínico cotidiano muestra que la vida de la gente está llena de otros (o, para decirlo más correctamente, de otros en relación a uno o de uno en relación a otros): padres y/o madres inaccesibles (del modo particular, en cada situación, en que esta inaccesibilidad se haga concretamente presente) con hijos que se sienten aislados, abandonados o inferiores, etc., padres y/o madres sobreprotectores con hijos que se sienten inseguros, débiles o lo que fuera, padres y/o madres que será necesario compartir y que traerán todos los sentimientos que el psicoanálisis clásico ha descrito una y otra vez, (rivalidad, celos, traición, etc.), padres y/o madres con los que nos relacionamos ambivalentemente así como ellos lo hacen con nosotros; otros abrumados, muchas veces, por la necesidad de ganarse la vida o por realidades personales conflictivas, situaciones que están lejos de ser comprendidas por el *infans* que requiere nuestra atención, incomprensión que no se debe a una aidez o voracidad constitutivas -entendidas como modos agresivos de vinculación al objeto (en la teoría pulsional o pulsional-dependiente)- sino, como ya sostuvo Mitchell en 1981:

Las formulaciones de Klein sobre la aidez y la envidia infantil pueden aplicarse sin el supuesto de una agresión innata que surge dentro del niño. El desamparo del infante y la falta de un sentido del tiempo y del espacio cualifican sus necesidades como intensas y urgentes,

haciendo que toda privación sea muy dolorosa y que sea inevitable la rabia reactiva y el odio (p. 395)

Esto que venimos diciendo también son los diferentes contextos en los que el *infans* o el niño irá progresivamente construyendo fantasías con fragmentos de realidades vividas, para encubrir, contrarrestar o exaltar ciertas situaciones vitales: fantasías de otros ideales, fantasías sobre la propia grandiosidad o sobre la maldad del objeto, etc. Todo esto que la clínica nos muestra una y otra vez, sostiene Mitchell, es la verdadera materia prima de la que está hecho el ser humano, su mundo subjetivo.

Por lo tanto, la presencia de los otros, en sus diversas versiones biográficamente constituidas, es constitutiva de la vida del *self* en sus, también, diversas versiones biográficamente construidas.

Como vemos, jerarquizar en la constitución de la subjetividad el lugar de la relación con los otros no implica que lo que en cierta tradición se suele denominar “intrapsíquico” desaparezca, sino que la persona individual será comprendida en sus diferentes contextos, internos y externos. Mitchell critica de forma contundente la identificación de lo intrapsíquico con lo pulsional⁴⁰. Esta crítica lo lleva a sostener que otros autores (incluso Sullivan) han hecho uso de otras definiciones de lo intrapsíquico aunque no hayan hecho uso de este término (como tampoco lo hizo Freud) y sin basar estos desarrollos en la teoría pulsional. Estos autores hablan de fantasía, de otros ilusorios, de objetos internos, de personificaciones –por no citar más que algunos conceptos vinculados a lo “intrapsíquico”. El problema, para Mitchell, no está ahí, en esos usos, sino que se encuentra en cómo pensamos el origen de lo que llamamos “intrapsíquico”, qué nivel de apertura a los intercambios con el afuera y a su impacto le otorgamos.

El concepto de fantasía es un lugar interesante en donde ver este problema. Para Sullivan, sostiene Mitchell, “están siempre compuestas de fragmentos

⁴⁰ Véase en M. Gill, 1994, donde hace y cuestiona esa equivalencia.

de la experiencia vivida con otros reales” (1988a, p. 482). Aquí Sullivan se distancia, incluso se opone, a una definición de la fantasía muy extendida en psicoanálisis que la entiende como “expresión mental de los instintos” (Isaacs, 1943). Recordemos que, como señala José Gutiérrez Terrazas (1990), encontramos en Freud dos teorías de la fantasía. Una de las modalidades de la fantasía está planteada en el Manuscrito M (anexo a la carta 63 de Freud a Fliess del 25 de mayo de 1897) en dónde dice:

Las fantasías se generan por una conjunción inconsciente entre vivencias y cosas oídas, de acuerdo con ciertas tendencias (...) La formación de fantasía acontece por combinación y desfiguración análogamente a las descomposición de un cuerpo químico que se combina con otro (Freud, 1982b, p. 293).

Y comenta el propio Gutiérrez Terrazas: “Estamos claramente ante un modo de constitución por inscripción exógena de huellas mnémicas (procedentes de la relación con el objeto exterior...)...”⁴¹ (1990, p. 113). La otra modalidad de la fantasía que se encuentra en Freud, quizá la más extendida y centralmente sostenida por éste (y no, como la del manuscrito M, que aparece sólo marginalmente) es la que está presente en 1905 en *Tres ensayos de teoría sexual* en donde define a la fantasía como una delegación y/o representación del cuerpo en lo psíquico⁴². Esta segunda modalidad, como vemos, ya está ligada a la teoría de la pulsión que ese mismo año, y en ese mismo texto, pasa definitivamente a un primer plano -mientras que la primera formulación, mucho más cercana a la definición de Sullivan, al acentuar su relación con combinaciones de fragmentos de la experiencia

⁴¹ Hemos cortado el final de la frase para no confundir los usos, la frase termina así: “...que se va a convertir en la fuente de la pulsión”. Aquí la idea de pulsión tal y como está usada es deudora de la obra de J. Laplanche quién si bien ha hecho importantes contribuciones para una lectura crítica de Freud y para introducir la noción de intersubjetividad por medio de su teoría de la seducción generalizada, ha seguido defendiendo el concepto de pulsión aunque este tenga poco que ver con las ideas con las que tradicionalmente se lo vincula. Esto no desmerece, en absoluto, las sutiles y enriquecedoras formas que tiene Laplanche de leer a Freud, mostrando todas sus contradicciones y defendiendo que si bien hay que “poner a trabajar” sus textos esto no nos exime de tener que elegir qué Freud nos resulta más convincente –pues, lo dice claramente, hay más de uno. Ver sobre este asunto la polémica Laplanche-Green sobre sexualidad.

⁴² El tema de la fantasía está muy bien tratado en Bleichmar, “Angustia y Fantasma” (1983) cap IV: El fantasma y su determinación.

vivida, es previa al desarrollo de la teoría pulsional. Sullivan, por otro lado, habla de la fantasía, sostiene Mitchell, como de “residuos de integraciones interpersonales tempranas” (1988b, p. 481), en dónde vemos, también, su cercanía conceptual con Fairbairn.

O sea que, de alguna manera, la duplicidad interna a Freud la veremos luego como clara diferencia entre diferentes teóricos psicoanalíticos, como por ejemplo, en las concepciones de Fairbairn y Klein: el primero toma la línea de pensamiento expresada marginalmente por Freud mientras que la segunda, Abraham mediante, sigue en ese punto una de las formas en que Freud especificó el concepto –Mitchell habla muchas veces de Klein como apoyada en ambos modelos: pionera en retomar el hilo de los objetos internos que Freud esbozará en “Duelo y melancolía” (1917) y, al mismo tiempo, fuertemente deudora de la teoría pulsional freudiana, tanto de la primera como de la segunda teoría.

Como sostiene Mitchell en el primer editorial de la entonces flamante revista *Psychoanalytic Dialogues*:

... nuestra creencia de que las mayores corrientes dentro del pensamiento psicoanalítico post-clásico han lidiado, en diferentes grados y cada uno a su manera, con el reemplazo de la metapsicología freudiana de la pulsión por un marco de trabajo basado más fundamentalmente en las relaciones entre el self y los otros. Ha habido importantes cambios paradigmáticos en muchos y diferentes niveles de construcción teórica: clínicos, de desarrollo, técnicos y epistemológicos (Mitchell, 1991d, p. 4).

Según lo que venimos diciendo, vemos que Mitchell ubica al modelo relacional, con referencia a la tradición de pensamiento psicoanalítico, en una tensión dialéctica entre discontinuidad y continuidad (pongo, ex-profeso, la discontinuidad primero ya que es sólo a partir de un primer movimiento discontinuo que se pueden establecer las conexiones), revolución y evolución (Mitchell, 1993), cambio y preservación o, como lo sintetiza a su modo Aron

“apertura a lo nuevo y gratitud a lo viejo” (Aron, 1996, p. 53). Es cierto que Mitchell enfatizó mucho la discontinuidad ya que la veía más productiva para el pensamiento –no para lo político-, le parecía que era más enriquecedora a la hora de repensar ciertas cuestiones, tanto teóricas como clínico-técnicas.

Por ello, volviendo a las discontinuidades que Mitchell señala (o establece) entre el modelo pulsional y el modelo relacional, cree que hoy todo psicoanalista piensa en términos de mezcla entre lo intrapsíquico y lo interpersonal. La diferencia se encuentra en la “ratio”, en la proporción y/o articulación entre estos dos factores en la construcción de la experiencia subjetiva en las diferentes tradiciones teóricas (ya hemos visto que algunas tradiciones, probablemente, piensan más en términos de aleación, metáfora en la que se mezclan al menos un metal con cualquier otro elemento o, evocando la metáfora de Freud, algo valioso con algo que lo es menos –oro y cobre). Las posiciones “más” intrapsíquicas acentúan las categorías de lo que viene pre-formado, sean temáticas universales, deseos universales cuyo significado inherente hace que sean inaceptables, es decir, que coinciden en pensar (a pesar de sus diferencias) que puede existir “algo” –dependiendo del esquema referencial del que se trate- que mueve a la persona al encuentro y que preexiste en ella, sean deseos, pulsiones o esencias individuales. Ahora bien, Mitchell piensa que estas categorías pre-experienciales, es decir, que se las supone como previas al encuentro con el otro, son entidades abstractas – entran dentro de lo que Bleger denominaba “el mito del hombre abstracto”, es decir, el estudio del ser humano aislado de la situaciones reales en las que transcurre su vida (1973, p. 19). Para una visión relacional, los deseos o las motivaciones sólo cobran sentido y/o significado insertas en relaciones o configuraciones relacionales (self-otro) y dependerá de la historia singular de cada uno, de cada persona, qué deseo o motivación, o qué deseos y motivaciones, son predominantes o han sido más desarrolladas. Lo que mueve a los seres humanos, sostendrá Mitchell, tendrá en cada caso la singularidad de su recorrido biográfico. Las diferentes dimensiones de la existencia humana que llegan en una u otra persona a ser dinámicamente centrales dependerá, para él, tanto de los contextos particulares, culturales y familiares, como de “la constelación específica de

talentos, sensibilidades y ritmos que el individuo descubre en sí mismo dentro de ese contexto” (1988, p. 62 inglés). Mitchell lo plantea así:

Por mi parte prefiero emplear el concepto de la matriz relacional no en un sentido motivacional estrecho y limitado, sino en un sentido amplio y paradigmático [...] La naturaleza social del hombre lo lleva a buscar muchas formas de relación, familiaridad, seguridad, dependencia, fusión, protección, placer, validación, conocimiento mutuo, etc. Qué dimensiones de la infinita variedad de relaciones humanas llegan a ser dinámicamente centrales y conflictivas para cualquier persona depende fuertemente de las particularidades del contexto cultural y familiar y de la constelación específica de talentos, sensibilidades y ritmos que el individuo descubre en sí mismo dentro de ese contexto” (1988b, p. 62).

Aquí intuimos algo que Mitchell dirá con todas la letras en uno de sus últimos textos comentando un trabajo de J. Benjamin. Dice allí:

Las teorizaciones psicoanalíticas del desarrollo siempre me han parecido amplias prescripciones encubiertas como descripciones. Hacemos afirmaciones sobre cómo son los bebés y cómo se desarrollan como un modo de imaginar como nos gustaría que sean nuestros niños, nuestros pacientes o nosotros mismos (Mitchell, 2000b, p. 260).

Como escribió Emmanuel Ghent en el prólogo a la primera publicación de una recopilación de trabajos de autores relacionales bajo el título *Relational Perspectives in Psychoanalysis*:

Los teóricos relacionales tienen en común un interés tanto en lo intrapsíquico como en lo interpersonal, pero lo intrapsíquico es visto como constituido ampliamente por la internalización de la experiencia interpersonal mediada por las restricciones que imponen los patrones (moldes) organizados biológicamente. Los teóricos relacionales

tienden también a compartir una visión en la que tanto la realidad como la fantasía, el mundo externo como el interno, lo interpersonal y lo intrapsíquico juegan un papel inmensamente importante e interactivo en la vida humana. Los teóricos relacionales no sustituyen a la teoría pulsional por un ingenuo ambientalismo. Se le da su debido lugar a lo que el individuo trae a la interacción: temperamento, acontecimientos corporales, reactividad fisiológica, distintos patrones de regulación y sensibilidad. A diferencia de los primeros críticos de la teoría pulsional, la teoría relacional no minimiza la importancia del cuerpo o de la sexualidad en el desarrollo humano. Los teóricos relacionales siguen estando interesados en la importancia del conflicto aunque el conflicto es visto como teniendo lugar entre configuraciones relacionales opuestas mas que entre pulsión y defensa. La teoría relacional es esencialmente psicológica y no una teoría biológica o cuasi-biológica; su preocupación primordial está relacionada con asuntos de motivación y de significado y sus vicisitudes en el desarrollo humano, en la psicopatología y en el tratamiento (1992, p. xviii).

Este párrafo contiene una serie de ideas que Mitchell suscribiría sin dudar – es más, que él venía desarrollando desde hace algunos años. Me gustaría aprovechar este extenso y clarificador párrafo para resaltar lo que *no* es una perspectiva relacional: *no* es un ambientalismo ingenuo; *no excluye* la importancia de la sexualidad; *no excluye* la centralidad del conflicto (esto veremos que es más claro en cierto autores como Mitchell que en otros); la exclusión de la teoría pulsional *no excluye* al cuerpo y a las restricciones (y dimensiones) que éste aporta aunque, como venimos diciendo, éstas no traen en sí mismas su significado sino que éste, como la motivación, es una construcción intersubjetiva.

O sea, retomando la argumentación de Mitchell, lo que nos interesa resaltar es que para él las motivaciones (los deseos) están organizados en sus significados por la trama relacional en la que surgen y no preexisten a esa trama como ya-constituidos. Como sostiene en 1988: “ [...] *lo que es innato*

no es necesariamente formativo; no empuja y modela la experiencia, sino que es modelado por el contexto relacional” (1988b, p. 4). Como vemos claramente también aquí -Mitchell no dejará de insistir en ello- la exclusión de la teoría pulsional no conlleva excluir el cuerpo. Biología y procesos interpersonales constituyen un perpetuo “ciclo de influencia mutua”: la evolución humana ha querido que en este singular animal su capacidad y necesidad de desarrollo cultural lo haya llevado a redefinir su propia naturaleza biológica. Vuelve una vez más Mitchell al “dispositivo conceptual” (2002a), como él lo llama, de los *Strange Loop* de Escher, claramente ilustrados en su portada de 1988 con el dibujo *Drawing Hands* (Escher, 1948), dibujo que consiste, como muchos saben, en dos manos que, de modo simultáneo, son creadoras y criaturas, son creadas y crean, son el producto del dibujo de la otra mano al mismo tiempo que la están dibujando... son dibujadas y dibujantes.

Todo esto supone decir que el deseo –en la dimensión humana que sea: sexual, de seguridad, de validación, de intimidad, de aislamiento, de poder o dominio, etc.- es secundario o derivado en cuanto a su significado, al lugar que tiene para cada uno de nosotros, es decir, se comprende a partir de los contextos externos e internos de los que extrae su sentido.

Años más tarde, debatiendo con su colega y amigo Jay Greenberg sobre la necesidad o no de un concepto de “pulsión” (drive) que lleve al individuo a buscar la interacción, sea cual sea la satisfacción que este impulso busque, Mitchell insiste en que plantear la cuestión de esta manera, es decir, postulando una “pulsión” pre-existente a la relación que lleva al sujeto a la interacción presupone que el *individuo qua individuo* es la unidad de estudio más apropiada. Esto lleva, según Mitchell, a retornar a la primera polémica con el modelo pulsional freudiano y, por tanto, a volver a la vieja y perenne división en las concepciones de las relaciones del hombre y la sociedad. En la discusión con Greenberg sostiene Mitchell:

Pienso que Fairbairn (como Sullivan) lucharon por un modo diferente, fundamentalmente social, de comprender la naturaleza de los seres

humanos, no como arrastrados a la interacción sino como insertos (emdedded) en una matriz interactiva con los otros como su estado natural (1998, p. 117).

Para Mitchell hay dos formas en las que Darwin tuvo su impacto en el psicoanálisis, una representada en la obra de Freud y otra en las obras de Bowlby y Hartmann. Para Freud, como ya hemos referido, “el hombre no era un ángel caído, [...] sino un animal más o menos refinado” (Mitchell, 1988b, p. 486). Mientras que Bowlby, o antes que él Hartmann, tenían otro interés en Darwin: la capacidad del animal de adaptarse a las condiciones ambientales para maximizar su capacidad para sobrevivir⁴³.

Mitchell vuelve una y otra vez a lo largo de su obra a mostrar y valorar el paso extraordinario que en el sentido de lo que viene sosteniendo dio Fairbairn al defender su idea de que el hombre –la libido decía él guardando la terminología freudiana- no busca placer (*object-pleasure*) sino que busca objetos (*object-seeking*). Según Mitchell, lo que a Fairbairn le interesaba no es situar una motivación discreta entre otras. Si bien Mitchell sabe que por momentos Fairbairn es vago y poco claro en algunos de sus textos, a Mitchell no le cabe duda de que lo que intentó Fairbairn no fue establecer una pulsión más sino situar el fundamento de la vida psíquica, la condición esencial de la misma. Fairbairn comprendió perfectamente, afirma Mitchell, que los seres humanos buscan placer –¡como ignorarlo!-, pero no es esto lo que está en discusión. Refiriéndose a Fairbairn afirma:

Lo que sugería era que Freud detuvo demasiado pronto su explicación en su comprensión de la búsqueda de placer. Al convertir a la búsqueda de placer en un principio motivacional fundamental, el principio fundamental de la teoría de las pulsiones, Freud no lo entendió dentro de su contexto apropiado: el campo de las relaciones de objeto. ¿Por qué buscan placer las personas? Para Fairbairn (...) la búsqueda de placer como todos los demás proceso dinámicos, tiene

⁴³ Lectura que hace Mitchell, con justicia, del concepto tan maltratado de adaptación en Hartmann.

lugar en el contexto de la búsqueda de objeto, porque el placer es un medio poderoso para el establecimiento y mantenimiento de la conexión con los otros (1988b, p. 120).

Esto último que señala Mitchell es central: Fairbairn invierte la relación medios-fines, la relación con el objeto no depende de la búsqueda de placer sino que, por el contrario, el placer y cualquier otro estado afectivo se convierten en medios de vinculación con el objeto.

Para que se entienda bien, y esquemáticamente, podemos decir, por ejemplo, que muchos hombres –por tomarlos a ellos- dicen que “necesitan sexo”, “que es algo natural”. En parte, quién lo duda: hay toda una serie de dispositivos biológicos preparados para activarse cuando... aquí comienza el problema. “En cualquier momento porque soy un hombre” –además de las coordenadas de género y, por lo tanto, socioculturales, con las que podemos leer este enunciado, como psicoanalistas nos interesa también cómo se asimilaban esos mandatos de género, qué lugar tenía la sexualidad en el hogar de proveniencia de quién se trate, en ese ejercicio aparentemente propio de la condición masculina y desligado, casi, de las cualidades del objeto... ¿Con quién está? ¿Con que otro u otros y qué él o ‘éles’? No sólo qué significa la mujer con la que se encuentra –aunque esta significación sea puramente instrumental no deja de ser un modo particular de relacionarse con otro- sino, por ejemplo, ¿quién lo mira en esa proeza –si es vivida como tal? o ¿con quién cumple y qué aspecto de su self lo hace? –si de eso se tratase- o, más clásicamente, ¿qué temores secretos alberga esta, en caso de serlo, compulsión a estar con mujeres? Habría muchas preguntas para hacerse, pero es difícil encontrar alguna que de una manera u otra no remita a una historia de relaciones con los otros, internos y externos, pasados y actuales. Recuerdo que el personaje central de la novela de Simone de Beauvoir *Los Mandarines*, hombre muy ligón y mujeriego, en un momento de la novela comenta: “cada día me acuesto con una mujer diferente, estoy siempre con la misma desconocida” (cito de memoria, aproximadamente).

La sexualidad, para Mitchell, deberá también comprenderse dentro de la matriz relacional que, para él, reemplaza como fundamento a la teoría pulsional. Este marco provee una visión alternativa a la visión clásica, un contexto teórico que para Mitchell es más significativo, sin por ello disminuir la importancia clínica ni de la sexualidad ni de agresión como motivaciones humanas. La sexualidad no viene prefijada, en la línea de la variedad clínica y experiencial que en la tradición psicoanalítica se ha considerado que configura su campo. Sino que la sexualidad estará vinculada a ese conjunto de dispositivos biológicos que se ponen en marcha y se organizan en el intercambio estructurado e idiosincrático con un otro particular. La sexualidad es especialmente (y las experiencias corporales en general) gracias a su variedad y plasticidad, un terreno privilegiado para ser estructurado y, de este modo, ser expresión de los patrones relacionales que han construido esa particular relación entre sexualidad y relación de objeto. Al revés que en la teoría pulsional, la sexualidad y otras experiencias corporales son un terreno privilegiado por su intensidad, terreno en el que las configuraciones relacionales son expresadas o se defiende el sujeto contra ellas. En este sentido, la teoría relacional sigue pensando que la sexualidad infantil, como la adulta, son experiencias cruciales y “existen”. Pero, se pregunta Mitchell:

La cuestión es ¿qué es? [la sexualidad]. ¿Es el empuje (driven) del niño hacia ciertas experiencias y fantasías predeterminadas, o son las exquisitas sensaciones que proveen las experiencias corporales con los otros las que adquieren una significación y un sentido pasional a partir del contexto relacional en el que ocurren? (1988b, p. 92).

Revisando toda una serie de autores que rechazaron la teoría pulsional freudiana (con la excepción, probablemente, de George Klein) Mitchell sostiene que en el punto concreto de la sexualidad estos autores, como se suele decir coloquialmente, han tirado el agua con el bebé adentro.

Discutiendo lo que denomina el modelo “híbrido” (2000) o “mixto” (1988) -es decir aquel que nos plantea por qué hay que elegir entre los modelos de una persona (unipersonales) o de dos personas (bipersonales)- Mitchell sostiene,

como lo hizo desde el comienzo de sus reflexiones sobre este tema, que la mejor manera de comprender a una persona no es aisladamente –hombre abstracto- sino en el contexto de sus relaciones con los otros, con los diversos otros tanto reales como imaginarios. Esta perspectiva, nos aclara, incluye a la persona individual pero la comprende a partir de los contextos diversos que hemos expuesto y que son centrales para una comprensión psicoanalítica (2000, p. 107).

Como venimos viendo, para Mitchell los postulados-supuestos de base del modelo relacional se encuentran, fundamentalmente, en las obras de Fairbairn y Sullivan. Resumamos muy sucintamente los lugares en que Mitchell considera que Sullivan y Fairbairn convergen, es decir, que sus similitudes hacen que se los pueda ubicar como los representantes por excelencia del modelo relacional -a pesar de poseer estilos muy diferentes, tanto en sus lenguajes como en sus énfasis. Existen áreas de convergencia que para Mitchell son centrales.

1. Unidad de estudio: ambos sostienen que es limitado focalizar sólo en la “persona” aisladamente sin considerar el contexto relacional que le da su sentido. Esto lo llevó a Sullivan, por ejemplo, a hablar del campo interpersonal como unidad de estudio privilegiada. Mitchell sostiene: “La persona se comprende solo dentro de este tapiz de relaciones, pasadas y presentes. En esta perspectiva, la figura está siempre en el tapiz, y las hebras del tapiz (vía identificación e introyección) están siempre en la figura” (1986, p. 459).
2. En cuanto al asunto de la fuerza motivacional ambos sostendrán la necesidad de considerar la búsqueda y el establecimiento de relaciones con los otros como una dimensión central organizadora y que dota de significación a las otras motivaciones discretas. El concepto de “búsqueda de objeto” (*object-seeking*) de Fairbairn sería su claro exponente.
3. En cuanto a principios básicos sostendrán que el sujeto se estructura y transforma su experiencia, conducta y percepción de sí mismo para preservar la mejor relación posible con las figuras parentales. La

personalidad del niño se modela con relación a las figuras parentales y es central para ambos autores considerar el carácter concreto de dichas figuras y su impacto en la organización del mundo interno, sus modos particulares de interactuar, etc. Mitchell se pregunta, “¿Por qué las personalidades humanas están tan poderosamente modeladas por las relaciones tempranas y por qué el apego a los objetos arcaicos es tan “adhesivo” (para emplear el término freudiano)?” (1988, p. 275). La respuesta, como veremos más adelante, será que lo primero es determinante por que es primero, es decir, porque son los moldes de base sobre los que se irán construyendo diferentes estructuras que los remodelarán o los usarán pero de los cuales y en relación a los cuales tendrán que definirse. “No nos hacemos seres humanos en lo abstracto” (1988, p. 275).

4. La psicopatología, o como prefiere llamarla Mitchell siguiendo a Sullivan “las dificultades en el vivir”, será considerada no dentro de un modelo normativo o médico, sino en relación al grado de “adhesión” a la matriz de relaciones tempranas y al grado de libertad para nuevas experiencias que esa fijeza permite. Lo que definirá las dificultades en el vivir será, para Mitchell, el coste que tiene la “adhesión” a esos modos relacionales tempranos –en términos de sufrimiento egodistónico, de posibilidades vitales, de adquisición de nuevas experiencias y ampliación de posibilidades relacionales, etc. Como sugiere Mitchell: *“¿Cuán rígida es la organización del self forjada en las interacciones tempranas? ¿Qué gama de experiencias están admitidas? ¿Cuán “adhesivos” son los apegos a los objetos arcaicos? ¿Cuán exclusiva es la demanda de lealtad exigida por ellos? ¿Cuán compulsivos son los patrones de interacción o intercambio aprendidos en estas relaciones?”* (1988, p. 278).

Conclusión:

Cada vez que damos cuenta de la relaciones de objeto, el organismo humano se ve como inherentemente social, inserto [embedded] en una matriz de relaciones, buscando relaciones con los otros de un modo

primario y fundamental. En cada ocasión las pasiones descritas caracterizan los anhelos y temores humanos en todas las edades. La lucha entre la destructividad y la esperanza, la búsqueda de un amor incondicional, la tensión entre auto-expresión y el complacer, entre la autonomía y el anhelo de fusionarse, entre la necesidad de reconocimiento y de héroes admirados— son dimensiones fundamentales de las relaciones humanas, desde la infancia a la senescencia. Estas diversas teorías dibujan lo que Greenberg y yo llamamos “modelo relacional”, cuya premisa básica diverge del modelo pulsional clásico. El rasgo más esencial y sobresaliente de la teoría de las relaciones objetales, hemos argumentado, es precisamente esta amplia y ubicua emergencia de un paradigma fundamental. (Mitchell, 1984a, p. 477).

En la cita previa están todos los grandes autores evocados: Klein, Balint, Winnicott, Mahler, Kohut, etc. Todas estas motivaciones, todas estas formas de dar cuenta de las relaciones humanas, configuran un modelo alternativo al modelo pulsional y, más aún, si planteamos que todas estas motivaciones serán dinámicamente centrales en función de la historia vincular de la persona y no por presuponerlas *a priori* con intensidades variables —esta última heurística, a Mitchell, no le resulta útil.

3.4 Mitchell, un constructor de puentes: hacia una integración de los modelos relacionales en psicoanálisis

Una de nuestras necesidades más apremiantes en este momento es la de un marco de trabajo conceptual comprehensivo para pensar la interacción analítica (Mitchell, 1995d, p.66).

Es muy importante que la vitalidad de este marco conceptual no sea ni degradada en un modelo monolítico con un conjunto de fórmulas técnicas, ni disuelta en un trivial (superficial) ambientalismo con un conjunto de

tópicos (perogrulladas) sobre la importancia de las relaciones humanas (Mitchell, 1996c, p. 2).

3.4.1 Estado fragmentado de las contribuciones al campo relacional

Hablando del psicoanálisis post-freudiano Mitchell afirma:

Las “grandes ideas”, las influencias más importantes en la construcción teórica y en la práctica clínica, no han venido del modelo pulsional, que Freud ya había elaborado en un nivel alto de complejidad y refinamiento. Las contribuciones más creativas e influyentes han venido de lo que Greenberg y yo hemos denominado modelo de “estructura relacional” (1986b, p. 459)

Si bien, como venimos viendo, el modelo relacional tiene en algunos autores a sus representantes más conscientes del giro que sus propuestas suponían -Sullivan y a Fairbairn-, las contribuciones al pensamiento relacional han venido gestándose en las diferentes tradiciones teóricas que no se reconocen en este giro como ampliaciones delimitadas a ciertas áreas psicopatológicas o del desarrollo –como podemos ver en autores como Klein, Kohut o Winnicott, por sólo nombrar algunos. Es decir, que no existía como tal ningún esfuerzo de hacer una integración crítica de dichas contribuciones ya que la mayoría de los autores se pensaban a sí mismos como desarrollando aspectos inéditos dentro de su propia tradición teórica sin interesarse y/o saber y/o darse cuenta de las posibles convergencias con otros psicoanalistas de otras tradiciones y/o latitudes. Mitchell se propone, en su primer libro de autoría personal, una integración e unificación crítica de estas contribuciones. Su título, como hemos visto, es más que elocuente temáticamente: *Conceptos Relacionales en Psicoanálisis. Una Integración* (1988a). Esta integración, que se pretende crítica, es decir, que no tendrá como objetivo yuxtaponer ideas en función de las áreas abordadas sino que tratará de integrarlas a partir de la revisión de sus fundamentos y de un trabajo de historia de las ideas, parte a su vez de constatar que lo que está

realizando es sólo una propuesta, un modo de abordar/construir los fenómenos clínicos.

Hemos asistido en la últimas décadas, según Mitchell, a una extraordinaria revolución en la historia de las ideas psicoanalíticas. Vivimos, hace ya tiempo, en una era “post-freudiana” (1988, p. 2). Con las diversas estrategias conceptuales que hemos descrito antes el interés por lo relacional, de una forma importante pero poco reconocida, dominó en pensamiento psicoanalítico. En la introducción a este libro Mitchell señala:

Este libro está basado en la creencia de que existe una distinción fundamental entre la teoría pulsional de Freud y las tendencias más importantes dentro del pensamiento psicoanalítico contemporáneo (algunas de las cuales retienen el lenguaje de la “pulsión”). [...] Las teorías del Modelo Relacional conciben la mente como fundamentalmente diádica e interactiva; antes que nada, las mentes buscan el contacto, la involucración con otras mentes (1988b, p. 3).

Igual que la teoría freudiana no es ingenuamente solipsista, la teoría relacional no es ingenuamente ambientalista: no desconoce la importancia de lo que el individuo trae a la interacción, como el temperamento, la experiencia y acontecimientos corporales, los umbrales de respuesta fisiológica, los patrones de regulación y sensibilidad. Pero su significado psicológico deriva de la interacción con los otros –y de la cultura de la que estos otros son portavoces.

Mitchell sostiene (1988b) que parte de la fragmentación del psicoanálisis deriva del poco reconocimiento entre los referentes post-freudianos de lo que hacen los otros, cada uno -o cada escuela- se consideraba el sucesor “legítimo” de Freud. Esto está íntimamente ligado a la fuerte naturaleza política del psicoanálisis desde sus orígenes y a las luchas y confrontaciones por la designación “psicoanálisis” o “psicoanalítico” a un determinado pensamiento, práctica o escuela.

Como diagnostica Eisold, refiriéndose a la historia del psicoanálisis en los Estados Unidos pero que afecta también al psicoanálisis contemporáneo:

El problema era –y pienso que aún es- la fragmentación de la comunidad psicoanalítica: la incapacidad de los analistas de dialogar a partir de sus diferencias. El proceso tan común de competencia, de dar lugar a apasionados debates, a críticas, a desafíos hacia prácticas cuestionables o simplemente divergentes –todo esto fue drásticamente restringido cuando cada campo se replegó en sus propios muros. Obviamente, no había necesidad de enfrentarse con ideas que ya no estaban representadas en el propio campo. Menos obvio era la sutil inhibición del pensamiento que podía por momentos extraviarse en la dirección de los enemigos (Eisold, 1998, p. 882).

3.4.2 Primera etapa del pensamiento de Mitchell: la matriz relacional y el conflicto relacional

Las teorías del modelo relacional Son variadas y heterogéneas... Sin embargo, se han construido en una visión común, bastante diferente de la de Freud. Somos descritos no como una conglomeración de deseos basados físicamente, sino como emergiendo de y encastrados dentro de una matriz de relaciones con los otros, luchando tanto para mantener nuestros vínculos con ellos como para diferenciarnos (Mitchell, 1986b, p. 459).

Antes de exponer estos conceptos nos gustaría comentar una hipótesis que realizaron Aron y Harris (2005) sobre ellos en su introducción al libro *Relational Psychoanalysis. Volume 2* y que comparto sólo parcialmente. Luego de plantear la existencia de una pluralidad interna a la tradición relacional, casi como condición necesaria de la misma, se preguntan: “¿Qué tipo de teoría es la teoría relacional?” (2005, p. xv). Para comenzar a responderla vuelven al libro de Mitchell de 1988, a sus primeras formulaciones sobre la teoría relacional, fundacionales en muchos aspectos.

Para ellos, en este primer libro de autoría personal, Mitchell tiene dos objetivos en mente, en él conviven dos proyectos –que expondremos en un orden de niveles de generalidad y no valorativo ni cronológico.

Por un lado, a diferencia del texto de 1983 que escribió junto con Greenberg o, mejor aún, como continuación a dicho trabajo, Mitchell intenta ir más allá de su función de historiador de las ideas psicoanalíticas, más allá del recorrido por diferentes autores con la intención de despejar en cada uno de ellos las contribuciones de sus teorías a lo que denominaron en aquel texto modelo relacional. Esto lo llevó a desarrollar un marco de trabajo, una estructura dentro de la cual poder albergar, desarrollar y ampliar todas estas contribuciones. Este esfuerzo, del que ya venimos trazando sus fundamentos, cristalizará parcialmente en su concepto de “matriz relacional” (1988b). Este concepto será para Aron y Harris más un marco de integración de las contribuciones de los diferentes autores que la expresión de la perspectiva relacional propia de Mitchell (Aron y Harris, 2005, p. xvii)

Por otro lado, como segundo proyecto aunque íntimamente vinculado al primero y, por momentos, difícil de discriminar para nosotros, Mitchell comienza a realizar su propia integración de los conceptos relacionales en lo que él denomina en este libro la “teoría del conflicto relacional” (*relational-conflict theory*, 1988b). La exposición de esta teoría atraviesa, también, el conjunto del libro y muchas veces va superpuesta con la exposición o los usos que Mitchell hace del concepto de matriz relacional. Esto es lo que nos lleva a coincidir sólo parcialmente con Aron y Harris⁴⁴. Pensamos que la distinción puede ser de interés teniendo en cuenta esta salvedad: que, como era de esperar, la idea de matriz relacional como articulador y/o estrategia para hacer converger diferentes contribuciones relacionales⁴⁵ es la parte más esquemática de este concepto, la delimitación de sus grandes líneas. Luego, Mitchell lo usará en diferentes situaciones de reflexión clínica y teórica

⁴⁴ Pensamos que Aron y Harris tienen en la introducción de ese libro otros intereses en vista, más de tipo políticos, y eso hace que enfaticen una dimensión de los usos del concepto presente de matriz relacional.

⁴⁵ Pasará algo parecido en el modelo del año 2000 de los modos de relacionalidad: tiene una cara integradora de aportes y, a su vez, expone un modo particular de hacerlo.

dándole, en ese uso, un valor y una fuerza mucho más dinámica y menos esquemática. Aquí, la distinción anterior se queda corta y no abarca el concepto en su totalidad.

Aun así, con este desacuerdo parcial, optaremos por exponerlos de forma separada, siguiendo lo expuesto previamente: primero, desarrollaremos el concepto de matriz relacional en su uso más amplio, a continuación, nos centraremos en la teoría del conflicto relacional.

3.4.2.1 La matriz relacional

Aron y Harris plantean en relación al concepto de matriz relacional:

Este amplio marco puede ser referido a la teoría relacional pero no es en sí mismo realmente una teoría. Es, más bien, una estructura que sostiene juntos varios conceptos, permitiendo de este modo al teórico integrar su propia teoría dentro de él. Sugerimos que, más que reificarlo como un marco o estructura, es mejor pensarlo como un esquema, una estrategia o plan de acción para juntar diversos conceptos relacionales y construir una nueva teoría a partir de ellos (2005, p. xvi).

Compartimos con Aron y Harris su insistencia en no reificar este concepto – es decir, que no pierda su cualidad de concepto- y en ver en él un articulador conceptual que nos permita ubicar diferentes contribuciones al modelo relacional. Pensamos que es en parte lo que Mitchell hace. Aún así, creemos que por momentos el concepto es más ambiguo, como he señalado antes, en el uso que le da el autor y que, en muchas ocasiones, aparece usado como un sinónimo de trama de relaciones en la que una persona ha fraguado su subjetividad o de las relaciones (o configuraciones relacionales) en la que está metido y su articulación con la dimensión de agente de las mismas. Pensamos que este segundo uso es más acorde al modo más personal de Mitchell de encarar las situaciones clínicas y, en ese sentido, estaría más cerca de su propuesta de un modelo del conflicto relacional.

Antes que nada señalemos que Mitchell parte de lo que denomina la “premisa de la interacción” (1988b, p. 8). El marco de trabajo que propondrá tendrá, en la interacción, un eje central.

Dice en la Introducción a *Conceptos Relacionales*:

Es posible ver todo fenómeno psicodinámico dentro de una *matriz relacional multifacética* que toma en cuenta la auto-organización, el apego a los otros (“objetos”), las transacciones interpersonales y el rol activo del analizando en la recreación continua de su mundo subjetivo (Mitchell, 1988b, p. 8).

O sea:

1. Auto-organización (*self-organization*)
2. Apego a los otros (“objetos”)
3. Interacciones interpersonales
4. Rol activo (Agencia, Agency)

Para Mitchell estas cuatro dimensiones estarán siempre presentes en su idea de matriz relacional. Ahora bien, dentro de ella podemos diferenciar, por un lado, la estructura que Mitchell denomina “configuración relacional básica” la cual consta, fundamentalmente, de los primeros tres elementos antes señalados: un “polo self”, un “polo objeto” y un “espacio” de interacción; y, por otra lado, el rol activo y/o agencia.

Las tres dimensiones de la configuración relacional están estrecha e íntimamente articuladas. Para Mitchell no hay “objeto” psicológicamente significativo sin un sentimiento o sentido de uno mismo (del self) en relación a él; no hay “self” psicológicamente significativo que pueda concebirse aislado, fuera de una trama de relaciones con otros; por último, afirma Mitchell,

Ni el self ni el objeto son conceptos dinámicos significativos sin presuponer algún sentido de un espacio psíquico en el que

interactúan, en el que hacen cosas con el otro o uno al otro. Estas dimensiones están entrelazadas de un modo sutil, tejiendo juntas la experiencia subjetiva del analizando y su mundo psicológico (1987, p. 402).

El cuarto elemento, el “rol activo de analizado”, al que Mitchell alude en esta última cita con el término “tejer”, será el modo de Mitchell de hablar de lo que progresivamente se fue instalando en el medio psicoanalítico de entonces como el concepto de “agency” que, siguiendo el uso actual, traduciremos por “agencia”, en el sentido activo de “ser agente de”. Pero todavía en estos textos de la década del 80’ Mitchell usará diferentes conceptos para referirse a esta dimensión: voluntad (*will*, tomado de Farber), rol activo o agencia (*agency* tomado de Schafer). Cuando hable globalmente de este asunto durante esa década lo planteará como “El problema de la voluntad” (“The problem of will”) (1984b; 1988b, pp. 239-270), mientras que, muy esquemáticamente, en los 90’ utilizará mucho más la idea de agencia (Mitchell y Black, 1995; Mitchell, 2002b).

Una analogía que le permite a Mitchell ilustrar cómo piensa la íntima relación entre estos diversos elementos de la matriz relacional, y la imposibilidad de jerarquizar uno sobre otros, es entenderla como la estructura del cuerpo humano, como la piel, los huesos y la musculatura (1988b, p. 35). En esta analogía no tiene mucho sentido preguntarse cuál de estos tres elementos sostiene al cuerpo.

Otra definición, que apunta más a situar lo que Mitchell busca con este concepto que a definir su consistencia, es la siguiente:

Uso el término ‘matriz relacional’ en un esfuerzo por trascender la desafortunada tendencia a dicotomizar conceptos como relaciones interpersonales y relaciones de “objeto”, o lo interpersonal y lo intrapsíquico, como si el foco en uno de ambos lados necesariamente implica negar o desenfaticar el otro. No creo que las transacciones interpersonales sean meramente una ‘puesta en escena’ (‘enactment’)

de un mundo interno de relaciones de objeto o ‘representaciones’ más fundamentales psicológicamente; ni tampoco creo que la experiencia subjetiva sea meramente el registro de relaciones interpersonales reales (realidad actual). El modo más útil de ver la realidad psicológica es operando dentro de una matriz relacional que incluya tanto los ámbitos (dominios) interpersonales como intrapsíquicos. La mente opera con motivaciones referidas a la auto-regulación como a la regulación del campo relacional. Como el Drawing hands de Escher, los ámbitos (dominios) interpersonal e intrapsíquico se crean, interpenetran y transforman el uno al otro de un modo complejo y sutil (1988b, p. 9).

3.4.2.1.1 La configuración relacional

Situemos, en primer lugar, algunas referencias a los tres elementos de la configuración relacional:

1. Polo self. Los autores que tienden más a enfatizar este polo, según Mitchell, a quienes ha denominado “relacionales por implicación” (1988b, p. 29), han sido aquellos para quienes el/los otros están siempre implícitos en estos sistemas: la función materna, los objeto-self, etc. Si bien derivan el self de la interacción, una vez que éste está establecido opera de forma más o menos independiente y la estabilidad y preservación de su sentimiento y/o sentido de identidad (auto-regulación) se vuelve una motivación supra-ordenada. Las interacciones pasadas han sido formativas pero las presentes son minimizadas y dependientes de las necesidades de desarrollo y de auto-regulación. Podemos incluir aquí, sobre todo, las contribuciones de Kohut, ciertos desarrollos de la Psicología del self contemporánea y algunos aspectos de la obra de Winnicott. En estas formulaciones los “otros” están implícitos. Como señaló en su día Howard Bacal, refiriéndose a una comunicación personal de Basch, la llamada “psicología del self” debería denominarse “teoría del objeto-self” (Bacal

y Newman, 1990, p. 14n) ya que ha hecho desarrollos importantes y centrales en torno a la psicología del objeto-self o *selfobjet*⁴⁶.

Estos autores subrayan clínicamente la dimensión del self como motivación supra-ordenada en relación a las otras dimensiones. La exploración de lo que Mitchell llamará “texturas del self” será central en su práctica. Sus preguntas clínicas por excelencia son: ¿qué es lo que el analizante experimenta realmente?, ¿qué está ocurriendo desde su punto de vista?, ¿cuáles son las sutilezas de sus estados subjetivos? (1987, p. 405). Esto lleva a observar y desplegar, fundamentalmente, la fenomenología de las auto-percepciones.

2. Polo objeto. Los autores que han enfatizado este polo, que Mitchell ha denominado “relacionals by intent”, cuya traducción podría ser “relacionales por intención”, son aquellos que han profundizado la comprensión del campo relacional en términos de indagar cómo diferentes identificaciones y vínculos con los otros sirven como el entramado de la subjetividad, como el sostén del mundo personal. El ejemplo más relevante sería Fairbairn con su concepto de relaciones con el “objeto malo” como determinando la estructura latente de la personalidad. El self, por supuesto, está implícito en estas teorías. Así como antes señalamos que la psicología del self era también una “psicología del objeto-self”, la teoría de las relaciones objetales nos provee, simultáneamente, de una excelente teoría del self y sus escisiones, cómo el self se fragmenta para retener específicas configuraciones dinámicas en sus vínculos con los objetos internos o un agudo cuestionamiento del self como unidad. Recuerden que Friedland (1978) hablaba de la teoría de Fairbairn como una “psicología del self”. Para Mitchell, las preguntas que organizan la

⁴⁶ Una aclaración sobre este término-concepto. Fue acuñado por Kohut y es un concepto clave de la psicología del self. Kohut comenzó hablando de los “objetos narcisistas”, luego, cuando fue abandonando la idea de narcisismo, pasó a hablar de “objetos-self” y, viendo insuficiente –o demasiada discriminada aún– esta expresión pasó a hablar de las funciones de los “selfobjects”. Como afirma Bacal “Un objeto es considerado un *selfobject* cuando es experimentado intrapsíquicamente como proveyendo funciones en una relación que evoca, mantiene y/o afecta positivamente el sentimiento/sentido del self” (1990, p. 229). La funciones de los selfobjects pueden ser diversas: validar, apaciguar, reconocer, regular, etc.

escucha de los teóricos de las relaciones de objeto son: ¿cuales son los residuos de las experiencias tempranas de los analizantes con los otros? ¿quién es él, consiente o inconscientemente, cuando hace lo que hace con otras personas? Esto lleva, señala Mitchell, a observar las fantasías, entendidas éstas no en el sentido de algo irreal sino como “‘imaginerías’, imágenes/retratos, supuestos sobre uno mismo en relación a los otros, supuestos sobre cómo funciona el mundo” (Mitchell 1987, p. 405).

3. Espacio interacciones. Los que han enfatizado las interacciones, interacciones específicas entre self y otro, posibilitan explorar el espacio de interacción, los modos particulares en que afectan o son afectados. Estos autores son aquellos que han centrado gran parte de su trabajo clínico en “indagar detalladamente”, concepto sullinaneano, lo que realmente ocurrió en las relaciones tempranas y ocurre en el proceso analítico o en cualquier otra interacción presente. Aquí se encuentran, fundamentalmente, los interpersonalistas. Esto los lleva a preguntarse, en la situación clínica: ¿qué es lo que realmente hace el analizante? ¿qué ocurre entre él y nosotros? O, como formulara Levenson en una frase muy citada: “What’s going on around here?” (“¿Qué está ocurriendo por aquí?”) (1983, p. ix). Esto los lleva, según Mitchell, a observar los acontecimientos reales, lo que es discernible fuera y dentro del *setting* o marco analítico.

Estas diferentes voces del modelo relacional generan, según Mitchell, comprensiones complementarias y mutuamente correctivas, diferentes ángulos para ver la misma escena consensualmente reconocida. Las diferentes dimensiones-facetitas de la matriz relacional son ingredientes indispensable de la comprensión de la experiencia humana y de la indagación analítica.

3.4.2.1.2 La agencia

Situemos ahora mínimamente el cuarto elemento, el “rol activo”, agencia o voluntad. Mitchell recupera la noción de agencia o el rol activo del analizando sin por ello desconocer la motivación inconsciente. Como sabemos, el descentramiento freudiano del sujeto hizo problemática dicha noción, tal y como esta era concebida. El descubrimiento por parte de Freud de la motivación inconsciente puso en evidencia la naturaleza ilusoria del sentimiento de dominio y de control que se suponía que el hombre tenía sobre su propia mente. Este ideal victoriano/ilustrado, de ser dueños de nuestra propia mente, ideal de omnipotencia, ha caído, entre otras cosas, por el impacto del psicoanálisis.

Por ello, la revolución freudiana dejó como problema la reubicación de la voluntad (en sentido amplio) y/o agencia. Esto no sólo fue planteado en Norteamérica sino también en Francia. Vicent Descombes lo llama “La Querelle du sujet” (2004, p. 8) y Castoriadis afirma en 1986 “El sujeto no está de vuelta porque nunca se ha ido” (1990, p. 189), entendiendo por tal el lugar de la reflexión, de la acción y de la decisión (diferente del libre-albedrío o del poder de la voluntad ilustrado/victoriano).

Destronando el ideal ilustrado de una voluntad omnipotente Freud crea, afirma Mitchell, un “vacío conceptual” (Mitchell, 2002a; 2002b) en el modo en que pensamos/imaginamos nuestras mentes. Si bien hay elementos que nos permitirán ver en Freud el planteamiento de este problema, no hubo, en su obra ni en la de sus seguidores, una respuesta consistente salvo, tal vez, en la obra de Otto Rank (Véase Aron, 1996, capítulo 6).

En 1926, en *Inhibición, síntoma y angustia*, Freud lo plantea de esta manera:

[En El yo y el ello, 1293]. Describimos ahí los vasallajes del yo respecto del ello, así como respecto del superyó, su impotencia y su apronte angustiado hacia ambos, desenmascaramos su arrogancia trabajosamente mantenida. Desde entonces, ese juicio ha hallado

fuerte eco en la bibliografía psicoanalítica. Innumerables voces destacan con insistencia la endeblez del yo frente al ello, de lo acorde a la ratio frente a lo demoníaco en nosotros, prestas a hacer de esa tesis el pilar básico de una «cosmovisión» psicoanalítica. ¿La intelección de la manera en que la represión demuestra su eficacia no debería mover a los analistas, justamente a ellos, a abstenerse de una toma de partido tan extrema? (Freud, 1926, p. 91).

Freud es claro en esta cita: el hecho de desenmascarar y destronar la arrogancia del yo –ilustrado-Victoriano, como venimos diciendo-, de poner en evidencia sus vasallajes o sus servidumbres, como lo dice en 1923, no lleva *per se* a construir una “cosmovisión” psicoanalítica en la que el yo se disuelve. Freud afirma, con cierto desprecio, que dejemos esas especulaciones para los filósofos, a quienes ubica como sustitutos del catecismo: respuesta para todo, “guías de vida” que envejecen con rapidez, y poca capacidad de tolerar el enigma del mundo (Freud, 1926). Aun así, como hemos dicho antes, el problema queda abierto y las respuestas que fueron apareciendo, polarizadas, le resultan a Mitchell insatisfactorias.

Mitchell trata de desmarcarse, por un lado de la psicología del yo que restaura un centro psíquico en el ego (yo) –autonomía primaria y secundaria del yo, esfera libre de conflictos, etc.; por otro lado, y en el otro extremo, también quiere desmarcarse de las corrientes postmodernas más radicales en EE.UU. –posestructuralismo, deconstructivismo, etc – que han realizado una completa obliteración de cualquier comprensión significativa de la noción de agencia.

Para él quienes mejor han tratado este asunto han sido Schafer, Farber y Shapiro, quienes muestran un enfoque diferente a las dos grandes (o dominantes) visiones en el campo, a las que Mitchell suele llamar el enfoque determinista y el enfoque existencial.

En uno de sus primeros trabajos Mitchell aborda este asunto cuando realiza en 1984 un comentario de un texto del Dr. Dyrud. Como el texto versaba

sobre las relaciones de Sartre, Sullivan y Freud con el psicoanálisis, Mitchell plantea lo que será un tema relevante para él: “el problema de la voluntad” (1984b, retomado con algunos cambios en 1988b). Parte de una revisión de lo que Sartre y, más recientemente, Schafer (1976) dentro del psicoanálisis, han señalado como el problema en la obra de Freud de situar la “*personal agency*”, la agencia personal. Dentro del marco de referencia freudiano, sostiene Mitchell siguiendo a Schafer, la persona no tiene *per se* un impacto causal en la cadena del determinismo psíquico y, por tanto, ni la voluntad ni la elección tienen lugar en la teoría.

Luego de exponer la crítica de Sartre al psicoanálisis en este punto, por un lado, y, por otro, de mostrar cómo tanto en la teoría de Freud como en la de Sullivan no existe mucho espacio para pensar este tipo de asuntos, intenta sintetizar lo expuesto recurriendo a tres metáforas que conservará como referencia a lo largo de los años. Como sostendrá en diferentes oportunidades, la elección de las metáforas que tanto Sartre como Freud y Sullivan han elegido iluminan algunos aspectos dejando otros en la sombra.

Sintetiza lo que viene sosteniendo así:

Para los psicoanalistas, las metáforas más prevalentes dentro de nuestra tradición cultural eran insuficientes, tanto la metáfora fisiológica o la ecuación de la mente con el cerebro como las metáforas religiosas. Tanto Freud como Sullivan construyen sus metáforas basándose en la física: Freud en la mecánica newtoniana del siglo XIX, Sullivan en la teoría del campo del siglo XX. Así, la persona, ese fenómeno elusivo e insustancial, no es comprensible en términos de leyes físicas y las metáforas construidas a partir de la física llevan inevitablemente a un marco de referencia determinista. La metáfora central de Sartre, por el contrario, es predominantemente política. (...) La metáfora política si bien resalta la libertad y la voluntad no examina las texturas y referentes simbólicos de las elecciones. Además, no es posible teorizar en el vacío; todos los teóricos, como todos los analistas, son observadores participantes,

operan en un campo interpersonal, en un medio social e intelectual, en el que una teoría es respuesta a las otras, en el que el desarrollo de conceptos se modela y tiene lugar en diálogo y en oposición a los otros (Mitchell, 1984b, p. 259).

Reevaluando la teoría de Sartre, piensa que su enfoque podría ser caracterizado como “una desconfianza masiva en la influencia” (Mitchell, 1984b, p. 261). Piensa que esto lo llevó a Sartre, sobre todo al primer Sartre (hasta 1947⁴⁷), a pensar que el hombre se creaba a si mismo una y otra vez. Todo lo que en un sentido amplio se podría vincular al recibir y, sobre todo, en la historia de Sartre, a recibir de un padre, era vivido como entregar la autonomía⁴⁸. Mitchell comenta:

Paternidad, tradición filosófica, sociedad, relación analítica, todas son experimentadas por Sartre en términos de sometimiento, un aplastamiento de la voluntad por una elevada autoridad. El temor de ser hijo, el temor de las restricciones de las circunstancias y los motivos, debe reflejar, sospecho, un profundo anhelo conflictivo en Sartre por el padre desaparecido con las características del abuelo, un anhelo de entregarse como precio de tener un padre (1984b, p. 261).

Sartre mismo lo percibió años más tarde y pudo evaluar el aspecto defensivo de esta necesidad de verse a si mismo como su propia creación.

Mitchell cita a Whitehead quién había considerado lo que muchas veces las ideas opuestas tienen en común, es decir, que ambas aceptan ciertos presupuestos básicos⁴⁹ que son engañosos. En este caso, tanto Sartre como Freud o Sullivan (así como otros representantes de estas dos tendencias) piensan que la influencia y la elección son absolutamente opuestas: o una

⁴⁷ Hemos escrito un trabajo de DEA sobre la Libertad en la obra de Sartre hasta 1947, 1991, Universidad La Sorbonne, Filosofía General.

⁴⁸ Véase “Les mots”, Sartre, Revista *Les Temps modernes*, n° 209, octubre y n° 210, noviembre de 1963.

⁴⁹ Mitchell, en 1997^a, cuando sostiene que las teorías de la técnica que se enfrentaron en los años 50 compartían un mismo presupuesto: su devoción-creencia en la racionalidad técnica, se apoyaba sin duda en esta idea.

acción está determinada por causas previas o la elección esta libre de restricciones. También han surgido (Mitchell, 1988b) teóricos cuyo origen se encuentra en la psicología del yo que han propuesto modelos híbridos en el que la parte neurótica de la persona respondería al determinismo causal mientras que la parte saludable sería capaz de hacer elecciones por fuera de dicho determinismo. Mitchell piensa que estas son malas estrategias para enfrentar el problema, que es un mal camino para resolverlo porque, entre otras cosas, las metáforas elegidas dejan zonas de invisibilidad que las hace insuficientes para la tarea que acometen.

Mitchell afirma:

Tal como yo lo veo, es más útil comparar los procesos que subyacen a los patrones que configuran la vida humana con la creación de una obra de arte. Una de las funciones centrales de la mente es la generación de un mundo de significados subjetivos, la creación de un orden simbólico de representaciones y texturas en las cuales la persona se localiza e identifica. ¿De dónde proviene el contenido de este mundo subjetivo? No es inventado a partir de la nada ni es simplemente provisto por el mundo externo. La creación de un mundo de significaciones subjetivo es un proceso interactivo; fragmentos de experiencia son seleccionados, remodelados y organizados en patrones. Incluso en la percepción simple de los acontecimientos sensoriales, los estímulos del mundo externo han sido trabajados; las percepciones son creadas por un organismo activo. Esto es aún más evidente en la vida emocional en la que vivimos, nuestras imágenes del self y del otro, nuestro sentido de la vida y de su naturaleza u posibilidades, activamente reunidos a partir de fragmentos de experiencias, otros significativos, entorno cultural, valores y visiones de clase social, y las propias sensaciones físicas. Podemos decir que estos son los materiales, los medios a partir de los cuales una vida, un self se crea, a través de una amplia gama de procesos tanto consientes como fuera de la conciencia (1984b, p. 262)

La metáfora artística es absolutamente coherente con una concepción constructivista de la realidad y, por tanto, de la experiencia humana (Hoffman, 1998; Mitchell, 1997a; Stern, 1992). En 1999, Mitchell y Aron se preguntan: ¿cuál es el tipo de constructivismo que funciona mejor para el psicoanálisis relacional? Toman la metáfora del escultor en el que las cualidades y restricciones que los materiales aportan son absolutamente imprescindibles a la hora de considerar trabajarlo, pero solo los materiales no hacen una escultura, falta “el gesto” del agente, aunque más no sea –este el ejemplo extremo- el de Marcel Duchamp con su teoría del ‘ready-made’, es decir, reubicar un objeto en otro contexto o, más sofisticadamente, el Pierre Menard de Borges. Dicen Mitchell y Aron:

Estamos a favor de una forma de constructivismo que otorgue algún peso a la materialidad del cuerpo y sus atributos, mientras que al mismo tiempo reconozca que todo modo o manera en el que esos atributos sean descritos son en sí mismas, construcciones sociales (1999, p. xvi)

Los autores intentan diferenciarse, en estas aclaraciones, del constructivismo radical de ciertas teorías del género o políticas.

Por eso, si tomamos la metáfora del artista, con sus diferentes materiales – queda más claro en las artes plásticas, pero cualquier rama del arte nos serviría para nuestro propósito- la obra de arte es más que una idea⁵⁰, tiene que realizarse, concretizarse y para ello necesita un medio: material particular (los materiales disponibles) y cultural particular (estilos, tradiciones, etc.). Podríamos formularlo aún mejor: no podemos comprender incluso la gestación de esa idea sin estos contextos materiales y socio-culturales en los que ésta germina, medio que ofrece posibilidades y limitaciones que le son propias (en general invisibles para sus participantes). El error de las posiciones deterministas es enfatizar excesivamente “los materiales” y minimizar las elecciones que constituyen una vida, aquello que es contexto y

⁵⁰ ¡Mal que les pese a los partidarios del arte conceptual!

condición de que una obra surja en desmedro de la singularidad del acto creador; por su lado, el error de los enfoques más existenciales es enfatizar excesivamente las elecciones del artista en detrimento de las condiciones materiales y horizontes culturales que condicionan (restringen y ofrecen posibilidades) dichas elecciones.

Frente a los planteamientos deterministas Mitchell sostiene:

El self se crea a partir de las significaciones asignadas a la experiencia; uno no puede comprender la vida, a una persona, sin considerar esas experiencias y lo que ellas proveen en términos de posibilidades y restricciones. Pero el significado de dichas experiencias no es algo dado; es compuesto, creado. La vida, el self, no es el producto de motivos y causas; también está la voluntad creativa de la persona. El trabajo clínico que no toma esto en cuenta deviene un ejercicio intelectual de explicaciones y racionalizaciones, más que una experiencia que provee un incremento de la responsabilidad sobre las elecciones pasadas y presentes, elecciones realizadas con claridad y deliberación así como elecciones confusas fruto del autoengaño y de la distracción (1984b, p. 263).

Frente a los enfoques existenciales:

Del mismo modo, una vida, el self es una fábrica de significados creados a partir de las circunstancias, experiencias, y una comprensión profunda de esa vida debe incluir la consideración de esas circunstancias y experiencias. El trabajo clínico que no toma en cuenta esta fábrica de significados deviene un ejercicio de posturas morales y culpabilizadoras más que una experiencia que provea la posibilidad de una auto-comprensión genuina y de un cambio significativo (1984b, p. 264).

Para Mitchell:

La vida humana es la creación de significados simbólicos de la circunstancias de su contexto interpersonal, las vidas convencionales apropiándose/tomando prestados los significados y las restricciones de la cultura popular, grandes mentes como las de Freud, Sullivan y Sartre extienden/amplían las convenciones de pensamiento para dar nacimiento a nuevas posibilidades (1984b, p. 265).

Por esto, para Mitchell, agencia y motivaciones inconscientes no son alternativas explicativas sino que son propiedades simultáneas de todo acontecimiento mental. La metáfora artística articula, de modo ejemplar, tanto la activa imaginación del artista como las restricciones y posibilidades que el medio (contextos culturales y materiales) provee. Al mismo tiempo, nos sugiere una clara analogía de la formación y, del origen, de la matriz relacional o de la vida emocional de la persona, de su mundo subjetivo.

Nos gustaría resaltar cómo en estas reflexiones la experiencia y el trabajo clínico de Mitchell está constantemente como telón de fondo. Fíjense en la primera objeción a los enfoque más deterministas: el trabajo clínico, visto así, deviene una práctica que lleva a la intelectualización, a las explicaciones *post hoc* y minimiza la experiencia de devenir agentes de nuestras propias vidas. Refiriendo el pensamiento de Schafer sobre este asunto, Mitchell sostiene que un elemento básico del cambio que promueve el proceso analítico es que el analizando va progresivamente asumiendo, haciéndose cargo, de su condición de agente [reagenciamiento] de su vida en relación con acciones previamente negadas (en concepto de Schafer de “disclaimed actions”) (Mitchell y Black, 1995, p. 182). Cuando el paciente viene a vernos considera la versión que tiene de su vida como lo que su vida es: su padre fue tal, su madre tal, etc. Sus creencias sobre si mismo y sobre el mundo son lo que el mundo es, “como las cosas son”, es decir, “hechos objetivos”. El movimiento del análisis, entre otras cosas, consistirá en generar un movimiento que vaya hacia la gradual asunción de nuestra condición de agente pero no, como sostiene en su crítica a los enfoque existenciales, para condenar y moralizar –muchas veces encubiertas en expresiones desafortunadas como “mala fe” (Sartre)- sino abrir, justamente, el espacio de posibles, para transmitir, dentro

de un proceso de historización y comprensión de sí mismo, que las cosas no necesariamente tienen que ser así, que este ser así no sólo es el producto de una historia particular sino que sigue siendo un modo hoy de enfrentar determinadas situaciones, de seguir eligiéndolo, porque provee un sentimiento de control, de familiaridad, etc. Apropiarse de aspectos de nuestra vida previamente negados o disociados, o del cual hemos pensado ser sólo víctimas, hace que nuestro sentimiento de agencia, potencia y no omnipotencia, aumente y abra nuevas posibilidades experienciales, formas de construirnos a nosotros mismos y a los otros.

3.4.2.1.3 Configuración relacional y agencia

Vayamos, pues, a la articulación que Mitchell realiza entre la constelación relacional básica y la dimensión de agencia. Hablando de la indagación analítica, de la sutil, texturada, conflictiva y difícil tarea que es llevarla adelante, de los patrones relacionales y de las “elecciones inconscientes” que se ponen en juego -que, por las dificultades que trae la expresión “elección” prefiere hablar de “diseños” inconscientes (1988b, p. 265)- comenta Mitchell:

Dos aspectos son cruciales: primero, el contenido de las elecciones o patrones descubiertos, las configuraciones de la matriz relacional y, segundo, la experiencia del self diseñando y haciendo elecciones, tanto dándose cuenta como sin darse cuenta. El analista sostiene la versión del analizando de sus elecciones, de su diseño, no para condenarlo o para pedir “razones” cognitivas conscientes, sino como una maniobra clínica, una demostración de que al ponerse él en esa posición comienza un proceso, en el tiempo, que abre significaciones y compromisos inconscientes, revelando la estructura de la matriz relacional que modela la fábrica de su experiencia (Mitchell, 1988b, p. 266).

La admisión progresiva de la condición de agente amenaza, cuestiona la rigidez de la matriz relacional (de la organización del self, del vínculo a los objetos y de los patrones de interacción). Por ello, diferenciará,

esquemáticamente y a fines de transmitir mejor la idea, dos momentos del proceso de tratamiento que contemplan estas dimensiones.

1. En un primer momento de la indagación analítica, una tarea que lleva su tiempo –tiempo necesario, indispensable-, el analizando expone, despliega, articula su experiencia según esta esté organizada, con las metáfora que predominen en dicha organización (metáfora del animal, del bebé, del self dañado, de la perfección, etc.). El analista, en este momento, como dirá Mitchell en una imagen esclarecedora, baila el baile del analizando, es decir, el baile que el analizando propone y que es el que sabe bailar y el único que existe para él, su modo privilegiado de integrar las relaciones (Mitchell, 1988b, p. 207). Si uno es invitado a bailar, afirma Mitchell, haga lo que haga será tomado como respuesta. Igual ocurre en el tratamiento: la respuesta (inevitable) del analista tendrá un fuerte impacto emocional de aceptación o no. Por supuesto, veremos en la siguiente parte, no sólo el analizando desplegará en lo que dice su modo de bailar sino que incluirá al analista en el mismo baile y este se descubrirá bailando aunque pensaba no hacerlo o hacer otra cosa –entramado transferencia-contratransferencia. Aquí, fíjense, la idea no es tanto “tratar de jugar el juego de paciente” –como se decía clásicamente- sino ver cómo se juega, permitir que se juegue, y descubrirse jugando *malgré soi*.
2. En lo que Mitchell denomina fase media del tratamiento, pero que serán momento cruciales del mismo en un ir y venir entra la primera fase y esta segunda, cambia el foco del análisis de un modo “sutil pero crucial”:

... la delineación de la fenomenología del analizante se amplía e incluye consideraciones sobre su condición de agente, sobre el rol de los compromisos intencionales del analizante con este mundo subjetivo. Las consideraciones sobre su condición de agente (agency) contradice o niega la realidad experiencial de la organización subjetiva del analizante: estas amplían esa

realidad profundizando en los contextos en los que se desarrolla y opera (Mitchell, 1988b, p. 268).

Richard Rorty defiende la idea de que habría que sustituir la metáfora de la penetración por la metáfora de la ampliación (Rorty, 2000). Pienso que Mitchell va en esa dirección. Es importante resaltar, como lo hace Mitchell, que poner en evidencia los compromisos del analizante con el mundo subjetivo que despliega no tiene ninguna intención moral –crítica que Mitchell realiza a los enfoques existenciales- sino que busca que el analizando asuma su mayor participación en el mantenimiento de estas configuraciones relacionales –o sea, incluir el cuarto elemento como formando parte de la persistencia de dicha configuración. Esto puede ampliar los modos en que el paciente ve, experimenta y reconstruye su propia historia. Volviendo a la metáfora del baile que Mitchell utiliza, este segundo momento se caracterizaría por la curiosidad que debe desplegar el analista sobre por qué siempre “bailamos” de la misma manera.

Por lo tanto, es conveniente que el analista, en un primer momento, acepte “gustosamente” jugar el juego que le propone el paciente, es beneficioso que este dispuesto a jugar, como vimos en el primer momento (no es muy útil, dice irónicamente Mitchell, salir a bailar y quejarse todo el tiempo de porque siempre bailamos la misma música); pero sólo con el tiempo y gracias a haber participado no intencional-artificialmente en las propuestas relacionales inconscientes del paciente, es que el analista podrá comenzar a cuestionar o, mejor, a interrogar e interrogarse, sobre por qué este es el único modo de encuentro.

Para comprender estos momentos del proceso que Mitchell va esquematizando e intentando transmitir es necesario tener siempre presente que lo que afirma no lo hace desde un contexto de “racionalidad técnica”, es decir, como si fuesen medios instrumentales que pudiesen realizarse por fuera de la implicación subjetiva de analista. Ya veremos que participar como analistas conlleva un trabajo permanente sobre nosotros mismos, trabajo de autorreflexión sobre lo que ocurre, sobre lo que hacemos, sobre dónde

estamos cuando hacemos –más allá de dónde nos hubiera gustado estar-, que será la marca distintiva de nuestro quehacer como terapeutas.

Mitchell (1997) diferencia muy claramente este modo de entender el proceso de las propuestas que en los años 40' realizó Alexander y que, como hemos visto, causaron en su día tanto revuelo. La objeción de Mitchell a las propuestas de Alexander está en las antípodas de la viejas objeciones. Par él el problema de las propuestas de Alexander no radica en jerarquizar la experiencia emocional en el tratamiento como factor de cambio, lo que Mitchell denomina el aspecto descriptivo de sus desarrollos; sino que su objeción mayor es la misma que hace a sus detractores y oponentes de entonces: todos ellos se mueven en un terreno de racionalidad técnica, y es desde ese terreno que Alexander propone que el analista “actúe” los roles opuestos al de la figuras significativas originales o primarias. Es este aspecto prescriptivo, enraizado en una racionalidad técnica, lo que a Mitchell le parece hoy insostenible de las propuestas de Alexander (Mitchell, 1997, pp. 14-18)

Retoma Mitchell una vez más, pero con otro arreglo armónico, la imagen de Escher “Drawing hands”. Dice así:

El mundo subjetivo del analizante puede ser doloroso, pero es el suyo; y en un sentido profundo, él lo quiere de esta manera... Su compromisos y elecciones voluntarias sostienen y adornan compromisos y elecciones inconscientes Es el incremento en tomar conciencia de sí mismo como dibujo y dibujante lo que hace posible una experiencia más rica de vivir” (Mitchell, 1988b, p. 269-270).

3.4.2.2 El modelo del conflicto relacional

Como dijimos antes, Mitchell también define su propio enfoque como un “modelo del conflicto relacional” (1988b, p. 289) y lo entiende como la

integración de “una multiplicidad de voces” (1988b, p. 33)⁵¹. El interés de esta denominación es doble: por un lado, le permite a Mitchell desmarcarse de las teorías de la detención del desarrollo que se caracterizan por reconducir las necesidades relacionales fundamentalmente al desarrollo temprano y, por otro lado, le permite mantener la noción de conflicto como central en su modo de pensar y organizar su clínica, aunque esta noción sea redefinida en términos de conflictos entre configuraciones relacionales y ya no pulsionales. O sea, doble desmarque: conflicto si, pero no pulsional; relación si, pero no sólo en el desarrollo temprano.

A consecuencia de la prolongada dependencia infantil la búsqueda de puntos de contacto y conexión confiables no es sólo una necesidad emocional, afirma Mitchell, sino que es una condición de supervivencia (versión de Darwin presente en Hartmann y Bowlby como hemos señalado). Esta necesidad de contacto y conexión con otros significativos hace que la accesibilidad o disponibilidad de las figuras parentales sea siempre insuficiente en algún sentido o nunca estén del todo disponibles en el modo esperable. Por supuesto, todo será una cuestión de grados. A Mitchell, como veremos, lo que más le interesa de estas fallas o insuficiencias parentales no es tanto “lo que no dan” o “hubieran tenido que dar” –prescripciones normativas según qué teoría del desarrollo tengamos- sino el modo en que “dan” lo que “no dan”, es decir, el modo en que se vinculan aunque esta vinculación sea su ausencia, falta de disponibilidad, inclusión parasitaria o lo que sea. Para nosotros fue siempre muy esclarecedor cuando Mitchell, comentando la teoría del apego, sostiene la necesidad de enfatizar que el apego inseguro es la expresión de un apego a un objeto inseguro (1999, p. 96), es decir, que es la expresión de un tipo de relación muy sólida –esa es su paradoja y su gran dificultad. También siempre me pareció útil el comentario de Fairbairn sobre sus primeros tiempos en el trabajo con niños abusados. Cuenta que cuando él les preguntaba a los niños si les gustaría

⁵¹ Los otros dos modelos con los que debate y están como fondo permanente de su interlocución son: el modelo del conflicto pulsional y el modelo de la detención del desarrollo. Sólo haremos una referencia a ellos dentro del capítulo sobre proceso analítico.

tener otra madre o padre, estos respondían, con cierta perplejidad, “si estos son mis padres”⁵².

Pero, aquí, Mitchell se distancia parcialmente de Fairbairn. Para Fairbairn la accesibilidad o no accesibilidad de las figuras parentales definirá la bondad o maldad del objeto: hay buenos objetos, madres accesibles, y hay malos objetos, madres inaccesibles. Lo que a Mitchell le interesa resaltar es que las relaciones de los niños con sus padres son mucho más complejas y sutiles.

¿Cuáles son las “condiciones emocionales de la vida temprana” se pregunta Mitchell? (1988b, p. 275)

Tal como yo lo veo todos los niños se deforman (o más precisamente cobran forma) en sus relaciones significativas tempranas, y esto no es el resultado ni de una bestialidad (animalidad) innata ni de las fallas parentales, sino de las inevitables condiciones emocionales de la vida temprana. Devenir una persona particular es un proceso complejo en el cual el niño, en su “búsqueda de objeto” busca y compromete a otras personas a las cuales se apega, se modela a él mismo en esa relación, y elicitando reconocimiento por parte de ellas. Cada niño tiene una amplia gama de posibilidades; las interacciones con los otros significativos tempranos restringe la gama, reduce las posibilidades a canales seleccionados a través de los cuales el niño puede encontrar y ser reconocido por los otros significativos. Uno no puede convertirse en un ser humano en lo abstracto; sólo lo hace adoptando una forma altamente específica y delimitada, y esta forma se forja en la interacción entre lo que es dado temperamentalmente en el niño y los

⁵² Carlos Rodríguez Sutil, en su libro sobre Fairbairn, trabajó este asunto en línea con el pensamiento de Mitchell. Allí dice: “Fue el trabajo con niños maltratados lo que llevó a Fairbairn a plantear esta modificación de la teoría sobre la libido. Los niños maltratados, sorprendentemente, mantenían la lealtad a los mismos padres que abusaban de ellos, algo esencialmente contrario a la concepción clásica sobre la pulsión (descarga), según la cual se esperaba que los objetos libidinales fueran más fácilmente sustituibles. Abandonar los vínculos ya establecidos se vive como un riesgo de aislamiento total, algo de por sí rechazable por el sujeto sin que se requiera postular ninguna compulsión a la repetición” (p. 25).

contorno del carácter y fantasías parentales [el subrayado es mío]
(Mitchell, 1988b, p. 275).

Cita amplia y clara: la formación de la persona no es el refinamiento y el control de la animalidad, de sus impulsos (modelo del conflicto pulsional), ni es el efecto de lo que esta no tuvo, de lo que los padres no proveyeron (modelo de la detención del desarrollo), sino que más bien el niño se modela –vía interacción, identificación e internalización– con los otros significativos que le han tocado en suerte, aquellos que están disponibles, y se adapta a este ambiente (en el sentido de Hartmann) “seleccionando” aquellos canales o vías que le permitan “sentir dónde los padres residen emocionalmente” (Mitchell, 1988b, p. 27), ya que es allí dónde podrá establecer un vínculo sólido –repetimos, con cierto temor a ser reiterativos, que entendemos por vínculo sólido en este contexto aquellos lugares emocionales que despiertan, como dice Mitchell en la cita, el reconocimiento de los otros significativos que le permiten al niño sentir que existe para esos otros. Por ello nos gusta resaltar lo que entendemos como el lado darwiniano de Hartmann: adaptación para la supervivencia al ambiente en el que nacemos, más allá de lo “saludable” o “disfuncional” que sea. Como dice Mitchell, es en esas interacciones que cobramos forma, que vamos desarrollando y restringiendo posibilidades relacionales. Es en estos contextos que vamos gestando lo que Fairbairn denominó “relaciones con el objeto malo”, es decir, el objeto internalizado, o que Loewald refiere como “relaciones con el objeto viejo”, y al que Mitchell suele aludir con el concepto de “lealtad” o “lealtades” inconscientes a diferentes otros, internos y externos, que inevitablemente entrarán en conflicto.

Tomar conciencia, con el paso del tiempo, de que nos hemos criado en familias altamente idiosincrásicas, con sus propias tensiones dramáticas y resoluciones, estilos cognitivos y emocionales, familias que no son, como dice con dolorosa ironía Mitchell, “representantes de la especie humana”, es un *insight* que nunca se integra totalmente. Afirma Mitchell,

Las figuras parentales son presencias emocionales altamente variables, cuya experiencia del niño se mezcla con sus propias necesidades de seguridad y por tanto encarnan significaciones narcisistas. La capacidad de las figuras parentales de ser alcanzados y afectados por el niño se oscurece necesariamente por, y es rehén de, las vulnerabilidades y conflictos de la estructura de carácter de los padres individualmente (1988b, p. 104).

Las experiencias que de diferentes maneras ha enfatizado el pensamiento psicoanalítico, como las experiencias de separación, de sobrestimulación, de dolor, de exclusión de la pareja parental, la comparación, competencia y rivalidad con nuestros hermanos, de los aspectos caracteriales de las figuras parentales, o todo otro tipo de experiencia que entrañen dolor psíquico, hacen que “la infancia, como señala Mitchell, sea al menos intermitentemente tormentosa y que la relaciones tempranas sean siempre algo inseguras” (1988, p. 276). Los padres sufren todo tipo de estados de ánimos y disponibilidades variables. Pero, por la angustia inherente a la condición infantil, los padres funcionan como puntos de referencia necesarios y, por lo tanto, sus idiosincrasias se transforman en referencias centrales del mundo, o sea, de la visión del mundo y de sí mismo que el niño construye. Es en este contexto, siempre particular para cada *infans*, que se van forjando y, a su vez, jerarquizando, ciertos modos privilegiados de interacción, de sentirse existir o contar para el otro, de sentirse valioso, de construir las motivaciones, etc. El modo de ser visto organizará el modo de vernos, los modos de relacionarnos serán las posibilidades que el mundo que tenemos a nuestro alcance ofrece. Nuevamente: Mitchell no se centra tanto en lo que “no hubo” en la experiencia temprana sino en “lo que hubo”, en cómo eso que sí ocurrió marcó los caminos en los que se inscribe lo que no ocurrió.

Mitchell enfatiza mucho una palabra inglesa a la que no le encontramos una traducción satisfactoria y que ya hemos utilizado reiteradamente dejándola entre paréntesis: “*embeddedness*”. El diccionario nos propone palabras como incrustado, clavado, encastrado, que en el español corriente son poco evocativas. “*Embeddennnes*, nos dice Mitchell, es una experiencia endémica

en el ser humano –me convierto en la persona que soy en interacción con otros específicos” (1988b, p. 276) . Es decir, con este término Mitchell enfatiza de otro modo el hecho de que no nos convertimos en seres humanos en lo abstracto, que siempre somos una versión particular de la especie (que incluye versiones y/o variaciones en un sentido musical). O, citándolo:

La adhesión fervorosa a la matriz relacional refleja un terror a la perdida total del sentimiento del self y de conexión con los otros, así como una profunda lealtad e inclinación al mundo interpersonal que le ha permitido a uno, no importa cuán sesgado sea dicho mundo, devenir una versión particular y propia de lo humano (Mitchell, 1988b, p. 276).

El terror al aislamiento, a la perdida del sentimiento de si o al exilio –como dice Levenson (2013)-, forman parte, entre otros sentimientos, de aquellos que emergen del alejamiento de los modos familiares de conexión –familiares en su doble sentido, de familia y de conocido (Mitchell, 1988b, p. 291).

Como hemos dicho antes lo que vamos forjando o fraguando como nuestro carácter no es homogéneo ni armónico. Esa versión propia de lo humano de la que habla Mitchell tiene un plural ineludible: versiones. El conflicto, como hemos dicho, le es inherente ya que todas las relaciones humanas significativas son complejas y conflictivas. Esto lleva a que se vayan construyendo simultáneamente diferentes significados o versiones del self y de las conexiones con los otros. No sólo las modalidades de conexión dominante con alguna de las figuras parentales pueden entrar en conflicto con las prevalentes con la otra figura parental, sino que los canales de conexión y los modos de contacto con la misma figura parental son diversos y potencialmente conflictivos. El niño va adquiriendo vínculos profundos tanto conscientes como inconscientes con las figuras parentales o, más precisamente, con las estructuras de carácter de dichas figuras. La integración posible es siempre parcialmente limitada y dependiente de la integración y flexibilidad misma de la organización de los *self* (*selves*) de dichas figuras, de su vulnerabilidad. La acomodación a una figura parental

puede entrar en conflicto con la acomodación a la otra figura parental o con otro aspecto de la relación con la misma figura parental –el cómo sea vivido esto por los padres será central, es decir, cómo lidian ellos con los aspectos conflictivos de su propia vida emocional, cómo toleran los diferentes tipos de conexión, si exigen o no una lealtad exclusiva a una modalidad relacional, etc. Mitchell se referirá a estos conflictos como “*conflictos de lealtades*”, conflicto entre diferentes modos de conexión provistos en las dinámicas familiares.

Lo dice así:

Las hebras que forman las complejidades de la personalidad derivan de los inevitables conflictos centrados en torno a, o entre, varios puntos de conexión e identificación con los otros significativos tempranos. Los síntomas neuróticos no afloran de los conflictos entre los deseos y las defensas, sino de los hilos sueltos de las configuraciones relacionales conflictivas incapaces de ser sintónicamente tejidos dentro de los temas/motivos dominantes en la composición de la personalidad y que encuentran caminos en formas de expresión desplazadas y disfrazadas (disimuladas) (1988b, p. 277).

Podríamos sintetizar diferentes aspectos del pensamiento de Mitchell que venimos revisando del siguiente modo:

1. Búsqueda de objeto como condición estructurante de la subjetividad. Mitchell señala que la búsqueda de objeto (*object-seeking*) “debe ser considerada como una motivación humana fundamental, nos estamos refiriendo no a una presencia o ausencia literal sino a una compleja selección de deseos, identificaciones o comportamientos que reflejan los esfuerzos de alcanzar a los otros” (1988, p. 105).
2. Adaptación al medio: la acomodación a las idiosincrasias de las dinámicas familiares, de las figuras parentales, en sus diferentes facetas, forma parte de esa condición estructurante.
3. Cada familia (y cada miembro de dicha familia) tiene sus modo de conexión prevalentes los cuales organizan los vínculos emocionales y

de pertenencia a la misma. Es el modo de alcanzar al otro y de existir para él.

4. Todos nos hemos conocido a nosotros mismos a través de nuestra participación en los modos de conexión parentales, que han devenido nuestros.
5. Todos nacemos en familias “imperfectas”. Este adjetivo intenta sintetizar, para Mitchell, la idea según la cual el sufrimiento y los desencuentros forman parte de las experiencias formativas de todo *infans*, la inaccesibilidad de las figuras parentales forman parte de la existencia vincular: los padres son accesible en ciertas situaciones y en ciertas otras no; podemos llegar a ellos de cierto modo y no de otro (1988b).
6. Que lo que se va gestando en el desarrollo no es un todo armónico, sino que el conflicto y las incompatibilidades entre las configuraciones relacionales forman parte constitutiva del desarrollo de la subjetividad.
7. Por lo tanto, para establecer y mantener los vínculos es necesario “reprimir” -en un sentido amplio-, “no integrar”, etc., ciertas configuraciones relacionales, ciertas “hebras” identificatorias que han quedado fuera del ‘motivo’ predominante que organiza el tapiz –para seguir con esta metáfora tan cara a Mitchell.

Pasemos a ver cómo Mitchell articula la dialéctica entre “buscar” (*search*), “entregarse o someterse” (*surrender*⁵³) y “escapar” (huir, *escape*). Tomará para ello algunas de las contribuciones de Winnicott sobre las relaciones tempranas así como lo que hemos expuesto de Fairbairn. El “bebé” de Fairbairn, como hemos visto, busca al objeto y trata de establecer una relación con él según el grado de accesibilidad que cada figura parental tenga. Accesibilidad-inaccesibilidad del objeto serán los modos en los que la

⁵³ Este es un término inglés de difícil traducción. Las opciones habituales son: rendirse, entregarse, abandonarse o someterse. Hay usos en el que la intención es mas, digamos, negativa –más cercana al someterse- y otros en el que la connotación es más positiva –más cercana al abandonarse (dejarse llevar por una experiencia, etc.). Como lo sugiere el título de un trabajo de Emmanuel Ghent: “Masochism, Submission, Surrender: Masochism as a Perversion of Surrender” (1990) algunos autores han tratado de diferenciar estos conceptos. Mitchell en lo que desarrollamos a continuación hace un uso más cercano a “sumisión”, “sometimiento”.

relación quedará anclada. Como también hemos señalado, el *object-seeking* siempre encuentra: los grados de presencia o ausencia sólo hacen al tipo de objeto al cual quedamos vinculados y no a si hay o no objeto. La anobjetalidad es impensable tanto para Fairbairn como para Mitchell.

Por otro lado, como sabemos, el bebé en Winnicott es descrito como siendo, de entrada (aunque este sea un momento teórico) una fuente de espontaneidad, sintetizada en la expresión “gesto espontáneo” que, gracias a que alguien sale a su encuentro, que lo sostiene (*holding*), la “madre suficientemente buena”, puede desplegar su potencial heredado (Abello y Liberman, 2011). El énfasis en esta lectura que hace Mitchell recae en la idea de “verdadero self” como patrón personal que necesita un ambiente que facilite su desarrollo⁵⁴. El encuentro con el otro, en un desarrollo saludable, genera un momento de ilusión, de omnipotencia primaria –dice Winnicott- en el que la creencia emocional que organiza la experiencia es que lo encontrado ha sido creado -lo encontrado-creado- y, por lo tanto, no hay diferenciación sujeto-otro. El problema para Winnicott no es, como para Fairbairn, que la madre sea inaccesible, sino que sea intrusiva -el término inglés es “*impingement*”. La intrusión consiste, fundamentalmente, en dos elementos: la madre no es alcanzada por el gesto espontáneo del *infans*, es decir, no lo registra, y la respuesta materna está guiada por sus propias necesidades emocionales: su “gesto”, al decir de Winnicott, sustituye al gesto del *infans*, su estado emocional se impone y sólo queda la opción de la complacencia. La repetida experiencia de intrusión, que Winnicott define como trauma y Masud Khan lo rebautiza con más precisión como “trauma acumulativo”, da lugar para Winnicott al desarrollo de un falso self, un self complaciente orientado hacia el afuera. O sea, lo que esta planteando Winnicott con la idea de falso self es que la visibilidad frente a las figuras parentales está relacionada, en parte, al grado de adaptación del niño a la imagen que estos tienen de él, al grado de complacencia con estas demandas. Para Winnicott esto lleva, y Mitchell subraya, a que haya

⁵⁴ Véase mi debate sobre este concepto en la obra “Una introducción a la obra de Winnicott”, capítulo 6 (Abello y Liberman, 2011).

elementos de complacencia, es decir grados de falso self, en todas las personalidades (véase Liberman, A., 2011, p. 157-189).

Para Freud, como sabemos, la acomodación a lo social es necesaria para regular y canalizar las pulsiones que son, por definición para él, a-sociales, es decir, que preceden al encuentro con el otro⁵⁵. El superyó sería la instancia por excelencia de dicha regulación –junto con el yo. Por el contrario, los autores del modelo relacional (Sullivan, Fairbairn y Winnicott por ejemplo) suponen, como hemos visto, que existe una necesidad primaria de conexión interpersonal que hace necesario para el niño, en un grado u otro, modelarse según la forma en que las figuras parentales tengan de verlo, único modo en el que será visible para ellos. De este modo, según lee Mitchell a Winnicott, también el bebé winnicoteano queda cautivo del mundo de significados y valores de los padres.

Hay que señalar que para Mitchell estas dinámicas no quedan restringidas a la infancia, que es lo propio de las teorías con un sesgo del desarrollo (como él las denomina), sino que están presentes a lo largo de la vida como configuraciones relaciones.

La presión que genera la complacencia crea una presión opuesta: escapar a las limitaciones que impone esa modalidad relacional. La complacencia, el sometimiento, genera en el niño –y en el adulto- el sentimiento de que no hay nada en él que sea real, genuino, nada más allá de lo aceptado. Según Mitchell se establecen contra-identificaciones (identificaciones por oposición, contrarias) que tienen por meta sabotear el sometimiento a la “bondad” y

⁵⁵ Somos concientes de que este punto y/o lectura de Freud es discutible. Conocemos los diferentes esfuerzos de articular lo pulsional con la intersubjetividad en autores como Laplanche u otros—de tipos y tradiciones de pensamiento muy diversas. La lectura de Mitchell y de gran parte del psicoanálisis americano parte de una versión de Freud marcada por la traducción de Strachey y por el freudismo americano, cuya lectura no deja de ser “una” de las lecturas posibles de Freud —que, pienso, en muchos momentos es más acorde al espíritu original que ciertas interpretaciones que, por supuesto, nos son más afines pero que invisibilizan las diferencias. Dice Mitchell: “No me preocupa excesivamente lo que Freud pudo haber dicho (o significado o no significado) en los diferentes momentos de su gigantesca obra. El genio de Freud era muy complejo; escribió mucho; estaba dispuesto a ser ampliamente inconsistente; sus modelos básicos cambiaron a lo largo del tiempo sin una sistemática integración. Todo esto se añade a un cuerpo de trabajo que puede ser organizado y sistematizado de muchos y muy diferentes modos” (Mitchell, 1998).

aceptabilidad de la propuesta identificatoria ambiental. A veces esto ocurre por medio de identificaciones prohibidas y secretas con otros significativos que son vistos como no deseables o “malos” por los otros significativos. Las identificaciones “oficiales” se mantienen pero, afirma Mitchell, hay un “pacto clandestino con lo prohibido lleno de vitalidad y excitación” (Mitchell, 1988, p. 106). Búsqueda de lugares para sentirse existir, diría Winnicott.

Mitchell intentará articular, pues, la idea de Fairbairn de objetos no disponibles (o inaccesibles) con la idea de Winnicott del niño complaciente pero que, secretamente, se evade de los objetos intrusivos. Aquí, como en muchos otros lado, Mitchell se diferencia de Guntrip y de sus lecturas de Fairbairn y Winnicott y esta diferencia nos ayuda a situar mejor su posición. Para Guntrip (1971) hay dos tipos diferentes de madres (la de Fairbairn y la de Winnicott) que darían como resultado dos tipos de patología. Para Mitchell, por el contrario, hay en estas descripciones clásicas algo que es más universal: toda figura parental es en alguna medida inaccesible e intrusiva. Este es el motivo para él de que los conflictos relacionales tengan un rol psicodinámico central. Para Mitchell la relación del niño con cada uno de las figuras parentales es una mezcla de: acomodación auto-protectora a la imagen y valores del otro, el deseo de escapar-salir de estas acomodaciones buscando un modo de existir genuino y propio, y, al mismo tiempo, la búsqueda de la experiencia más profunda y privada del otro. Puede uno de estos procesos predominar sobre el otro, pero todos están presentes. Para Mitchell el buscar (*search*), el entregarse-complacer (*surrender*) y el escapar (*escape*) son patrones relacionales siempre de algún modo presentes (1988b, p. 104).

Si bien es cierto, como plantea Fairbairn, que el placer o el dolor, o ciertas actividades o sensaciones son “canales” para entrar en contacto con el otro, Mitchell piensa que la función del placer o del dolor en la intimidad -o de otros estados emocionales- es más complejo, tiene múltiples sentidos. Por ejemplo, sostiene que la excitación sexual conlleva una respuesta fisiológica poderosa, mientras que la plena presencia emocional del otro nunca puede darse por sentada. Esto hace que los encuentros sexuales contengan

siempre elementos de riesgo o de drama implícito. Cuando la sexualidad se aproxima a una verdadera intimidad, una búsqueda no ritualizada de un intercambio emocional abierto, “uno se pone a sí mismo en las manos del otro” (1988), literal y metafóricamente. Toda esta dialéctica entre la búsqueda de un sentimiento de seguridad, de un sentimiento de “estar en casa” (*home*) -con sus ilusiones y sus lados oscuros- y la búsqueda de la aventura y del riesgo, de la exposición y de la vulnerabilidad del desear, es consustancial al vivir (1997, 2002).

3.4.3 La segunda etapa: los múltiples sí mismos

I'm trying to play the truth of what I am, difficult because I'm always changing. Charles Mingus.

Je t'ai dit que je suis né plusieurs, et que je suis mort, un seul. [...] Une quantité de Socrates est née avec moi, d'où, peu à peu, se détacha le Socrate qui était dû aux magistrats et à la cigüe. (Paul Valery, Eupalinos, p. 60).

En 1999 Mitchell reedita en la recopilación sobre *Relational Psychoanalysis*, su texto “The Wings of Icarus” (“Las alas de Ícaro”, 1986c, 1999e). En esta compilación los diferentes autores tuvieron la posibilidad de escribir un pequeño epílogo de dichos textos. Allí señala Mitchell:

Uno de los más importantes aspectos de mi pensamiento posterior que está aquí reflejado (aunque en cierto sentido se puede considerar que está implícito) es la noción de discontinuidad y multiplicidad de los estados de la mente y de las auto-organizaciones (self-organization). Comencé a escribir sobre multiplicidad en 1991 y este tema lo elaboré en mi siguiente libro, Hope and Dread in Psychoanalysis (1993). [...] Si escribiese hoy “The wings of Icarus”, probablemente argumentaría que un factor clave en si varios estados narcisistas como la grandiosidad o

la idealización funcionan constructiva o destructivamente es por la relación que mantienen estos estados con otros, estados discontinuos y auto-organizaciones⁵⁶. En el momento en que escribí este trabajo aún no había comenzado a apreciar la medida en la que el pensamiento relacional nos estaba moviendo a modos de pensar sobre la experiencia de nosotros mismos (auto-experiencia) que era muy diferente del modo más lineal -de un único self inherente (intrínseco) tanto en los modelos de la defensa como del desarrollo (Mitchell, 1999e, p. 178).

En otro lugar dirá que el movimiento que ha llevado a pensar el self de una forma monádica o unitaria a pensarlo en términos de pluralismo y de multiplicidad ha sido “uno de los cambios más importantes en el pensamiento psicoanalítico de las últimas décadas” (Mitchell, 2001, p. 284).

En el número 2 de la flamante revista *Psychoanalytic Dialogues*, en 1991, Mitchell participa con un trabajo sobre “Contemporary Perspectives on Self: Toward an Integration” (1991b). En este trabajo, cuyo título evoca nuevamente el interés de Mitchell de integrar perspectivas y que él mismo sitúa como el momento en el que comienza a profundizar sobre este tema, trata de articular una perspectiva del self que pueda, por un lado, albergar las tendencias existentes en este tema y que, por otro, permita retomar y profundizar un tema “clásico”, muy frecuentado dentro del psicoanálisis americano, como este⁵⁷, desde una perspectiva relacional. El trabajo será discutido por Grossman, un representante de la psicología psicoanalítica del yo, y por Ernst Wolf, un destacado psicólogo del self, en un formato que es habitual de la revista desde su fundación: hacer dialogar a las diferentes tradiciones teóricas. Quién expone tiene derecho, como es habitual, de responder a los comentarios (Mitchell, 1991c). Este trabajo y estos asuntos

⁵⁶ “Estos días hay mucho más interés en un ideal de salud mental en el cual las emociones son experimentadas más vívidas e intensamente, a veces de un modo secuencial y no de un modo integrado. Así hemos señalado ya la importancia enriquecedora de la capacidad de idealización, la cual es capaz de alternar con, más que suavemente ser integrada en, una perspectiva más pragmática” (2002, p. 134).

⁵⁷ Véase un interesante puesta al día de la diferencia entre yo y self en Carlos Rodríguez Sutil, 2010.

serán retomados como la Parte II de su libro *Hope and Dread in Psychoanalysis* (1993).

Desde que Hartmann realiza una primera referencia-definición del self en 1950 a los usos más actuales y extendidos del mismo, se ha escrito mucho sobre este asunto. Este término ambiguo, entre conceptual y vivencial, ha generado muchos debates en el pensamiento psicoanalítico americano. Mitchell aplicará a este asunto, así como hizo en general en su libro sobre *Conceptos Relacionales en Psicoanálisis* (1988), la misma estrategia y/o metodología conceptual –como la denomina Lewis Aron (1999, p. 153; 2003): describe o expone lo que han sido las dos tendencias dominantes en el campo psicoanalítico para pensar este asunto, examina la cuestión en diferentes niveles, para encontrar un “tercera alternativa” que integre, críticamente, las contribuciones e *insights* clínicos que cada una de ellas conlleva. Nuevamente aquí, como en general, tratará de albergar estos *insights* en un nuevo marco de trabajo (“elección del container”): la perspectiva relacional.

Como hemos visto en el planteamiento de la idea de matriz relacional –configuración relacional y agencia- Mitchell afirmó que las diferentes escuelas y/o tradiciones habían hecho sus contribuciones a las diferentes áreas de esta matriz, aunque había jerarquizado, como vimos, que ciertas áreas habían sido más enfatizadas por ciertas escuelas. Ahora, abordando la matriz relacional desde el “polo del self”, Mitchell vuelve a constatar que las tres dimensiones de la configuración relacional que definió fueron tratadas por las diferentes escuelas del psicoanálisis contemporáneo de forma diferente al psicoanálisis clásico, pero, agrega que estas diferentes perspectivas tienen formas distintas de entender esta cuestión del self, que han ido/que se han desarrollado en diferentes direcciones tanto en la teoría como en la práctica. La dificultad de acuerdo y de definiciones –incluso el reconocimiento de la dificultad de definir este concepto en autores que han hecho un uso amplio del mismo (véase Winnicott, Kohut, Khan, por citar sólo algunos)-, le hacen pensar a Mitchell que allí hay un asunto interesante sobre el cual volver. Mostrar las tensiones en este campo de definiciones, acentuar sus

contradicciones, le permitirá acceder a un problema de enorme interés para el pensamiento y la práctica psicoanalítica.

Como afirma Mitchell,

El problema de llegar a un acuerdo sobre el término “self” no se debe a que no se refiera a nada significativo sino que, por el contrario, se refiere a muchas cosas significativas. El proceso de reflexión, o de definir la propia naturaleza como persona, es mucho más complejo, intrincado y sutil que lo que pueden representar cualquiera de estas corrientes. Esta complejidad hace que nuestros esfuerzos sea groseras aproximaciones a diferentes dimensiones del problema (1991a, p. 125).

Mitchell sostiene que fue la clínica la que lo llevo a pensar en una integración de perspectivas sobre el self ya que en ella lidiamos continuamente con problemáticas ligadas a la definición de uno mismo (self), a la definición del otro (objeto), cada una de estas definiciones siendo a su vez una definición de la relación o, mejor aún, de un aspecto de la relación que implica sólo versiones del self que se activan en determinados contextos. Comprensión de la mente basada en configuraciones relacionales compuestas de versiones del self en relación a versiones del objeto y versiones del objeto en relación a versiones del self” en un campo de interacción. Piensa Mitchell que la integración entre diferentes teorías del self es posible ya que, aunque aparentemente sean contradictorias, para él no hacen otra cosa que describir diferentes facetas del mismo.

También es interesante en este asunto tener en cuenta, mínimamente, la voz de los filósofos, en dónde también ha habido desde casi los orígenes del pensamiento dos tendencias encontradas –diferentes variedades de lo uno y lo múltiple que, desde Parménides y Heráclito, no dejan de ser uno de los grandes asuntos filosóficos. Unidad o multiplicidad parece ser el debate filosófico contemporáneo igual que lo es en psicoanálisis. Desde aquellos que piensan que plantearse el self como un entidad es una reificación del

lenguaje, un uso incorrecto del pronombre reflexivo, hasta aquellos que piensan que una noción como esta está en el centro de la posibilidad del pensamiento filosófico de la subjetividad o de la ética, el debate continúa y nos sigue enriqueciendo. Siendo un poco reduccionistas podríamos decir que en la filosofía contemporánea podríamos dividir las aguas entre cartesianos versus anti-cartesianos.

Richard Rorty (1993), discutiendo un trabajo del psicoanalista Donald Spence cuyo título es “El giro hermenéutico” (1993), sostiene que este último, tratando de cuestionar la idea psicoanalítica clásica de verdad histórica para sustituirla por la de verdad narrativa, vuelve a caer en –o no deja de sostener– la presuposición de un sujeto unificado-centrado:

Dice Rorty:

Con el fin de deshacerse de la concepción del self como espectador [la cartesiana], Dennett sugiere que tenemos que dejar de pensar en el self como algo que tiene creencias y deseos y sustituir la idea del self como siendo una compleja masa de creencias y deseos. Dada esta última imagen, lo más cerca que podemos estar de revivir la noción cartesiana de un self central es pensar en él como “el centro de gravedad narrativa”. En lugar de pensar en mi self (mi mismo) como algo que gradualmente es consciente de sí, Dennett me pide que piense en mi self como viniendo gradualmente a la existencia por la acumulación de creencias y deseos que contienen las palabras “yo” y “Richard Rorty” y como si estas creencias y deseos comenzaran a estar juntas en un relato coherente y plausible. No una narrativa, ni un self. Muchas narrativas incompatibles de aproximadamente el mismo tamaño y coherencia sobre las aventuras del mismo cuerpo, muchos selves (si mismos) (Rorty, 1993, p. 22).

Debido probablemente a cambios históricos, sociales, tecnológicos, etc., sin precedente en la Europa posterior a la segunda guerra mundial, sobre todo en las últimas décadas, las preguntas en torno a la “identidad”, a “quienes

somos”, a “cómo nos definimos”, en diferentes niveles –tanto personales como nacionales y/o grupales- se ha reactivado ampliamente; digo reactivado ya que coincido con Jacques Le Rider (1990/2000) en que la “crisis de identidad”, como búsqueda central, tiene un fuerte antecedente en la Europa *fin du siècle*. “Los términos y categorías en los cuales nos experimentamos a nosotros mismos, en los que nos representamos a nosotros mismos para nosotros mismos, encarnan una historia social, familiar e interpersonal compleja” (Mitchell, 1991a, p.130).

En Freud no hay un uso sistemático de alguna noción que pueda equipararse o traducirse por self. El concepto de *ich* freudiano tiene, como sabemos, muchas lecturas. Hay un cierto acuerdo, sin embargo, en las diferentes variantes interpretativas de su obra, de que es un término ambiguo y que posee diferentes usos. La traducción de Strachey por “ego”, término latino, ha sido criticada por varios autores –pensamos que con razón- ya que al transformar un término de la lengua hablada en un término que al latinizarlo deviene excesivamente técnico pierde todas las resonancias semánticas que el término original contiene en sus usos (claro, esto es propio de toda traducción, pero hay formas de traducirlo más cercanas y apropiadas -véase Bethelheim (1982) y/o los múltiples comentarios de Loewald (2000) en notas al pie para una crítica de la traducción de Strachey⁵⁸). En general (en la psicología del yo pero también en el ámbito francés –véase Laplanche, 1970) se suele distinguir el yo como refiriendo a la totalidad de la persona –yo-representación de Laplanche- del yo (ego) referido a funciones específicas de la persona o, incluso, al ego como instancia psíquica de la segunda tópica. Fue Hartmann, como hemos dicho antes, quien trató de darle un estatuto metapsicológico a la noción de self tratando de resolver esta ambigüedad. Dice Hartmann:

En análisis una clara distinción entre los términos ego, self y personalidad no siempre se ha realizado. Pero una diferenciación de

⁵⁸ Las traducciones de las obras completas de Freud que realizó Strachey fueron publicadas entre 1955 y 1967 bajo el patrocinio de Ernest Jones (Cf. Pines, 1985) –citado por Carlos Rodríguez Sutil (2010, p. 53).

estos conceptos parece esencial si tratamos de ver consistentemente a los problemas involucrados a la luz de la psicología estructural de Freud. Realmente, usando el término narcisismo, dos diferentes conjuntos opuestos parecen a menudo estar fusionados en uno. Uno de ellos se refiere al self (la persona propia) en oposición al objeto, la segunda al ego (como un sistema psíquico) en oposición a otras subestructuras de la personalidad. Sin embargo, la oposición de la investidura de objeto no es la investidura del ego, sino la investidura de la propia persona, esto es la investidura del self [...] Por ello será clarificador si definimos al narcisismo como la investidura libidinal no del ego sino del self (Hartmann, 1950, pp. 84-85).

Dentro del psicoanálisis contemporáneo Mitchell identifica dos tendencias de pensamiento centrales sobre este asunto: aquella que jerarquiza una visión del self como separado de los otros, integrado y continuo, y aquella otra que enfatiza la multiplicidad, contextualidad y discontinuidad de la experiencia del self.

Comencemos por esta última. Parte importante del paso de la teoría clásica a las versiones post-freudianas que hemos resaltado ha sido, como hemos ya situado en el capítulo precedente, el cuestionamiento del concepto de pulsión. En este cambio operado en la visión del self post-freudiana, en su variante de multiplicidad, Mitchell enfatiza una de las consecuencias de este cuestionamiento: el cambio de perspectivas sobre lo que en la segunda tópica freudiana, o modelo estructural, fue condensado en el término *id* (expresión latina que los ingleses, Strachey mediante, utilizan para referirse al *Das* alemán –ello). Muy esquemáticamente, y siempre según la *mainstream* psicoanalítica norteamericana –con una apoyatura indudable la obra de Freud- el ello (*id*) es una instancia desorganizada, sin forma, fuente exclusiva de energía que era diferenciada de los aspectos organizados y estructurados del aparato psíquico, en parte mediante el contacto con el mundo externo, que eran el ego (*yo*) y el superego (*superyó*). Muchos psicoanalistas post-freudianos comenzaron a cuestionar esta diferencia entre

energía y estructura, entre ello y yo. De diferentes modos comenzaron a incluir cierta organización o estructura en el ello –aquí podemos incluir a Fairbairn, Loewald, posteriormente a Kernberg, etc. La versión más clara y representativa de este movimiento fue, sin duda, la obra de Fairbairn. Para él lo reprimido no son pulsiones sino relaciones de objeto, significados organizados en relaciones ego-objeto. Ogden, en un excelente trabajo sobre “The Concept of Internal Object Relations” (1983)⁵⁹, traza el recorrido de este concepto en diferentes autores (Klein, Bion, Winnicott) y resalta la posición de Fairbairn de este modo:

Aunque Fairbairn trabajaba dentro de un marco psicoanalítico freudiano, luchaba contra lo que él pensaba que eran las limitaciones tanto de la teoría freudiana como kleiniana. Fairbairn (1946) señaló que Freud concebía al ello (id) como una energía sin estructura (Freud, 1933) y al ego como una estructura sin energía. Esto es que el ello era visto como “investiduras pulsionales que buscan descarga –lo que en nuestra visión es todo lo que hay en el ello” (Freud, 1933, p. 74) mientras que el ego era visto como organizado en funciones pero sin su propia fuente de energía. Fairbairn (1944. 1946) reemplazó la dicotomía freudiana del ego y del ello (id), estructura y energía, con la noción de “estructuras dinámicas”. Estas estructuras dinámicas eran concebidas como aspectos de la mente capaces de actuar como agencias independientes con sus propios sistemas motivacionales. En términos energéticos uno podría decir que tienen su propia fuente de poder. En términos psicológicos, Fairbairn está diciendo que estos aspectos de la persona tienen la capacidad de pensar y desear de acuerdo con su propio sistema de generar significado. Según esta teoría, cada fragmento del ego (aspecto de la personalidad) se escinde defensivamente en el curso del desarrollo, funcionando como una entidad en relación a los objetos internos y en relación con otras subdivisiones del ego (Ogden, 1983, p. 231).

⁵⁹ Trabajo retomado en 1986.

Este texto de Ogden es muy claro en cuanto a qué es lo que está en debate en esta cuestión. Si dejamos de plantear la distinción clásica entre energía y estructura, en la segunda tópica freudiana, o representación y afecto, en la primera y a lo largo de la obra, llegamos a lo que Fairbairn denominó estructuras dinámicas, es decir, aspectos o “versiones” de la persona (o del ego o del self) que son capaces de funcionar como agencias independientes con su propio sistema motivacional. Como afirma Mitchell “esta multiplicidad de organizaciones son mucho más que representaciones (cognitivas) del self; más bien, cada versión es una unidad funcional completa con un sistema de creencias, una organización afectiva, una intencionalidad agente (*agentic*) y una historia de desarrollo” (2000, p. 63).

Desglosemos mínimamente esta última definición de Mitchell. Lo primero que realiza es una necesaria diferenciación la cual ya estaba presente cuando comienza a trabajar sobre este asunto: se trata de diferenciar esta idea de multiplicidad de sí-mismos o auto-organizaciones de la idea más tradicional en psicoanálisis de la presencia de diferentes representaciones del self y de los objetos. Por ello, sostiene que esta multiplicidad es “más que” una multiplicidad de representaciones, enfatizando, entre paréntesis, el aspecto cognitivo de las mismas. Si en el modelo más tradicional, desde Freud, se distinguía entre representación y afecto, por un lado, y pulsión por otro, en el modelo que Mitchell propone esta distinción no es necesaria ya que cada versión del self “es una unidad funcional completa”, lo que conlleva un entrelazamiento entre representaciones, afectos, agencia e historia de formación-constitución. Mitchell piensa que darle al concepto de representación propiedades motivacionales y dinámicas es transformarlo y hacer invisibles las diferencias que existen entre Fairbairn y las teorías contemporáneas con el modelo clásico. Se pregunta: “Si una representación hace cosas, ¿cuál es su relación con la pulsión? ¿Están ahora las pulsiones insertas (*embedded*) en representaciones?... ¿ha caído todo el conjunto subyacente del sistema motivacional que constituye la teoría pulsional de Freud descolorido en el fondo?” (1991c, p. 174). Con cierta ironía Mitchell responde a una objeción de Grossman –quién sostuvo que lo que Mitchell afirmaba ya estaba contemplado en la diferencia clásica entre representación

y ego- afirmando que si ambos dicen lo mismo, entonces ellos han devenido relacionales *malgré eux*. Es la línea de la teoría de las relaciones de objeto la que más ha enfatizado la idea de que los objetos internos, como unidades funcionales, hacen cosas y les hacen cosas⁶⁰.

Otro elemento interesante en la definición de Mitchell es que le asigna, a las diferentes versiones del self-otro (objeto), una historia particular de desarrollo. Pienso que Christopher Bollas, otra referencia de Mitchell en este asunto, lo resume muy bien cuando afirma:

El self de la persona es la historia de muchas relaciones internas [...] No existe un fenómeno mental unificado que podamos llamar self [...] El concepto de self debe referirse a las posiciones o puntos de vista desde los cuales y a través de los cuales significamos, sentimos, observamos y reflexionamos sobre diferentes y separadas experiencias en nuestro ser. Un punto de vista crucial viene de cómo nos experimenta el otro (Bollas, 1987, pp. 9-10)

Nos queda Sullivan, otro de los autores en los que Mitchell se apoya para pensar esta discontinuidad y multiplicidad del self. Sullivan ha hablado en reiteradas ocasiones de la naturaleza ilusoria del self como unidad, de su condición secundaria en relación a las interacciones. Afirma Sullivan que las personas pueden actuar de forma muy diferente con diferentes personas o en forma muy diferente con la misma persona en diferentes contextos. La diversidad de patrones yo-tu hace que la ilusión de unidad sea, en palabras de Sullivan, “la madre de todas las ilusiones” (citado por Mitchell, 1991a, p.

⁶⁰ “The relationships among these different versions or organizations of self are complex and depend largely on degrees of conflict and issues of loyalty in the real external relationships from which they derive. Socarides and Stolorow (1984) argue that “splitting” in the child may be derived from the parents’ perception of the child as “split” and discontinuous (p. 71). Ogden (1989) has suggested that demands for allegiances by a parent may greatly affect the possibility for containing and integrating “masculine” and “feminine” dimensions of the self. And Searles (1986) has pointed out how “disharmoniously-wedded parents have counterparts (however much exaggerated or otherwise distorted) in comparable poorly-married parental introjects” (Mitchell, pp. 195-196).

This way of talking about self as multiple, discontinuous, and composed of egos and objects tends to be irritating to classical interpersonalists, whose sensibility is shaped by Sullivan’s operationalism and its practical approach to difficulties in living” (1991a, p. 129).

129) y que esté, como es común en su marco de referencia, al servicio de aliviar la angustia y de distraer la atención de cómo nos comportamos con los otros (Mitchell, 1991b, p, 129).

Así, como vemos, los referentes centrales para pensar el self como múltiple y discontinuo son los representantes de la teoría de la relaciones de objeto y la teoría interpersonal, influencias centrales en Mitchell como venimos viendo.

Pasemos ahora a la segunda gran corriente de pensamiento en el psicoanálisis contemporáneo que ha abordado la cuestión del self desde la perspectiva de su continuidad, integración y estratificación así como de su condición de separado.

Uno puede decir desde esta perspectiva que, a pesar de las discontinuidades que podemos llegar a experimentar, aún existe un núcleo que reconoce en esa variedad un “yo-mismo”, un sí-mismo (self). Habría una especie de sentimiento de sí que iría más allá de los cambios en el tiempo. En esta experiencia, nos centramos más en lo que continúa y me representa como “aquello que realmente soy” más que en los inevitables cambios.

Mitchell plantea que mucho del “retorno a Freud” retomado por los norteamericanos muchos años después que en Francia, o ciertas exhibiciones de lealtad del freudismo contemporáneo norteamericano, están vinculadas al énfasis creciente que en el panorama psicoanalítico han tenido los factores relacionales y, por lo tanto, al temor, que tiene su antecedente en las confrontaciones con el psicoanálisis interpersonal, de que este énfasis amenace con eliminar y/o disolver lo personal, la individualidad única o lo que en la teoría de Freud sería la ubicación de lo pulsional en el cuerpo, todos estos conceptos pre-sociales. La pregunta que los problematiza-conflicta es: ¿dónde está el núcleo del self, su corazón, su centro? Claro, en muchas de las teorías relacionales se parte de la imposibilidad de pensar al self de forma aislada (mito de la mente aislada de Bleger, 1973, o de Stolorow, 1992), de su ininteligibilidad pre-social. Si es un producto de las interacciones, si requiere para desarrollarse un matriz de relaciones interpersonales, ¿dónde

reside? ¿No caemos en una especie de sociología o en una de teoría del aprendizaje social? -preocupación que resuena con la “época del enfrentamiento” entre freudianos e interpersonalistas. Si no planteamos la existencia de un cuerpo pulsional, o de una identidad pre-social interna a la condición misma del individuo, ¿cómo podemos profundizar en la experiencia personal o explorar la profundidad de la persona que nos consulta sin salirnos fuera?⁶¹ Muchos de estos problemas son deudores, según Mitchell, de una concepción espacial y/o estratificada del self, –de lo más primitivo a lo más civilizado, de lo más personal a lo más social, es decir, de lo más profundo a lo más superficial. No obstante, no dejan de tener una gran importancia en la tarea clínica ni se puede prescindir de ellos con excesiva rapidez. Los problemas de verdadero y falso, auténtico e inauténtico, están también allí presentes, como cierta comprensión del sentimiento/sentido de agencia.

Dentro del psicoanálisis muchos psicoanalistas, de uno u otro modo, han hecho referencia a algo que nos es propio y que va más allá de los cambios que experimentamos. Mitchell señala varios que me resultan interesantes:

Cada uno tenemos algún sentido/sentimiento de nuestro estilo particular o estética o patrón de auto-organización, nuestra propia “firma” (Donald Spence, 1987), nuestro “idioma” (Bollas, 1987). Este sentimiento personal del self es profundamente privado y en última instancia inefable, más fácil de sentir que de describir (Mitchell, 1993, p. 109).

A esta lista podríamos agregar la idea de self privado o íntimo de Masud Khan (1974), o el verdadero self de Winnicott, al menos en la versión que a nosotros nos resulta más interesante (véase Abello y Liberman, 2011, capítulo 6).

⁶¹ Uso aquí ex-profeso la imagen de Sartre sobre que entrar en la conciencia es salir al mundo.

Para Mitchell uno de los riesgos en la escucha clínica de la concepción del self como continuo e integrado, podríamos decir, es enfatizar en exceso esta idea, que a la hora del trabajo clínico puede traducirse en pensar que una de las voces que aparecen en la polifonía de la consulta “es” la verdadera subjetividad del paciente (o del analista), como si existiese, en términos de contenidos, una subjetividad única que careciese de toda ambigüedad. Partir de este supuesto y de esta elección que realiza el clínico sobre qué es lo que el analizando “es” realmente (o qué necesita “realmente”, etc.) también tiene además de las enormes dificultades clínicas, problemas epistemológicos indudables; clínicamente, va a tender a pensar ciertos estados como meras “defensas” -en el sentido de cierta inautenticidad-; o congelar a alguien en una imagen de sí perdiendo cierto dinamismo; o a la arbitrariedad del juicio sobre qué es real-realidad, etc.

Otras experiencias que están muy articuladas con el self como continuo e integrado son el sentimiento de agencia y el sentimiento de autenticidad.

Sobre la condición de agente ya hemos visto cómo Mitchell plantea el problema. Kohut, por su lado, describió el self como “un centro de iniciativas” (1977, p. 99); también Schafer, como hemos señalado antes, puso el acento en esta dimensión que casi inevitablemente supone “alguien” que responde de las acciones, que de alguna manera se las apropia. En el campo clínico, este sentimiento de ser agente, de ser quién ha hecho tal o cual cosa, puede perderse en patologías severas (Ogden, 1991) o recuperarse en relación a ciertas experiencias que previamente no eran reconocidas (Schafer, 1976, 1983).

Esto indica que es algo que se puede construir o no como experiencia, tanto en la historia personal como en el tratamiento. El asunto para Mitchell, como hemos dicho, son las implicaciones clínicas que puede tener tomar una de estas perspectivas sin dialectizarla con la otra, sustancializar una especie de mismidad que organiza la experiencia y que hace perder de vista todas las dimensiones discontinuas de la misma. Como bien señala Ogden (1994, p.

14), el descentramiento del sujeto que inicia el pensamiento freudiano requiere, necesariamente, un pensamiento dialéctico.

Por otro lado, es necesario no confundir modelo con realidad, pues lo que a Mitchell le interesa no es, como hemos señalado, el debate sobre si el self es uno o múltiple en abstracto sino poder guardar la “tensión creativa” (Mitchell, 1993, p. 102 y 115) entre ambos enfoques, sin reificarlos, lo que nos dará una amplitud de escucha y una mayor tolerancia a la disonancia no patológica.

Volviendo al sentimiento de agencia Mitchell plantea (debatiendo con una desconstructivista sobre el concepto de multiplicidad) que él prefiere hablar de constructivismo y no de desconstructivismo “porque eso implica de que no existe modo de no ser constructivo en la organización de la experiencia. El punto es hacerse responsable de las propias construcciones y de sus ventajas y sus hipotecas (foreclosures)” (Mitchell, 2001, p. 287). Por ello, más allá de su compromiso teórico con el concepto de multiplicidad, piensa que es fundamental reformular toda una serie de experiencias de modo tal que complementen y articulen con lo que la multiplicidad nos evoca clínicamente. En este mismo trabajo esta autora cuestiona ciertos usos que Bromberg, uno de los psicoanalistas que más han enfatizado junto con Mitchell el concepto de multiplicidad en los 90’, hace de la expresión “me-ness” (que podríamos traducir como mismidad) (véase Rodríguez Sutil, 2013). Mitchell aclara que lo que Bromberg entiende por “me-ness” no tiene nada que ver con lo que la psicología freudiana del yo entendía como “yo observador” y/o “sintético”. Refiere que el lenguaje tiene sus trampas, trucos, sutilezas, y piensa que lo que Bromberg enfatiza con ese concepto es “la capacidad de apropiarse’, de identificarse con o asumir la responsabilidad por las experiencias discontinuas de uno mismo. No hay ninguna continuidad de contenido allí implicada” (Mitchell, 2001, p. 289). Frente a esta colega que le plantea que la noción de agencia es un resto modernista e ilustrado, que el inconsciente está cargado de alteridad y que no se puede reclamar la autoría, la respuesta de Mitchell es volver a situar el debate de Freud con ciertas concepciones omnipotentes de la agencia vigentes en su época, con cierta arrogancia

victoriana del poder de la voluntad o de la conciencia que tuvieron una indudable importancia pero, señala con cierta ironía, que salvo que nos representemos como absolutamente pasivos, lo que a él le parece de “mala fe”, “¿no podemos al menos suponer cierta coautoría?” (Mitchell, 2001, p. 288). Nos advierte frente al establecimiento de las falsas dicotomías, aquí pasivo o activo; piensa que es posible y útil volver a trabajar y complejizar el concepto de agencia que nos permita tanto dar cuenta de la multiplicidad preservando la idea de responsabilidad individual tan central en el trabajo clínico.

Lo mismo ocurre o ha ocurrido, piensa Mitchell, con el destino del concepto de autenticidad (Mitchell, 2001c, p. 287). Excluido a veces por modernista, existencialista o cualquier otro argumento “ista” –igual que agencia- la autenticidad como problema queda evacuado, tirando el agua con el niño adentro. Es cierto, piensa Mitchell, que ciertas versiones y/o usos de la idea de “verdadero self” tienen un aire de familia modernista en el sentido, fundamentalmente, de que nos acercamos a algo “que está ahí”, un “objeto natural” diría Bleger (1973). Pero esta forma de entender este concepto no es inevitable. No podemos, además, desconocer que hay asuntos de honradez, de franqueza, o de falta de estas cualidades, así como problemas de complacencia y auto-afirmación que forman parte de nuestro quehacer diario como clínicos. ¿Tiene el concepto de autenticidad que implicar la idea de un núcleo o verdadero self? No necesariamente, piensa Mitchell. Y afirma:

La diferencia crucial entre autenticidad e inautenticidad reposa no en los contenidos específicos sobre lo que siento o hago, sino en la relación entre lo que siento y hago y la configuración espontánea y el flujo de mi experiencia en un momento determinado. [...] El grado en el que un acto o un sentimiento representa o representa erróneamente al self personal no depende de su contenido, sino de su lugar en un contexto y configuración de la experiencia tal y como es continuamente organizada, desorganizada y reorganizada en el tiempo [...]. ¿No implican también estos términos un «núcleo», un «verdadero» o «real» yo [me] que existe en algún lado (contrabandeando nuevamente la

metáfora espacial)? No. Tenemos un sentimiento de nuestra experiencia en el tiempo. Podemos determinar una nueva experiencia en términos de continuidad o discontinuidad con el pasado y el presente; una nueva experiencia puede representar y expresar nuestra historia y estado actual o negar y traicionar nuestra historia y estado actual, o reconfigurar nuestra historia y estado actual de modo nuevo y enriquecedor. El sentimiento de autenticidad es siempre una construcción y, como construcción, está siempre en relación con otras posibles construcciones del self en cualquier otro momento (Mitchell, 1993c, p. 130-31).

En este sentido, todos los clínicos sabemos bien que las comprensiones y/o narrativas-relatos que ayer fueron un descubrimiento, una forma novedosa de leer la situación personal, pueden muy bien hoy estar al servicio de la resistencia, en el sentido de haberse convertido en un refugio familiar y confortable que inhibe nuevos desarrollos y posibilidades.

Mitchell volverá a enfatizar la importancia de tratar este asunto ya que, afirma, lo importante no es tanto definir de forma definitiva si el self es uno o múltiple (lo que “en realidad” es) –algo que piensa que epistemológicamente no tiene sentido– sino, fundamentalmente, plantearse las consecuencias clínicas de pensar de un modo o de otro. Implicaciones clínicas que para él van desde el “ideal de salud” que organiza nuestra práctica al tipo de escucha (del paciente y de nosotros mismos) que vamos a privilegiar. El ideal de salud puede estar basado, como en la psicología del yo, en la integración (siendo la marca de la patología la fragmentación y/o escisión), o construirse como “la capacidad de sostener y tolerar cambios discontinuos entre estados-del-self y auto-organizaciones, oscilaciones entre sentimientos apasionados de diferentes tipos, y una tolerancia a la sorpresa de fuentes inconscientes” (Mitchell, 2001c, p. 284). En cuanto al tipo de escucha, es diferente plantear una atención libremente flotante desde una actitud neutral que plantear la escucha del otro como de sí mismo desde una receptividad y apertura inclusiva de las reacciones contratransferenciales y de los enactments. Estas dos actitudes clínicas o tipos de escucha en sentido amplio supondrán

diferentes modos de respuestas clínicas como veremos en el siguiente capítulo.

Por todo esto, Mitchell afirma (2000b) que el concepto de sobreinclusividad de Jessica Benjamin le resulta interesante, fundamentalmente en este aspecto: que va en un sentido inverso al ideal de salud que promovía la psicología del yo –síntesis, integración, una especie de emocionalidad “gris”, etc. La meta de la síntesis ha sido reemplazada, en el psicoanálisis relacional, por la meta de multiplicidad, por la capacidad saludable del self de albergar y contener estados discontinuos que no necesariamente tienen que integrarse (muchas veces entendido esto como perder fuerza, palidecer en intensidad, etc.) sino que pueden coexistir. Como dice Benjamin:

Tolerar la ambivalencia, ser capaz de sentir tanto amor como odio hacia el mismo objeto, no significa que el amor y el odio deban ser sintetizados de modo tal que el amor triunfe sobre el odio. Mas bien, significa que el odio puede ser soportado. Diferencia, odio, fallas en el amor pueden ser superadas no porque el self está unificado, sino porque puede tolerar estar dividido. Lo que motiva la inclusión de sentimientos escindidos o aspiraciones bloqueadas no es la compulsión a restaurar la unidad sino el deseo de estar menos resentido y temeroso del enfado proyectado, menos aterrorizado por la pérdida, menos punitivo hacia aquello que deseamos (Benjamin, 1998, p. 105).

Mitchell concluye que, de alguna manera, las diferentes experiencias, en su ambigüedad radical, pueden ser vistas desde diferentes perspectivas.

La multiplicidad, como todas las teorías, es un modo entre varios que tenemos de organizar la experiencia. Si la tomamos como el modo en que la experiencia está organizada real y naturalmente, caemos también en la trampa modernista. Y esto es mucha más que un

problema de incorrección política, especialmente para los clínicos. [...] Uno nunca puede evitar influenciar, pero si las preferencias del analista (especialmente su metapsicología) forma parte de lo que en diferentes momentos indagamos, la influencia opera colaborativamente y de manera auto-reflexiva más que como adoctrinamiento (Mitchell, 2001c, p. 286).

3.4.4 Tercera etapa: los modos de la relacionalidad

El marco de trabajo que empleo está basado en la premisa de que las mentes humanas interactúan de muchos modos diferentes, y que la variedad de conceptos relacionales difundidos en la reciente literatura analítica se comprende mejor no como representando teorías que compiten sino ocupándose de diferentes y entrelazadas dimensiones de la relacionalidad (Mitchell, 2000c, p. xv).

Tanto Sullivan, como Fairbairn o Winnicott, comprendieron tempranamente, como hemos visto, que la persona emerge y se desarrolla en contextos y campos interpersonales. El aforismo de Winnicott, tan citado, “There is no such thing as a baby” (1960, p. 39n) –traducido habitualmente como “El bebé no existe”– es un claro ejemplo, en su radicalidad, de esta perspectiva. Mitchell y Aron (1999, p. xv) piensan que podemos tomar este enunciado de Winnicott como una afirmación fuerte de la “relacionalidad” en términos de desarrollo. Comprender la mente en su relacionalidad primaria no desconoce la condición separada de quienes integran una determinada relación, tanto en el desarrollo como en la vida en general. Cada uno lleva a la relación sus propias historias y mundos internos, o incluso, en el recién nacido, sus propias características temperamentales o fisiológicas, etc. El concepto de relacionalidad no desconoce ni niega esto. Sólo piensa que “estas propiedades emergentes de la díada existen en relación dialéctica con las subjetividades individuales del paciente y del analista”, como afirman Mitchell y Aron (1999, p. xv), o de cualquier otra relación.

Nos gustaría exponer brevemente el último modelo que Mitchell desarrolla en *Relationality: From Attachment to Intersubjectivity*⁶² (2000c) dónde propone un marco de trabajo que permite integrar los diferentes aportes y modos de comprensión de la relacionalidad que se vienen desarrollando en las últimas décadas. Aquí también, como nos ha pasado con el concepto de matriz relacional, nos encontramos con una doble intención en el modelo que propone: por un lado, un marco general que permita articular y organizar las diferentes contribuciones que se vienen haciendo sobre este asunto y, por otro, un modelo de integración personal que nos permite y nos ayuda a comprender nuestra práctica clínica en su complejidad. Como en su libro *Conceptos Relacionales en Psicoanálisis* (1988b) Mitchell vuelve a evidenciar ese rasgo tan característico de su quehacer como psicoanalista: la búsqueda de la integración crítica de las contribuciones pasadas y presentes.

En este libro, Mitchell retoma algunos de los artículos que ha escrito en los últimos cinco años retocándolos y añadiendo algunos capítulos. En la primera parte del libro desarrolla en dos capítulos su lectura de la obra de Hans Loewald; en la segunda parte, que se intitula, con una expresión de este último autor, “Niveles de organización”, Mitchell propone lo que ha denominado en la introducción un modelo de las “dimensiones de la relacionalidad” sobre la premisa de la interacción. Es así como establece cuatro “dimensiones de organización interaccional” (Mitchell, 2000c, p. xvi). Como lo viene planteando, para él pensar la subjetividad es pensar, necesariamente, la intersubjetividad en un sentido amplio: no existe mente humana que pueda sostenerse por sí misma con independencia de otras mentes. Siempre se trata, como titula Aron su libro de 1996, de “Un encuentro de mentes”. Esto no excluye, como ya lo señaló en 1988, que en el ser humano operen constantemente procesos auto-reguladores y regulados por el campo. Pero, insiste, “al comienzo, está la matriz relacional, social, lingüística en la que nos descubrimos a nosotros mismos” (Mitchell, 2000c, p. 57) o,

⁶² Creemos necesario aclarar que Mitchell usa el término intersubjetividad en dos sentidos a lo largo de su obra: uno amplio y uno restringido. En el primer uso la intersubjetividad se equipararía a su idea de interacción y a lo que el los últimos años llamó relacionalidad. En el segundo, que es el que pone de relieve en este título, el uso la intersubjetividad designa un tipo particular de interacción que veremos a continuación.

usando una imagen frecuente en la literatura existencial, a la que somos “arrojados”.

Es en esa matriz relacional, social y cultural en la que se han formado las psiques individuales, con espacios interiores de experiencia subjetiva, microcosmos del campo relacional pero no calco ni puro reflejo. Esta articulación, como hemos insistido, no es *sens unique*: Mitchell ha articulado en repetidas ocasiones esta dialéctica entre lo interpersonal y lo intrapsíquico, lo interno y lo externo, recurriendo al modelo del *strange loop* o al de la banda de Moebius, es decir, a metáforas en las que nunca sabemos dónde está el comienzo o en las que pasamos del adentro al afuera de manera imperceptible; los procesos de internalización crean nuevos tipos de experiencias personales las que, a su vez, regulan y transforman el campo interpersonal del que, nuevamente, son deudoras. Esto también lo ha desarrollado muy claramente Wachtel en sus diferentes libros y en su concepto de “psicodinámicas cíclicas” (Wachtel, 1993, 2008).

En la construcción de este modelo Mitchell parte de la idea de Hans Loewald de “niveles de organización” (2000) y de la idea de Thomas Ogden de “modos de generar vivencias” (1989) ya que ambos conceptos, cada uno en su propio marco de referencia, plantean diferentes modos de organizar la experiencia que pueden tener un origen secuencial –evolutivo- pero que una vez contruidos –si se construyen- operan simultáneamente, en tensión dialéctica entre ellos a lo largo de la vida. Además delimitan diferentes tipos de organización en relación a asuntos tales como los límites del self, grados de diferenciación, grados de subjetividad presente, tipo de temporalidad, etc.

A Mitchell le resultaron muy estimulantes estas ideas para construir su propio esquema o modelo de niveles de relacionalidad o de interacción. Por su lado, define cuatro modos de cómo opera la relacionalidad la cual supone grados crecientes de complejidad y sofisticación. Estos cuatro modos de organización interaccional le permiten, y ese es uno de sus desafíos, albergar las diferentes perspectivas sobre la interacción que se han desarrollado. No lo propone como un lecho de procusto, nos advierte, sino en su valor heurístico para captar diferentes dimensiones teórico-clínicas (Mitchell, 2000c). Dice Mitchell:

Me interesa demostrar que el proyecto de yuxtaponer diferentes dimensiones relacionales en una jerarquía de patrones de sofisticación organizacional creciente es útil para una síntesis crítica de los conceptos relacionales, para pensar las implicaciones clínicas de la interacción dentro de la situación analítica y para explorar algunas de las elecciones que los clínicos hacen diariamente sobre qué decir o no decir acerca de aquello que están sintiendo y aquello que están haciendo (2000c, p.59).

Quedan claros, pues, los tres objetivos que persigue:

1. Síntesis crítica de los conceptos relacionales
2. Implicaciones clínicas de la interacción en la situación analítica
3. Explorar la elecciones clínicas de nuestra práctica cotidiana

Los modos que plantea Mitchell son los siguientes: el modo 1 engloba lo que denomina el “comportamiento no-reflexivo”, el modo 2 la “permeabilidad afectiva”, el modo 3 “las configuraciones self-otro” y el modo 4 “la intersubjetividad” en sentido restringido (Mitchell, 2000c, p. 58).

3.4.4.1 Modo 1: el comportamiento no-reflexivo

En este modo Mitchell se refiere a lo que la gente realmente “hace” con los otros, a los modos en que los campos relacionales se organizan alrededor de regulaciones mutuas que se encuentran “más acá” de la reflexión, que no se encuentran representados en el modo en que usualmente usamos este concepto, es decir, simbólicamente. Son movimientos que podríamos llamar automáticos en el que dos personas van regulando cómo estar el uno con el otro, regulaciones no-reflexivas de las interacciones.

Los aportes centrales a este modo vienen de la tradición psicoanalítica interpersonal, de la teoría del apego y de la investigación en infancia.

Indagar, siguiendo a Sullivan, quién está haciendo qué a quién, es lo que caracteriza bien este tipo de relacionalidad; o también, como lo reformuló Levenson, frase que Mitchell, entre otros, cita a menudo: “¿Qué está ocurriendo aquí?” [*What’s going on around here?*]” (1983, p. ix), en la situación analítica. Lo que Sullivan denominó “indagación detallada”, como ya hemos señalado, se esfuerza, justamente, en poner al descubierto secuencias de comportamientos, acciones y reacciones, ampliar el foco en cómo se han desarrollado; toda esta terminología espacializada y discriminada, ya que estamos forzados a hablar y escribir en prosa, traduce malamente “las sutiles coreografías de micro-adaptaciones interpersonales” (Mitchell, 2000, p.60) que estas indagaciones tratan de poner al descubierto.

También Bowlby, en su teoría del apego, ha enfatizado la dimensión comportamental en las relaciones madre-niño, es decir, cómo la conducta de uno evoca y provoca en el otro otras conductas vinculantes y así sucesivamente. “En esta metodología relacional, las relaciones íntimas están construidas en una compleja coreografía de comportamientos en la que los participantes, cíclicamente, insinúan-dan una señal y responden al otro a su vez” (Mitchell, 2000, p. 60).

Por último, los que trabajan en investigación en infancia, han rastreado de cerca los intercambios tempranos y sus regulaciones. Los patrones de influencia recíproca son generalmente preconscientes o inconscientes. Esta organización ha sido definida como pre-simbólica por Beatriz Beebe o pre-reflexiva por Louis Sander, en la medida en que las acciones e interacciones funcionan sin una conceptualización organizada del self y del otro. En esta dirección de investigación no importa mucho ‘¿quién empieza?’ una determinada secuencia, dado que las acciones de cada participante involucra, a través de micro-adaptaciones, las del otro. Dentro de este grupo, Daniel Stern, además de sus contribuciones a la investigación en infancia, ha

escrito también sobre el trabajo clínico; este autor y sus colaboradores proponen que se busquen pequeñas secuencias de interacciones analíticas rastreando lo que ellos denominan “movimientos relacionales” en los “now moment” o “present moment” (1998, 2004).

Si bien estas perspectivas se centran en la dimensión comportamental, lo que evoca y provoca la conducta de uno en la del otro y viceversa, en una simultaneidad difícilmente transmisible –ya que narrarla nos obliga a la linealidad-, lo que estos autores enfatizan es este camino como vía de acceso a la comprensión de las personas y de sus mentes, en el nivel “pre-simbólico” o “pre-reflexivo”.

En una intervención sobre la obra de Louis Sander, “Las texturas del campo” (2002e), Mitchell comenta que Sander, al poner el foco en el comportamiento, como Sullivan y otros, se pregunta: ¿qué es lo que realmente está ocurriendo?, ¿cómo la acción de cada participante está modelada por y, a su vez, modela las acciones del otro? Habla, a raíz de una grabación fílmica de Sander, sobre el “intrincado ballet” (Mitchell, 2002e, p. 66) que realizan la madre y el bebé. También señala allí la importancia clínica que para él han tenido los aportes vinculados a la idea de “conocimiento implícito relacional”, que desarrolló Karen Lyons-Ruth entre otros.

Esta psicoanalista e investigadora de la infancia también forma parte, junto con los autores que hemos citado antes, del *Boston Change Process Study Group* (*Grupo de Estudio del Proceso de Cambio de Boston*). Nos cuenta Lyons-Ruth:

Se vio con claridad que dos tipos de procesos de representación debían ser conceptualizados separadamente. Llamaremos semántico al primer tipo de representación ya que se apoya en la representación simbólica en el lenguaje. Al segundo tipo lo llamaremos representación procedural [procedimental o de procedimiento]. [...] Las representaciones procedimentales [o de procedimiento] son

representaciones basadas en reglas sobre cómo proceder, cómo hacer las cosas. Estos procedimientos pueden no llegar jamás a ser simbólicamente codificados, por ejemplo, el conocimiento de cómo andar en bicicleta. Más importante para nosotros que el andar en bicicleta, sin embargo, es el dominio del saber cómo hacer cosas con los otros. Buena parte de este tipo de conocimiento es también procedimental, por ejemplo, saber cómo bromear, expresar afecto, o atraer la atención cuando se es niño. A este conocimiento procedimental de cómo hacer cosas con los otros lo hemos llamado ‘conocimiento relacional implícito’. Al usar este término, deseamos diferenciar el conocimiento relacional implícito de otras formas de conocimiento procedimental y enfatizar que esos ‘saberes’ son tanto afectivos e interactivos como cognitivos (1999, p.284).

Según Mitchell la riqueza que aportan estos enfoques son merecedoras de toda nuestra atención. Muchas veces se basan en la teoría de los sistemas dinámicos, teoría que permite, según Mitchell, explorar las dialécticas entre complejidad-unidad, diferencia-continuidad, cambio-recurrencia. También Emmanuel Ghent elogia el poder de la teoría de los sistemas dinámicos y su insistencia en la idea de “procesos”, intentando así salir de antiguas controversias entre natura y nurtura, mente y cuerpo, causas y razones. (Ghent, 2002).

3.4.4.2 Modo 2: la permeabilidad afectiva

Mitchell parte de la idea presente en la obra de Sullivan de que los estados afectivos son contagiosos y, a menudo, transpersonales: los afectos intensos (excitación sexual, depresión, euforia, etc) generan afectos correspondientes en los otros, tanto en la vida temprana como en niveles inconcientes profundos a lo largo de toda la vida. Se suele hablar, en relación a los afectos, de resonancia, metáfora mecánica que se refiere a la idea de que un cuerpo es capaz de “vibrar” cuando es sometido a la acción de otro. Como comenta Racker, en música –y en la experiencia interpersonal- la capacidad de resonar tiene como condición previa una “identidad potencial preexistente”

(1956/1965, p. 28), la capacidad humana general de desarrollar afectos. Pero, afinando aún más, continua Racker, “depende de mi ‘piano’ interno el ‘cómo’ reflejo los sonidos externos” (1956/1965, p. 29) y qué puedo reflejar y qué no, o cómo lo hago. Aunque nuevamente aquí estamos tomados por linealidad del relato, ya que la dirección y los movimientos emocionales no siempre son claros. Además, afirma Mitchell, aquí tampoco es pertinente preguntar quién empezó —en situaciones de excitación sexual o de agresividad esto se hace más claro —preguntas tal vez pertinentes en otros niveles de organización de mayor discriminación. En momentos de alto compromiso afectivo estas preguntas pierden sentido.

Este nivel de la experiencia se caracteriza por lo que Mitchell llama “permeabilidad”, es decir, otra metáfora física que se refiere a la capacidad que tiene un material de permitirle a un flujo que lo atravesase sin alterar su estructura interna. Esta difusión no patológica de límites y fronteras fue explorado por varios autores: Sullivan en los años 30’ lo denominó “vínculo empático” (véase Mullahy, 1959) y Loewald (2000), en su redefinición de la experiencia del proceso primario, sostiene que experiencias emocionales intensas se registran de este modo indiferenciado.

También los autores que han trabajado sobre la interpenetrabilidad de transferencia y contratransferencia, como Ogden, Bollas, Bromberg, Hoffman, Mitchell o Davies, han resaltado cómo los afectos del analista son, muchas veces, “una ventana” sobre las experiencias afectivas conscientes o disociadas del paciente (Mitchell, 2000c, p. 62).

Lo que el paciente está experimentando y lo que el analista está experimentando están profunda e inevitablemente entrelazados y forman una única, aunque muy compleja, unidad diádica. Alguien que está deprimido es probable que nos “tirá abajo”; alguien que está ansioso pone a los otros ansiosos; la excitación sexual engendra excitación sexual; la rabia y la beligerancia incitan a la hostilidad recíproca; y así. Los afectos a menudo funcionan (no siempre, por

supuesto) como un diapasón del mismo tono; la vibración en uno provoca una resonancia en los otros (Mitchell, 1993c, p. 60).

Hugo Bleichmar⁶³ ha insistido, con razón, que para comprender este nivel de la experiencia emocional del analista es importante aclarar que ésta se activa no por la temática del discurso del paciente sino, justamente, por “contagio” emocional –la excitación del otro, la tristeza, el miedo, etc.. Es decir, por activación emocional en un plano no reflexivo, no verbal. Es la forma más primitiva de comunicación entre el bebé y su cuidador, antes que las palabras puedan existir para el bebé. Este tipo de intercambio continua a todo lo largo de la vida. Incluso cuando la palabra tiene importancia, la prosodia –ritmo, altura de la voz, intensidad, etc.- es lo primero que se detecta y marca al mensaje: amplificándolo, moderándolo, contradiciéndolo. Para dar una idea del poder de la identificación/ imitación/contagio basten los trabajos en que se les muestra a una serie de personas láminas con expresiones afectivas con pupilas de distinto tamaño, modificándose el tamaño de la pupila del observador medido con métodos muy precisos (Adolphs, 2006).

La interacción contagia estados emocionales más allá de lo que uno esté contando. Por supuesto, que duda cabe, un contenido puede despertar un estado emocional en el otro; lo interesante en este modo 2, sin embargo, es pensar que de un estado emocional se puede también despertar un estado emocional resonante en el otro más allá de lo que se este diciendo. Ejemplos de esto son aquellos padres muy ansioso que “electrizan” a sus hijos, o esas parejas que hacen lo propio con su compañero o esas situaciones clínicas en el que la incongruencia entre contenido y estado emocional se evidencia en el estado emocional del analista. Sullivan, lo dijimos al comienzo, piensa que la angustia tiene un origen exógeno en el infans, es decir, afirma que justamente al ansiedad viene de afuera, de la madre, como desorganización en el niño y no por lo contenidos de su discurso.

⁶³ Comunicación personal

En este nivel también estamos en un nivel en el que el ritmo cognitivo-emocional o la forma generan estados emocionales en el otro más allá de la temática.

3.4.4.3 Modo 3: las configuraciones self-otro

Este es el modo que tal vez ha sido más teorizado en la historia del psicoanálisis. Aquí nos encontramos en un nivel simbólico de organización de la experiencia, en donde las interacciones fueron construidas conjuntamente y categorizadas, consciente o inconscientemente, en relación con determinadas figuras del mundo interpersonal. En las diferentes relaciones modelamos configuraciones *self-otro* y esta multiplicidad de versiones, como hemos visto antes, tanto del *self* como del otro y de su relación constituyen formas de organizar simbólicamente la experiencia interpersonal. Esto no disminuye lo significativo del contexto a la hora de comprender estas configuraciones. No se activan en el vacío⁶⁴. Sólo que la existencia de múltiples versiones del *self* y/o *self-otro* nos permite articular mejor la dialéctica interno-externo.

Mitchell comenta que Fairbairn introdujo, entre otros aportes, dos principios íntimamente vinculados. El primero de ellos alude a la inseparabilidad de la formación del *self* y del objeto-otro; su argumento aquí es muy simple: si la libido busca objetos no tiene sentido psicológicamente pensar en el *self* sin relación con otro, y ya que los objetos devienen psíquicamente relevantes en relación con su investidura por el *self*, tampoco tiene sentido pensar una determinada versión del objeto por fuera de alguna determinada versión del *self* (Mitchell, 1988b, 2000c). El segundo principio sostiene la idea de la multiplicidad del *self*, es decir: no somos un *self* unitario (único) que lucha por protegerse-defenderse de los impulsos sino un *self* discontinuo, con múltiples organizaciones del *self* empaquetadas juntas en un ilusorio sentimiento de continuidad y coherencia que tiene rasgos conscientes e inconscientes (Mitchell, 1993c, 2000c).

⁶⁴ Esta es otra forma de fundamentar por qué las actitudes del analista están íntimamente vinculadas y recíprocamente influenciadas por las versiones del *self* activadas del paciente.

Como ya vimos, la lectura que Ogden hace de los objetos internos de Fairbairn (Ogden, 1983, 1989), le permiten a Mitchell pensar estas configuraciones como unidades funcionales, cada una con un sistema de creencias, organización afectiva, agencia intencional e historia del desarrollo (Mitchell, 2000c, p. 63).

Por ello, además de las formas de estar con alguien (modo 1 y 2), nosotros tenemos ciertas representaciones, fantasías, de quién es el otro para nosotros y nosotros para él. Estas representaciones de sí el relación a representaciones del otro, cargadas afectivamente, con su historia, nos abre a preguntas tales como: ¿cuándo se representa al otro así, de esta manera, cómo se representa él? ¿Cuándo él se representa de esta manera, cómo representa al otro? Todo esto en su multiplicidad.

Mitchell hablaría, por contraste con el modo 1, de conceptualización organizada del self y del otro. Los otros son simbólicos, cumplen diferentes roles: espejar, excitar, satisfacer, perseguir, cuidar, etc., con la variadas representaciones correspondientes del self: otro que persigue puede generar sumisión o agresión frente al sentimiento de amenaza, etc.

Benjamin ha trabajado este nivel en lo que ella denomina “estructuras complementarias” (1988, 1995, 1998), que tiene como paradigma “el que hace” y “al que le hacen” (“doer-done to”), quién realiza la acción y quién la sufre, sujeto y objeto. Esta configuración se caracteriza por la reversibilidad de sus posiciones por medio de la identificación. Uno puede estar en uno u otro de los lugares de esta complementariedad. Hay reversibilidad pero no modificación. En este nivel, podríamos decir, las cosas son así: uno es sujeto y el otro objeto.

Benjamin lo dice así y sitúa, al mismo tiempo, el próximo nivel de relacionalidad que trataremos:

Pero este reconocimiento teórico de la influencia intersubjetiva no nos debe cegar sobre el poder de la experiencia psíquica actual-real, que muy a menudo es de una sola vía (one-way street) –en la cual sentimos como si una persona es la que hace (doer) y la otra a la que le hacen (done to) [...] como la teoría de la relaciones objetales está dispuesta a retratar. Reconocer que el objeto de nuestros sentimientos, necesidades, acciones y pensamientos es realmente otro sujeto, un centro equivalente de ser (Benjamin 1988, 1995) es realmente difícil (2004, p. 6)

3.4.4.4 Modo 4: La intersubjetividad en un sentido restringido

El nivel de interacción que Mitchell denomina intersubjetivo se encuentra, probablemente, la mayor complejidad –como bien lo señala Benjamin en la cita con la que cerramos el apartado anterior. Ya hemos dicho, en una nota a pie de página y es bueno recordarlo, que hay que diferenciar dos sentido en el uso de intersubjetividad en Mitchell. Uno es la intersubjetividad “en sentido amplio”, es decir, aquella que podemos hacer equivalente al concepto de relacionalidad. Por otro lado Mitchell habla, como aquí, de la intersubjetividad “en sentido restringido” refiriéndose al modo más discriminado de interacción, en dónde el otro-sujeto es considerado alguien independiente por derecho propio. Es una relación de sujetos. La distinción entre sentido amplio y restringido no es de Mitchell sino que la incluimos para evitar confusiones.

Piensa Mitchell que fue la tradición interpersonal la que más acento ha puesto en esta modalidad al enfatizar la dimensión más personal y “auténtica” del encuentro analítico. Aún así, sus referencias centrales en este modo de relacionalidad son las contribuciones de Jessica Benjamin sobre la tensión entre auto-afirmación y reconocimiento (1995, 1999, 2004). Como afirma Mitchell:

Las personas, tanto uno mismo como los otros, han devenido agentes más complejos, con intencionalidad auto-reflexiva (pensando en e intentando hacer cosas) y con responsabilidad (hacia otros agentes).

[...] Benjamin y Chorodow demostraron que una visión más significativa de la salud para el niño (y para el paciente psicoanalítico) es la adquisición de un sentimiento/sentido de subjetividad y de agencia en el contexto de relación y de reconocimiento por, e identificación con, una madre (analista) que es sujeto de derecho propio” (2000c, p. 66).

O sea, adquisición del sentimiento de subjetividad y agencia en relación a alguien que es también considerado sujeto. Aron y Mitchell recogen el texto de Jessica Benjamin “Reconocimiento y destrucción: un esbozo de intersubjetividad” para su libro sobre *Psicoanálisis Relacional. La emergencia de una tradición* (1999). En la introducción a este texto los editores plantean que uno de los motivos de su elección es que uno de los leitmotiv que hasta entonces ha dominado la obra de Benjamin es “cómo nos relacionamos con el hecho de la independencia de la conciencia del otro” (Aron y Mitchell, 1999, p. 181). “En su modelo, sostienen Aron y Mitchell, la intersubjetividad es un logro del desarrollo que conlleva sólo gradualmente e imperfectamente la adquisición de la capacidad para el reconocimiento mutuo” (1999, p. 183).

Capacidad que se adquiere, pues, gradual e imperfectamente, reconquistándose y perdiéndose constantemente –en el mejor de los casos.

En el epílogo que escribe Benjamín para la nueva edición de su texto en esta recopilación afirma:

Utilizo el término intersubjetividad no sólo para referirme [...] a que operamos en un campo interpersonal, sino a la cuestión específica del reconocimiento del otro como centro de ser equivalente al propio [...] Tal como yo lo veo nuestra vida mental se ubica en algún lugar de esta tensión entre relaciones de objeto y reconocer al otro de afuera, entre la omnipotencia y el contacto con la realidad externa. Cada relación es siempre susceptible de definirse en términos del movimiento entre negación y el reconocimiento” (Benjamin, 1999, p. 201).

Negación del otro como sujeto independiente y separado (relación de objeto, modo 3) en tensión con su reconocimiento. Mitchell señala que en los tres modos previamente discriminados el otro podría considerarse como no poseyendo autonomía, un centro de iniciativa independiente. En cada uno de estos tres modos los otros no están organizados y vivenciados como sujetos independientes de derecho propio. Sólo ocurre así en el modo 4. Dice Mitchell:

Ser humano en un sentido pleno (en nuestra cultura occidental), conlleva ser reconocido como sujeto por otro sujeto. Existe una profunda y continua tensión entre nuestros esfuerzos por tener nuestro propio camino, como expresión de nuestra subjetividad, y nuestra dependencia de los otros en la búsqueda de reconocimiento como sujetos por derecho propio (Mitchell, 2000c, p. 64)

Hay otra lectura complementaria de este modo 4, que nos resulta interesante tanto clínica como teóricamente, nos ha sido sugerida por Bleichmar⁶⁵: que en esta dimensión de la relacionalidad el sujeto es capaz de captar como el otro percibe y significa nuestra subjetividad, es decir, que el sujeto es capaz de representarse desde dónde el otro me percibe-construye –historia personal, necesidades personales, creencias, identificaciones, etc- y, por supuesto, también desde qué necesidades, creencias, historia personal el sujeto percibe-construye al otro. A diferencia del modo 3 en la que uno es esto y el otro aquello –configuraciones self-otro de nivel representacional simbólico-, en el modo 4 el sujeto puede reflexionar sobre las razones por las que uno capta al otro de determinada manera y conjeturar desde dónde el otro nos percibe-construye también de determinada manera. Esta capacidad de interrogarse sobre las necesidades subjetivas –deseos, identificaciones, etc- que me llevan a percibir-construir al otro de una determinada manera y lo llevan al otro a lo mismo es, sin duda, una forma de descentramiento del sujeto como logro del desarrollo.

⁶⁵ Comunicación personal

Alcanzar estos niveles de intercambio en donde la discrepancia genera una angustia tolerable, en el que el sujeto puede poner sobre el tablero las diferencias con el otro, aquellas que chirrían, que molestan o duelen, con la libertad de no tener que someterme a la visión del otro -lo que no implica el descuido- y reconociendo que, muy probablemente, en muchos asuntos, no podamos ni sea necesario llegar a un acuerdo, sería una lectura posible de este modo 4 planteado por Mitchell.

Capítulo 4:

Principales contribuciones a la Práctica Psicoanalítica

Consecuencias de la introducción del concepto de Interacción

La técnica analítica nunca fue, ni es, una cosa definitivamente establecida (Ferenczi, 1931/1966, p. 214)

La teoría de la técnica es el ámbito del psicoanálisis que ha sido más resistente al cambio (Mitchell, 1993c, p. 176).

He llegado a pensar en las implicaciones técnicas de las ideas relacionales no en términos de una técnica integrada sino más bien como un conjunto de ideas para pensar sobre el trabajo; interesándose por esas ideas, pienso que cada clínico desarrolla su propia metodología clínica (Mitchell, 2000, último email de un seminario online, en Aron y Starr, 2013, p. 384).

4.1 Definición de proceso psicoanalítico

4.1.1 Consideraciones generales

En el psicoanálisis existen hoy diferentes formas de comprender el proceso analítico. Aún así, como afirma Mitchell, la resistencia al cambio en el campo de la técnica ha sido y es muy grande. Si bien se modifican las teorías, incluso la teoría de qué es y/o qué ocurre en un proceso, existe toda una gama de concepto técnicos que han atravesado, de una u otra manera, los diferentes enfoques y generado, a su vez, una especie de “identidad psicoanalítica” –casi como una especie de unificación de un campo por lo demás bastante heterogéneo.

Desde los orígenes del psicoanálisis la comprensión del proceso psicoanalítico ha ido transformándose en función de la ampliación del tipo de población que comienza a realizar un tratamiento psicoanalítico –sobre todo niños- y del tipo de patologías que recurren a él –patologías severas. Estas nuevas condiciones de los analizados ha llevado a modificaciones importantes por un lado pero fuertemente continuistas por el otro. Podemos tomar, como ejemplo, los aportes de Melanie Klein al análisis de niños: la técnica del juego no supuso, como tal, ninguna modificación en cuanto a los aspectos más sobresalientes de la actitud analítica –neutralidad, abstinencia- ni en cuanto a la herramienta principal del cambio: el logro de conocimiento (insight) vía interpretación.

El psicoanálisis como disciplina en Norteamérica a penas fue alterado en la *mainstream* explícitamente por cambios en el campo socio-cultural, aunque sí en el mundo del psicoanálisis interpersonal.

Los cambios en la comprensión teórica han llevado a cambios en la comprensión de qué es lo que necesita un paciente que acude a un tratamiento psicoanalítico, así como cambios en la comprensión de qué es lo que sabe un psicoanalista, cambios en la definición del concepto de autoridad y muchos otros que iremos viendo en este capítulo (Mitchell, 1993c).

Podríamos partir de una definición descriptiva mínima de proceso terapéutico válida para las diferentes psicoterapias: entendemos por proceso terapéutico el camino total que paciente y terapeuta recorren juntos, entre la entrevista inicial y la terminación del tratamiento. Dentro de este recorrido, que implica un tiempo y una dirección –en un sentido amplio- ocurren, para que sea un proceso, una serie de cambios.

Esta definición amplia recoge las diferentes acepciones del término ‘proceso’ en los distintos diccionarios. En el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, las tres primeras entradas refieren a: 1. m. Acción de ir hacia adelante. 2. m. Transcurso del tiempo. 3. m. Conjunto de las fases sucesivas de un fenómeno natural o de una operación artificial. En el

diccionario Webster las primeras acepciones son: 1. a : progress, advance <in the *process* of time> b : something going on : proceeding, 2 a (1) : a natural phenomenon marked by gradual changes that lead toward a particular result <the *process* of growth> (2) : a continuing natural or biological activity or function <such life *processes* as breathing> b : a series of actions or operations conducing to an end; *especially* : a continuous operation or treatment especially in manufacture.

Mitchell habla muchas veces del proceso analítico como caracterizándose por dos rasgos básico, la situación analítica y la relación analítica.

Otros autores, como por ejemplo José Bleger, entienden que la “situación psicoanalítica” consiste

[...] en la totalidad de los fenómenos incluidos en la relación terapéutica entre el analista y el paciente. Esta situación abarca fenómenos que constituyen un proceso, que es el que estudiamos, analizamos e interpretamos; pero incluye también un encuadre, es decir, un “no-proceso” en el sentido de que son las constantes, dentro de cuyo marco se da el proceso (Bleger, 1967, p. 237).

Esta delimitación será ampliamente sustentada por la comunidad analítica en general: encuadre y proceso forman la situación analítica. El encuadre es el marco constante (no-proceso) en el que se desarrolla el proceso (conjunto de las variables, lo que cambia y se modifica). Vemos en esta definición⁶⁶ que el encuadre está por fuera del proceso, es lo que no cambia en lo que cambia, son las condiciones en las que tiene lugar algo que llamamos “proceso” y que, según Bleger, es aquello en lo que fundamentalmente se centra el psicoanalista: lo estudia, lo analiza y lo interpreta. Es más difícil llegar a un acuerdo sobre qué es lo que cada analista o corriente teórica incluye en ambos conceptos. Bleger, por seguir con este autor, afirma que: “dentro del encuadre psicoanalítico incluimos el rol del analista, el conjunto de factores

⁶⁶ Que curiosamente la realiza alguien que en este mismo texto plantea cómo el “encuadre” también alberga funciones dentro de un proceso.

espacio (ambiente) temporales y parte de la técnica” (Bleger, 1967, p. 237). Además de las coordenadas temporoespaciales que sitúa (que sabemos que se refiere a una consulta estable, horarios fijados, frecuencia de encuentros, honorarios acordados, interrupciones pautadas, etc) incluye el “rol del analista” y “algunos aspectos de la técnica”. O sea, que junto con el “rol” profesional del analista, socialmente instituido⁶⁷, forman parte de las constantes algunos aspectos técnicos.

¿Cuáles son esos aspectos técnicos que formarían parte de lo estable, de lo que no cambia, de aquello de cuyo significado no hay ninguna duda, de lo que como marco permite que tenga lugar el proceso? Pensamos que, fundamentalmente, tanto Bleger como muchos otros psicoanalistas (véase Etchegoyen, 1986), están pensando en lo que durante muchos años (décadas) fueron considerados los pilares de la actitud analítica: la neutralidad, la abstinencia y el anonimato. Aquí “lo técnico”, aún siendo prescriptivo, se pretende “descriptivo”. La confusión entre descripción y prescripción ha sido uno de los lugares de mayor número de malos entendidos.

Entiendo que esta confusión consiste en el hecho de pensar que porque tengo la *intención de ser* neutral o empático, por ejemplo, soy neutral y empático y, a partir de ahí, se toma eso que soy como dato. Como dice Greenberg (1981), las disputas inter-institucionales sobre lo que debo hacer/ser descuidan la cuestión más interesante en cuanto a qué es lo que he hecho. Cuando la prescripción recubre la descripción solo los errores en la prescripción explicarían los cambios en la descripción.

Es importante tener presente esta idea: la descripción de lo que ocurre es teórico-dependiente, es decir, la teoría que uno tenga recorta de una u otra manera, inevitablemente, lo que va ocurriendo en un tratamiento. El problema

⁶⁷ Para Bleger, el encuadre es una institución “dentro de la cuál se suceden fenómenos que llamamos comportamientos” (1967, p. 238) y toda institución forma parte de la personalidad, ya que forman parte intrínseca de nuestra identidad las diversas pertenencias grupales e institucionales.

es pensar que lo que se está describiendo en la situación analítica es el resultado de haber seguido las prescripciones correctamente.

Comencemos con situar estos asuntos mínimamente en el pensamiento de Freud.

4.1.2 En Freud

En los escritos llamados “técnicos” de Freud podemos encontrar los primeros elementos para una definición amplia del proceso psicoanalítico. En 1912, en “Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico”, Freud trata de sintetizar cuales son aquellas reglas técnicas que según su “experiencia” e “individualidad” (1912/1980a, p. 111) han sido –para él- las más beneficiosas para llevar a cabo un tratamiento psicoanalítico.

El método de la asociación libre hace tiempo que formaba ya parte del método freudiano así como la regla de atención libremente flotante para el psicoanalista. La renuncia a la hipnosis le permitió, gracias a la “colaboración” de una paciente y su capacidad de escucharla, construir-inventar esta “regla técnica fundamental” (Freud, 1922/1979b, p. 238), como la suele llamar. Esta consiste en pedirle al analizante que sea un “atento y desapasionado observador de sí mismo, a que espigue únicamente en la superficie de su conciencia y se obligue, por una parte, a la sinceridad más total, y por la otra a no excluir de la comunicación ocurrencia alguna” (Freud, 1922/1979b, p. 238), por muy incómoda, moral e intelectualmente rechazable que le parezca. Esta regla tiene su contrapartida en la “atención libremente flotante” (Freud, 1912/1980a, p. 111; 1922/1979b, p. 139) por parte del analista, es decir, la exhortación a que escuche del modo más desprejuiciado y menos expectante posible, ya que de lo contrario “corre el riesgo de no hallar nunca más de lo que ya sabe” (Freud, 1912/1980a, p. 112). Sólo ocurren errores, afirma Freud, allí donde “uno es perturbado por haberse envuelto uno mismo” (Freud, 1912/1980a, p. 112), lo que hace que el analista quede por debajo del “ideal del analista” (Freud, 1912/1980a, p. 112).

Uno años antes, en privado, en una carta a Jung que trata sobre su relación con Sabina Spielrein, en la que Freud reflexiona sobre dónde el analista debe ubicar sus emociones, llamó “contratransferencia” por primera vez a aquellos momentos del tratamiento en el que el analista queda “implicado” (7/7/1909 en Freud, 1997). Poco después, el 30 de marzo de 1910, en el discurso inaugural del Segundo Congreso de la IPA, realizado en Nuremberg, publicado como *“Las perspectivas futuras de la psicoterapia psicoanalítica”* (Freud, 1910/1979), es la primera vez que Freud habla públicamente de este asunto. Lo hará poco. Freud viene describiendo en este trabajo las innovaciones en el campo de la técnica y la evolución de la misma, del siguiente modo: cura catártica, descubrir los ‘complejos’ vinculados al síntoma y, ahora, sostiene, la técnica se orienta hacia hallar y superar las resistencias, lo que permitirá un mayor esclarecimientos de los complejos. Dice:

Otras innovaciones de la técnica atañen a la persona del propio médico. Nos hemos visto llevados a prestar atención a la “contratransferencia” que se instala en el médico por el influjo que el paciente ejerce sobre su sentir inconsciente, y no estamos lejos de exigirle que la discierna dentro de sí y la domine (Freud, 1910, p. 136).

A continuación sostiene que “(...) cada psicoanalista sólo llega hasta donde se lo permiten sus propios complejos y resistencias interiores y por ello exigimos que inicie su actividad con un auto-análisis (...)” (Freud, 1910, p. 136). A partir de entonces esta será la definición clásica (o restringida) de la contratransferencia: el influjo que el paciente ejerce en el sentir inconsciente del analista que lo aleja de la actitud analítica apropiada. En este texto ya aparecen, también, algunas metáforas que delimitarán fuertemente la idea de actitud analítica que Freud tenía en mente: la metáfora del cirujano (Freud, 1912/1980a, p. 114), la metáfora del espejo (Freud, 1912/1980a, p. 117) y la metáfora del teléfono (Freud, 1912/1980a, p. 115).

En lo que venimos refiriendo ya tenemos muchos de los elementos que van configurando un proceso analítico: el método, asociación libre y atención

flotante, una cierta actitud del analista que consiste en una suerte de “docta ignorancia” (Nicolás de Cusa), es decir, no saber para encontrar, y en un no implicarse emocionalmente con el paciente, ya que en caso de que esto ocurra el curso del tratamiento se verá interrumpido, obstaculizado por algo que proviene del analista. Esto será la contratransferencia como obstáculo de la cura, algo que Freud exige que los analistas dominen. A su vez, ya está encaminado el posterior análisis del analista –en esta cita como autoanálisis– como uno de los futuros pilares de la formación del analista. El análisis del analista tendrá un doble cometido: por un lado, que se pueda controlar la contratransferencia y, por otro, que no limite la capacidad de análisis del analista, es decir, que permita la máxima reducción posible de los “puntos ciegos” (Freud, 1912/1980a, p. 115) de este último. Por otro lado, vemos cómo Freud recorre el camino de la evolución de la técnica, que va de centrarse en la abreacción como meta (método catártico), pasa por la interpretación de lo inconsciente (los complejos), y llega al análisis de las resistencias, cuya superación, por medio de la comprensión e interpretación –y no de la denuncia y el juicio moral (Etchegoyen, 1986)– será lo que permita el acceso al inconsciente y sus conflictos, meta que, como sostiene Freud, “ha permanecido idéntica” (1914/1979a, p. 149) a lo largo del tiempo.

Así, una primerísima definición del proceso analítico consistiría en afirmar que dentro del tratamiento analítico, cuya meta es acceder a los “complejos” inconscientes que están en el origen de la patología, el movimiento en dicha dirección se debe a la capacidad del analista de comprender e interpretar las resistencias al desarrollo de esa comprensión por parte del paciente. Freud definirá como resistencia todo aquello que interrumpe el proceso del análisis o sus metas: la adquisición de una comprensión sobre el origen de los síntomas y la dinámica psíquica.

Al año siguiente, en 1913, en otro artículo técnico llamado “Sobre la iniciación del tratamiento”, Freud mostrará cómo una de las grandes fuentes de la resistencia, junto con la resistencia de represión (es decir, la resistencia de lo reprimido a hacerse consciente) y la ganancia secundaria de la enfermedad (es decir, la utilización del síntoma ya constituido –beneficio primario– para

extraer ciertas ventajas interpersonales), es la resistencia transferencial (que ya había tratado en 1912b, en “Sobre la dinámica de la transferencia”), es decir, aquellos pensamientos y/o sentimientos que se anudan a la persona del analista. Vencer pues las resistencias es, hacia estos años, el punto álgido del proceso psicoanalítico. Hacia el final de “Sobre la iniciación del tratamiento” Freud afirma: “Ya es tiempo de obtener un panorama sobre el juego de fuerzas que ponemos en marcha mediante el tratamiento” (1913/1980f, p. 143). Entiendo que esto es, para Freud, una definición de proceso: un juego de fuerzas en marcha –sintetizando mucho-, es decir, cómo el tratamiento -y aquí habría que entender por “tratamiento” el aspecto más *acorde a ratio* y convencional que supone el ofrecimiento de un servicio, que conlleva una tarea y tiene una meta- activa, pone en marcha, moviliza, una “dinámica” (juego de fuerzas) que le es propia.

Freud definirá en este texto algunas de esas “fuerzas”: el padecer del enfermo y el deseo de sanar, la transferencia, que mientras no es resistencia, sostiene Freud en este momento, puede estar al servicio de vencer las resistencias (lo que para Freud era muy distinto a que la transferencia elimine los síntomas –esto último sería sugestión, es decir, influencia no comprendida de la persona del médico en el paciente-) y, por último, sitúa las “comunicaciones” del analista, es decir, la interpretación, que permitirá eliminar las resistencias transferenciales alterando de esta manera la dinámica (Freud, 1913/1980f).

Estos son los elementos que Freud sitúa explícitamente en ese final de trabajo, pero también podemos considerar que en ese “juego de fuerzas” que es para Freud el proceso, o, mejor aún, para que el juego de fuerzas que Freud considera óptimo para que se ponga en marcha un proceso psicoanalítico, hay que considerar también los elementos que hemos situado antes: la actitud del analista, la contratransferencia, el análisis del analista, y las condiciones que hacen posible este tipo de trabajo, lo que se denomina encuadre.

En su trabajo de 1913 Freud dirá qué es difícil calcular la duración de un tratamiento, ya que el analista, afirma,

[...] introduce un proceso, a saber, la resolución de la represiones existentes; puede supervisarlo, promoverlo, quitarle obstáculos del camino, y también por cierto viciarlo en buena medida. Pero, el líneas generales, ese proceso, una vez iniciado, sigue su propio camino y no admite que se le prescriban ni su dirección ni la secuencia de los puntos que acometerá (1913/1980f, p. 132).

Utiliza Freud la metáfora del organismo para afirmar el carácter global del proceso que se pone en marcha y la función del analista como un promotor, eliminador de obstáculos, y capaz de viciarlo. Esta imagen del proceso, al igual que muchas que utiliza tanto Winnicott como otros, tienen esa impronta naturalista cuyo modelo sería el parto: uno tiene que facilitar, quitar obstáculos y no sumar dificultades.

Freud entiende en estos textos que las condiciones que un análisis tiene que contemplar son las siguientes: el establecimiento de un contrato que considere horarios, dinero, cobro de las inasistencias y cierta regularidad en términos de frecuencia de las sesiones (Freud trabajaba generalmente seis días a la semana). Además hay cierto “ceremonial” (Freud, 1913/1980f, p. 135) que la cura suele realizar: el uso del diván y la invisibilidad del analista. Freud sostiene que además de un sentido histórico (origen en la hipnosis) y personal (la incomodidad que le suponía trabajar tantas horas bajo la mirada de los pacientes), esta ceremonia tiene un sentido técnico: tiene el propósito, señala Freud, de permitirle abandonarse a sus pensamientos “inconscientes”, no permitir que sus gestos influyan en las comunicaciones del paciente, y “prevenir la inadvertida contaminación de la transferencia con las ocurrencias del paciente, aislar la transferencia y permitir que en su momento se la destaque nítidamente circunscrita como resistencia” (1913/1980f, p. 135). Estas ceremonias, que tienen su origen en la individualidad de Freud, como él mismo reconoce, han cobrado también un sentido “técnico” y perduran en gran parte hasta el día de hoy. Nosotros, como veremos oportunamente,

revisaremos este “sentido técnico” desde una perspectiva relacional. En este párrafo Freud enfatiza: aislar la transferencia, no contaminarla con la influencia del analista, y localizarla como “resistencia”. Desde este momento, como veremos, la metáfora de la contaminación será muy usada y pasará a formar parte de los problemas que habrá que comprender –sabemos que las metáforas a veces nos llevan a problemas que dependen, fundamentalmente, del despliegue de la misma y no de aquello de lo que trató de dar cuenta en un determinado momento.

Sabemos que la teoría general de Freud sobre el funcionamiento psíquico desde la segunda década del siglo fue modificándose mucho. La idea de pulsión de muerte, la segunda teoría del aparato psíquico o teoría estructural, el desarrollo de los mecanismos de defensa, el viraje, como señala Freud en múltiples lugares, de una psicología del ello a una psicología del yo, es decir, de una preocupación por lo reprimido a una indagación de lo represor (ideales, superyó, yo inconsciente, etc.) no son más que algunos ejemplos de estos cambios. Pero también sabemos que Freud no escribió más trabajos técnicos ni publicó historiales clínicos desde entonces, es decir, que no hay un cuerpo de doctrina en el campo de la teoría de la técnica que acompañe los nuevos desarrollos teóricos generales. Esto ha llevado a diferentes modos de comprender y articular la evolución de la teoría de Freud al trabajo en la clínica psicoanalítica.

Aún así hay ciertos elementos del proceso psicoanalítico, tal y como Freud los define en estos textos, que han permanecido iguales en ciertas corrientes del pensamiento psicoanalítico de EE.UU. En nuestro sintético esquema agruparemos esta continuidad en lo que llamaremos el modelo clásico del proceso. Esta continuidad se ha podido mantener gracias a lo que hemos llamado anteriormente estrategias de acomodación. Aquellos teóricos que han tratado de realizar modificaciones en la comprensión del proceso analítico, diferentes tipos de discontinuidades, han tenido, ellos también, que posicionarse en relación a estos conceptos redefiniéndolos, cambiándolos, etc.

Siendo breves, lo que a nosotros nos interesa resaltar es el abanico de conceptos que en la misma obra de Freud están articulados a lo que podríamos llamar la “dinámica” del tratamiento, es decir, al “juego de fuerzas” que el tratamiento pone en marcha.

4.1.3 A partir de Freud

Han existido, a partir de Freud, diferentes líneas de trabajo que han enfatizado y/o profundizado diferentes aspectos de su pensamiento sobre la técnica o propuesto diferentes y nuevas cuestiones. El análisis de las defensas, el trabajo de la transferencia, las interpretaciones profundas, el trabajo en regresión, etc. son algunos ejemplos. De forma general diferenciaremos el psicoanálisis clásico y el modelo de la detención del desarrollo.

En general, estos diferentes desarrollos han guardado los conceptos técnicos tal cual aunque se hayan diferenciado en cuál es el motor del cambio o de la comprensión de cómo opera el cambio (véase freudianos americanos y kleinianos, por ejemplo). Otros modelos han jerarquizado otros modos de intervención pero han mantenido ciertas cuestiones técnicas casi intactas.

De la crisis de consensos de los años 70' (Wallerstein, 1995) hemos pasado, en estas últimas décadas, a una especie de nuevos tipos de consensos (Mitchell, 1997c, p. 178). Estos nuevos consensos, en un sentido amplio y no intencionales, incluyen a toda una serie de escuelas de pensamiento. Algunos de las cuestiones centrales serían:

1. Se ha hecho problemática la noción de objetividad
2. Proliferan diferentes escuelas psicoanalíticas
3. Se admite, progresivamente, incluso en los más “clásicos”, que la contratransferencia no es una rareza y/o aberración o un error técnico sino que forma parte de la misma practica psicoanalítica que las

dinámicas conflictivas del analista se activen y estén operativas en la interacciones con los pacientes.

4. El analista, más allá de sus pretensiones, no es anónimo ni neutral en un sentido descriptivo sino que, como mucho, es un ideal, una prescripción, o algo que hoy no nos resulta útil –según las diferentes líneas de pensamiento-, pero ya no va de suyo que la intención y el logro vayan de la mano.
5. La relación analítica es inevitablemente “gratificante” y no sólo frustrante para las conflictivas necesidades del paciente (para usar el lenguaje del par gratificación-frustración).

Mitchell se pregunta si gracias a esta serie de nuevos consensos y/o cambios que han venido a cuestionar el modelo clásico de proceso psicoanalítico, se hace necesario un nuevo modelo del proceso psicoanalítico o basta con enmendar y poner al día el modelo clásico en función de los nuevos desafíos (Mitchell, 1997c, p. 178).

Esta es la cuestión que organiza esta parte del trabajo. Mitchell opta por la primera opción de esta disyuntiva y pensamos que el concepto de interacción está en el centro de esta reformulación de un modelo del proceso psicoanalítico. Esta reformulación abarca el conjunto de conceptos asociados al mismo, como actitud del analista, transferencia, contratransferencia, metas del proceso, acción terapéutica, tipos de intervenciones, por sólo citar algunos.

Pensamos que para comprender el modelo que Mitchell desarrollará a lo largo de su obra, y que hoy los psicoanalistas relacionales-interpersonales siguen pensando, es imprescindible situar esquemática y brevemente cuales eran en líneas generales los modelos del proceso que estaban presentes o que dominaban la escena analítica estadounidense cuando Mitchell desarrolla sus ideas, las cuales siguen hoy en día teniendo sus pensadores, su público y sus partidarios.

Por ello decidimos exponer brevemente dos grandes modelos: por un lado, lo que llamamos el “modelo clásico” (Mitchell y Greenberg, 1983; Spezzano, 1995; Aron, 1996), que en el ámbito de EE.UU. está fundamentalmente representado por la psicología psicoanalítica del yo y los diversos y variados seguidores del núcleo de este modelo, y, por otro lado, lo que llamamos modelo de la “detención del desarrollo” (Stolorow y Lachmann, 1980; Mitchell y Greenberg, 1983; Mitchell, 1988b). Situaremos, en los apartados siguientes, las cuestiones centrales vinculadas al proceso analítico desde estas dos perspectivas.

Para Mitchell uno de los problemas que están presentes en las controversias entre los diferentes modelos del proceso es

el supuesto de que estas posiciones operan dentro del mismo universo, de que sus componentes individuales y específicos pueden ser comparados y sopesados significativamente uno contra otro. Esto es engañoso. Las teorías de la técnica difieren no sólo en asuntos específicos sino en premisas fundamentales en relación a la naturaleza misma de la mente y de la interacción humana. Cada perspectiva [...] crea su situación analítica particular [...] cada perspectiva crea su tipo de relación analítica (1988b, 279-280).

Preguntas tales como: ¿qué hacer con los deseos del analizante? (¿gratificarlos o frustrarlos, o la pregunta es engañosa?) o ¿Cuál es la herramienta central o las herramientas centrales del analista? ¿Cuál es el *locus* del cambio en el proceso analítico? ¿Qué hacer con la transferencia? ¿Qué hacer con la contratransferencia? ... son problemáticas. Cada modelo comprenderá estas cuestiones de forma diferente y tenderá a trabajar en función de dicha comprensión. Con lo cual, Mitchell insiste en que preguntarse qué hacer con estos asuntos presupone que tenemos una comprensión semejante de ellos en los diferentes modelos.

Aquí vemos nuevamente “en transparencia” –como dirían los pintores- la influencia del pensamiento de Levenson. En 1972 este sostuvo:

Como ha dicho Kuhn, para la vieja guardia el cambio hacia un nuevo paradigma es muy estresante. Es muy difícil “escuchar” la diferencia dado que tanto el viejo como el nuevo lidian con el mismo cuerpo de datos experienciales. El viejo científico es como un inmigrante en el mundo del nuevo: habla el lenguaje pero pierde los matices (Levenson, 1972, p. 55).

Desde su libro junto con Greenberg (1983), Mitchell se interesa en lo que llama “psicoanálisis comparado”, lo que le ha creado bastantes problemas con los puristas de diferentes escuelas. Cuando expone un modelo o una teoría, Mitchell no aborda las sutilezas que dichos modelos han desarrollado, ya que son la cumbre del mismo, sino ciertos supuestos y comprensiones que son las bases sobre la que se cimenta el edificio. Mitchell cree en las bondades de poner a trabajar las diferencias, las contradicciones, las discontinuidades, tanto en la historia del pensamiento como los comentarios de los trabajos de los colegas, una vez que ha señalado las similitudes que lo unen a quién ha expuesto sus ideas. Se orientará hacia lo que los diferencia ya que es allí, piensa, que el pensamiento puede avanzar. El reconocimiento de nuestras similitudes no impide trabajar nuestras diferencias. Su inclinación pragmática no lo hace preguntarse qué teoría es más verdadera o válida, sino que se pregunta ¿cuál es la consecuencia práctica de construir la teoría de una forma o de otra? (véase Rorty, 1979, p. 19).

4.2 El modelo clásico del proceso analítico

Como ya hemos dicho, los autores que incluimos en este modelo basan la estructura general de la comprensión del proceso analítico en su lectura de Freud⁶⁸, una lectura con coordenadas interpretativas muy precisas, y en las que las contribuciones de la psicología psicoanalítica del yo son fundamentales.

⁶⁸ Recuerden el pertinente señalamiento de Racker cuando escribía que “Freud no era un ‘analista clásico’, en el sentido que corrientemente se da a este término” o, como decía también con cierta ironía, no era “un clásico de hoy” (1958/1966, p. 50).

Como ya hemos señalado, el psicoanálisis clásico se configuraría con posterioridad a Freud. Aunque la expresión “clásico” se usaba ya en tiempos de Freud –lo vemos en sus intercambio epistolar-, tal como nosotros lo entendemos y hemos planteado antes, el psicoanálisis clásico en los EE.UU. se gesta o tiene un momento de consolidación en 1954. Esto nos permite jugar con la idea de que, según la clasificación que realiza Hoffman (1983) entre ‘críticos conservadores’ y ‘críticos radicales’ del modelo del “analista clásico”, Freud sería, contra toda cronología, un crítico conservador.

Vayamos viendo diferentes asuntos.

4.2.1 La actitud del analista

Este es uno de los temas que más debate ha traído en el psicoanálisis contemporáneo. La concepción clásica, que ha tomado muchas veces al pie de la letra las metáforas freudianas, suele definir dicha actitud como “un espejo que refleja” (Freud, 1912, p. 117), como la actitud del “cirujano” (Freud, 1912, p. 114), o como la de un observador externo al proceso que se despliega frente a sus ojos. Neutralidad, abstinencia y anonimato es el trípode que permitiría, según esta perspectiva, que el analista participe en la situación psicoanalítica de modo tal que deje fuera, como le dice Freud a Ferenczi en 1928, cualquier “factor subjetivo, es decir, la influencia de los complejos personales no dominados” (4/1/1928, en Freud/Ferenczi, 2000, p. 370) que pudieran comprometer su tarea como técnico. Mitchell sintetiza esta actitud en la idea de que “si el técnico era competente, [entonces] era invisible” (Mitchell, 1997, p. 144) Objetividad y reserva son requeridas y se suponen en el buen desempeño de la función.

Tomaremos como referentes de este modelo los trabajos de Arlow y Brenner, ya que han sido, y siguen siendo para muchos, referencias centrales de la perspectiva freudiana contemporánea. Esto no implica que ellos sean los únicos que piensan de esta forma. También nos referiremos a otros autores, pero por su claridad y relevancia nos parece pertinente tomarlos a ellos como

representantes de este amplio grupo. Afirman en su trabajo “The Psychoanalytic Process”:

El analista está en una posición que le permite estudiar los registros dinámicos del funcionamiento mental del paciente. En estos registros, el analista determina la contribución específica que realiza cada componente de los conflictos del paciente. Deseo, displacer, defensa, imperativos morales y consideraciones realistas están representadas en diferentes grados [...] Las intervenciones del analista sirven para clarificarle al paciente el interjuego de estos diversos componentes, para indicar el propósito al que cada uno sirve y para rastrear sus orígenes hasta sus fuentes (Arlow y Brenner, 1990, p. 679-680).

O sea, el analista estudia, desde fuera, el funcionamiento mental del paciente, y está en una posición tal que le permite determinar en qué proporción participan las diferentes instancias y/o agencias descritas por Freud en el modelo estructural o segunda tópica. Aprovechamos para aclarar que el modelo estructural (desarrollado por Freud a partir de 1923) es para estos autores el modelo por excelencia dentro de la obra freudiana, un modelo que supuso, según ellos, una revolución dentro del freudismo (Arlow y Brenner, 1964)⁶⁹.

La cita previa tiene como supuesto la definición que dio Anna Freud de la neutralidad del analista. La neutralidad analítica, a pesar de ser una piedra angular de la conceptualización de la actitud o posición analítica en la perspectiva clásica, no recibe su definición formal de Sigmund Freud sino de Anna Freud. En 1936, en su ya clásico *The Ego and the Mechanisms of Defense* escribe: “Para decirlo de otro modo, cuando [el analista] realiza su trabajo de esclarecimiento se posiciona en un punto equidistante del ello, del yo y del superyó” (1936, p. 28). Esta cita, clásica en todos los sentidos de este término, tiene dos puntos de interés: el analista ilumina-esclarece (*enlightenment*) lo que allí está (objeto natural) y, por otro lado, lo hace desde

⁶⁹ Esta posición de los autores la refiero sólo para claridad del lector. Pienso que afecta poco a la comprensión del proceso analítico en lo que tiene de fundamental desde este modelo.

la definición más clásica, ahora en sentido restringido, de neutralidad como equidistancia. Arlow y Brenner extienden esta equidistancia incluyendo la realidad, ya que, para ellos, toda manifestación clínica es una formación de compromiso entre yo, ello, superyó y realidad en diferentes proporciones (Brenner, 1976). Nos gustaría resaltar que esta forma de entender la actitud del analista tiene como trasfondo la idea de que el analista cumple la misma función que los “restos diurnos” en los sueños (Arlow, 1985b), es decir, que sólo son aprovechados por las dinámicas inconscientes para emerger en pura exterioridad: nada de él o de su realidad tiene una conexión intrínseca con el desplazamiento que sobre él se produce. Aquí primera o segunda tópica no modifican la cuestión. Dice Arlow:

Como en el caso de las ilusiones perceptivas, las situaciones de ambigüedad invitan a la proyección de las fantasías de deseo inconscientes. El relativo anonimato, silencio y actitud no enjuiciadora del analista crea dicha situación de ambigüedad. El mismo principio opera en el test de Rorschach, en el que la ambigüedad de la formas perceptivas facilita la emergencia de la contribución de la siempre presente fantasía inconsciente (Arlow 1985b, p. 526)

Veremos a continuación cómo esta posición se articula, en estos autores, con su comprensión de la transferencia como un proceso unidireccional.

4.2.2 La transferencia

La transferencia supone, para el modelo clásico, la comprensión del conjunto de las relaciones del paciente con el analista como desplazamientos del pasado inapropiados para el presente (Greenson, 1967; Sandler, 1973). La idea de la transferencia como distorsión de la representación del analista es otra variante de esta misma lectura. Como afirma Arlow: “El comportamiento real del analista sirve como un tipo de resto diurno, facilitando la emergencia de los derivados de una fantasía inconsciente” (Arlow, 1985b, p. 531).

Arlow y Brenner lo dicen también de esta otra manera:

Él o ella [el paciente] trata de reclutar al analista para que juegue un rol en el escenario preconcebido del paciente. Dado que el analista no responde a las seducciones y provocaciones del paciente, sino que permanece neutral y no gratifica los deseos inconscientes, la expresiones derivadas de estos deseos resaltan con un relieve llamativo y toman las formas más variadas e intensas. Como resultado de ello, el analista está en un mejor posición para demostrar el fenómeno de la transferencia y elucidar su significado. Haciendo eso, el analista ayuda al paciente a distinguir entre fantasía y realidad, entre pasado y presente. Se hace posible demostrar al paciente en qué gran medida su pensamiento y comportamiento están determinados por conflictos y fantasías inconscientes derivadas de su pasado (Arlow y Brenner, 1990, pp. 680-681).

Esta cita muestra con claridad otros cuantos supuestos del modelo clásico: el paciente trata de hacerle jugar al analista un rol que pertenece a su escena interna, a la cual el analista no debe responder ya que esta escena vehiculiza un deseo inconsciente infantil que no debe ser gratificado –lo que se engloba en el concepto de abstinencia-, que debe ser frustrado para que, justamente, pueda ser discernido y trabajado. El trabajo en frustración y abstinencia facilita, según los autores, que los deseos adquieran formas intensas, relieves que hacen evidente su distorsión, lo que le facilita al analista mostrar su inadecuación y demostrarle al paciente cómo su percepción del analista o del presente está determinada por conflictos y fantasías del pasado. Un verdadero compendio de una concepción clásica del proceso analítico.

Desde muy temprano Otto Fenichel expresó una idea que permaneció como fórmula en el psicoanálisis clásico –y no tan clásico- según la cual una de las primeras metas del manejo de la transferencia consistía en “not joining the game” (Fenichel, 1941, p. 73), que podemos traducir, así se suele hacer, como “no jugar el juego” del paciente o de sus deseos transferenciales. Por otro lado, está presente la idea de “seducción”, entendida en el sentido de

que el/los pacientes tratan de que actuemos sus escenarios internos, es decir, que juguemos su juego; seducción a la que no hay que responder como regla básica del trabajo en frustración en la transferencia—nuevamente la abstinencia (“no satisfacer la demanda” en versiones modernas). Freud refirió en diferentes oportunidades la necesaria condición de no satisfacer los deseos infantiles transferenciales y Fenichel lo puso en blanco y negro.

Para Mitchell el problema no pasará por la alternativa gratificar o no gratificar, ya que esta elección es teórico-dependiente y, por lo tanto, el debate no tiene necesariamente que pasar por allí. El debate así planteado es deudor de la comprensión del psiquismo como búsqueda de satisfacción y sistema cerrado.

Un tercer elemento que tiene la cita de Arlow y Brenner y que queremos resaltar es el modo en el que se le atribuye al analista la capacidad de decidir qué es realidad y qué es fantasía, qué pasado y qué presente, lo que será tematizado bajo la idea-problema de la autoridad del analista. ¿Qué autoridad es esta y de dónde deriva? Lo veremos luego.

Con lo cual, según esta perspectiva, el analista no tiene que “interferir”, “contaminar” y/o alterar el despliegue de la transferencia —exclusivamente vinculada a factores internos del paciente y/o externos superficiales—, cuyo análisis será central en el proceso clínico. Expresiones como “interferir” o “contaminar” comenzaron con Freud, como vimos, y suelen ser metáforas muy habituales para hablar de los problemas que supone, según esta perspectiva, los factores vinculados a la subjetividad del analista; estos factores “contaminan” el aire puro de la transferencia unidireccional.

Cualquier otro factor, si bien puede estar presente —afirman Arlow y Brenner— no forman “parte esencial” del proceso psicoanalítico mismo. Por otro factor estos autores se refieren a “apariencia física, nacional o extracto social, posición profesional, etc”. (Arlow y Brenner, 1990, p. 682). Aunque es cierto que en la tradición clásica siempre se ha sostenido que el anonimato del analista es central para el despliegue de la transferencia, las versiones

contemporáneas, que defienden variedades de los concepto de neutralidad y abstinencia, han aceptado que el anonimato no puede más que ser parcial y relativo –como se ve en esta cita- o, incluso, si es excesivo, favorecedor de las idealizaciones, como lo ha defendido Otto Kernberg (1996). Estamos hablando de la salidas del anonimato involuntarias y no, como desarrollaremos cuando hablemos del modelo del proceso en Mitchell, de aquellas salidas del anonimato que son voluntarias y se piensan como modos de participación en el proceso (las llamadas self-disclosures o auto-revelaciones).

En la comprensión que tienen de la transferencia, afirma Mitchell en diferentes lugares con ironía, el modelo clásico funciona como una “máquina del tiempo” (Mitchell y Black, 1995, p. 234; Mitchell, 1996, p. 295), llevando al paciente, por medio de la transferencia, a revivir el pasado. El presente es un derivado del pasado, es “un delgado revestimiento tras el cual la causalidad del poderoso pasado guía la vida psíquica” (Mitchell, 1988b, p. 128). El analista es un técnico: la observancia estricta de los procedimientos (técnicos) basados en la tríada de los principios de neutralidad, anonimato y abstinencia, tienen por función esencial mantener al analista apartado del camino y del campo. En la medida en que el analista sea competente, él es un “factor genérico”, como un hábil operador de rayos X, sostiene Mitchell (Mitchell, 1996, p. 295).

Aquí hay un elemento de concepción teórica que será importante en el pensamiento de Mitchell. La pregunta es, en los diferentes modelos, ¿cuál es la relación entre presente y pasado? ¿El presente es sólo la “vía”, el “pretexto”, el “teatro” para poner en juego el pasado –máquina del tiempo- o el paciente, en función de la realidad presente de la situación analítica (u otras), construye una imagen plausible del analista (u otros) con los materiales del pasado y sus formas de organizar la experiencia? ¿El paciente vive en el pasado, si lo podemos decir así, y el presente es pura sombra o revestimiento, o vive en el presente con estrategias aprendidas en el pasado? ¿Qué lugar, pues, tiene el pasado en estos modelos?

4.2.3 La contratransferencia

La contratransferencia, para el modelo clásico, son los sentimientos y pensamientos que se despiertan en el analista fruto de la relación con el paciente en pura exterioridad, es decir, aquí también funciona a la inversa el modelo del resto diurno: en analizando es un “resto diurno” que activa en el analista sus conflictos infantiles reprimidos y no resueltos que obstaculizan, cuando ocurre, su función y/o actitud analítica. Las características del paciente, como antes las del analista, son sólo disparadores-desencadenantes, cuando lo son, de los conflictos inconscientes del analista. Esta es la que podemos denominar la definición clásica o restringida de la contratransferencia que se encuentra, en primer lugar, en las cartas de Freud (Freud, 1997; Racker, 1959; Sandler, 1973; Bernardi, 2000; Thöma y Kächele, 1988; Kernberg, 1975; Gabbard, 1996).

Arlow, sobre este asunto, sostiene que sus posiciones están cerca de las de Annie Reich (1951), una de las psicoanalistas de corte más clásico que participó en los debates sobre este tema que se abrieron gracias a las innovadoras propuestas de Heinrich Racker y Paula Heimann en los años 50'. Escribe Arlow:

Mi forma de ver es muy cercana a la expresada por Annie Reich (1951): “La contratransferencia [...] comprende los efectos de los conflictos y necesidades inconscientes del analista en su comprensión o técnica. En estos casos el paciente representa para el analista un objeto del pasado hacia el cual sentimientos y deseos del pasado han sido proyectados, igual que ocurre en la transferencia del paciente en la situación con el analista. El factor que provoca que esto ocurra puede ser algo en la personalidad o material del paciente o algo de la situación analítica misma” (Arlow, 1985, pp. 164-165).

Aquí Annie Reich sitúa las líneas clásicas por las que se ha movido el psicoanálisis en este asunto. Por su lado, Brenner entiende la contratransferencia como una formación de compromiso y piensa que el uso de un concepto diferenciado no es necesario:

Mi tesis es esta. La contratransferencia es ubicua e inevitable, igual que la transferencia. No hay, realmente, necesidad para un término diferenciado. La contratransferencia es la transferencia del analista en la situación analítica [...] Es cuando las formaciones de compromiso patológicas aparecen en la actividad profesional del analista que el trabajo analítico puede ser alterado. Instancias de contratransferencia que interfieren con el análisis son ejemplos de formaciones de compromiso patológicas o neuróticas (Brenner, 1985, p. 156).

Con su énfasis en la idea de gradientes y proporciones, cuyo origen también se encuentra en la obra de Freud desde el comienzo, y la idea de formación de compromiso, Brenner despacha el asunto. Si bien reconoce que la contratransferencia es ubicua, ya que, según su perspectiva, toda manifestación psíquica es una formación de compromiso y el analista está presente en la situación analítica, sólo las formaciones de compromiso patológicas son las que interfieren en el trabajo psicoanalítico, es decir, aquellas en la que el componente realista ha perdido fuerza. Como vemos su comprensión es cercana también en esto a lo que sostuvo Annie Reich sobre que el analista también es un objeto de la “realidad”, sobre la cual, según la perspectiva clásica, el analista tiene un acceso privilegiado en la situación analítica.

Pero, más allá de que esta “solución” que propone Brenner nos parece que sólo desplaza el problema, para Mitchell estos autores (o los que Mitchell toma como referencia) siguen en una posición fuertemente unipersonal, es decir, que si bien entienden que en la situación analítica hay dos personas, cada una desplaza sobre el otro -o lo enrola y/o recluta, como dice Arlow-,

(cuando podemos adjetivar las manifestaciones de transferenciales o contratransferenciales –según los criterios del analista-), en el lugar de algún un objeto de la historia infantil inconsciente, pero no se encuentran en un campo de interacción en un sentido fuerte, no se afectan mutuamente más que en exterioridad. La idea de “resto diurno” explica lo que entendemos por exterioridad: cada uno de los participantes de la escena analítica es un bastidor, un maniquí o una percha o un rol social en la que colgar las propias ropas. Esto es sin duda exagerado, pero nos resulta complejo definir lo que en estas definiciones está supuesto: una interacción “acorde a ratio”, razonable, en la que cada uno realiza su rol socialmente asignado – profesional y paciente- sin mayor participación de una afectividad discordante, sólo con una afectividad “adaptada” a la situación. Con lo cual todo lo que salga de este esquema de base no puede más que pensarse en términos de distorsión y/o contaminación de una interacción “realista” –no distorsionada-, versión racional-adulta bastante pálida, incluso raquítica, de lo que es una interacción real. Estas versiones de “relaciones adultas” muchas veces son una amarillenta y pálida versión de la adultez o de la relación con la realidad.

Esto último trae un doble problema interrelacionado: por un lado, un problema epistemológico en cuanto a qué entendemos por realidad y, por otro, un problema de autoridad en términos de cómo y quién define la realidad, es decir, si alguno de los miembros de la pareja analítica tiene un acceso privilegiado a ella. Por ahora nos conformamos sólo con decir que cuando Mitchell fue cuestionado de inconsistente por algunos analistas clásicos por sostener, simultáneamente, que ni un analista ni ningún otra persona podía reclamar legítimamente ser el representante de la realidad objetiva -ya que toda captación de la realidad supone un marco teórico-ideológico- y, al mismo tiempo, enfatizar la importancia de las contribuciones reales del analista a la transferencia, su respuesta fue la siguiente:

Los términos real y realidad están usados en dos sentidos diferentes: el primero se refiere a la imposibilidad de dar cuenta de los

acontecimientos interpersonales de un modo único y objetivo y, el segundo, se refiere a las interacciones reales y a la influencia recíproca, cuya naturaleza sólo puede describirse a través de un marco de trabajo interpretativo. No hay contradicción ni paradoja aquí (Mitchell, 1997, p. 5n).

4.2.4 La participación del analista

La forma de participación que el psicoanálisis clásico ha jerarquizado, su instrumento *princeps* (Greenson, 1967), es la interpretación. No desconocen otros modos de intervención, como el señalamiento o la clarificación, pero piensan que estas últimas deben estar al servicio de la interpretación que, como tal, es la única que permite llegar a un auto-conocimiento por medio del insight sobre aquello que está en el origen de la patología. Greenson (1967, 1969), por ejemplo, distingue entre intervenciones analíticas, es decir, aquellas que hacen progresar el proceso de análisis al servicio de la comprensión (interpretación, señalamiento y clarificación), intervenciones anti-analíticas, es decir, aquellas que dificultan o impiden el desarrollo adecuado del análisis (sugestión, satisfacción de los deseos infantiles, etc) y, por último, intervenciones no-analíticas, es decir, aquellas que sin hacer progresar el análisis no funcionan en contra de su avance (aquí Greenson apunta a las intervenciones vinculadas al reforzamiento de lo que denomina relación real no transferencial, 1969).

Para Brenner, por ejemplo, no hay duda de que la tarea del analista es “la comprensión e interpretación del conflicto patógeno” (Brenner, 1996, p. 22).

Hay muchos tipos de interpretación (de contenidos, de la defensa, de transferencia, dinámicas, reconstructivas, etc). Lo que aquí nos interesa es cómo la interpretación en general es entendida. Para Arlow, en una reseña que él mismo y Rothstein hacen de un panel en el que Arlow había participado, afirman resumiendo la participación de este último:

“La interpretación es una hipótesis. Sirve para transformar observaciones que están desconectadas en datos que están relacionados [...] Esencialmente el proceso de interpretación en psicoanálisis es un modo de objetivar la experiencia mental” Sugiere que la interpretación es “el puente conceptual sobre el cual el analizado viaja hacia el insight..” [...] Toma la posición de que la interpretación sigue siendo la herramienta fundamental del analista para ayudar al paciente a obtener insight, que es central para en modo de acción terapéutica del psicoanálisis (Arlow y Rothstein, 1983, p. 238).

Por lo tanto, la interpretación es lo que permite la “objetivación de la experiencia mental”, es el vehículo hacia el insight y, en esta medida, es el agente por excelencia del cambio analítico, es decir, de la acción terapéutica del psicoanálisis.

O, como sostiene Arlow, en un trabajo unos años después:

Hay poca duda que las interpretaciones más efectivas, más dinámicas, son aquellas relacionadas con el análisis de la transferencia. Cuando el analista interpreta un fenómeno transferencial, realiza varias cosas al mismo tiempo. En primer lugar, demuestra cómo los deseos inconscientes distorsionan las relaciones de objeto en la realidad. Hace que el paciente tome conciencia de cómo las fantasías inconscientes penetran la experiencia consciente llevando al paciente a percibir o interpretar equivocadamente lo que está ocurriendo. Como resultado de ello, el paciente tiene tendencia a responder inapropiadamente a las situaciones que lo confrontan. En segundo lugar, interpretando las raíces genéticas del fenómeno transferencial, el analista ayuda al paciente a comprender el concepto de cómo el pasado está dinámicamente activo en el presente (Arlow, 1987, p. 75).

Hay una fuerte convicción, en lo que venimos citando, de que es la interpretación del analista la que opera, vía insight, en el juego de fuerzas del

psiquismo, es decir, que opera por vía de la información que transmite sobre cómo está funcionando la mente o sobre cómo ha llegado a funcionar así, excluyendo toda otra influencia de cambio relevante. Brenner, volviendo sobre un asunto problemático desde los orígenes del psicoanálisis y que está fuertemente vinculado al tema que trataremos, escribió: “La influencia del analista, su efecto sugestivo, debe ser minimizado, sin apoyarse en él para realizar la tarea del análisis. Es necesario reconocerlo y analizarlo cuando sea necesario hacerlo” (Brenner, 1996, p. 24).

Es interesante, entre otras cosas, señalar en esta cita la diferencia que Brenner establece entre la influencia del analista y la interpretación del analista, como si fueran dos ámbitos absolutamente separados. Tal vez en esta diferencia está condensada la oposición entre subjetividad frente a objetividad del analista, implicación frente a distancia, etc. Como si la influencia de la interpretación que realiza el analista estuviera absolutamente escindida de la subjetividad que encarna dicha función interpretativa. La persona del analista puede influenciar sugestivamente pero no en la interpretación. A esto es a lo que Stolorow y colaboradores han llamado “el mito de la interpretación sin sugestión” (1997, p. 435). Este mito, como desarrollan los autores en ese trabajo, está entrelazado con otra serie de mitos que atraviesan la comprensión de la técnica analítica: el mito de la transferencia no contaminada, el mito de la objetividad y el mito de la mente aislada. A estos cuatro mitos que sitúan en este trabajo nosotros podríamos sumar “el mito de la situación analítica” (Racker, 1966), “el mito del analista impersonal” (Little, 1951, p. 33) o “el mito del analista genérico” (Mitchell, 1997c, p. 12). Todos estos mitos, de una u otra forma, serán cuestionados por Mitchell.

4.2.5 La autoridad del analista

Este es otro de los asuntos fuertemente debatidos en estos últimos tiempos. La posición clásica articulaba la autoridad del analista a su conocimiento científico. Este último lo autorizaba a pronunciarse sobre ese “ámbito de la

naturaleza del que estaba en la mejor posición para pronunciarse: la mente del paciente” (Mitchell, 1997c, p. 205). Para los analistas clásicos la mente es un objeto “natural”, es decir, que forma parte de lo que está allí afuera para ser conocido-representado, y el conocimiento obtenido por medio del psicoanálisis forma parte de *Weltanschauung* científica de la época de Freud y a la cual Freud se adhiere de forma explícita (véase Freud, 1933/1979h). Para Mitchell, dentro de la visión de Freud y de su época, existe la premisa de que “el analista conocía mejor, veía con más profundidad y madurez en las dificultades del paciente y en la verdadera naturaleza de la vida” (Mitchell, 1993c, p. 17). Estas eran creencias fundamentales, premisas que organizaban una forma de ver y una determinada actitud emocional, en las que la visión del analista era el “antídoto racional” (1993c, p. 17) a lo caótico, infantil, ilusorio de la emocionalidad “irracional” del paciente. El paciente lo que necesitaba, como hemos visto, para esta perspectiva clásica, es ampliar el conocimiento que tenía de sí -insights- y el analista estaba en una posición ideal para ofrecerle ese conocimiento “objetivo” por medio de interpretaciones.

Esta visión de la autoridad del analista, en la perspectiva freudiana de Arlow y Brenner, tiene ciertas enmiendas pero sigue muy cerca de lo que acabamos de formular. Brenner (1996) parte de suponer que en la medida en que el análisis es un técnica, es decir, un modo de hacer algo, una de las preguntas centrales es: ¿qué quieren hacer los analistas con los pacientes? Lo que quieran hacer, su técnica, estará para él fuertemente modelada por la teoría pato-genética que tenga el analista, es decir, cómo piensa este que se ha desarrollado la patología. Esto supone una teoría, una serie de conocimientos sobre cómo funciona la mente, y un conjunto de preceptos técnicos en cuanto a cómo establecer un marco de trabajo que permita alcanzar las metas del análisis. Plantea que, en general, el conocimiento y el ejercicio de la autoridad forman parte de cualquier relación terapéutica y, por supuesto, entre analista y analizando. En el comienzo del tratamiento el analista afirma su autoridad al proponerle al paciente las reglas propias del procedimiento analítico, ya que piensa que es la mejor manera de obtener alivio. Dando por

sentada esta autoridad 'primera', Brenner afirma que "hay un verdadero problema/cuestión en cuanto al ejercicio de dicha autoridad por el analista en el curso del análisis" (Brenner, 1996, p. 23). Y aquí, aún haciendo las reservas de rigor que corresponde a alguien que escribe en la década de los 80', 90', Brenner vuelve sobre un modo tradicional de entender la relación entre autoridad y conocimiento: "Cuanto más comprendemos lo que está ocurriendo en la mente del paciente en un momento determinado, más capacitados estamos para decidir qué decir al paciente y cómo y cuando decirlo –si es que debemos decir algo" (Brenner, 1996, p. 24). Comprender y decidir, sobre el material que despliega el paciente, qué está ocurriendo "en" la mente del paciente y qué puede decir y cuando (lo que se suele entender como el "timing" de la interpretación, su oportunidad) es una forma de comprender la función del analista que, de forma evidente, con convicción, deja de lado la presencia subjetiva del analista en la situación analítica.

Brenner retoma, finalmente, la pregunta inicial sobre por qué el analista está en una mejor posición para saber qué ocurre en la mente del paciente y cuando intervenir. Después de reconocer que en la situación analítica hay dos personas, cada uno con sus conflictos infantiles que influyen en sus pensamientos y conductas actuales, afirma:

¿Cómo puede uno justificar el reclamo de ser más objetivo o realista que el otro? En la ciencia uno nunca puede estar "seguro" [...] Uno sólo puede proponer la mejor conclusión posible de los datos disponibles. Lo que uno puede decir es que un analista experimentado, según la opinión de muchos analistas, que ha recibido la ayuda de un análisis personal, está en una mejor posición que la del paciente para llegar, con los datos disponibles de este, a la mejor conclusión y comprensión de la naturaleza y el origen de sus conflictos (Brenner, 1996, p. 26).

4.2.6 Las metas del psicoanálisis

Según la perspectiva clásica la meta del psicoanálisis consistiría en fortalecer la capacidad del yo de afrontar y gestionar los conflictos y las demandas pulsionales infantiles y/o arcaicas del superyó de acuerdo a las exigencias de la realidad; renunciar a las viejas metas, irrealizables e irrealistas, y aceptar las nuevas, reguladas por los acuerdos en los que el yo y la realidad tengan un papel protagónico frente a las exigencias no realistas del ello o del superyó.

Leyendo a estos autores, muchas veces tenemos la impresión de que dicen cosas “razonables”, de sentido común: quién sabe lidera, quién conoce sabe cómo actuar, quién no participa personalmente sabe observar lo que está pasando, la definición de la tarea conlleva los procedimientos para alcanzarla, etc. Ya veremos cómo muchas de estas cuestiones aparentemente obvias serán cuestionadas o relativizadas y complejizadas en el marco de la perspectiva relacional y constructivista.

Pasaremos ahora a la breve exposición del modelo de la detención del desarrollo, cuya expresión más clara en los EE.UU. fue la obra de Kohut y sus seguidores. La Psicología del self, como corriente del pensamiento psicoanalítico, se construye en debate e interlocución con el modelo clásico. A pesar de su carácter indudablemente innovador será deudora del modelo clásico con el que confronta en asuntos importantes de la comprensión del proceso analítico.

4.3 El modelo de la detención del desarrollo

4.3.1 Consideraciones generales

Este modelo de “la detención” o del “sesgo del desarrollo” (*Developmental tilt*) como lo denomina Mitchell (1984b, 1988b), agrupa a diferentes autores. Mitchell utiliza en su obra una metáfora que expresa esta tendencia al mismo tiempo que trata de captar su fenomenología: “la metáfora del bebé” (Mitchell, 1984b, 1988, 1990b). Hay también, sin duda, un bebé freudiano y un bebé de

las diferentes escuelas de pensamiento, diferentes formas de organizar los datos analíticos. Pero cuando Mitchell habla de la metáfora del bebé lo que trata de recoger es, fundamentalmente, lo que llama “el bebé moderno” (Mitchell, 1988, p. 129) del psicoanálisis, el que se ha construido en las obras de Greenacre, Mahler, Winnicott, Kohut, entre otros. Este bebé, a diferencia del bebé freudiano –más “animal”, que busca descargar sus pulsiones para obtener placer, etc., como vimos en el capítulo 2- es un bebé relacional, un bebé que requiere ciertas condiciones ambientales y funciones parentales para su crecimiento. Los diferentes autores han denominado a estas funciones que tiene que proveer el ambiente de diferentes maneras: holding para Winnicott, oportunidades de fusión simbiótica para Mahler, continencia y rêverie para Bion, espejamiento (mirroring) e idealización para Kohut, etc.

Mitchell objeta en general a estos autores que cuando intentan introducir necesidades relacionales y procesos que no son reductibles al esquema pulsión-gratificación-defensa, lo hacen sosteniendo que operan *antes* de la discriminación de la estructura tripartita yo, ello, superyó (modelo estructural), en las tempranas relaciones entre la madre y el niño.

En los aportes de Kohut y su escuela, la psicología del self, escuela de pensamiento que tomaremos como referencia central de este modelo, lo que debían proveer las funciones parentales consistía, fundamentalmente, en dos cuestiones: por un lado, ofrecer espejamiento (mirroring), es decir, reflejar la grandiosidad infantil –una necesidad del desarrollo-, y, por otro lado, ofrecerse como objetos para que el niño pueda fusionarse con lo que Kohut denomina la “imago parental idealizada” otra necesidad del desarrollo. Estas necesidades básicas del niño de espejamiento y fusión con la imago parental idealizada, necesidades narcisistas, deben ser cubiertas para un desarrollo saludable, siendo la falla parental crónica, la ausencia de las necesarias provisiones, las que se encuentran en el origen de las tensiones y dificultades en la construcción de lo psíquico. La psicopatología que estos modelos resaltan es la que se comenzará a llamar “patología de déficit”, patología derivada de lo que no hubo en la infancia, que produce fallas (déficits) en la estructuración del psiquismo: el crecimiento queda detenido, sectorialmente,

y el niño tiene que encontrar modos de lidiar con estas deprivaciones (defensas, compensaciones, etc).

En general, como hemos señalado, estos modelos han adoptado en un comienzo estrategias conceptuales mixtas, es decir, no ponen en cuestión los aportes freudianos (o kleinianos, en el caso de Winnicott) en su totalidad, y logran articular una combinación de modelos tanto para pensar la psicopatología como para pensar el proceso analítico.

Por ejemplo, Winnicott afirmaba que su contribución estaba ligada al “desarrollo emocional temprano” (Abello y Liberman, 2012), lo que no cuestionaba ni la posición depresiva kleiniana ni el Edipo freudiano –cada uno de estos tres conceptos daban cuenta de diferentes tipos de patologías- y tampoco cuestionaba la técnica clásica en el trabajo con lo edípico y con la posición depresiva.

Kohut, por su lado, comienza con una estrategia conceptual igualmente mixta, y su oposición central será entre las patologías de nivel edípico, es decir, aquellas que están organizadas a partir del conflicto y tienen un desarrollo estructural que permite trabajar como el psicoanálisis clásico prescribe, y aquellas patologías que se ubican en el nivel del desarrollo del narcisismo, que se organizan en relación a fallas en la funciones parentales que dejan déficits de organización en el psiquismo. Kohut, en su último libro, tratará de salir de esta distinción hablando de diferentes tipos de trastornos del self.

Como bien articula Mitchell:

[...] cada autor necesita acomodarse para dar lugar a su propia contribución y, por ello, muchas de estas innovaciones fueron introducidas en la teoría psicoanalítica por la vía del sesgo del desarrollo; en consecuencia, los asuntos dinámicos que describen tienden a ser caracterizados como infantiles, pre-edípicos, inmaduros, y su persistencia en la vida posterior es a menudo considerada como

un resto de infantilismo mas que como una expresión de necesidades relacionales humanas que se extienden a lo largo del ciclo de la vida (Mitchell, 1984, 477).

Uno de los problemas de este planteamiento es que divide el desarrollo humano en dos tipos de cuestiones: los niños pequeños así como los pacientes graves tienen necesidades relacionales; mientras que los niños grandes y los adultos y/o neuróticos, que han alcanzado un nivel de desarrollo estructural, tienen conflictos intrapsíquicos entre pulsiones y defensas.

El problema teórico central que Mitchell objeta a las teorías del “sesgo del desarrollo”, después de haber reconocido las importantes contribuciones que estas han realizado a los *conceptos relacionales en psicoanálisis*, es:

¿Es exacto y viable limitar los asuntos relacionales a las más tempranas fases del desarrollo? ¿Emergen los asuntos relacionales de forma secuencial a lo largo de la infancia, siendo progresivamente resueltos y permitiendo que el niño prosiga? (Mitchell, 1984b, p. 479).

Obviamente Mitchell piensa que no. Ya hemos visto en el capítulo anterior el poco atractivo que para él tiene el establecimiento de secuencias de desarrollo, como hace la Psicología del Self, al restringir ciertos modos relacionales a ciertos períodos de la vida.

Tanto Winnicott como Kohut piensan que el tipo de trabajo clínico y de proceso psicoanalítico necesario para estas patologías de déficit, frutos de la falla ambiental, implican una modificación de la técnica analítica tal y como había sido concebida hasta entonces. Estas diferencias en la comprensión psicopatológica y sus consecuencias técnico-clínicas forman parte de los debates de los años 60'-70'. Por supuesto, autores como Arlow y Brenner, y otros representantes de la *mainstream*, fueron muy críticos con las propuestas kohutianas.

Lo que nos interesa resaltar de este modelo es, como sostiene Mitchell, que combina “supuestos monádicos e interactivos de la vida psicológica” (1988, p. 131). Una vez que el crecimiento mental ha sido logrado o ha sido detenido sectorialmente, lo monádico deviene central.

Es así como Kohut establecerá dos tipos fundamentales de transferencias narcisistas (que luego denominará transferencias *selfobject*⁷⁰): la transferencia especular (que busca reflejo) y la transferencia idealizadora (que busca fusión).

Si bien a Mitchell le parece que estos autores comenzaron y construyeron conceptos que sin duda forman parte del bagaje relacional de la historia del psicoanálisis, una de las objeciones centrales será haberse quedado a medio camino entre un enfoque unipersonal y uno intersubjetivo.

Veamos algunos asuntos centrales.

4.3.2 La actitud del analista

En el trabajo con las patologías de déficit ya no se piensa tanto en términos de abstinencia y, por lo tanto, en la renuncia a los deseos infantiles edípicos-conflictivos como dimensión principal. El rechazo a gratificar, que era un elemento central de la técnica clásica, queda relegado a las problemáticas neuróticas, ya que ha cambiado la comprensión de la transferencia y de lo transferido. La diferencia entre los conceptos de necesidad y deseo que introduce Winnicott (1960) y que retoman Balint y otros, o el concepto de necesidades narcisistas (o necesidades *selfobject*) de Kohut modifican la actitud analítica. Hay ciertos tipos de “gratificaciones” –termino estrictamente incorrecto, pero que sirve para fines comparativos (y ha sido muy utilizado)- que comienzan a pensarse y a autorizarse ya que se vuelve necesario diferenciar entre proveer respuestas a las “necesidades” del desarrollo de la

⁷⁰ Primero las denominé transferencias objeto-self para, luego, eliminar el guión diferenciador (tanto literal como conceptualmente) y construir el concepto de *selfobject*. Luego, Kohut y la psicología del self desarrollaron otros tipos de transferencias *selfobject* (Wolf, 1988).

gratificación de los “deseos” de nivel edípico. Satisfacer viejos deseos infantiles es diferente a proveer funciones parentales que permitan desarrollar estructuras que han quedado truncadas.

Si bien Mitchell pensará que en una perspectiva relacional no es necesario diferenciar entre deseo y necesidad no por ello deja de reconocer el cambio importante que supuso esta distinción tanto a nivel teórico como a nivel del proceso psicoanalítico.

Con los autores de la detención del desarrollo comienza a cambiar el concepto de “¿Qué es lo que el paciente necesita?” (Mitchell, 1993c, p. 13) en el tratamiento: “Lo que el paciente necesita, afirma Mitchell, no es re TRABAJAR racionalmente sus fantasías inconscientes infantiles; lo que el paciente necesita es una revitalización y expansión de su propia capacidad de generar experiencias que sienta reales, significativas y valiosas” (Mitchell, 1993, p. 24). Mitchell entiende por “significativas” (*meaningful*) no la inteligibilidad o la significancia semiótica de algo, sino el valor, la importancia y la entrega personal que ese algo tenga. Ha habido un cambio en el psicoanálisis moderno, sostiene Mitchell en reiteradas ocasiones, de una visión racional y de renuncia (de los deseos infantiles, de las satisfacciones pulsionales) a una visión que jerarquiza la significación (*meaningful*) personal, la elaboración de un significado personal de la experiencia. Lo que para Mitchell estos autores no han podido articular es la revolución clínica que iniciaron con la revolución en el campo epistemológico que fue paralela a ella. Integrar estas dos grandes cuestionamientos que corrieron paralelos será central para Mitchell: qué necesita un paciente del tratamiento y qué conoce/sabe el analista (Mitchell, 1993c).

Por otro lado, la neutralidad será redefinida por Kohut “como la respuesta que esperamos, en promedio, de las personas que han dedicado su vida a auxiliar a los otros con la ayuda de insights obtenidos vía la inmersión empática en su vida interior” (Kohut, 1977, pp. 252-253). Para mostrar su claro desacuerdo con la “técnica clásica”, a modo de caricatura, Kohut afirma que el analista no es un ordenador que restringe su actividad a “dar las

interpretaciones correctas y exactas [...] las respuestas del analista requieren la participación de las capas más profundas de su personalidad [...] las respuestas de un ordenador no constituyen un ambiente esperable promedio para el analizado” (Kohut, 1977, pp. 252-253).

El esfuerzo de Kohut y algunos de sus discípulos es seguir manteniendo un concepto de neutralidad del que no se derive “una indiferencia enojosa” (Freud, 2002, carta a Pfister del 22/10/27, p. 144⁷¹), hacia el paciente –el estilo lacónico promovido por Brenner y otros (Gill, 1994). Se sigue tratando, como ha propuesto Anna Freud, de no tomar parte en los conflictos, de mantener la equidistancia entre los elementos en juego, pero es necesario, afirma Wolf, que esta ausencia de toma de partido entre los diferentes aspectos de la persona incluya

[...] una actitud afirmativa con respecto a la persona total, el paciente. Kohut insinúa que analista debe ser claro sobre esto y debe ser experimentado por el paciente como estando del lado del paciente en sea cual sea las luchas que el paciente enfrente en su vida interior (Wolf, 1983, p. 681).

En este sentido Wolf escribió varios trabajos en el que cuestiona el “ambiente de abstinencia” como contraproducente para el desarrollo de un proceso analítico (1976, 1988). Propone una doble evitación:

Debemos evitar hacer equivaler la neutralidad con la abstinencia [...] porque el ambiente creado por la abstinencia no es el hábitat natural del hombre. Es un ambiente artificial y una nociva deprivación, que evoca una hostilidad y conflicto primitivo. Por otro lado, también debemos evitar la creación de un ambiente de cumplimiento de las necesidades porque un ambiente de gratificación impide la

⁷¹ El contexto de la carta de Freud a Pfister del 22/10/27 en la que aparece esta expresión no tiene desperdicio. Le dice Freud al pastor: “Ya conoce la tendencia que tienen los hombres a seguir al pie de la letra o a exagerar los preceptos. Esto lo hacen, lo sé muy bien, algunos de mis discípulos con la pasividad analítica. Especialmente de H. creo fácilmente que eche a perder el efecto del análisis debido a una cierta indiferencia enojosa, y no llegue a descubrir las resistencias que ha provocado con ello en el enfermo” (Freud, 2002, p. 143-144).

participación en el proceso analítico de movilización, interrupción y restauración de la transferencias selfobjeto (Wolf, 1983, p. 680)

Esta doble evitación, ni ambiente de frustración ni ambiente de gratificación, sigue dentro de los supuestos que el psicoanálisis relacional cuestionará ya que piensa y toma como eje de la situación analítica la oposición gratificación-frustración.

Un de las conclusiones de estos trabajos de Wolf es la siguiente:

Todo ambiente analítico, igual que cualquier ambiente de la infancia, inevitablemente provee momentos intensos de ruptura, frustración, desorganización. Cuando esto ocurre como acontecimientos aislados en una ambiente generalmente comprensivo empáticamente, a menudo sirven estos momentos como estímulos de mayor elaboración y crecimiento. Así, un ambiente óptimo no está libre de interrupciones, sino que estas se mantienen dentro de los límites que evitan una interrupción crónica (Wolf, 1976, p. 114).

Estas ideas serán central para comprender el proceso analítico tal y como lo reformula la psicología del self. Será el trabajo sobre estos momentos de interrupción (o ruptura) y su posterior elaboración, lo que hará al movimiento mismo del proceso analítico y al fortalecimiento progresivo del self. También podemos observar, en esta cita, el deslizamiento de la actitud analítica hacia la empatía, uno de los caballos de batalla fuertes de Kohut desde sus primeros a los últimos trabajos (Kohut, 1959, 1971, 1981).

Considerar estos conceptos en toda su complejidad está fuera de nuestros propósitos y posibilidades en este contexto. Sólo nos gustaría resaltar la idea de que para Kohut y la psicología del self el concepto de empatía va cobrando un valor central a la hora de definir la actitud analítica. La única precisión que nos gustaría hacer (Wolf, 1988; Lichtenberg, 1981; Basch, 1983) es que la

empatía, tal y como la entiende la psicología del self, es ponerse en el lugar del otro (en sus zapatos, como se suele decir en inglés) no para responder a la pregunta ¿qué sentiría yo en su lugar? sino para comprender qué es lo que el otro –paciente- puede estar sintiendo desde lo que yo conozco de su historia, de su contexto total, de cómo se percibe a sí mismo, de cómo percibe a los otros, de cómo percibe la fuente de sus estados afectivos, es decir, la empatía, para la psicología del self, es una perspectiva “cognitivo-emocional” (Lichtenberg, 1981, p.332). O también, como lo dicen de otro modo pero en la misma línea Stolorow y Lachmann, la neutralidad-empatía puede ser definida

Como una actitud de indagación que busca comprender la expresiones del paciente desde la perspectiva del marco de referencia de la subjetividad del paciente. Desde este punto de observación privilegiado, la realidad de las percepciones del paciente del analista no se debaten ni se confirman. Mas bien, estas percepciones sirven como puntos de partida para una exploración de los significados y principios organizadores que estructuran la realidad psíquica del paciente (citado por Wolf, 1983, p. 685-686).

Es decir, ponerse dentro de la perspectiva del paciente para comprenderlo, desde su marco de referencia y no desde el nuestro.

La empatía, como versión de la neutralidad, será otro de los temas discutidos por Mitchell. Debatendo un trabajo de Basch afirma:

Los modelos teóricos organizan los fenómenos en relación a superficie y profundidad, figura y fondo. No importa el esfuerzo que hagamos por tratar de escuchar la experiencia del paciente desde dentro del contexto de su propia fenomenología, no importa cuan escrupulosos seamos en no sobreimponer nuestros propios presupuestos teóricos en los datos clínicos, escuchar es organizar. Como Spence, Schafer y otros han argumentado, no existe una escucha inmediata, no

estructurada por la teoría. Las asociaciones del paciente se organizan en la escucha del analista, y los principios de dicha organización son postulados teóricos que asignan más profundidad, valor motivacional o prioridad estructural a ciertos elementos. El proceso analítico no opera ni puede operar en un en un plano allanado de significación: "Hay esto, y esto, y esto y esto"⁷² (Mitchell, 1987, p. 401).

Veremos, cuando expongamos el modelo del proceso según Mitchell, que su evolución, insinuada en este y otros momentos, irá más allá de Spence o Schafer: no sólo la teoría organiza la escucha.

Otro de los grandes problemas con el concepto de empatía, desde una perspectiva de la multiplicidad del self, es la siguiente: ¿con qué aspecto se realiza la empatía? ¿con los múltiples, conflictivos e inconscientes puntos de vista del paciente o sólo con lo consciente? ¿qué ocurre con las respuestas del analista a las experiencias y necesidades que son inconscientes y negadas? (Mitchell, 1991b, p.136).

Los desarrollos de la psicología del self plantean que el analista empatiza con las necesidades "reales" (Mitchell, 1991b, p. 138) del paciente aunque estas pueden ser inconscientes y estar en contradicción con lo que el paciente piensa y siente. En este punto la empatía se vuelve *post hoc*, afirma Mitchell, lo que funciona, y pierde su original sentido de resonancia con o confirmación de la experiencia conscientemente sentida por el paciente, o sea, situarse desde el punto de vista de la subjetividad consciente y sentida del paciente.

La ampliación del concepto de empatía (Mitchell, 1991c, p.176) a los aspectos inconscientes del paciente abre otro problema, no menor, y que resuena con los problemas de la perspectiva clásica: ¿quién determina las

⁷² "The analytic process entails a collaborative, slowly emerging and painfully won three-dimensional understanding of the patient's experience: "There's this, which underlies that, leads to that, infuses that with meaning." Surface and depth are slowly differentiated, their intricate counterpoint delineated and charted" (Mitchell, 1987, p. 405).

“necesidades” que están fuera de la conciencia y, en algunos casos, son antagónicas a la experiencia subjetiva consciente del paciente?, problema, nuevamente, de conocimiento y de autoridad. Además, esta ampliación nos plantea otro problema derivado, que consiste en pensar en una subjetividad única y sin ambigüedades. ¿Quién decide si el analista ha captado correctamente la necesidades “reales” del paciente o la experiencia que este tiene de sí mismo? (Mitchell, 1991b)

4.3.3 La transferencia

Al cambiar la teoría del desarrollo también se modifica qué es lo transferido en la transferencia. Si el acento está puesto en la necesidades que han quedado no realizadas en la infancia, truncadas o abortadas, si el acento está puesto en lo que ha quedado “detenido” en el desarrollo -punto de fijación a lo que no hubo, a la falla ambiental en proveer esas necesidades- entonces la transferencia será entendida, en el caso de las transferencias narcisistas, como la reactivación de las necesidades infantiles que son acordes y adecuadas a la fase del desarrollo en la que la necesidad no fue colmada (Kohut, 1971). El adulto, pues, transfiere las necesidades infantiles en cada nueva interacción buscando lo que ha sido perdido o no hubo. La transferencia como tal no es inadecuada, desde esta perspectiva, porque es acorde-adecuada a la fase del desarrollo que se reactiva, aunque sí lo es en lo que al analista respecta. Por lo tanto, aquí no hay repetición de lo que ya hubo sino búsqueda de lo que no ocurrió.

Como hemos señalado antes, Kohut diferencia fundamentalmente dos tipos de transferencias narcisistas:

Cada una representa la reactivación en la situación analítica de una necesidad narcisista específica de la infancia que ha quedado fijada y reprimida o negada. Las transferencias especulares son la reactivación de necesidades arcaicas del niño de revalorización, aceptación y confirmación de su grandeza, perfección y valor. Las transferencias

idealizadas son la reactivación de necesidades del niño de compartir la calma y la fortaleza de una figura parental admirada por medio de fusionarse con la imagen de calma omnipotente y omnisciencia infalible. En un psicoanálisis conducido con propiedad, i.e., en un ambiente psicoanalítico (cf. Wolf, 1976), que no es ni moralista ni educacional sino que está abierto a la afirmación de las necesidades narcisistas arcaicas, las transferencias emergerán espontáneamente, aunque lentamente y contra las resistencias y precauciones construidas durante años de exposición a los desprecios y negligencias (Wolf, 1979, p. 581)

Estas transferencias también han sido llamadas transferencias de necesidad o de déficit, ya que implican un manejo o gestión diferente de las llamadas transferencias de deseos y/o transferencias de conflictos (Nemirovsky, 2007; Killingmo, 1989). Hace poco Carlos Nemirovsky retomó este asunto planteando que estas transferencias de déficit se comprenden mejor como una “edición” que como una “reedición”, término este último usado por Freud para hablar de las transferencias neuróticas (Nemirovsky, 2008).

Mitchell, como he dicho antes, pensará en estos desarrollos como ampliamente novedosos y de gran apertura para el momento de su formulación en los EE.UU., aunque una de sus grandes objeciones seguirá siendo preguntarse por qué restringir y/o remitir este tipo de búsquedas a la infancia. La búsqueda de algo nuevo, de una relación diferente, no necesariamente implica, sostiene Mitchell, que sea algo que debería haber tenido lugar en la infancia y no tuvo. Este aspecto normativo de las teorías del desarrollo será, como hemos dicho, cuestionado por Mitchell en este tipo de abordajes.

4.3.4 La contratransferencia

Kohut (1971) comienza su primer libro, de gran impacto y altamente

novedoso, *The Analysis of the Self* de este modo: “El tema de esta monografía es el estudio de ciertos fenómenos transferenciales similares a los transferenciales de el psicoanálisis de personalidades narcisistas, así como también de las reacciones del analista frente a ellos, incluyendo su contratransferencia” (Kohut, 1971, p. 1). Kohut entiende por contratransferencia, al modo clásico, aquellos remanentes psicológicos propios del analista –los aspectos narcisistas no integrados del analista en este caso- que interfieren el desarrollo y análisis de las transferencias narcisistas. Al final de su obra, en su libro póstumo *How Does Analysis Cure?* (1984) la posición de Kohut evoluciona hacia un gradual cuestionamiento de la neutralidad como la necesidad del analista de mantener “limpias nuestras lentes de aumento” y, por lo tanto, “reconocer nuestra contratransferencias y así minimizar la influencia de factores que distorsionan nuestra percepción de las comunicaciones del analizado de su personalidad” (Kohut, 1984, p. 37). Aún así, Kohut sigue reconociendo en esta actitud un valor pero limitado y, en este sentido, sigue considerando la contratransferencia como algo que altera el proceso. Esta visión de la contratransferencia como algo que enturbia nuestra capacidad empática será la línea que seguirá la psicología del self clásica.

Kohut, como vemos, sigue de cerca en este punto la posición clásica o la contratransferencia en sentido restringido, según la cual esta se entiende como reactivación en el proceso analítico de conflictos psicológicos propios no resueltos ni integrados del analista (neurótico-edípicos para los clásicos, narcisistas para Kohut) que funcionan como obstáculo para el buen desarrollo del proceso. Claro, a esta altura del partido, tanto Kohut como aquellos que lo acompañan saben que la emocionalidad del analista, por decirlo con las palabras de Brenner que citamos antes, es ubicua, pero, igual que este último, considera que la contratransferencia en sentido estricto es perjudicial para el proceso y debe ser controlada y eliminada. La psicología del self, en particular Wolf, establece una diferencia entre empatía y contratransferencia que también permite mantener a esta última como obstáculo. Piensa que no hay que confundir la empatía como modo de recolección de datos –modo de

observación- con la contratransferencia que no es un método sino la expresión de necesidades del analista y, por lo tanto, equivalente de la transferencia (Wolf, 1983b).

Dentro de la contratransferencia, Wolf distingue dos subcategorías: la primera es la “contratransferencia propiamente dicha [...] que está basada en las necesidades selfobjetcs [narcisistas] arcaicas residuales del analista” (1988, p. 144) y, por otro lado, están aquellas reacciones defensivas del analista relacionadas con las transferencias narcisistas de los pacientes, ya que activan lo no elaborable-elaborado de su propio narcisismo, es decir, sus propias fantasías grandiosas o su necesidad de idealizar (Wolf, 1988, p. 144).

Como afirma Wolf:

Un self fuerte, cohesivo y armónico probablemente puede estar en contacto (sintonizado) con sus necesidades y ser empáticamente sensible a las necesidades self-objeto de otro self. Es beneficioso que el self del analista esté en este estado saludable y maduro; estará equipado con una amplia gama de elecciones, respuestas selectivas con las cuales ayudar a su analizado en la tarea analítica. Un self dañado (herido) probablemente no pueda ser empático ni consigo mismo ni con los otros [...] Cuanto más dañado esté el self, más fragmentada y desequilibrada está su estructura, y tiene más necesidad de respuestas que lo integren. Respuestas dirigidas al self total facilitan la integración y la cohesión; respuestas dirigidas a los detalles, pars pro toto, probablemente aumenten la desintegración (Wolf, 1979, p.593).

O sea que, para Wolf, igual que para los clásicos, un self bien analizado, que ha logrado una cierta fortaleza (cohesión, armonía, etc.) es capaz de funcionar empáticamente ya que puede seleccionar sus respuestas de modo tal que favorezcan el proceso analítico.

Mitchell, un tanto crudamente –él mismo lo reconoce- comentando un material clínico de Anna Ornstein (Mitchell, 1998b), piensa que los modos más habituales de apartarse de la concepción clásica de la contratransferencia han sido dos. Por un lado, tanto la psicología del self como los freudianos contemporáneos reconocen que la contratransferencia ocurre-sucede, que es inevitable y que debemos aceptarla pero controlarla y eliminarla (lo que Mitchell llama, con humor, la gestión anal de la contratransferencia, 1988b, 1998b). Esta metáfora anal atraviesa el psicoanálisis clásico y la psicología del self. Por otro lado, las corrientes interpersonales y relacionales no consideran que la contratransferencia sea algo que contamina, como veremos más adelante. Sino que, como dice Mitchell, “La contratransferencia no es algo que tenga que ser controlado y eliminado; es el verdadero relleno de la experiencia humana y el modo en el que llegamos a comprendernos a nosotros mismos y a los otros” (Mitchell, 1998, p. 92).

Unos años antes, en 1990, comentando otro material clínico de un psicólogo del self, en este caso de James Fosshage, Mitchell comenta tratando de establecer las diferencias entre ambas perspectivas:

En la psicología del self, la neutralidad ha sido reemplazada por la actitud empática, pero el analista competente es aún generalmente considerado como tratando de mantener una posición por fuera de las dinámicas del paciente. El contenido de las sesiones es considerado como emergiendo fundamentalmente de lo que el paciente trae al trabajo. Aunque trata de ser alguien que acepta la “experiencia subjetiva” del paciente de él, el analista de la psicología del self no se ve a sí mismo como participando en la creación de la experiencia. Por lo tanto, aunque alguna contratransferencia hoy en día es tolerada como inevitables resbalones de las capacidades empáticas del analista (Kohut, 1984), su contenido real no es considerado como particularmente útil en cuanto indicador de la comprensión de la naturaleza de la relación analítica, Tal como yo lo veo, este remanente

clásico hace invisibles muchos aspectos útiles de la experiencia del analista (Mitchell, 1990a, p. 532).

Luego retomaremos y desarrollaremos lo que Mitchell sitúa aquí como que tanto el psicólogo del self como el analista clásico piensan que quedan fuera y que operan por fuera de la “dinámicas del paciente”, que el analista, para la psicología del self –como para el modelo clásico-, no participa en la generación de la experiencia que el paciente tiene de él, que la “neutralidad” –la no influencia- sigue siendo el producto de un analista “competente”, que la empatía puede ser, como actitud, algo definido a priori, unilateralmente por el analista, como “buena” y/o “correcta”, o que el material del análisis es fundamentalmente desplegado por el paciente en el análisis sin participación del analista.

4.3.5 Formas de participación

Kohut pensará el trabajo analítico en dos fases, o en dos tipos fundamentales de intervenciones, en función del momento clínico: comprensión (*understanding*) y explicación (*explanation*) de los factores dinámicos y genéticos (Kohut, 1977, 1984; Wolf, 1988; Ornstein, P., 1998). Como afirma Paul Ornstein: “centrarnos en la experiencia subjetiva del paciente provee la oportunidad de movilizar el impacto curativo inherente a la tríada aceptación, comprensión y explicación” (Ornstein, P., 1998). Entendemos que aceptación y comprensión forman parte del mismo movimiento.

La comprensión, el primer momento o fase del trabajo, consiste en transmitir al paciente, en diferentes niveles, que lo hemos comprendido y que se sienta comprendido y aceptado. Hay otros términos y/o expresiones que se refieren a este momento, tales como estar en sintonía con, empatizar, comprensión afectiva o validación. Esta fase, sugiere Kohut, debe preceder a todo intento interpretativo o reconstructivo y no hay que darla por obvia y/o evidente.

La explicación, por su parte, que Kohut denomina “dinámico-genética” –interpretación y reconstrucción- permite no sólo “ampliar y profundizar la

empatía-aceptación del paciente consigo mismo sino también fortalecer la confianza del paciente en la realidad y confiabilidad del vínculo empático que se está estableciendo entre él y su analista” (Kohut, 1984, p. 105).

Ambas forman parte de la “unidad terapéutica básica”, según Kohut (1984, p. 96), de la cura psicoanalítica, en sus innumerables repeticiones.

4.3.6 La autoridad del analista

La Psicología del Self, que podemos llamar “clásica” (Kohut, Ornstein, Wolf o Goldberg), sigue aquí fuertemente ligada a una concepción del conocimiento como describiendo algo que está allí, si bien se ha incrementado la desconfianza de estos pensadores en la teoría y se ha integrado más la función del analista como objeto-self del paciente.

La empatía, muchas veces, parecería permitir en la psicología del self una especie de acceso directo a la experiencia del paciente. Kohut la define, desde el comienzo, principalmente, como un “modo de observación” (1959, p. 459) o, como dirá más tarde, como “introspección vicaria o, más simplemente, como una persona (intentando) experimentar la vida interna de otra mientras mantiene la actitud de un observador objetivo” (Kohut, 1984, p. 175).

Plantear, como hemos dicho, que hay problemas estructurales que no tienen que ver con las problemáticas del deseo sino con necesidades de desarrollo que han quedado truncadas, fue una revolución en el ámbito clínico. Pero el problema fue, según Mitchell, que esta revolución fue descrita como una evolución y/o extensión de la teoría clásica que ampliaba solamente el alcance o el ámbito de la práctica psicoanalítica. La visión seguía siendo fuertemente intrapsíquica ya que lo que se describía era algo, una “necesidad”, que estaba “dentro” del paciente, que había sido o no realizada.

Para Mitchell, los autores que han enfatizado la diferencia entre necesidad y deseo y que han abierto nuevas vías para pensar qué es lo que el paciente

necesita de un proceso analítico, no han acompañado esa revolución teórico-clínica, como ya hemos señalado, con una “revolución metateórica” (Mitchell, 1993c, p. 41), es decir, con un replanteamiento de qué es lo que conoce el analista y sobre qué tipo de conocimiento es aquel en el que nos apoyamos. Para la psicología del self la realidad no es ambigua; ellos pueden ver –igual que los psicoanalistas clásicos- la naturaleza de las cosas mismas (ver Rorty, 1979, p. 159).

De aquí que la autoridad del analista siga yendo por los mismos cauces, aunque matizados, del modelo clásico.

Levenson, siguiendo la misma línea en el cuestionamiento de la autoridad del analista, toma un texto de Kohut para ilustrar cómo la idea de distorsión implica que existe alguien que puede definir “la realidad” actual. Por supuesto, habría muchos ejemplos más obvios que este para ilustrar los usos que ha habido en la perspectiva clásica de la interpretación de la distorsión transferencial. Ahora bien, este ejemplo nos interesa porque muestra cómo Kohut, en su intento de “comprender empáticamente” la experiencia del paciente y, de este modo, de alejarse de lo que planteaba el psicoanálisis clásico, no deja por ello, según Levenson -aunque probablemente era esa su intención- de meta-comunicar al paciente dicha distorsión.

El ejemplo de Kohut es el siguiente:

Si el paciente me dice lo dolido que se siente porque yo he llegado un minuto tarde o porque no he respondido a su orgulloso relato de éxito, ¿debo decirle que sus respuestas son irrealistas? ¿Debo decirle que su percepción de la realidad está distorsionada y que me está confundiendo con su padre o con su madre? ¿O, mas bien, debo decirle que todos somos sensibles a las acciones de la gente que está con uno y que ha llegado a ser importante para nosotros como nuestros padres lo fueron hace ya tiempo y que, en vista de la impredecibilidad de su madre y el desinterés de su padre por él, sus

percepciones de la significancia de mis acciones y omisiones es muy comprensible y sus reacciones a ellas intensificadas? (Kohut, 1984, p. 176).

Levenson se pregunta qué es lo que Kohut está diciendo. Para Levenson este modo de encarar el problema de la distorsión no hace más que, de alguna manera, perpetuarlo. Es decir, el terapeuta entiende porque el paciente puede sentir lo que siente, pero aún así el paciente está equivocado, distorsiona la realidad. El terapeuta valida, continúa Levenson, la experiencia temprana del paciente con figuras parentales no empáticas pero *“niega la experiencia presente del paciente con él. El terapeuta es el árbitro de la realidad”* (1989, p. 545). ¿Por qué piensa Levenson que ocurre esto? Según él esa aceptación de la realidad infantil del paciente quiere ser un acto de validación terapéutico-nutritivo y hay algo de esta pretensión –por muy sincera que sea- que no deja de tener algo equívoco. Afirma Levenson:

Desde mi versión particular del interpersonalismo, la aceptación de la realidad del paciente no es un acto nutritivo [nurturance] sino una convicción. [...] El acto terapéutico no es una actitud terapéutica sino un examen meticuloso de cómo interactuamos, qué vemos o no vemos, que hacemos sobre lo que decimos unos con otros (Levenson, 1989, p. 547).

El modelo de Kohut, con todo lo que supuso de cambios en la comprensión y en el clima terapéutico, sigue compartiendo con el psicoanálisis clásico algunas premisas que Levenson y Mitchell cuestionan. Para Kohut, como para los clásicos, la escena que cuenta en el tratamiento, por decirlo así, es la escena infantil, es decir, la actualización en la transferencia (narcisista en este caso) de fases del desarrollo que han quedado truncadas. Kohut piensa que la reacción del paciente es adecuada a la fase que se haya activado en la transferencia y desde esa comprensión interviene. Por esta razón, para Levenson, el analista sigue diciendo algo así como: mire allí, a la escena

infantil, esa es la que da sentido a lo que a Ud. le ocurre ahora conmigo. Levenson y Mitchell, probablemente, hubiesen enfatizado mucho más la indagación de la interacción presente entre ellos, los matices de esa probable “puesta en escena”, es decir, cómo el analizando lidia con un problema actual de interacción con estrategias del pasado.

4.3.7 Las metas del psicoanálisis

Para Kohut un análisis que ha funcionado bien supone que las antiguas necesidades narcisistas arcaicas –de respuestas de objetos-self arcaicos- son reemplazadas por necesidades narcisistas más maduras -de respuestas de objeto-self maduros-, es decir, por ejemplo, que ha habido una transformación de la grandiosidad arcaica en autoestima confiable o del deseo de fusión con el objeto omnipotente en ambiciones realistas e ideales alcanzables (Kohut, 1984; Wolf, 1988). Se produce, en consecuencia, una transformación del narcisismo en la que el paciente adquiere una mayor confianza en los objetos-self disponibles y en su habilidad para “identificar y buscar objetos-self apropiados –tanto especulares como idealizantes- tal y como se presentan en su entorno realista y ser sustentado por ellos” (Kohut, 1984, p. 77). Se accede, de este modo, a la convicción de que “en este mundo”, como escribe Kohut (1984, p. 78), la resonancia empática sostenedora de objetos-self es posible.

Por su parte Wolf, siguiendo a Kohut, define la meta del tratamiento como un “fortalecimiento del self” (1988, p. 94). Partiendo de la idea de que la “fragilidad de self” (Wolf, 1988, p. 95) está en el centro de todos los trastornos de las relaciones objeto-self, que esta vulnerabilidad ha llevado a la persona a desarrollar las estructuras defensivas y compensatorias que están en el origen de sus dificultades en el vivir, piensa que su fortalecimiento es la meta primaria de todo tratamiento mientras que muchas de las metas descritas tradicionalmente –hacer consciente lo inconsciente, llenar las lagunas del recuerdo, etc- le están subordinadas y la tienen como condición necesaria. Este fortalecimiento supone hacer la estructura del self más fluida –gracias a

ir aflojando la armadura defensiva- lo que permite una mayor capacidad de adaptación a la experiencias cambiantes de la vida cotidiana “no sin miedo pero sin embargo con decisión” (Wolf, 1988, p. 102). Describir esto en los términos estructurales de la psicología del self implica un incremento de la cohesión e integridad del self –una menor tendencia a la fragmentación y por lo tanto a la generación de defensas- por medio de la internalización transmutadora (Kohut, 1971, 1977).

4.3.8 La concepción del cambio

El proceso analítico se piensa, globalmente, como retomar el movimiento de crecimiento que ha quedado detenido o distorsionado en algún momento de la evolución, como la reactivación de las necesidades objeto-self (antes narcisistas) que han quedado fijadas, traumáticamente, en la transferencia, para su transformación.

Wolf afirma que hay dos vías centrales para fortalecer el self, que considera la meta primaria del proceso. Ambas operan a menudo simultáneamente sobre los aspectos detenidos y distorsionados del desarrollo. Una es la vía ruptura-reparación y la otra es el ambiente terapéutico (1988, p. 108).

En cuanto a la primera sostiene Kohut:

... la transferencia objeto-self establecida tempranamente con el analista en las fases tempranas del análisis queda perturbada, una y otra vez, por la inevitable, aunque temporaria y no traumática, falla empática del analista –esto es “fallas óptimas” [...] el paciente vuelve, temporariamente, de su confianza en la empatía a las relaciones objeto-self arcaicas [...] el analista nota el retraimiento del analizado y busca algún error que ha podido cometer, lo reconoce no defensivamente (a menudo con la ayuda del analizado) y entonces le ofrece al analizado una interpretación no censuradora de las dinámicas del retraimiento [...] El self del paciente es así una vez más

sostenido por una matriz objeto-self que empáticamente sintoniza con él (Kohut, 1984, p. 67)

Es así como se suele hablar de este aspecto del proceso como un movimiento de ruptura y restauración. Esta es una forma de entender la acción terapéutica del psicoanálisis.

La otra vía es la capacidad de generar un ambiente de aceptación, que no enjuicia, que está interesado en el mundo interno del paciente, generando de este modo una experiencia muchas veces inédita. Escribe Wolf: “El tratamiento se convierte en la primera ocasión de estar en un medio que facilita la curación del self permitiendo que aquellos aspectos del self que han quedado detenidos en su desarrollo lo reanimen” (Wolf, 1988, p. 109)

4.4 El modelo del proceso psicoanalítico según Mitchell: una nueva mirada

En este libro [1997a] he tratado de demostrar que pensar sobre la interacción es una de las áreas más importantes y, en muchos aspectos, una de las más ampliamente descuidadas por el psicoanálisis contemporáneo (Mitchell, 1997a, p. 268).

Cada vez somos más conscientes de lo complejo e idiosincrásico que es el desarrollo de un clínico analítico. Cada uno de nosotros encuentra su propio modo de trabajar, su propio modo de traer nuestras experiencias de vida al proceso analítico. No podemos aprender cómo hacerlo de otra persona, porque como ella hace puede no funcionar para nosotros, excepto a través de una cruda (no analítica) imitación. Pero podemos aprender mucho de los otros (Mitchell, 1996a, p. 296).

4.4.1 Consideraciones Generales y ámbitos de problemas

Ahora nos toca reflexionar sobre la interacción analítica y las consecuencias que la introducción del concepto de interacción tiene en nuestra comprensión del proceso analítico.

El reconocimiento progresivo de la dimensión interactiva del proceso analítico ha llevado al reconocimiento creciente de la influencia de la subjetividad del analista en el mismo y, por lo tanto, a una revisión crítica de los términos que tradicionalmente estaban a él vinculados.

Durante mucho tiempo esta desmentida de la interacción excluía y aislaba a aquellos que durante la historia del psicoanálisis fueron sugiriendo dicha posibilidad. Los modos en que esto se realizaba, afirma Mitchell, era mediante el “encantamiento de ciertas palabras temidas” (1997a, p.19) que, en última instancia, remitían a “Esto no es psicoanálisis”. El término “interacción” era una de esas palabras.

Si bien hay aspectos de este debate que siguen hoy vigentes, ya que son muchos los que piensan aún que incluir la interacción en nuestras reflexiones es hacer sociología o que sólo podemos hablar de interacción en la psicoterapia de orientación psicoanalítica pero no en el psicoanálisis (Kernberg, 1996, p. 148). Es también cierto que en las dos últimas décadas esta idea ha ido ganando terreno y se ha extendido, de modos diversos, en la comunidad psicoanalítica. Aún así, como observa Mitchell, cada tradición teórica viene con su propia carga/background conceptual a la hora de abordar este asunto. Por ello, a pesar de que hoy en día hay más acuerdo sobre la naturaleza interactiva y/o intersubjetiva del proceso psicoanalítico, “hay poco acuerdo sobre cómo este proceso interactivo opera realmente” (Mitchell, 1997a, p. 144). Esto llevó a Mitchell, en los últimos años de su corta vida (1997a, 1998a, 2000c), a afirmar que caracterizar a un enfoque como interactivo y/o interaccional no era ya un elemento diferenciador en sentido fuerte (suficiente), ya que todos los enfoques lo eran en alguna medida (Greenberg, 1996) –teniendo esta palabra más prestigio que precisión

(parafraseando lo que dice Etchegoyen sobre la interpretación, 1999, p. 11). “La pregunta/cuestión más interesante ha cambiado –sostiene Mitchell- al modo en que comprendemos la interacción analítica” (1997a, p. 29).

Mitchell afirma que en este último tiempo los términos ‘interacción’, ‘intersubjetivo’, y enactment se han transformado en palabras-contraseña. Estos términos funcionan como una suerte de *shibboleth* actual, palabra hebrea que Freud (1933/1979, p. 7) refirió una vez para aludir a aquellos que eran o no partidarios del psicoanálisis y que se refiere a la historia bíblica en la que la pronunciación de esta palabra fue utilizada para distinguir, en función de su capacidad para pronunciarla, a miembros de un grupo, la tribu de Efraím, cuyo dialecto carecía de ciertos sonidos, de los de otro, los galaaditas cuyo dialecto sí lo incluía. Hoy en día funcionan, en su sentido negativo, al servicio de la pertenencia –a un grupo, a una época, a la moda, etc; y en su sentido positivo es como decir que aunque las cosas se parezcan, pronunciar ciertas palabras lleva su dedicación y su tiempo, su historia de formación.

4.4.2 El concepto de técnica

En la música clásica un error es un error. Pero en el Jazz, un error puede ser –y de hecho debe ser- justificado por lo que viene después - Bill Evans (citado por Gerber, 2001, p. 57).

El concepto de “técnica” en psicoanálisis ha sido muy debatido. Nosotros, aún comprendiendo y compartiendo muchas de las objeciones que a este término se le han hecho, vamos a seguir utilizándolo pero tratando, siempre, de no pensar “la técnica” como un conjunto de recetas o de procedimientos válidos en cualquier contexto, universalmente –sean prescripciones negativas (qué no hacer) o positivas (qué hacer).

Como veremos, una comprensión del proceso analítico que tenga en su centro el concepto de interacción no se traduce en un determinado modo de proceder o en una actitud analítica particular o en directivas sobre qué hacer o qué no hacer. Mitchell repetirá una y otra vez que el énfasis de una visión relacional está en un pensamiento riguroso dentro de un compromiso emocional auto-reflexivo y no en un conjunto de conductas preestablecidas. En este sentido, Mitchell debate y cuestiona cualquier idea de “aplicación” técnica de una teoría.

Toma como referencia, para el uso que hará del concepto de técnica, tanto el deporte como las artes. En ambos lugares la técnica remite a la adquisición de ciertas habilidades y son ámbitos en los que el término “técnica” no está mal visto (1997a, p. xi). Artistas y deportistas requieren de una gran disciplina para la adquisición de sus capacidades; esta disciplina, que al comienzo será consciente de lo movimientos que realice como parte necesaria del aprendizaje, pasará a formar parte de la persona. Saberse los pasos de baile decía un profesor de tango, no sin cierta malicia, no es bailar. Y siempre repetía: están los que bailan y los que saben hacer pasos. Ahora bien, sin saberse los pasos es imposible bailar; o, en el caso del jazz, sin saber algo de armonía, de escalas, sin haber entrenado una y otra vez ciertos movimientos, patrones rítmicos o melódicos, es decir, sin una estricta disciplina es muy difícil (casi imposible) ser espontáneo o improvisar. Toda esta disciplina se encarnará en quién la ejercita y será, a su vez, modelada por su propio estilo y personalidad. Con el tiempo será difícil e innecesario diferenciar una de otra porque devendrá una versión de sí absolutamente genuina. Somos en aquello que hacemos y nos reconocemos en esa forma de apropiarnos de determinada actividad.

Mitchell no está de acuerdo con Schafer quién, en su libro *La actitud Analítica* (1983), defiende que el psicoanálisis exige un tipo de disciplina que “para alcanzar la neutralidad” requiere del analista “un alto grado de subordinación de la personalidad del analista a la tarea analítica” (Schafer, 1983, p. 6); incluso habla de la necesidad de crear una especie de “versión analítica del

self, un segundo self” (Schafer, 1983, p. 24). Para Mitchell la cosa es algo diferente. Dice:

También yo veo el trabajo analítico como implicando un tipo de disciplina, pero no siento que mi personalidad está menos presente en un trabajo analítico disciplinado que en otro tipo de actividades. Tanto jugar al tenis como tocar el piano requieren considerable disciplina, pero haciendo ambas, experimento mi self o personalidad como muy comprometida, aunque cada actividad despierta una versión diferente y distinta de mi mismo (Mitchell, 2000c, p. 132).

Es decir, todas son profundamente personales y en todas aparece una compleja gama de sentimientos y emociones que están necesariamente modeladas por dicho contexto. Mitchell parte de que no tiene mucha utilidad pensar las emociones sin contexto, como si fuesen experiencias “naturales” que, secundariamente, serían incluida en ellos. Cada contexto abre un abanico de experiencias –emociones- que están organizadas y modeladas por este. Siguiendo con los ejemplos del tenis y del piano, a lo que podemos agregar muchas otras actividades y, centralmente, el trabajo analítico, con los sentimientos que emergen en estos contextos, tocando o jugando, no tengo necesidad de recordarme conscientemente que estoy haciendo eso, sino que como intención preconsciente está siempre presente.

4.4.3 Definición general de proceso

Ha habido muchas metáforas a lo largo de la historia del psicoanálisis que han tratado de dar cuenta y circunscribir el proceso analítico o aspectos centrales del mismo. La metáfora del ajedrez de Freud para pensar en la aperturas y cierres de los procesos, lo único más o menos pautable para él (Freud, 1913); la metáfora bélica y la metáfora dinámica, modos en los que Freud trata, a lo largo de su obra -según leemos nosotros sus descripciones de los juegos de fuerzas que supone un proceso- para describir los movimientos, intensidades, y transformaciones que va sufriendo. Por otro lado, en esta selección impresionista, nos resulta significativa de una cierta

línea de pensamiento la metáfora (o propuesta) “mínimal”, como nos gusta llamarla, del proceso que promueve Meltzer (1967). Por último, la metáfora de la espiral de Pichón-Rivière, metáfora que capta, muy claramente, el movimiento global del mismo.

A este conjunto de metáforas y muchas otras que nos ha dejado la historia del pensamiento psicoanalítico, Mitchell suma una más que le permite captar un aspecto del proceso psicoanalítico que será central en su concepción y comprensión del mismo: las “Escaleras” de Escher⁷³. Estas escaleras, para los que las recuerden, producen la impresión de una serie casi infinita, en la que se puede subir o bajar sin que por ello varíe la altura o el nivel –al dar una vuelta completa nos encontramos de nuevo en el punto de partida.

Pienso que, como toda analogía, posee sus ventajas y sus limitaciones: entiendo como ventaja la de dar más consistencia al problema que Mitchell intenta plantear y, como limitación, la insuficiencia para dar cuenta de los deslizamientos del punto de partida que un proceso analítico supone y que capta muy bien la imagen de la espiral

Afirma Mitchell:

En nuestra visión contemporánea, el analista no es concebido afuera del sistema de escaleras, señalando el problema e iluminando el camino con interpretaciones. El analista y el paciente están juntos en los escalones. Lenta y dolorosamente se hace evidente que a pesar de los arduos esfuerzos que realiza el paciente para subir a un nivel superior, el paciente se entrega sólo a este sistema de escaleras, sólo a esta forma encarcelada de vida con el analista como su carcelero. Paradójicamente, es cuando el paciente comienza a apreciar el sistema de escaleras, su impasse, no como un obstáculo sino como un modo de vida, que las escaleras mismas se enriquecen y emergen nuevas posibilidades (1997a, p. 60).

⁷³ Hay muchas escaleras de Escher. En 2002 Mitchell usa la imagen de “Relativity” (p. 72). También en otro lugar se refiere a “Ascending and descending” (2000).

Esta cita nos muestra elementos centrales de la comprensión del proceso psicoanalítico que iremos desgranando progresivamente.

A diferencia de los modelos anteriores, el analista será comprendido como participando del “sistema de escaleras”, dentro y no fuera de lo que allí se está poniendo en juego. Este párrafo transmite claramente la idea de que analista y analizando están juntos, de este lado de la caverna –por usar esta metáfora platónica-, del lado de las sombras reflejadas. Prisionero y carcelero –aquí retoma Mitchell una vez más la metáfora Roy Schafer (1983)- están dentro de una escena, que parece un “impasse” -concepto tradicional que en psicoanálisis ha reenviado a las dificultades de un proceso, a sus detenciones y sin salidas- y que Mitchell redefine aquí como “modo de vida”. El paciente quiere subir pero se dedica, sin saberlo, a cultivar su escaleras.

En diferentes oportunidades, pero sobre todo en 1988b, Mitchell tomará la imagen del *Telar de Penélope*, de la *Odisea* de Homero, para dar cuenta de esta entrega, de esta lealtad por antonomasia que las dificultades en el vivir – igual que Penélope- representan. No se abandona así nomás aquello que ha devenido un pilar de lo que somos o creemos ser. Es desde dentro de esta lealtad a los “objetos malos”, dirá Fairbairn (1952), o a los objetos “viejos”, dirá Loewald (2000), que podremos construir una nueva posibilidad, que encontraremos, como analistas, un modo, un camino, “una voz” –insistirá Mitchell en esta metáfora- que nos permita establecer “una presencia diferente” (Mitchell, 1997, p. 6), que permita hablar desde un lugar diferente a alguien que con el correr del tiempo juntos podrá escuchar esa diferencia. Este movimiento permitirá, como sostiene Mitchell, que “las escaleras” –el sistema- se enriquezcan, cobren matices, amplíen texturas, se expandan y encuentren nuevas posibilidades.

Otro elemento central de esta cita es que la interpretación no será algo que ilumine el camino desde fuera sino que, entre otros modos de participación, será redefinida como un “acontecimiento relacional complejo” y, afirma Mitchell:

... no porque primariamente altere algo dentro del analizante, no porque relance un proceso de desarrollo atascado, sino porque dice algo muy importante sobre cómo el analista se ubica en relación al analizando, sobre qué tipo de relación es posible entre ellos (Mitchell, 1988b, p. 295).

Vemos aquí cómo Mitchell se distancia de los dos modelos que hemos descrito antes, ambos, de alguna manera, fuertemente intra-psíquicos. Citando a Levenson refiere que “Cuando hablamos con alguien, también actuamos con él” (Levenson, 1983, p. 81). Este componente conativo o performativo de la interpretación será central en su reformulación⁷⁴.

Como Penélope, aunque no como estrategia consciente e intencional de fidelidad, las dificultades en el vivir se construyen y recrean una y otra vez (agencia), pero se experimentan como esfuerzos “para escapar” –liberarse de lo que el paciente vive “como una estructura dada de la experiencia” (Mitchell, 1988b, p. 274). “Las cosas son así”, afirma, en una suerte de fatalismo renegador de la propia participación en la gestación y significado de la experiencia. El aumento progresivo, por parte del paciente, del reconocimiento de cómo se “entrega” al cultivo de este tipo de experiencias, es lo que Mitchell entiende como un factor decisivo de cambio.

Otra cita de Mitchell que nos parece condensar aspectos centrales de su pensamiento sobre el proceso analítico es la siguiente:

Dado que el analista es comprendido como influenciando y cocreando el proceso, más allá de lo que trate de hacer, esto hace que esté más abierto, que limite menos los momentos de interacción con el paciente. En la técnica analítica tradicional, el rigor se mantenía por los esfuerzos en tratar de evitar la interacción (Gill, 1994); en la técnica

⁷⁴ Podríamos hacer referencia aquí tanto a los actos de habla (speech acts) de Austin como a sus antecedente en la obra de Wittgenstein.

relacional contemporánea el rigor se mantiene por medio de una continua reflexión sobre la interacción que se supone inevitable y por conducirse uno mismo en esas interacciones de un modo que busque maximizar la riqueza del proceso analítico (Mitchell, 2000c, p. 70).

En esta cita podemos apreciar otros elementos centrales. Para Mitchell el analista influencia necesariamente el proceso, más allá de sus intenciones, es decir, aunque su intención sea no hacerlo por neutralidad, como en el modelo clásico, o por empatía, como en el modelo de la detención del desarrollo. Y, en la medida en que inevitablemente influencia el devenir del proceso, podemos decir que lo *co-crea* -usando un neologismo frecuentemente usado el cual no apreciamos mucho-, es decir, que el proceso es una creación conjunta. Esta es la primera y más general consecuencia de la introducción del concepto de interacción: supone una re-descripción⁷⁵ del proceso analítico. Esta re-descripción llevará a reformular los conceptos que lo definen en la tradición psicoanalítica.

En esta cita también podemos ver que Mitchell utiliza el término interacción en dos sentidos diferentes, uno más convencional en psicoanálisis y otro que le es más propio. El primero consiste en decir que el analista se permite más “momentos de interacción”. Entendemos lo que Mitchell quiere decir –el analista no se piensa como puro operador de interpretaciones ni está perseguido internamente por si se ha salido de ese lugar- pero creemos que este uso puede ser confuso para quién, como él, radicaliza el concepto de interacción en su comprensión de la mente y del proceso analítico.

Podemos decir que hay dos usos del concepto de interacción, uno más convencional y restringido, y otro más conceptual y amplio. El primero se refiere a modos en los que el intercambio entre paciente y analista es más evidente en términos de un observador externo; en el segundo, la interacción es el marco de comprensión de aquello que ocurre en el proceso, es decir, tanto el silencio, por poner el ejemplo más convencional de la supuesta no-

⁷⁵ Véase la idea de re-descripción que realiza Rorty en diferentes trabajo (1979, 1993, 2000).

interacción, no deja de ser una acción, un modo de impactar y afectar al otro, o sea, un modo de interacción (por muy reglado que esté el silencio como conducta en una determinada situación social, ello no impide que tenga un impacto en el interlocutor y que, en sus usos, vehiculice también aspectos de la subjetividad de quién así se comporta).

Aron (2005), tratando de aclarar esta misma fuente posible de confusión, diferencia dos usos del término interacción: un uso conceptual y otro conductual. Siguiendo la distinción que Greenberg (1981) hizo entre aspectos descriptivos y prescriptivos de la situación analítica, podemos entender por uso conceptual aquel que nos permite realizar una redescrición de la situación y del proceso analítico, como hemos dicho antes, que contempla la ubicuidad de la interacción; mientras que su uso conductual se refiere al aspecto prescriptivo del “cómo” un analista debería participar en dicha situación o proceso, es decir, prescribe un tipo particular de participación⁷⁶ (ejemplo: interpretación, silencio, etc.).

Esta distinción nos resulta extremadamente útil para evitar el deslizamiento constante de un sentido al otro -lo que genera mucha confusión⁷⁷. Como sostuvo Darlene G. Ehrenberg, en la misma línea de lo planteado por Aron:

No estoy hablando de modos en los que podemos intentar deliberadamente involucrarnos con nuestros pacientes. Considero a esta [la interacción] como una condición del trabajo analítico [...] Por supuesto, el cómo participamos en esta interacción modelará la manera en que la relación se desarrolle y la forma que tome, para bien

⁷⁶ Me gustaría advertir que el término “participación” también está sujeto a esta distinción entre concepto (el analista no puede dejar de participar, lo que modifica la comprensión de la situación) y conducta (formas concretas de participar).

⁷⁷ ¡Cuántas veces hemos oído decir en nuestro medio “yo no interactúo con mi paciente”! En nuestra experiencia se lo suele usar para significar diferentes asuntos: mantengo la neutralidad, no opino, no doy consejos, el análisis no es una relación social, yo no influyo en mi paciente, soy psicoanalista... y, seguramente, debe haber muchos más. Pienso que la distinción entre concepto y conducta permite desmontar algunas de estas frases –que operan, en la mentalidad grupal psicoanalítica, con el descolorido sabor del estereotipo. El concepto de “mentalidad grupal” del historiador José Luis Romero nos parece interesante para dar cuenta de estas “ideas operativas”, a nivel grupal, que define como “ideas vividas, asumidas y operantes” diferentes de aquellas aprendidas de forma académica o sistemática (Romero, 1987/1999, p. 16)

o para mal; pero la relación sigue siendo ‘interactiva’ e ‘intersubjetiva’, tanto si estamos en silencio como si hablamos, y siempre existe una dimensión inconsciente de todo lo que ocurra (Ehrenberg, 1974/2005, p. 18).

Reconocer la naturaleza interactiva del proceso analítico, es decir, la influencia mutua que dicha situación implica, tiene una primera y enormemente importante consecuencia: como afirma Mitchell “manejamos de modo más responsable la influencia cuando reflexionamos sobre ella” (Mitchell, 2000c, 507).

En un interesante trabajo sobre técnica, Greenberg (1995, pp. 11-13) plantea, como resumen esquemático y orientador -que nosotros usamos y ampliamos a tal fin-, que podríamos considerar que ha habido tres grandes pasos en nuestra consideración del proceso analítico en relación a la participación del analista.

1. El modelo clásico estableció una serie de reglas que son condición del proceso y que eliminan (o tratan de eliminar) el factor subjetivo en la figura del analista. Estas reglas básicas son, como hemos visto, neutralidad, abstinencia y anonimato en algunas escuelas y, en otras, se suma la idea de encuadre.
2. El segundo paso consistió en darse cuenta que un gran número de pacientes no eran capaces de tolerar la “austeridad” (Wallerstein, 1988, p. 59) de la técnica estándar. Aparecen aquí dos líneas que convergen en lo que a nosotros nos interesa: por un lado, aparecen conceptos como alianza terapéutica o de trabajo que implican, en el caso de patología graves o situaciones de crisis, que la técnica debe modelarse en función de las capacidades individuales del paciente en el momento de la consulta; por otro lado, comienza a cuestionarse la hegemonía del deseo vinculado a lo edípico y se enfatizan las problemáticas de lo pre-edípico y/o narcisista que lleva a la diferenciación deseo versus necesidad. Pero aún así, como vemos, en

esta perspectiva “las variaciones dependen exclusivamente de las necesidades del paciente” (Greenberg, 1995, p. 11). Aquí se encuentran, por un lado, ciertas modificaciones de la técnica clásica que se engloban como psicoterapia psicoanalítica por oposición a lo que pasó a denominarse “cura tipo” o “técnica estándar” –el psicoanálisis propiamente dicho; y, por otro lado, también responden a esto variantes del modelo de la detención del desarrollo. En este último, los cambios técnicos se derivan de lo que el paciente necesita mientras que el analista sigue siendo un observador externo, aunque empático, del proceso del paciente. Digo que externo porque la empatía, como método de observación –tal como lo plantea Kohut desde sus primeros trabajos (1959)- no supone un compromiso de la subjetividad del analista. Las necesidades del analista (o lo que en este ocurra) no serán consideradas o tenidas en cuenta en las elecciones técnicas.

3. El tercer paso, que trata de recoger lo que el psicoanálisis relacional venía y viene planteando, Greenberg propone enmarcarlo en el concepto que él introduce en este texto: “la matriz interactiva” (1995, p. 13). Este concepto representa, según él,

[una] ruptura más radical con la tradición [...] la creencia de que todo lo que ocurre en un análisis refleja la contribución personal de ambos participantes. No hay tal cosa como un paciente “simplemente” analizable en este modelo, uno que responda a la técnica estándar [...] El concepto de matriz interactiva es necesario si tomamos seriamente la idea de que siempre hay dos personas en la consulta (Greenberg, 1995, p. 13).

La idea de matriz interactiva, sostiene Greenberg, va más allá de afirmar que algo funciona o no funciona para determinados pacientes, para determinadas patologías o situaciones críticas, al defender la idea de que “no podemos

incluso describir significativamente una intervención sin comprender la matriz interactiva en la cual se realiza” (Greenberg, 1995, p. 14).

4.4.4 La participación del analista o la “actitud analítica” en cuestión

Comencemos con la idea de “actitud analítica”. Esta ha sido fundamentalmente descrita, en el modelo clásico, como implicando los conceptos de neutralidad y abstinencia. En el modelo de la detención del desarrollo, se ha preservado cierta idea de neutralidad, aunque esta se ha deslizado progresivamente hacia la empatía; y también, tal como lo entendemos nosotros, se ha conservado cierta forma selectiva de la abstinencia en la diferenciación deseo versus necesidad.

Cada tradición teórica tiene un modo de comprender qué es lo que el analista debería tratar de hacer para que pueda darse un “proceso analítico” tal y como cada tradición lo entiende. Tratar de ser neutral, empático o auténtico han sido las tres respuestas más relevantes. Contar su historia sería contar la historia de las intenciones del analista.

Mitchell revisará cada una de ellas para, en ese diálogo, construir lo que entendemos es su propia posición sobre este asunto. Piensa que las diferentes actitudes que han sido promovidas en las diferentes tradiciones han chocado con su propia imposibilidad. Ahora bien, ya que cada una iba acompañada con un conjunto de propuestas en cuanto a lo que el analista debía hacer, su caída tuvo consecuencias ya que seguía en pie el problema de qué hacer, cómo estar clínicamente.

Mitchell se pregunta:

Pero, ¿cuál es la actividad, el conjunto de habilidades, la técnica para que los psicoanalistas sean profesionales? Una de las mayores lecciones en la literatura sobre el proceso psicoanalítico y la teoría de la técnica en las décadas pasadas es una lección de humildad –las

actividades específicas en las que las generaciones previas de analistas pensaban que eran expertos eran, nos hemos dado cuenta, mucho más complicadas de lo que ellos pensaban, y, de hecho, imposibles de realizar en su forma más pura” (Mitchell, 1997c, p. 175).

Esto es lo que Mitchell cree constatar. Ni la neutralidad, ni la empatía, ni la autenticidad, tal y como habían sido entendidas, pensadas y usadas, eran como tal realizables, es decir, posibilidades reales de un analista. Frente a esta constatación ha habido y hay dos tipos de respuestas fundamentales. Están aquellos que, compartiendo el diagnóstico de su imposibilidad real, piensan que aún así estos ideales son los mejores en la regulación de la actitud analítica en el proceso. Por tanto, “tratar” de ser neutral, o “intentar” ser empático o auténtico son, según cada corriente, lo mejor que un analista puede “tratar” de hacer. Sin embargo, Mitchell se pregunta: “¿Es tratar de hacer algo que es imposible el marco de trabajo más útil para las intenciones del analista? Pienso que no” –afirma (Mitchell, 1997c, p. 192).

Cita, a propósito de esta asunto, un texto de Hoffman que merece nuestra atención. Frente a aquellos psicoanalistas de las diferentes escuelas que le objetarían que ellos saben que no hay ni neutralidad ni empatía ni autenticidad perfecta, sino que son sólo ideales que tratamos de alcanzar sabiendo que no podremos, Hoffman responde:

[...] no pienso que sea bueno establecer ideales intrínsecamente irracionales que violentan la naturaleza humana. Aspirar a caminar en el agua o tratar de ser capaz de hacerlo interfiere con aprender a nadar. Ese estándar de locomoción no es menos aberrante si humildemente “admitimos” que, dado que nadie es “perfecto”, esos intentos de caminar seguramente nos van a mojar. Los ideales de exactitud empática y perfecta sintonía emocional, como el ideal de perfecta neutralidad, alientan el desarrollo de yo ideales⁷⁸ [ideales del

⁷⁸ En inglés no está tan extendida la diferencia entre “yo ideal” e “ideal del yo” que estableció Lagache en su lectura de Freud y que fue muy ampliamente aceptada en el comunidad

yo] inapropiados que a su vez promueven ilusiones defensivas sobre aquello que hemos sido capaces de realizar, yendo a la par de engañosos reconocimiento de nuestras “imperfecciones”. Todo esto nos distrae del asunto más relevante, que es considerar, no si, sino cómo estamos personalmente involucrados con nuestros pacientes (Hoffman, 1996, p. 122 / Hoffman, 1998, p. 86 / Mitchell, 1997, pp. 192-193).

En su estilo “brutalmente honesto”, como hemos visto que define Mitchell a Hoffman (Mitchell, 2004, p. 537), se ve con claridad que estos ideales muchas veces crean problemas o pseudo-problemas (“imperfecciones”) que no resultan interesantes ni para Hoffman ni para Mitchell. Seguir con estos ideales, neutralidad en el psicoanálisis clásico, empatía en la psicología del self y autenticidad en el psicoanálisis interpersonal, nos lleva a una reflexión, sobre todo los dos primeros, en dónde el foco está en las fallas del analista (sus humanas imperfecciones) en realizar los ideales y a plantear en general el origen de estas fallas –que no deberían haber ocurrido- en lo neurótico o narcisista no analizado del analista. Esta línea de pensamiento sigue desconociendo el asunto que para Hoffman y Mitchell es el más importante: cómo está involucrado el analista. Sólo aprenderemos a nadar, afirma Hoffman, si dejamos de tratar de hacer algo que sabemos que no se puede hacer. Ahora bien, como hemos tratado de mostrar antes, las prescripciones técnicas de cada escuela o tradición de pensamiento están basadas en sus comprensiones teóricas. Con lo cual, como hemos dicho, revisar estas prescripciones es también revisar nuestra teoría de cómo funciona el proceso psicoanalítico.

Mitchell afirma que él describiría la intención que organiza su “metodología”, su camino dentro del proceso, como una “self-reflective responsiveness”⁷⁹

psicoanalítica europea continental y latinoamericana. Dejamos ambas traducciones aunque para nosotros resulta claro que está haciendo referencia al “yo ideal” narcisista-omnipotente.

⁷⁹ Esta expresión es de difícil traducción por los diferentes significados de “responsiveness”. Las traducciones que aparecen en los diccionarios son: sensibilidad, receptividad y respuesta; alguna traducción de Kohut, frente a lo que imaginamos fue el mismo problema, optaron por “responsividad”. Como este último término es poco evocador en español

(sensibilidad y/o respuesta auto-reflexiva) (1997a, p. 193) de un tipo particular, el psicoanalítico.

¿Qué entiende Mitchell por esta sensibilidad psicoanalítica autoreflexiva? Antes que nada la terminología misma sugiere que es una reflexión sobre algo que ocurre en el analista o en el proceso analítico, cierta *responsiveness*, de difícil traducción, sobre la que el analista reflexiona. Mitchell insiste en que en el trabajo analítico no se trata tanto de lograr un determinado estado mental y/o actitud sino de mantener “un compromiso en el proceso” (Mitchell, 1997c, p. 193).

Lo que siento que más me ayuda es no aspirar a un estado de no-intención, sino permanecer lo más abierto posible al fluir (a la corriente) de una variedad de intenciones, todas las cual se transforman así en objeto de un escrutinio auto-reflexivo (1997c, p. 193).

Nos advierte que en esta actitud no se trata de cultivar el no saber o el no control como meta sino, más bien, de salir de la “compulsión de saber y del mandato del control” (Mitchell, 1997a, p, 193), de tolerar esa incertidumbre inevitable de un proceso en desarrollo, saliendo del dominio que la racionalidad técnica requiere para desarrollar lo que Donald Schön llama “pensamiento en acción” (1983, 1992).

Mitchell entiende muy bien que la tarea analítica es ardua, intensa, confusa y llena de responsabilidad y que, por ello, todos tratamos, de una manera o de otra, de cultivar una versión de nosotros mismos que nos haga sentirnos psicoanalistas profesionales y competentes. Mitchell reconoce en esta necesidad de sentirnos seguros y valiosos una búsqueda casi inevitable que conlleva el trabajo analítico, es decir, trabajo que implica estar dentro de mundos pasionales, pasiones rojas o blancas, como dirían los franceses, es decir, llenas de afectos o desoladamente frías, que nos alejan

preferiremos usar los términos sensibilidad-respuesta o, muchas veces, únicamente sensibilidad ya que queremos enfatizar esa disposición del analista a la autoreflexión.

constantemente de la familiaridad del tipo que sea que nos hayamos construido⁸⁰ y que hace comprensible, en cierto sentido, que el analista busque esos reaseguros. Wachtel muestra cómo la posición por defecto genera identidad (2008). Sabemos también que muchas caricaturas analíticas y rigideces nacen, justamente, de esta necesidad, de esta fundamental vulnerabilidad que el trabajo analítico implica. Pero, esta será una idea central en el pensamiento de Mitchell, son los momentos de intensidad pasional, aquellos que nos sacan de nuestra imagen profesional reaseguradora, aquellos que Mitchell encuentra más productivos para el trabajo psicoanalítico.

Todos esto lo lleva, reiteradamente, a cuestionar las actitudes analíticas definidas a priori como un “tienes que...” que se transforma en un “lo hago... imperfectamente” -retomando lo que citábamos antes de Hoffman.

Cualquier definición *a priori* de la participación del analista, cualquier actitud estándar o “crónica”, incurre en el mismo error que Mitchell trata de cuestionar una y otra vez, tenga la cara de las versiones tradicionales (neutralidad, empatía, autenticidad) o la cara de las versiones más actuales (self-disclosure o la calidez convencional): la creencia de que habría una actitud determinada que, como tal, poseería siempre un significado *a priori* definido por el analista en su intención; o, dicho de otro modo, que la intención del analista que vehiculiza dicha actitud agotaría el significado de la misma. La comprensión interactiva de la experiencia analítica no determina ni conlleva, como tal, ningún tipo particular de participación –aunque abre, por supuesto, el abanico de nuevas posibilidades. El eje está, como afirma Mitchell, en la sensibilidad/respuesta auto-reflexiva psicoanalítica, esa apertura a lo que ocurre en el compromiso con el proceso y con el paciente. Curiosidad y apertura.

⁸⁰ Rafael Paz, psicoanalista argentino y admirado profesor y colega, evoca, por su lado, los avatares de ánimos y desánimos de nuestra tarea: “Desde las empatías, contraindentificaciones y respuestas contratransferenciales, sabemos, como el que más, lo que es anhelar procedimientos simples y de ser posibles instantáneos que nos saquen del deambular en eventuales vacíos, reiteraciones de síntomas y depleciones vitales” (2008).

Nos gustaría aclarar que la discontinuidad entre la intención del analista y sus efectos no se debe a la supuesta y tan mentada “distorsión transferencial”, lo que presupondría ‘la corrección’ de la actitud en cuestión. No se trata ni de ‘corrección’ ni de ‘incorrección’ sino de sostener que el concepto de interacción nos lleva a pensar que el significado se construirá conjuntamente en la situación analítica.

Debatiendo un trabajo de un psicoanalista influenciado por el pensamiento relacional, con el que grosso modo Mitchell está de acuerdo en el planteamiento general de lo que expone, hace un par de observaciones que tratan de evitar lo que a veces se ha malentendido de su propia posición: una especie de todo vale ya que será recuperado posteriormente. Él criticará al psicoanálisis interpersonal o, más precisamente, a cierto tipo de ejercicio de este psicoanálisis, de funcionar un poco de esta manera usando la metáfora de que todo viene bien para el “molinillo” psicoanalítico, “that is just more grist for the mill.” (Mitchell, 1997c, p. 320). Mitchell comparte con este autor la idea de que la profunda implicación personal del analista en el proceso es inevitable. Siguiendo a Hoffman, son estos modos personales de estar clínicamente con nuestros pacientes los que hay que explorar. Pero, afirma Mitchell, una cosa es estar “comprometido con el proceso”, como referimos antes, de modo auto-reflexivo y, otra cosa muy diferente, es la utilidad de hablar y hacer continuamente explícita nuestra participación –como si, por otra parte, esta nos fuese transparente. Afirma Mitchell:

Creo que hay muchos pacientes, y franjas de tiempos con todos los pacientes, que es mejor mantener el proceso diádico implícito, mudo [...] Presumir la utilidad de hablar sobre las auto-revelaciones es presumir que el paciente es capaz de escuchar y usar el lenguaje de un modo simbólico (posición depresiva). Muchos pacientes no pueden hacer eso durante mucho tiempo y todos los pacientes en ciertas franjas del proceso analítico (Mitchell, 1997c, p. 320).

Veremos con más detalle el problema de la auto-revelaciones en el apartado correspondiente.

Me parece interesante, por el momento, mostrar aquí que más allá de las críticas que Mitchell realiza a las posiciones más clásicas de la diferentes escuelas, también debate con las contracaras actuales que en términos de técnica comparten, sin darse cuenta, el mismo principio. Es así como dice:

Esa línea argumental es equivalente, para mí, a la creencia del analista clásico de que la interpretación correcta es siempre adecuada: hay algo en el paciente que puede escucharla, lo sepa este o no (Mitchell, 1997c, p. 320).

Lo que una y otra vez Mitchell trata de transmitir, de diferentes modos, con diferentes énfasis y con un enorme compromiso, es algo bastante evidente aunque no siempre del todo reconocido: que la práctica del psicoanálisis es un trabajo de enorme implicación personal y que esta implicación es muchas veces referida pero poco pensada, se enuncia pero no se sacan las consecuencias (quién no ha oído alguna vez que “somos nuestro propio instrumento” o cosas por el estilo).

Frente al sentimiento de control que acompañaba la exposición por parte de este analista de lo que le estaba ocurriendo, Mitchell comenta:

Tiendo a pensar que la exposición del analista en el proceso analítico es profunda y no puede más que provocar ansiedad. Me preocupo un poco cuando alguien desarrolla un cierto nivel general de confort con su participación en el proceso. Pienso que aquí existe el peligro de confundir una forma cómoda de hablar sobre acontecimientos interpersonales con una profunda participación personal en ellos. [...] El peligro de desarrollar un modo “relacional” cómodo de trabajar analíticamente que aleja al analista de la emergencia profunda en la (necesariamente incómoda) experiencia de lo que es estar con una analizando en particular en un proceso analítico (Mitchell, 1997c, pp. 321-322).

Advertencia no menor y ampliamente descuidada en la actualidad. Descuido que lleva muchas veces a pensar que el psicoanálisis relacional es una técnica en el sentido más tradicional de este término.

Comentando el mismo trabajo afirma Greenberg:

La crítica relacional ha establecido (de forma conclusiva según yo lo veo) que los dos participantes en todo análisis –cada uno trayendo su propia individualidad al proceso- negocian y crean juntos el mejor modo de alcanzar la meta analítica. Anna O. lo hizo con Breuer, y en el mejor de los casos también nosotros lo hacemos con nuestros analizandos. Un psicoanálisis relacional maduro nos sirve como una ayuda en este proceso; no nos dice qué debemos hacer, sino que nos ofrece un modo de pensamiento sobre lo que estamos haciendo. Cuando usamos estos insights para generar un nuevo conjunto de prescripciones, con sus propias estrecheces y rigideces, llevamos al modelo a una vejez prematura (Greenberg, 1997, p. 340).

Greenberg y Mitchell afirman, cada uno esta vez por su lado, que los diferentes cánones técnicos que las diferentes tradiciones teóricas han propuesto son tramposos y confunden, no tanto porque sean incorrectos – como hemos dicho antes- sino por el hecho de suponer que el método psicoanalítico puede ser universalizado y prescrito. El “caso por caso”, que fue una especie de slogan que circuló durante un tiempo por nuestra comunidad psicoanalítica, posee mucha sabiduría. Nuevamente, y disculpen la insistencia, no es un todo vale sino, más bien, una voluntad de reflexión sobre lo que está pasando y cómo las actitudes o modos de participar que hemos adoptado de entrada –sea el que sea- impacta en el paciente y en el desarrollo del proceso.

Mitchell, en muchas ocasiones, con visos pedagógicos, comenta que imaginemos una analista que toma la self-disclosure (autorevelación) como una regla técnica a priori y que se encuentra con un paciente que ha vivido en una familia donde sólo contaban los problemas de sus progenitores,

pacientes en los que sus necesidades personales fueron aplastadas por las necesidades narcisistas de los padres; o, otra de las muchas situaciones posibles, analistas silenciosos con pacientes en los que el ambiente familiar era de ensimismamiento, cada uno en su mundo, figuras parentales muy esquizoides en las que es difícil saber que uno cuenta para el otro. En estas dos situaciones, dicho muy esquemáticamente, el canon técnico duplica o replica la historia de desencuentros del paciente, situación a la cual, muy probablemente, este se adapte muy bien ya que ha sido fuertemente entrenado. Esto conllevará que el encuadre mismo, o cierto modos de participación del analista, no sean más que formas encubiertas de repetición sobre las que no se vuelve reflexivamente ya que forman parte de lo que está prescrito en el canon de la escuela que sea.

En relación a este tipo de situaciones se puede observar la ventaja de la sensibilidad autoreflexiva psicoanalítica que Mitchell promueve: uno comenzará de una u otra manera a trabajar con un paciente. pero ese modo o manera será también objeto de reflexión llegado el caso ya que no se presupone en él un significado universal a priori.

Este “sensibilidad (responsiveness) analítica autoreflexiva” que propone Mitchell es, según él la entiende, una habilidad que necesita un enorme entrenamiento. Presupone una visión de la mente como la que Mitchell fue exponiendo en sus diferentes modelos: interactiva –influencia recíproca-, que contemple la multiplicidad de sí-mismos (self) en analista y paciente, que haya incorporado una visión perspectivista, es decir, que no existe una sola y única visión verdadera sino diferentes versiones plausibles, altamente selectivas. Como señala Mitchell:

Lleva mucho tiempo aprender a experimentarse y a usarse de este modo. Hacerlo implica escuchar y seguir diferentes niveles de significado al mismo tiempo [... como] el director de orquesta que puede escuchar diferentes líneas que generan la polifonía. El analista, en esta visión del proceso analítico, aprende a seguir y a comprometerse, simultáneamente, en diferentes líneas de

pensamiento, respuestas afectivas y auto-organización (Mitchell, 1997a, p. 194).

Como venimos viendo, Mitchell enfatiza que la formación del analista es un recorrido que lleva tiempo y disposición a transformar la propia experiencia. Ya no se trata tanto de estar “bien analizado”, como se suele decir, para que los propios conflictos no interfieran la labor psicoanalítica, sino que el análisis personal será indispensable pero no para gestionar la propia subjetividad de modo tal que no interfiera en el proceso, sino para poder habitar y tolerar esta polifonía perspectivista⁸¹, si se me permite esta imagen, es decir, para que permita y facilite una reflexión amplia sobre sí mismo que no excluya los contextos y su articulación con las versiones del self que se activan en ellos, que tolere la discrepancia y los conflictos entre ellas, que sostenga la radical ambigüedad de la experiencia interpersonal (Hoffman, 1998, 2001), íntimamente vinculada a las variadas formas de percibir-construir dichas situaciones y de percibirnos-construirnos en ellas.

En el prólogo a su libro *Influencia y Autonomía en Psicoanálisis* (1997a) Mitchell plantea que el psicoanálisis requiere del analista una “forma especial de experimentar y pensar”, cuyas habilidades las podríamos agrupar en tres grandes rubros: tipo de participación, tipo de observación y tipo de pensamiento. ¿Qué le pedimos al analista? Si ya no es sólo conocimiento...¿qué es lo que el analista sabe?

El tipo de participación que se le exige al analista es una mezcla compleja de escucha; respuesta silenciosa; entregarse a las sutiles jugadas interaccionales propuestas por el paciente; observar el impacto en el paciente de la propias ideas e involucración emocional; entregarse a una amplia gama de estados mentales que permitan una variedad de sentimientos e imaginaciones, pasadas y presentes, fantaseadas y realistas, para estar vivo. El tipo de observación requerida del analista es una forma compleja de autoreflexión, con

⁸¹ Cognitiva, afectiva y práctica, en sus respectivas multiplicidades.

focos cambiantes, a veces en el paciente, a veces en el analista, a veces en la unidad paciente-analista. Y el tipo de duro y difícil [hard] pensamiento que se requiere del analista está basado en su responsabilidad por mantener psicoanalítico el proceso⁸², en el que el bienestar último del paciente sea siempre la primera prioridad (1997a, p. xii).

4.4.5 Transferencia y Contratransferencia

[...] transferencia y contratransferencia representan dos componentes de una unidad dándose vida mutuamente y creando la relación interpersonal de la situación analítica (Racker, 1958/1966, p. 95).

El analista, si está significativamente comprometido en el proceso, inevitablemente será tocado y conmovido por el paciente, y afortunadamente que así sea. La comprensión que emerge dentro de la mente del analista sobre el paciente esta inserta [embedded] en el fluir y mezcla de interpenetración del encuentro, con un continuo impacto de cada uno en el otro. La comprensión que el analista tiene del paciente no está derivada simplemente de la aplicación de su teoría sino que está saturada con las respuestas contratransferenciales del analista al paciente. La idea tradicional de que el analista es invisible para el paciente [...] sirve para desconocer el impacto personal del analista (Mitchell, 1997a, pp. 221-222).

4.4.5.1 La transferencia

⁸² Mitchell dice: "keeping the process psychoanalytic". Esta expresión se puede leer como que se trata de mantener la cualidad psicoanalítica del proceso y es así como lo hacemos-ya que en general Mitchell usa *psychoanalytic process*, y no al revés como aquí, para referirse al proceso psicoanalítico como tal.

Ya tempranamente, en 1939, Michael Balint, este lúcido discípulo y amigo de Ferenczi, planteaba:

Una cuestión que frecuentemente surge en las discusiones sobre técnica psicoanalítica es si la transferencia es traída sólo por el paciente, o si el comportamiento del analista puede también participar en ella. En esas ocasiones, cierta opinión es defendida enfáticamente por ciertos analistas. Esquemáticamente dice lo siguiente: ‘cuando el analista influencia la situación transferencial por otro medio que no sea la interpretación, ha cometido un grave error’. El objetivo de este trabajo es saber si y en qué medida esta opinión se corresponde con los hechos (Balint, 1939, p. 223).

En este texto queda clara cuál era la posición dominante en aquella época: la transferencia es producto del analizante exclusivamente y el analista solo incide en ella por medio de la interpretación, toda otra posibilidad es un “gran error” técnico.

Tanto el modelo clásico como el de la detención del desarrollo tienen una comprensión unipersonal de la transferencia. Estas concepciones gozan aún de buena salud en la comunidad psicoanalítica y son una alternativa viva en su ejercicio. Estas formas de comprenderla, coherentes con sus formulaciones teóricas, piensan que lo transferido en la transferencia son conflictos y/o necesidades no realizadas de la infancia que se actualizan en la transferencia en pura exterioridad, es decir, que ambas tradiciones teóricas minimizan la dimensión interactiva de la misma: es la “externalización” de lo intrapsíquico –podríamos usar otras nociones de las diferentes escuelas para hablar de ello (desplazamiento, identificación proyectiva, activación de las necesidades, etc)-, es decir, lo intrapsíquico se pone en juego en la escena interpersonal del análisis porque, por un lado, las condiciones “técnicas” de esta favorecen que esas necesidades aparezcan y, por otro, porque en cualquier relación interpersonal esas necesidades tenderán a emerger espontáneamente. Hoffman denominó estas formas de comprender la

transferencia como concepciones “asociales” (1983). Mitchell, por su lado, afirma:

En un enfoque relacional, por el contrario, el analista no minimiza la importancia de los significados inconscientes de las acciones del analista tanto para el analizando como para el analista. Pero no presume saber cuales son. El significado es co-creado y negociado (Mitchell, 1997c, p. 139).

Esta cita tiene una afirmación fuerte: la intervención del analista vehiculiza aspectos inconscientes. Presumir que un analista sabe lo que su presencia y sus acciones significan para el paciente o para él en un sentido pleno, tiene consecuencias clínicas y epistemológicas importantes. Aquí, en la asunción de esta presunción o en su rechazo, Mitchell sitúa un fuerte punto de bifurcación entre enfoques que modelan el proceso analítico.

Como afirma Hoffman, en esta misma línea:

Junto con la idea de que el analista está siempre involucrado y contribuyendo, se entiende que la naturaleza de la participación del analista no es transparente para el analista por una serie de razones. En primer lugar, la experiencia y el comportamiento del analista es intrínsecamente ambiguo; hay más de un buen modo para formularla; para verla; para interpretarla. En segundo lugar, algunas dimensiones de la participación del analista son desconocidas para él porque no las escucha o porque las ignora. En el viejo lenguaje, podrían ser calificadas como “descriptivamente” inconscientes más que “dinámicamente” inconscientes. En tercer lugar, algunos aspectos son resistidos; el analista está motivado en la contratransferencia para no saberlos, para no verlos y ver otra cosa en su lugar. Estos aspectos pueden considerarse “dinámicamente inconscientes” (Hoffman, 2001, agosto).

Mucho de lo que se ha planteado en la técnica clásica y en el modelo de la detención del desarrollo en relación al analista ha sido posible hacerlo y pensarlo por la extrema simplificación que han realizado de la participación del analista en el proceso. Si un analista es competente, y actúa de acuerdo a los preceptos técnicos, el diferencial personal es poco significativo para estas tradiciones y la respuesta del paciente es entendida como emergiendo exclusivamente de su historia personal –un conflicto edípico no resuelto que gracias a la frustración de sus deseos en la situación analítica podrán ser analizados, interpretados y se podrá renunciar a ellos; o necesidades narcisistas que han quedado reprimidas o escindidas horizontalmente (según Kohut), o congeladas, (según Winnicott) y que encontraran las condiciones óptimas para desplegarse y transformarse en necesidades más maduras, relanzando, así, el desarrollo detenido.

Pensamos que una expresión que usa Arlow (1987) y que también han usado otros (Ezriel, 1972) es significativa a este respecto, a lo que se buscaba de forma más evidente en la técnica clásica: “el establecimiento de condiciones experimentales” (Aron, 1996, p. 52), “la estandarización de la situación estímulo” (Bleger, 1971). Esta “estandarización” hizo pensar que la respuesta del paciente, su transferencia, podía ser aislada (Freud, 1913, p. 135) al no estar contaminada por otros “estímulos” que aquellos que se habían definido a priori consentir (y que el analista controlaba) y, así, podía estudiarla, analizarla e interpretarla –según el modelo clásico-; o, en el modelo de la detención del desarrollo, para comprenderla en un primer momento, en el sentido de la comprensión empática, para que el paciente se sienta validado y entendido, y explicarla en un segundo momento, es decir, remitirla a la situación infantil de falla empática que se ha reactivado en el tratamiento, o sea, también finalmente interpretarla en términos de lo que se reactivó en el paciente en la situación analítica. Pero en ambas posiciones, de una u otra manera, la situación analítica presente no deja de ser una distorsión, un lugar vacío de otra subjetividad que la del paciente –salvo en términos extremadamente superficiales- o “anodinos” (expresión que usa Freud para referirse a los restos diurnos en 1900), o “estándar”, dónde se reactivan las problemáticas edípicas no resueltas y reprimidas, o las necesidades de

desarrollo que tuvieron que ser escindidas por fallas de la respuesta parental y que, gracias a la comprensión empática del analista, se reaniman y se transforman.

Pensar así, afirma Mitchell, sólo es posible si partimos del “mito del analista genérico” (Mitchell, 1997a, p. 12), es decir, de un analista cuyas características y dinámicas personales no son tenidas en cuenta. El analista genérico, condición de una técnica estándar, invisibiliza la subjetividad particular que habita el rol profesional.

Para Mitchell ambos modelos

[...] consideran la transferencia como si la interacción con la persona del analista no estuviera fundamentalmente involucrada, como si el analista pudiese responder a sus características desde alguna posición de distancia/indiferencia, sea desafiándola o aceptándola universalmente. No se presta atención a las implicaciones que la respuesta del analista tiene para el sentimiento/sentido que el analizante tiene de quién es el analista, de qué es lo que el analista quiere, necesita, valora, y qué tipo de relación es posible entre ellos (1988b, p. 206).

Una visión interactiva o interaccional comprendería la(s) transferencia(s) como una(s) estrategia(s) de comprometer e involucrar al otro, de integrar y/o armar un vínculo con él, como un esfuerzo de conectar con la subjetividad del analista de acuerdo a los modelos-esquemas-configuraciones relacionales derivadas de su pasado.

Si uno ve la experiencia del analizando del análisis y del analista como fundamentalmente interactiva, como un encuentro entre dos personas, el analizando este tratando de alcanzar a este analista. Se usan estrategias gastadas, seguro, pero como caminos para conectar con lo que el analizando ha experimentado sobre este particular analista

como persona. El problema no son más los otros significativos del pasado, sino cómo conectar con, entregarse a, dominar, fusionarse con, controlar, amar, ser amado, usar, ser usado por esta persona (Mitchell, 1988b, p. 300).

Como dirá años después, usando la metáfora del Mago de Oz: “A diferencia de Dorothy, estamos comenzando a prestar más atención al “hombre tras la cortina”” (Mitchell, 1996a, p. 295). La persona tras la cortina es la contracara del analista genérico.

De este modo, piensa Mitchell siguiendo a Gill (1983, 1994), el analizando ha observado mucho más del analista de lo que este último cree y ha construido una imagen plausible de él basada en su experiencia pasada y en su manera de integrar y organizar las relaciones (Véase Greenberg, 1991). Para esta perspectiva el paciente “vive en el presente” (Mitchell y Black, 1995, p. 236), lidia con él –también en la situación analítica-, con los datos que recoge, según modelos y estrategias del pasado.

Es central para la comprensión relacional e interactiva del proceso y, en este caso, de la transferencia, pensar que lo que se reactiva (lo que se transfiere) en la transferencia refleja, de una u otra manera, las interacciones actuales y no sólo activa y refleja el pasado o las interacciones pasadas. Estas última no se imponen artificialmente en la situación analítica, sino que también son el fruto del encuentro con ese analista singular y único, con sus idiosincrasias y rasgos particulares. La personalidad del analista afecta la naturaleza de la transferencia misma. Desde esta perspectiva, el impacto del analista necesita ser comprendido como una parte intrínseca de la transferencia, producto de las contribuciones que realizan ambos participantes en la interacción.

Aquí es oportuno incluir la feliz expresión de Hoffman en su ya clásico artículo de 1983, “El paciente como interprete de la experiencia del analista”, cuando habla de la “falacia del paciente ingenuo” (1998, p. 104) que atraviesa los modelos no interactivos. Esta falacia consiste en pensar que, en la medida en que el paciente es racional, toma la actitud del analista “at face

value⁸³, incluso cuando la suya está siendo continuamente examinada en los indicadores más sutiles de lo no dicho o de los significados inconscientes” (Hoffman, 1998, p.104). O sea, que la racionalidad-adulterez-madurez (o como la queramos llamar) del paciente le permitiría a este otorgarle a la conducta del analista el significado que este último –el analista, conscientemente- pretende transmitir. ¡Una “racionalidad” hecha a medida de las expectativas del analista!

Greenberg, por su lado, enfatiza otros aspectos que se ponen en juego en esta nueva forma de comprender la transferencia: cómo las observaciones del paciente llevan, por lo incómodas y generadoras de ansiedad que muchas veces pueden resultar, tanto a los pacientes como a los analistas a desconocerlas –reinterpretarlas, minimizarlas, racionalizarlas- y a defenderse de ellas. Dice así:

En la medida en que estas observaciones pueden ser incómodas para el analista, existe la tentación constante de ignorarlas o negarles plausibilidad a las percepciones del paciente. Ellas pueden ser, y a menudo lo son, reinterpretadas como derivadas de deseos sexuales o agresivos. La teoría pulsional psicoanalítica, con su énfasis en los impulsos más que en la observación como la fuerza que existe tras la experiencia transferencial, puede alentar deshacerse de la responsabilidad y llevar a puntos ciegos [...] los nuevos conceptos cambian nuestra comprensión de la situación analítica porque centran nuestra atención en el hecho de que el analista es el objeto no sólo de los impulsos del paciente sino también de sus observaciones y, en muchas ocasiones, las luchas del pacientes para evitar ambas (Greenberg, 1991, p. 62).

Es necesario tal vez aclarar que cuando estos autores hablan de percepciones y/o observaciones no pretenden, en ningún caso, sustituir al cuestionado analista como árbitro de la realidad -de lo que “es” realidad y de

⁸³ A première degré, tal y como se presenta.

lo que “es” distorsión- por un nuevo árbitro que serían las observaciones del paciente. Sólo tratan de recuperar estas percepciones/construcciones y ponerlas a trabajar a favor del proceso, ya que pueden también indicar aspectos importantes del mismo, no como percepciones distorsionadas ni como percepciones correctas, sino como percepciones de esta interacción singular que puede mover a una mayor profundización tanto del conocimiento de ambos como del vínculo.

Como hemos señalado anteriormente, todo esto está relacionado con uno de los elementos centrales de la comprensión que Mitchell y el psicoanálisis relacional (o el psicoanálisis dialéctico-constructivista, como llama Hoffman a su particular perspectiva) tratan de transmitir: que más allá de la intenciones del analista, su participación acarrea una serie de significados y un grado de ambigüedad⁸⁴ que no están a disposición consciente-voluntaria del analista en el momento de participar. Y estos significados posibles no son el producto de la distorsión transferencial del paciente, sino de un modo particular y plausible de construir al analista en interacción con él, de negociar su significado.

O sea que, por un lado, Mitchell trata de recuperar la complejidad de la participación del analista en el proceso y al analista como subjetividad; y, por otro lado, cuestiona las visiones “técnicas” y/o “estándar” que desconocen la naturaleza interactiva del proceso y, como no, de la transferencia.

Otro de los problemas con estas técnicas que prescriben un tipo de actitud analítica es que presuponen que desde el comienzo el analista habla desde fuera de la “trama transferencia-contratransferencia” (1997a, p. 39), desde una “plataforma” (1997a, p. 44; 2000a, p. 125), imagen que Mitchell usa para indicar ese lugar exterior (y a veces superior) desde el que el analista supuestamente intervendría. Más bien, piensa Mitchell, el analista deviene diferentes figuras de las versiones self-objeto que se activan en la

⁸⁴ Hoffman sostiene: “Decir que la experiencia es ambigua y que, por tanto, está abierta a una variedad de interpretaciones, no significa que sea amorfa y que todo valga” (1983/1998, p. 105n).

transferencia, asume las voces de los objetos, resuena de diversos modos y participa en la activación misma involuntariamente.

Como sugiere Aron (1996, p.168), Ferenczi fue el primero en reconocer la participación del analista en la transferencia del paciente. Para él, la resistencia del paciente había que entenderla en este contexto, en función de la contratransferencia del analista. Cuando, en su *Diario clínico* (1932), Ferenczi afirma que para el analista “llegará el momento en el que deba reproducir con sus manos el asesinato perpetrado en otro tiempo sobre el paciente” (8/3/1932, p.103), Ferenczi está proponiendo un modelo del proceso analítico que está mucho más allá de la noción simplista de que el analista necesita ser un “buen objeto” o una mejor figura parental para el paciente. En este como en otros textos de esa época, Ferenczi reconoce lo inevitable que es que el analista repita “con sus propias manos”, o sea, que activamente participe en la recreación del trauma (Liberman y Ruvinsky, 2013; Aron, 1996, p. 169). Pero, a diferencia de las figuras parentales que han traumatizado, el analista reconocerá su participación y, gracias a trabajar sobre ello con su paciente, podrá modificar su modo de estar con él. Es sólo desde esta participación en la escena –veremos a continuación la noción de *enactment*- que el analista podrá transformar la experiencia del paciente y la marcha del proceso. Dicho de otra manera, se trata de “forjar diferencias a partir de las semejanzas” como ha sintetizado Hoffman (2006, p. 715), único modo en el que lo nuevo puede ser percibido, en leves movimientos de diferenciación.

La acción terapéutica, como veremos, pasará por descubrirse dentro de las configuraciones relacionales del paciente, de este “sistema de escaleras” – imagen de Escher que hemos referido-, que se pone en juego en la situación analítica, o sea, dentro de la trama transferencia-contratransferencia para, desde allí, encontrar una salida. Sólo participando de estas tramas uno puede luchar por emerger de ellas ampliando las texturas de las experiencias relacionales e internas del paciente.

El analista y el analizando, gradualmente, reescriben la narrativa, transformando esos personajes en una dirección que permita una mayor intimidad y más posibilidades para diferentes tipos de experiencia y relaciones (Mitchell, 1988b, p. 296).

Otro de los problemas clínicos frecuentes que genera el no reconocimiento de la interacción en el proceso analítico es la creación de diálogos escindidos, ya que, como afirma Mitchell, “si se suprime la toma de conciencia del analista como persona, la participación del analista no puede ser eliminada sino sólo empujada al subsuelo (underground)” (Mitchell, 1997c, p. 13). Estos diálogos, que podemos llamar con Mitchell diálogos en el subsuelo o subterráneos⁸⁵, es decir, diálogos en los que debido a que el analista cree que transmite sólo lo que quiere transmitir, y no recupera las observaciones o preguntas o interpretaciones del paciente más que como otros materiales asociativos para interpretar, fuerza así al paciente, que percibe toda otra serie de asuntos, a que los calle, ignore o desmienta o cultive en el subsuelo de la experiencia analítica (no podemos dejar aquí de evocar a Dostoievky).

Recuerden lo que referimos antes: el analizando es capaz de desmentir y/o excluir sus propias percepciones con tal de preservar/proteger al analista de confrontarse a sus propias vulnerabilidades (o de defenderse de ellas) pero no por ello deja de estar atento consciente o inconscientemente a ese diálogo marginal que hemos llamado subterráneo o desde el subsuelo.

Podemos terminar este apartado sobre la transferencia refiriendo un pensamiento de Aron en el que introduce su articulación con el siguiente apartado, la contratransferencia. Afirma: “Una enfoque perspectivista-relacional más contemporáneo requiere que transferencia y contratransferencia sean analizados como un proceso de interacción mutua y no sean artificialmente escindidos el uno del otro como si ocurrieran en aislamiento” (Aron, 1992b, 189). No escindir una de la otra, pensarlas, como

⁸⁵ Véase el concepto de “diálogos inconcientes” de Ferenczi (Castillo Mendoza, C., 2005, 2008).

decíamos con Racker en el epígrafe, como dándose vida mutuamente, como encontrándose cada una reflejada y construyendo la otra.

Pensar así nos exige ir más allá de la dicotomías y polarizaciones “positivistas”, según Hoffman, para alcanzar un pensamiento dialéctico y constructivista. Si el primero escinde y trata sobre qué es lo que cada uno de los participantes trae al encuentro -el analista puede saber, según este modelo, dónde termina su contribución y dónde comienzan las contribuciones de la dinámicas intrapsíquicas del paciente- el otro modelo, dialéctico-constructivista, afirma Hoffman,

[...] por el contrario, ve a la transferencia y a la contratransferencia en una relación dialéctica que crea una zona de irreductible ambigüedad e indeterminación acerca de la naturaleza de su interacción e influencia recíproca, una zona que está abierta a múltiples construcciones interpretativas posibles (Hoffman, 1998, p. 26)

Nuevamente las *Drawings Hands* de Escher.

4.4.5.2 La contratransferencia

You never hear the one that gets you (dicho corriente en la guerra civil estadounidense, citado por Levenson, 1983, p. 57)

El término alemán die Gegenübertragung (la contra-transferencia) puede ser separa en tres partes: 1) gegen que quiere decir contra pero también “hacia, alrededor...”; 2) über, que significa “sobre” “encima de...”...; 3) tragung, que proviene del verbo tragen, “cargar, llevar, acarrear”. [...] Creemos que el prefijo “contra” no da cuenta de la totalidad del fenómeno. Hurgando en los diccionarios aparece una acepción de gegen en el sentido de “en relación con”. [...] El “contra” separa, enfrenta, evoca lo que surge en reacción contra algo” (Damián Schroeder Orozco, 2000, p. 137).

Sea por el camino de los diccionarios, de la etimología o por otros, muchos psicoanalistas, como el que acabamos de citar, se sienten incómodos con el “contra” de la expresión “contratransferencia”, con este matiz casi exclusivo de “reacción”, ya que sienten que pierde de vista, no capta, mucho de lo que algunos psicoanalistas tratan de englobar en este concepto.

En un excelente trabajo, Beatriz de León y Ricardo Bernardi (2000) afirman, desde el comienzo del mismo, que “el concepto de contratransferencia encierra en sus pliegues buena parte de las polémicas actuales del psicoanálisis, tanto a nivel teórico como técnico” (p. 7). Creemos muy acertada esta observación ya que si bien el debate es mucho más amplio parte importante de lo que venimos planteando tiene que ver con cómo pensamos la contratransferencia –único modo en el que se incorporó en psicoanálisis algo de la persona o subjetividad del analista, sea negativa o positivamente. El debate sobre las fuentes, las características, los efectos, la delimitación del concepto de contratransferencia atraviesa, hace décadas, la comprensión psicoanalítica del proceso.

Por su lado Greenberg, basándose en la estructura del término, piensa que este, en su núcleo, es un oxímoron. Dice así:

El primer elemento del término –contra- implica que es reactivo, estimulado por algo de afuera que impacta en el sujeto de la experiencia. Pero el segundo elemento tiene una connotación muy diferente: nos recuerda que la contratransferencia es, después de todo, un tipo de transferencia y que clásicamente definida es precisamente el componente de la experiencia que emerge endógenamente, modelando la experiencia del sujeto del mundo de objetos más que siendo influenciada por este (2012, p. 1010).

Así que la contratransferencia evoca simultáneamente una estructuración activa del mundo de objetos y nuestra reactividad al mismo. Esto abre, para

Greenberg, dos vías básicas de interpretación de este concepto según se ponga el acento en la primera o en la segunda parte de esta expresión.

Como sabemos, Freud introduce el concepto de contratransferencia en 1909 en privado y en 1910 en público. Lo acuñó, en primer lugar, para dar cuenta básicamente de un obstáculo. Freud no pudo, no quiso o no le pareció oportuno hacer el mismo giro que hizo con la transferencia, es decir, poner al mal tiempo buena cara: la transferencia pasó de ser obstáculo a ser instrumento, mientras que la contratransferencia quedó en las sombras, se mantuvo fundamentalmente en el ámbito privado de intercambio entre los analistas contemporáneos de Freud, y siguió en esta generación siendo pensada como un obstáculo a la cura.

Ferenczi, probablemente también aquí, fue uno de los primeros analistas en trabajar en un sentido fuerte con el concepto de contratransferencia; en sus últimos escritos, de una manera absolutamente original –escritos que, como sabemos, fueron atribuidos a los problemas psicológicos de Ferenczi, racionalización que permitió descartar toda una serie de contribuciones altamente novedosas y profundas (Martín-Cabré, 2008, 2011).

Se podría decir de él que es el verdadero pionero en este asunto y que esta problemática atraviesa el conjunto de su obra. La subjetividad del analista, su experiencia en el proceso analítico, de la cual la contratransferencia, en sus diferentes teorizaciones, ha intentado dar cuenta de amplios sectores de la misma, es una de las preocupaciones centrales de Ferenczi. Como sostiene André Haynal en su lectura y análisis de la correspondencia de Freud, Jung y Sabina Spielrein: “

Esta historia muestra como, poco a poco, los primeros psicoanalista descubren que aquello que querían crear, una ciencia médica objetiva a la Charcot, una descripción desapegada (distante) de los estados mórbidos, deviene una práctica en la que los sentimientos, las emociones, los afectos –los del analizante pero también los del analista- juegan un rol importante. Es el descubrimiento de la

implicación personal del analista, de su subjetividad, de lo que se llamará contratransferencia, de lo que se trata” (la traducción es mía) (Haynal, 1991, p. 190)

Mitchell afirma, por su lado, en relación a las contribuciones de Ferenczi:

El Diario clínico revela como Ferenczi estaba por delante de su tiempo precisamente en la consideración de la complejidad de los motivos del analista. Ferenczi fue tal vez el primero en comprender que este no era simplemente un técnico objetivo, sino que estaba inmerso [embedded] en el proceso analítico, con sus propias necesidades y temores. Retratar a Ferenczi como un simple técnico racional es traicionar el corazón mismo de su contribución al análisis contemporáneo, una contribución que puede ponernos en guardia contra toda tendencia a la idealización ciega (1995e, p. 231).

El giro de considerar la contratransferencia como obstáculo a considerarla como instrumento se realiza, fundamentalmente, en los años 50' en Londres y en Buenos Aires casi simultáneamente. Heimann (1950) y Racker (1948/1966), cada uno por su lado, llegan a considerar la contratransferencia una herramienta de trabajo indispensable al servicio de la comprensión de la transferencia y de lo que ocurre en el proceso analítico. En esos años la contratransferencia, la Cenicienta analítica, como afirmaron Thöma y Kächele, (1989, p. 99), se transformó en princesa -al menos para una parte considerable de la comunidad psicoanalítica. Otra parte quedó, y aún sigue, considerando a la contratransferencia centralmente como un obstáculo al desarrollo del proceso en el sentido freudiano.

Ahora bien, si el giro de los 50' fue un momento fundamental de desarrollo del pensamiento psicoanalítico, Mitchell y otros psicoanalistas piensan que no se sacaron, en términos generales, todas las consecuencias que se podrían haber sacado sobre este asunto. Hubo algunos autores que fueron más lejos que los otros y que hoy son reconocidos como antecedentes claros del pensamiento relacional. Pero, en su gran mayoría, quienes participaron del

giro de los 50' siguieron manteniendo el concepto de contratransferencia en una marco de pensamiento fuertemente unipersonal –sobre todo Paula Heimann y la escuela kleiniana, con la hegemonía que por entonces, tanto en Inglaterra como en Latinoamérica, tenía el concepto de identificación proyectiva. Este concepto tiene una historia que retrata bien el movimiento del pensamiento psicoanalítico. En este caso, la escuela kleiniana fue modificándolo a lo largo de los años. Desde que fue acuñado en 1946 por Melanie Klein, quién se opuso en su día a aplicar este concepto a la contratransferencia hasta las propuestas actuales en el que la identificación proyectiva da cuenta de ciertos comportamientos del analista en sesión, mucha tinta ha corrido. Esta ampliación está relacionada tanto con la influencia de los nuevos desarrollos en el campo como con la atención de pacientes con otras afecciones, pacientes más graves. Estas sucesivas acomodaciones de este concepto dentro de dicha tradición es un ejemplo privilegiado para ver los avatares de un concepto: pasó de ser un concepto que daba cuenta de una realidad puramente intrapsíquica –cómo alguien percibía a otro- a poseer una clara dimensión interpersonal, con las obras de Bion, Joseph o Ogden, en la que el otro puede sentir o actuar aquello que el paciente proyecta identificatoriamente sobre él. Para Heimann la contratransferencia “es una creación del paciente” (1950, p. 83), mientras que Joseph o Ogden tratarán de dar cuenta con este concepto de las puestas en escena (enactments) que han marcado parte del psicoanálisis actual.

El giro de los 50' no fue recogido por las corrientes oficiales en EE.UU., por la *mainstream*, ya que el pensamiento de Klein y sus discípulos tenía allí poca difusión. Por aquellos años fue el psicoanálisis interpersonal quién realizó algunas importantes contribuciones al respecto y se mantuvo, posteriormente, abierto a las contribuciones que venían del sur del continente, sobre todo de Racker. En 1952 Edward S. Tauber (1952/1988, p. 111) escribe un trabajo que se convertirá en un clásico y que abre, podríamos decir, un tercer camino en la comprensión de la contratransferencia, recogiendo también un aspecto del legado de Ferenczi. Tampoco podemos dejar de señalar las propuestas que en esas mismas latitudes y muy

tempranamente estaban realizando Clara Thompson (1956/1988, p. 120) y Harold Searls (1958, 1959). En relación a este último autor Aron afirma:

Como Ferenczi, Searles defendió que la personalidad del analista y la contratransferencia impactan en el tratamiento y que el paciente, incluso uno muy perturbado, puede percibir aspectos de la personalidad del analista. Tanto Ferenczi como Searles han reiteradamente enfatizado la respuesta emocional del analista como crucial (Aron, 1992b, p. 184).

En cuanto a Tauber, este plantea que el énfasis excesivo en los aspectos negativos de la contratransferencia no nos ha permitido ver la posibilidad de usarla como una oportunidad para evocar nuevos materiales sobre el paciente, de usarla constructivamente en el proceso. Hay un tabú, afirma, en relación a todo lo que suene a contratransferencia. Diferencia, en su novedoso trabajo, entre la contratransferencia “bruta y/o grosera” y las contratransferencias “sutiles”, sosteniendo que estas últimas “generalmente son gestionadas por medio de la desatención selectiva” (Tauber, 1952/1988, p. 112), o sea, excluidas defensivamente de la conciencia por el analista. Esto tiene un efecto deletéreo, según Tauber, en la medida en que “le inhibe al analista reconocer los insights creativos espontáneos que pueden ocurrirle a él en un sueño o haciendo uso de sus pensamientos marginales o lapsus linguae” (1954/1988, p. 112). O sea, como dirá muchos años más tarde Christopher Bollas aludiendo también a Tauber, en su trabajo excelente trabajo sobre “Los usos expresivos de la contratransferencia”:

Mi forma de verlo es que el analista debe encontrar medios apropiados para, selectivamente, expresar algunos de sus estados mentales subjetivos, incluso cuando no sepa lo que significan. Pienso que es crucial que los clínicos encuentren un modo de poner a disposición del paciente y de sí mismos sus estados subjetivos como objeto de análisis [...] También creo que en raras pero significativas ocasiones el analista puede analizar su experiencia como objeto de la transferencia en presencia del paciente (Tauber, 1954) (Bollas, 1983, p. 2).

Este compartir estados subjetivos, selectivamente elegidos, tiene varios supuestos. El que más nos interesa en este momento es que esos estados remiten a algo que está ocurriendo en la relación analítica y que podrán ser trabajados conjuntamente. Hablaremos sobre esto en el apartado sobre self-disclosure.

Esta tradición de pensamiento, como vemos, abre otra vía, otro camino o, más cautamente, incluye otro matiz, en cuanto a la contratransferencia: para la tradición clásica la contratransferencia tiene su fuente exclusivamente en conflictos neuróticos del analista que contaminan el proceso, con lo cual es descartada como un obstáculo; el giro de los 50' piensa que la contratransferencia puede ser usada para analizar la transferencia y el estado mental del paciente y para interpretarla –en su versión kleiniana tradicional (Heimann, 1950)- ya que es una creación exclusiva del paciente y tiene allí su fuente y, en su versión rioplatense (Racker, 1966), como teniendo ambos aspectos: “subjetivo”, que remiten al analista, y “objetivo”, que remiten a la situación analítica (Liberman, 2007). La tradición interpersonal introduce una nueva variante en su lectura: es algo que ocurre en el analista en su interacción con el paciente y que puede ser utilizable-ofrecido como “dato” para ser trabajado. Como afirma Levenson:

La contratransferencia ya no es más algo que contamina el campo sino simplemente uno de los polos de la transacción, siendo el paciente el otro. Esta visión permite al terapeuta un amplio espectro de participaciones, pero, debo enfatizar, no alienta las salvajes, “intuitivas”, experiencias emocionales correctivas. [...] Este dato de la participación del analista debe surgir de la indagación detallada (Levenson, 1987, p. 65).

Esto último es central para no confundir, como dice Levenson, la posibilidad de compartir un estado subjetivo con una intuición mágica de revelación: el “dato”, lo que le ocurre al analista, es algo que se da en el contexto de la

indagación detallada, que tiene allí su contexto de base –no único- y que se ofrece al trabajo compartido y no como verdad revelada.

O sea, dicho de otra manera, la participación del terapeuta no parte de una racionalidad técnica que tenga por finalidad “ser terapéutica” (ver Liberman, 2013a) –problema que hemos señalado en la experiencia emocional correctiva de Alexander que prescribe en el terapeuta ciertas contra-actitudes de los objetos primarios patógenos. O también, como advierte Mitchell siguiendo a Racker, es crucial que el psicoanalista no use su contratrtransferencia de forma “oracular” (Mitchell y Black, 1995, p. 248; Racker, 1966, p. 292), con la pretensión de que esta vehiculizaría un cierto conocimiento objetivo –no mediado por su propias resonancias- de la experiencia del analizando. Como dice Racker: “creo que sería un error ver en las reacciones contratrtransferenciales un oráculo, esperando de ellas con fe ciega la verdad pura sobre las situaciones psicológicas del analizado” (1953/1966, p. 292).

Revisando este tercer modelo vemos la enorme influencia que tiene lo que podemos llamar la “sensibilidad interpersonal” (Aron, 2005, p. 27), en el pensamiento clínico de Mitchell. Hablando de Schafer, Hoffman y Donnel Stern, afirma Mitchell:

Lo que estos enfoques tienen en común es que consideran la participación personal del analista en los datos, el impacto personal del analista en la experiencia del paciente que ambos están tratando de captar y comprender, no más como una contaminación de un conocedor puro (de un puro conocimiento). Más bien la participación del analista se comprende como un elemento inevitable en el asunto que hay que estudiar y una poderosa herramienta de comprensión (Mitchell, 1993c, p. 62).

La experiencia del analista es profundamente personal pero no idiosincrásica.

Mitchell, en diferentes lugares, desarrollará su pensamiento sobre la contratransferencia a partir de la revisión y debate con las referencias más establecidas en la disciplina. Dice:

Incluso en su elección de modelo, la personalidad, la subjetividad y las experiencias de vida del analista tienen un impacto crucial en el proceso. Y tenemos cada vez más literatura catalogando las formas en que la contratransferencia –ese enorme abanico de modos de responder en el que el analista participa en y responde al proceso analítico- juega un rol central (Mitchell, 1996a, p. 295).

En la visión de Mitchell la contratransferencia es menos una tormenta circunstancial de la que cada tanto –cuando ocurre- habría que poder salir para recuperar una cierta posición o actitud analítica “adecuada”, que, siguiendo la misma metáfora, el tiempo mismo, es decir, no puede no haber. Aunque continuamente cambia –tormentas, períodos más calmos, días “espléndidos” (leer esto en clave contratransferencial: otro tipo de tormenta pero egosintónica)- siempre está presente (Mitchell, 1997c, p. 182). La metáfora de la tormenta, muy utilizada en la historia del psicoanálisis, nos ha hecho pensar que la contratransferencia es sólo aquella que de forma “bruta o grosera”, al decir de Tauber, se hace escuchar. Esta forma de ver tiende a menospreciar el hecho de que la contratransferencia, como el tiempo, siempre está presente, afectando y siendo afectada.

Mitchell afirma que tanto Merton Gill como Edgar Levenson fueron quienes, primero y de la forma más clara, reconocieron el impacto del analista, de su contratransferencia, en el proceso analítico, pero también fueron quienes, de una u otra manera –por medio de la interpretación sistemática de la transferencia en el caso de Gill o de la indagación detallada en Levenson- trataron de desenmarcarla, de pasar por encima de ella, de salirse de sus redes. Dice Mitchell:

En lo ultimo 10 años [finales de los 80' y 90'] ha habido un gradual reconocimiento de que no existe manera de filtrar el impacto del analista en el proceso. La indagación continua, la interpretación transferencial persistente y la sistemática auto-revelación [self-disclosure] son difícilmente modos de limitar la influencia del analista. Son, de hecho, modos muy poderosos de dirigir e influenciar el proceso. Darse cuenta de esto, pienso, ha tenido un impacto profundo en los modos en los que hoy estamos explorando la naturaleza de la técnica analítica (Mitchell, 2004, p. 540).

Creo que es por estos motivos, y no sin razón, que Aron ha llegado a afirmar lo siguiente:

En una brillante inversión de la comprensión psicoanalítica común, Mitchell reinventa el concepto de contratransferencia, comprendiéndolo afirmativamente como la única forma a través de la cual cada analista trata de alcanzar a su paciente. El argumento de Mitchell está estructurado en torno a la idea de que en el mundo psicoanalítico pluralista en el que vivimos no existe un modo correcto, genuino y legítimo de participación del analista. El proceso analítico es extremadamente personal y existen mucho modos de auténtica participación analítica (Aron, 2005, p. 22).

Como conclusión de los apartados sobre transferencia y contratransferencia en la obra de Mitchell nos gustaría insistir en que para este la transferencia es inconcebible sin las contribuciones del analista así como la contratransferencia sin las contribuciones del paciente. Analizar una u otra obliga a tener esto presente para que la escisión sea sólo operativa. Transferencia y contratransferencia se dan vida mutuamente y sólo pueden ser estudiadas, estructuralmente, en su interdependencia.

4.4.6 Formas de participación o tipos de intervenciones

4.4.6.1 Elecciones clínicas

Play what you know & then play above that. Miles Davis

Si podemos desistir de la creencia en un manto mágico de invisibilidad que mantuvo la teoría clásica de la técnica, existe un enorme número de complejas elecciones para hacer: ¿qué escuchar? ¿qué decir? ¿cuánto decir? ¿cómo juzgar nuestra propia manera de participar? Seguro que hay malas decisiones, en la que los pacientes son heridos y los tratamientos perjudicados, pero no hay una buena decisión en el sentido de una única elección correcta (Mitchell, 1996a, pp. 295-296).

Esta idea se desprende, necesariamente, de lo que venimos planteando: si bien podemos consensuar que existen ciertas acciones que son malas deontológicamente -y otras que son incorrectas desde un punto de vista técnico siempre singular y contextualizado-, no hay “buenas” decisiones o decisiones correctas en un sentido universal. La versión contemporánea del psicoanálisis nos confronta con el problema de la “elección” de nuestros modos de participar, elecciones complejas e inevitablemente personales. Hay mucho modos auténticos o genuinos de participar en un proceso psicoanalítico con vistas a maximizar su eficacia, pero no pueden prescribirse. Este asunto de la elecciones y juicios clínicos lo lleva a Mitchell a plantearse: “Cómo hacer psicoanálisis de un modo que sea auténticamente personal pero también responsable y riguroso” (Mitchell, 1997c, p. 145). No todo vale, aunque todo –o casi todo- puede ser pensado.

Un reflexión sobre el asunto de la elecciones clínicas forma parte indisoluble y absolutamente necesaria de la pérdida de una actitud analítica monolítica o pensada en términos de comportamiento.

Como ya hemos señalado antes, todo tipo de intervención sólo puede comprenderse y ser significativa dentro de la matriz interactiva (Greenberg, 1995, p. 14) que se genera en una situación clínica singular, es decir, que no podemos comprender su impacto por fuera de esta trama o red transferencia-contratransferencia que se construye en el proceso psicoanalítico.

Durante mucho tiempo los debates de la teoría de la técnica giraban, en lo que hace a la participación del analista, sobre qué hacer y qué no hacer. Como señala Balint en el epígrafe citado, toda modificación o cambio que no tuviese su origen en lo que se llamaba interpretación era considerada técnicamente un error, es decir, producto de la sugestión ... es decir, de la influencia del analista.

Como señala Etchegoyen, el “término ‘interpretación’ tiene más prestigio que precisión” (1999, p. 11), con lo que estamos de acuerdo aunque mucho de lo que plantearemos aquí va en una dirección muy diferente de la suya: no tanto buscar la precisión definicional, como él hace, sino disminuir en cierta medida su prestigio, en el sentido de comprender que nuestras herramientas de intervención son variadas y que sólo cobran un sentido siempre singular en cada situación o momento analítico, al mismo tiempo que pensamos que no hay una forma de intervención que pueda situarse por fuera de las matrices interactivas que se construyen en cada proceso y que pueda definirse a priori como correcta.

Para Mitchell ya no funciona prescribir conductas que vehiculizan un significado que les sería propio. Como afirma en un texto en el que traza su recorrido vital en relación al psicoanálisis y que escribe poco antes de morir:

Nos hemos dado cuenta que el significado de aquello que el analista haga o no haga es contextual y co-construido. El analista no puede decidir el significado del “marco” (encuadre) unilateralmente. Para algunos pacientes, el silencio es una forma de sostén [holding]; para otros, una forma de tortura. Para algunos pacientes, la interpretación

transmite un profundo reconocimiento y auto-expansión; para otros, es una forma violenta de exposición. Para algunos pacientes, la auto-revelación del analista puede ofrecer una forma única y valiosa de autenticidad y honestidad; para otros, es una forma de seducción carismática y de explotación narcisista. Para algunos pacientes, las preguntas representan una valiosa disposición a acercarse y conocerlos; para otros, las preguntas son una invasión encubierta. Ya no nos resulta atractivo decidir que estos acontecimientos son lo que nosotros queremos que sean y que cuando los pacientes lo experimentan de otra forma los están distorsionando. Las situaciones interpersonales son ambiguas y pueden interpretarse de muchos modos, dependiendo de nuestro pasado y nuestras dinámicas (Mitchell, 2004, pp. 540-541).

Por tanto, si reconocemos que la interacción en el proceso analítico es profundamente personal y que hay muchos modos auténticos de participar analíticamente, podemos ampliar nuestro abanico de intervenciones. Aquí también vemos la sensibilidad y filiación interpersonal de Mitchell. Esta tradición del pensamiento psicoanalítico se ha caracterizado por su mayor libertad en los modos de participar y por su mayor flexibilidad y espontaneidad a la hora de hacerlo, lo que no está reñido con la disciplina analítica ni con el rigor, como bien ha desarrollado Hoffman (1998), sino que más bien una y otra se requieren. Sólo podemos “lanzar el libro lejos”, como sostiene Hoffman (1998, p. 193), si partimos de algún libro, es decir, de cierta disciplina analítica⁸⁶.

Incluso hoy podemos ver cómo la gente que se acerca a un enfoque más interactivo y/o intersubjetivo desde posiciones clásicas suelen moverse en un rango de comportamiento mucho más restrictivo –lo cual, tal como lo estamos planteando, no está ni mal ni bien. En este sentido, Mitchell sin duda tiene

⁸⁶ “Hay mucha sabiduría en el requerimiento de que el analista se abstenga de comprometerse en una relación personal con el paciente como las que se desarrollan en la vida ordinaria” (Hoffman, 1998, p. 198).

como fondo su formación interpersonal que, como hemos señalado en la introducción, pensamos que es el núcleo fuerte y dinámico de los desarrollos del psicoanálisis relacional.

Comenta Aron:

Mitchell afirma que como cada uno tenemos nuestro propio estilo idiosincrásico de encarar el mundo, de ellos se sigue que cada uno participa en diferentes variedades de interacción analítica. De este modo nuestra contratransferencia se convierte en el único modo de leernos en los relatos de nuestros pacientes (Aron, 2005, p. 22).

Por supuesto, todos tenemos límites en nuestros comportamientos, no hacemos cualquier cosa y no todo vale. Hacemos elecciones clínicas que surgen de nuestra comprensión de lo que está ocurriendo en el analizando y en el tratamiento, y de muchos otros factores que, como venimos diciendo, siempre contemplan el contexto de ignorancia de los contextos como limitación y apertura posible.

Aron (2005) plantea que existe un continuo entre el analista que piensa que su modo de participar está bien definido (ejemplo: la función central del analista es interpretar, etc) y aquellos que se permiten toda una serie de recursos con flexibilidad y con una mayor participación personal. Más allá de cuestiones éticas que descartamos en este planteamiento y que serían probablemente más fácilmente consensuables, hay muchos modos auténticos de participar sin desconocer lo que venimos planteando como consecuencias de la ubicuidad de la interacción en el proceso analítico.

Como ha señalado Wachtel (1993), no sólo basta con comprender a un analizando sino que hace falta saber cómo comunicar dicha comprensión. Ahora bien, esta saber comunicar no es una “técnica” en su sentido estrecho sino que está sujeto a los avatares del proceso. Mitchell también alude a este asunto:

El analista no sólo tiene que comprender al analizando, sino que también tiene que encontrar una voz para comunicarle dicha comprensión; para que el analizando lo escuche necesita de alguna manera encontrar un modo de salir de los patrones convencionales con los que el analizando escucha y vivencia. Este proceso incluye el arte de la interpretación y las luchas en la contratransferencia, ambos procesos complejos e interrelacionados (Mitchell, 1988b, p. 294).

Mitchell entenderá el “arte de la interpretación”, expresión que retoma de Freud, en un sentido amplio, como lo plantea Aron (1991).

4.4.6.2 Interpretación

El psicoanálisis, desde sus orígenes, ha partido de un presupuesto fuerte: que los pacientes “experimentaban la interpretación del analista como interpretación” (Balint, 1979, p. 10), es decir, como una información acerca de cómo funciona su mente. Etchegoyen la entiende como “una manera especial de informar que tiene como objetivo hacerle saber al analizado algo de sí mismo que ignora porque le es inconsciente [...] lo que caracteriza a la interpretación es que no tiene segundas intenciones” (Etchegoyen, 1999, p. 21).

Para lo que queremos plantear no nos resultan relevantes las controversias sobre la diferentes formas que ha habido y hay de orientar o jerarquizar algún tipo de interpretación. Lo que nos interesa es que, para muchos analistas, si se cumplen los requisitos adecuados, tengan estos el rostro que tengan⁸⁷, la interpretación ha realizado su función. Afirma Etchegoyen:

Nuestra intención no es modificar la conducta del paciente sino su información [...] El paciente puede tomar nuestra interpretación como

⁸⁷ Veracidad, desinterés o neutralidad y pertinencia para Etchegoyen (1999, p. 23)

sugestión, apoyo, orden o lo que fuera. No digo que eso el paciente no lo pueda hacer ni que esté mal que lo haga. Es la actitud con que nosotros damos la información, no la actitud con la que la recibe el analizado, lo que define nuestro quehacer (Etchegoyen, 1986, p. 293).

Este es el problema que nos gustaría resaltar: si bien hay un reconocimiento general de que el paciente puede tomar la intervención del analista de muchas formas, ha habido diferentes estrategias que han tratado de dar cuenta de estos problemas sosteniendo siempre la premisa fundamental (la mayor), es decir, que es posible tomar la interpretación como interpretación, como mera información sobre aspectos inconscientes o ignorados de analizando sin implicación en la trama transferencial y contratransferencial. Veremos que a esto Mitchell lo ha denominado la creencia en un “canal directo” (1997a, p. 51) entre analista y analizando.

Existen diferentes estrategias para lidiar con este problema sin modificar la premisa mayor, de las cuales citaremos: diferentes variantes del concepto de alianza -la idea de Meltzer de “la parte adulta”⁸⁸ de la personalidad” (1967, p.xiii) recogida en la tradición kleiniana, la idea de Zetzel de “alianza de terapéutica”⁸⁹ (1956) o de Greenson de “alianza de trabajo”⁹⁰ y “relación real”⁹¹ (1967, 1969) recogidas en la psicología psicoanalítica del yo; por otra

⁸⁸ “And so, to a greater or lesser degree, there is always in existence, if not always available for contact, a most-mature-level of the mind, which, because of its introjective identification with adult internal objects, may reasonably be termed the “adult part”. It is this part of the personality with which an alliance is sought and fostered during analytical work. One aspect of analytical work which fosters this alliance involves the indication and explanation of the cooperation required, as well as its encouragement. The hope of the analyst is that this “adult part” will gain increasing control over the “organ of consciousness”, and thus of behaviour, not only for the purpose of increasing cooperation but eventually for the development of a capacity for self-analysis” (Meltzer, 1967, p. xiii).

⁸⁹ “Analysis of these regressive manifestations with their potential dangers depends on the existing and continued functioning of adequate ego strength to maintain therapeutic alliance at an adult level [...]The relative failure of ego development in such cases not only precludes the development of a genuine therapeutic alliance, but also raises the risk of a serious regressive, often predominantly hostile transference situation. In certain cases, therefore, a preliminary period of psychotherapy is recommended in order to explore the capacities of the patient to tolerate traditional psycho-analysis” (Zetzel, 1956, p. 373).

⁹⁰ “The *working alliance* is the non-neurotic, rational, reasonable rapport which the patient has with his analyst and which enables him to work purposefully in the analytic situation despite his transference impulses” (Greenson y Wexler, 1969, p. 29).

⁹¹ “Anna Freud, in a recent personal communication on the subject of differentiating the transference relationship from the non-transference, had the following to say:

parte diferentes respuestas que piensan van más allá de las dinámicas en juego: la empatía en la psicología clásica del self y la interpretación de la relación del paciente con la interpretación también en la tradición kleiniana.

Lo que todos estos autores se plantean es, de alguna manera, cómo situar un lugar desde el que trabajar que nos permita, dice Merton Gill con ironía, mantener la “ilusión de neutralidad” (Gill, 1983/1988, p. 316), es decir, la ilusión de que no pongo en juego mi subjetividad, de que no interactúo, de que estoy en una “situación social cero” para retomar la expresión de Thöma y Kächele (1989, p. 257) o como lo queramos plantear.

Tomemos lo que propone Etchegoyen, este destacado psicoanalista argentino, de orientación kleiniana, cuyo libro sobre técnica es referencia incluso en los EE.UU. La interpretación se define, nos dice, por su intención y no por sus efectos. Si el paciente la puede escuchar como interpretación, es decir, como una información que le permite acceder a aspectos desconocidos de sí, de su mundo interno, el trabajo seguirá su camino; pero si lo toma como otra cosa, como ha dicho en lo que hemos citado antes, es decir, como sugestión, apoyo, orden, etc, también el trabajo seguirá su camino ya que es allí, en esa transformación de lo que tiene la intención de ampliar los conocimientos del paciente sobre sí mismo, en dónde reside uno de los focos centrales del trabajo analítico para muchos analistas: el trabajo de y sobre la transferencia, en este caso, sobre qué hace el paciente con la interpretación del analista. Hay un artículo de Racker, que fue ponencia ya en 1958, que se titulaba “Estudio de algunos conflictos tempranos a través de su retorno en la relación del analizado con la interpretación” (1958/1966, p. 128n) y que en su libro de *Estudios sobre técnica psicoanalítica* es recogido como “Análisis de la transferencia a través de la relación del analizado con la interpretación”

I have always learned to consider transference in the light of a distortion of the real relationship of the patient to the analyst, and, of course, that the type and manner of distortion showed up the contributions from the past. If there were no real relationship this idea of the distorting influences would make no sense.

All object relations consist of some elements of repetition from the past, but the so-called “real”, the non-transference, relationship differs from transference in the degree of relevance, appropriateness, accuracy, and immediacy of what is expressed” (Greenson y Wexler, 1969, p. 28).

(1966, p. 128). Esta perspectiva fue retomada muchos años después por Betty Joseph (1989) y ha sido, en general, la respuesta kleiniana al problema que estamos planteando junto con esa alianza con “la parte adulta” de la personalidad que Meltzer sitúa, entendemos, como modo de evitar la regresión al infinito que esta forma de trabajar sugiere y, también, podemos decir con ironía, momento en el que el paciente acepta la interpretación como interpretación, como el analista la define (muchas veces, como hemos sugerido antes, enviando al subsuelo su diálogo con el analista sobre aspectos centrales del vínculo).

Por su lado, como hemos dicho antes, los analistas norteamericanos de la psicología del yo trataron de dar cuenta de este problema con otras variedades de alianzas que tienen como prerrequisito una cierta fortaleza de yo, es decir, que se haya desarrollado en el paciente un yo lo suficientemente fuerte que le permita tolerar la frustración y la ansiedad que genera la interpretación sin necesidad de recurrir a las defensas. Aquí, en general, estamos en lo que se suele llamar problemáticas edípicas o neurosis. Para estos autores, la posibilidad de realizar una alianza de trabajo o terapéutica será una condición *sine qua non* de un trabajo propiamente analítico.

Como vemos, estas son diferentes estrategias de lidiar con el desencuentro entre intención y efecto –para retomar la diferencia que establece Etchegoyen–, estrategias que en ningún momento se plantean que la interpretación puede ser “una expresión de la subjetividad del analista”, para retomar el título de Aron (1992) o, también, para retomar otro título de Aron, que la experiencia del paciente puede ser “la experiencia de la subjetividad del analista” (1991). Todas estas estrategias se asientan en modelos unipersonales o puramente intrapsíquicos de la situación analítica que serán con los que Mitchell dialogará, debatirá y cuestionará.

Como ya hemos dicho en la introducción de este capítulo, la interpretación, para Mitchell, es un “acontecimiento relacional complejo” ya que se caracteriza, retomando la cita,

[...] no porque primariamente altere algo dentro del analizante, no porque relance un proceso de desarrollo atascado, sino porque dice algo muy importante sobre cómo el analista se ubica en relación al analizando, sobre qué tipo de relación es posible entre ellos (Mitchell, 1988, p. 295).

El enunciado interpretativo no tiene sólo función cognoscitiva, sino también conativa y relacional.

Para Mitchell los pacientes no escuchan centralmente las interpretaciones como interpretaciones; sino que siempre son, básicamente, “acontecimientos relacionales” (1993, p.37). Esto no excluye, por supuesto, que el analista en sus intervenciones interpretativas diga cosas sobre qué piensa él que le está pasando al paciente o qué está pasando en la situación analítica. Hay un salto, sugiere Mitchell (1993c, p. 38), entre paciente y analista y, al día de hoy, no podemos simplemente suponer que la racionalidad de la interpretación del analista sirve como un puente en esta discontinuidad de mundos de experiencia que los separa, racionalidad que funcionaría, nuevamente, como un “canal directo”.

En nuestro mundo de múltiples significados y sistema de valores, de la heterogeneidad de las realidades, las interpretaciones del analista ya no pueden reclamar una racionalidad y objetividad exclusiva, y ya no pueden suponer que las esperanzas y los temores del analizando sean meramente subjetivos e ilusorios” (Mitchell, 1993c, p. 38).

Para Mitchell el tipo de deferencia frente a la autoridad y al tipo de racionalidad que mostraban los pacientes de la época de Freud, que era algo comprensible en aquella época, hoy sería fuertemente sospechosa (1993c, 1997). Hoy nos basta para tratar de captar intuitivamente lo que está diciendo con ver una foto de aquello época y una de la nuestra.

Aquí podemos evocar a Levenson, que con su habitual ironía e inteligencia planteaba el “sin salida” de ciertos modos de comprensión de la interpretación:

Todo esto basta sin duda para reducir al psicoanalista a la catatonía o para hacer como el conejo March de Alicia en el país de las maravillas que intentaba arreglar el reloj del Sombrero Loco con mantequilla y sólo se le ocurría decir: ‘Pero si es la mejor mantequilla del mercado; la mejor’. Así ocurre con las interpretaciones. ¿Qué le queda al analista? (Levenson, 1972, p. 211)

Mitchell respondería con mucho de lo que hemos dicho y, al igual que Levenson (Lieberman, 2013a, b), pensaría que al analista le queda mucho si y solo sí puede cambiar los supuestos que han marcado fuertemente su comprensión del proceso. No nos basta, como sostiene Levenson, con decir que la interpretación es la mejor mantequilla del mercado si lo que queremos es arreglar un reloj. Mitchell afirma:

Analizando y analista luchan juntos con la transferencia y la contratransferencia para producir una comprensión sobre el modo en el que el paciente experimenta las intervenciones del analista y para encontrar un nuevo modo para ambos participantes de hablar al otro (Mitchell, 1993c, p. 39).

Esta forma de entender la interpretación, como generando una comprensión y un nuevo modo de relación que surge del esfuerzo de ambos participantes del proceso parte, sin duda, de la comprensión que hemos desarrollado sobre los diferentes aspectos del proceso.

Veremos posteriormente, en el apartado sobre la acción terapéutica, un poco más cómo piensa Mitchell que se produce lo que él entendería como el cambio psicoanalítico por excelencia.

4.4.6.3 Self-disclosure

Karen Maroda (1991, 1999, 2002), junto con Darlenne Erhenberg (1991) y Owen Renik (1993, 1995), son quizás algunos de los autores que más han enfatizado en el psicoanálisis contemporáneo norteamericano la defensa del valor terapéutico de la *self-disclosure*, traducido habitualmente por auto-revelación. Creo que de este modo, y gracias a su insistencia, como a la de muchos otros psicoanalistas, este asunto ha sido puesto de forma irreversible en el tablero de los asuntos que desde hace unas décadas han generado y generan debates, controversias, acuerdos y desacuerdos, dentro de la comunidad psicoanalítica. Pienso que sólo esta contribución ya tiene su importancia

Self-disclosure es una expresión inglesa difícil de traducir al español. Literalmente significa auto-apertura o apertura de sí mismo, aunque ha sido frecuentemente traducida por auto-revelación. Tal vez sea esta la traducción más cercana y menos engorrosa. El término ‘revelación’, del verbo ‘revelar’, significa hacer manifiesto algo que estaba oculto y no se veía, en el sentido de la fotografía y no, por supuesto, en su sentido religioso de manifestación de una verdad indiscutible por la razón y sólo accesible a la fe.

Diferentes autores han organizado distintas clasificaciones de este concepto (Maroda 1991, 1999; Wachtel 1993). Simplificando, podríamos diferenciar las *self-disclosures* involuntarias de las voluntarias y subdividir cada una de estas categorías, a su vez, en aquellos aspectos vinculados a la vida privada del analista y en aquellos otros aspectos vinculados a la contratransferencia del analista en la situación analítica (esto último, en su uso deliberado – voluntario- fue muchas veces denominado con reprobación en la tradición clásica como ‘confesión contratransferencial’).

Uno de los argumentos tradicionales que cuestionaban el uso de la *self-disclosure* era que, en la medida en que ofrecía información sobre el analista, se alteraba y contaminaba la situación analítica que pretendía funcionar con un analista neutro, que se abstiene y anónimo.

Muchas de las objeciones hechas a este tipo de intervención tienen su razones de ser clínicas, más allá de la adherencia a un determinado modelo, y plantean una serie de cuestiones que es necesario valorar. Defender el debate y las reflexiones clínicas que la cuestión de la auto-revelaciones ha planteado no implica, como venimos viendo con Mitchell, pensar que hemos encontrado el “canal directo” de intervención. Bien usadas, con juicio clínico, considera Mitchell junto con muchos otros analistas, pueden ser una importante contribución al proceso terapéutico. Mitchell toma prestada la definición que Isaías Berlin hace del “buen juicio” político para hablar del juicio clínico:

El merito, afirma Berlin, es comprender la singular combinación de características que constituyen esta particular situación –esta y no otra.... no nos referimos a nada oculto o metafísico; no hablamos de un ojo mágico que penetra algo que normalmente las mentes no pueden captar; nos referimos a algo perfectamente ordinario, empírico y casi-estético en el modo en el que esto trabaja (citado por Mitchell, 1997c, p. 210).

Esta referencia a Berlin que realiza Mitchell enfatiza nuevamente la idea de la singularidad del encuentro y, por otro lado, subraya la cotidianeidad del ejercicio de este tipo de juicios.

La confusión que tienen los analistas sobre qué hacer, afirma Wachtel (1993), surge de la naturaleza dual de la relación analítica: “intimidad en un contexto de formalidad” (Ogden, 1989) o esa “mezcla de intimidad y distancia” a la que se refiere Greenson (1967). Es decir que, por un lado, es un relación profundamente personal e íntima y, por el otro, una relación profesional y limitada y, en su naturaleza misma, asimétrica.

Nos gustaría subrayar aquí nuevamente algo que es necesario siempre tener en cuenta: afirmar y defender que la relación analítica es, inevitablemente, intersubjetiva, que la interacción en su sentido conceptual es necesaria para

pensar el proceso analítico, no excluye, en absoluto, reconocer la estructura asimétrica (o disimétrica) de esta relación, la diferencia en los roles y en las responsabilidades. La mutualidad de influencia no excluye la asimetría de funciones (véase Aron 1991, 1996).

En el modelo clásico, cuyos pilares son la neutralidad, la abstinencia y el anonimato, la ambigüedad que introduce la actitud del analista era un factor central, según este modelo, para activar una transferencia no contaminada o poco contaminada. Este modelo, como hemos visto, describía los pilares de la técnica como realizaciones que generan un campo descontaminado. No hay motivo de reflexión –salvo ocasional y contingentemente- sobre ningún tipo de self-disclosure voluntaria y la involuntaria también está invisibilizada o es minimizada por la neutralidad como posibilidad real de los analistas. En el modelo de la detención del desarrollo, el analista, al jerarquizar su empatía metodológica y su rechazo de instrumentalizar la contratransferencia, tampoco ve la pertinencia de “mostrar” o revelar voluntariamente alguna cuestión ya que esto puede interferir el proceso del paciente con lo que al analista le ocurre. Se suele argumentar que es intrusivo y sobrecarga o abruma al paciente con asuntos que no deberían estorbarlo ya que le son ajenos, no son suyos sino del analista. Ambos modelos piensan, como hemos visto, la contratransferencia como algo que le ocurre al analista y que remite únicamente a su vida privada. Ambos modelos toman, en relación a la self-disclosure, una posición general de rechazo.

Las objeciones que se han levantado frente a este tipo de intervención son de dos tipos, una teórica y otra clínica: por un lado, hay un cuestionamiento general de la self-disclosure como tal en el sentido de que adultera el proceso analítico alterando la posibilidad de circunscribir la transferencia; por otro, la objeciones derivan del supuesto de que introducimos elementos que sobrecargan al paciente y que esto dificulta o desvía *su* proceso analítico. Luego veremos cómo Mitchell (y otros) cuestionan el primer tipo de objeción y, como Mitchell en particular, toma en cuenta la segunda objeción, la clínica, pero no la universaliza como hacen aquellos que consideran la

contratransferencia sólo como un obstáculo sino que la incluye en una reflexión sobre la singularidad del proceso clínico en cuestión.

Como dice Aron, para los analistas clásicos o de la detención del desarrollo los datos que cuentan en la situación analítica son aquellos que genera el paciente, lo que denomina “generación unilateral de datos” (Aron, 1996, p. 95). Para el analista clásico su tarea es, exclusivamente, interpretar. Pero es justo aquí dónde Aron, recogiendo toda una tradición que venía planteando esta cuestión, afirma que lo quiera o no el analista revela aspectos de su persona interpretando o no haciéndolo, ya que no puede dejar de participar – en un sentido amplio- en la situación analítica con toda su persona (Aron, 1996; Hoffman, 1998; Wachtel, 1993). También dice Aron, en el mismo trabajo, “el anonimato no es una opción para el analista” (1996, p. 97).

La idea de self-disclosure generaba mucha confusión ya que una parte significativa de la comunidad analítica no reconocía que la personalidad del analista, y sus reacciones emocionales, tuviesen relación con la dirección que el proceso tomaba. En la visión “clásica” del analista como observador, objeto pasivo o continente de las reacciones del paciente, éstas últimas “emergen” o se “despliegan” con independencia de las reacciones o características del analista. Wachtel habla en reiteradas ocasiones de las “retóricas de la emergencia o del despliegue” (1982, p. 259). Dice Wachtel:

La forma psicoanalítica de dar cuenta de la transferencia frecuentemente lee lo transferencial como si las estructuras fueran puramente asimilativas. Las retóricas de la emergencia y del despliegue niegan implícitamente la acomodación: las reacciones del paciente no se desarrollan en el contexto de los que está realmente pasando entre las dos personas (o en el contexto más amplio de las circunstancias de la vida de la persona); ellas “emergen” o “despliegan” desde dentro –o al menos lo hacen si el analista se corre del camino y deja que ocurra (Wachtel, 1982, pp. 263-264).

Estas “retóricas” o formas de entender la transferencia desmienten o niegan la acomodación, es decir, cómo el paciente interactúa en la situación presente y lo que esta también requiere.

Las self-disclosures involuntarias son las que permitieron, junto con otras muchas consideraciones, desmontar los conceptos de neutralidad, abstinencia y anonimato ya que, como muchos sostienen, lo quiera o no el analista, este muestra cosas de sí en una multitud de maneras, desde las más obvias formas de presentar la consulta, vestimenta, lugar, etc, hasta las más sofisticadas en el tipo de intervenciones que realiza. Renik habla en este sentido de la “irreducible subjetividad del analista” (1993) en la técnica analítica.

Pero el debate tal vez más delicado, que ha generado mayor controversia, está relacionado con las self-disclosures voluntarias, es decir, aquellas que se usan como modo activo de participación del analista. Tanto para los analistas clásicos como para los contemporáneos.

Una de las primeras objeciones que surgieron, desde la perspectiva clásica, es que la auto-revelación voluntaria interfiere con la ambigüedad y anonimato necesarios dentro del proceso para que se despliegue la transferencia del paciente; según esta forma de entenderlas llevaría la relación analítica hacia lugares que no iría en caso de mantener los principios técnicos de abstinencia, neutralidad y anonimato. De acuerdo con esta perspectiva, que el analista se deje ver inhibe la posibilidad en el paciente de desarrollar transferencias y de revelar, así, sus más privadas e idiosincrásicas fantasías y, por tanto, no permite acceder a los niveles más profundos de la psique. Estos argumentos están basados en una concepción de la transferencia como unipersonal y radicalmente a-contextual. Esta concepción de la transferencia es limitada, como venimos viendo. Lo que el paciente necesita ver no es que sus reacciones son “irreales” sino en qué medida reflejan las determinaciones históricas y caracterológicas a experimentar ciertas configuraciones relacionales de determinada manera. Cuando las auto-revelaciones contribuyen a un modo particular de configurar la transferencia,

esta contribución no es una distorsión sino una extensión del campo de exploración que debe ser trabajado.

Hablando del sentimiento de emancipación y de liberación que uno puede apreciar en la literatura post-clásica, literatura que ha cuestionado la actitud clásica y sus “prácticas antisépticas” (Mitchell, 2000, p. 126), Mitchell piensa que en general todos estos desarrollos han abierto opciones importantes y útiles. Hay más honestidad clínica –para uno como analista y para el paciente- y refleja mejor cómo realmente se desarrolla el tratamiento sin perder por ello el rigor.

Como lo expresa en reiteradas ocasiones, Mitchell no era muy amigo de la expresión “self-disclosure” ya que la consideraba un término “legalista” (Mitchell, 1997c, p. 321; Aron, 2005, p. 27), es decir, producto de la necesidad por parte de la comunidad analítica oficial de darle un lugar a algo que siempre ha estado presente en la clínica y con lo que siempre había contado el psicoanálisis interpersonal. Por su parte, Aron comenta:

Mi objeción al término está basada en el supuesto implícito que conlleva de un “self” relativamente cerrado y delimitado que puede elegir revelar o ocultar. Si pensamos en términos de self múltiple, inmediatamente nos debemos interrogar sobre cuál de los self del analista está revelando qué a cuál de los self del paciente –y, mientras todo esto ocurre, ¿qué están haciendo los otros self? (Aron, 1998) (Aron, 2005, p. 27).

Este es otro punto importante que Mitchell ha señalado en diferentes oportunidades (véase 2001c, p. 287): una concepción múltiple del self y una concepción constructivista-perspectivista del mismo no nos lleva a abandonar conceptos tales como agencia, autenticidad o self-disclosure pero si nos lleva a verlos desde una perspectiva diferente, a reconceptualizarlos, ya que modifica cualquier concepto del self como unitario y, en esa medida, en el caso de la self-disclosure, se cuestiona la posibilidad del analista de ser quién sabe con transparencia, sin oscuridades, lo que a él le ocurre. Lo que

siente/piensa el analista es, en general, mucho más polifónico y politonal que la lectura que de eso hace y la auto-revelación que así se desprende.

Como venimos viendo, dentro de los desarrollos de las últimas décadas está, por supuesto, el uso voluntario de la self-disclosure como tipo de participación. Mitchell nos señala que en este movimiento de los analistas de un tonalidad más restringida a una tonalidad más expresiva, cierta literatura post-clásica ha pecado en pensar que lo opuesto a la pantalla en blanco o pantalla reflectante del analista tradicional es, podríamos decir, la “pantalla en rojo” del analista que se muestra –para seguir con la oposición entre modos blancos y rojos que usa la literatura francesa. El analista como pantalla en rojo sería aquel que piensa que la expresión de sus sentimientos contratransferenciales o de aspectos de su vida son herramientas terapéuticas per se, es decir, más allá de la situación clínica concreta y de la matriz interactiva (Greenberg, 1996) que constituye cada proceso analítico o momento del mismo. Como si en su reacción al análisis clásico, piensa Mitchell, hubiesen cuestionado las formas más que el principio. Por ello, para él, la ubicuidad de la interacción como concepto no implica como tal ninguna conducta específica que logre algún ideal analítico. Como dijimos anteriormente, es la sensibilidad auto-reflexiva analítica lo que Mitchell piensa que es necesario cultivar rigurosamente y no conductas concretas prescritas.

Estas oscilaciones son frecuentes en la historia de las ideas y en la historia psicoanalítica. Rafael Paz, un destacado psicoanalista argentino, plantea que en la historia del psicoanálisis ha habido un vaivén frecuente entre, por un lado, el trabajo en frustración y abstinencia, trabajo preocupado por los límites y el encuadre y, por otro lado, una necesidad de aflojar estos límites, con lo que sobreviene, afirma, “la afectivización, lo lúdico, la legitimación de una serie de cosas que los analistas hacemos pero que no pertenecen al discurso oficial de lo que decimos hacer” (Paz, 1994, p. 61). Este eje oscilante, sostiene, ha recorrido la historia del psicoanálisis y está presente de alguna manera en muchas de las relaciones que Emmanuel Berman, psicoanalista israelí, denominó “díadas generativas” en la historia del psicoanálisis (Berman, 1997, p. 185)

Como afirma Mitchell, comentando el trabajo de un analista contemporáneo:

Como he dicho antes, pienso pueden existir muy buenas razones para que el analista, en diferentes circunstancias, no haga explícitas sus ideas sobre el proceso. Ubicar las posiciones que se han tomado sobre esta cuestión en un continuo que va de lo conservador a lo radical me parece un engañoso y desorientador (1997c, p. 321).

Creo que es importante esta aclaración que hace Mitchell. A él le parece que pensar este asunto en términos de un continuo desorienta sobre lo que realmente está en juego. No le interesa establecer un continuo entre una posición “conservadora” de neutralidad-abstinencia y una “radical” que explicitaría constantemente la interacción, es decir, entre el anonimato y el *self-disclosure*. Hacer esto supone confundir diferentes niveles de análisis: por un lado, hacerlo implica seguir sosteniendo la definición de estas polaridades en términos de su valor como conductas; por otro lado, mantiene la idea de que la neutralidad-abstinencia o la autenticidad o cualquier otra actitud analítica (según quién establezca el continuo) siguen siendo un ideal que el analista debe alcanzar para la buena conducción del tratamiento; además, considerar cualquier restricción como “conservadora” y cualquier expresión como “radical”, pierde de vista el principio conceptual que a Mitchell le interesa mantener y jerarquizar más allá de los modos particulares en los que cada analista lleva adelante un proceso –como hemos dicho reiteradas veces, hay muchos modos auténticos o auténticamente reflexivos de hacerlo.

No se trata sólo, pues, de que la neutralidad-abstinencia o cualquier pretensión de definir *a priori* la actitud analítica no sean metas deseables ni alcanzables sino que esta posición, desde una perspectiva relacional, tampoco es inteligible ya que esta última ubica en su centro, y ese es el centro de nuestro trabajo, la ubicuidad del concepto de interacción.

Otra cosa es que un analista, en determinadas situaciones, pueda optar por estos modos de participación, lo cual Mitchell no duda. En relación al uso constante de la self-disclosure como poseyendo alguna bondad per se, Mitchell se pregunta:

¿Por qué debería ser así? Hay pacientes que no pueden escuchar al analista hablar sobre sus experiencias o, incluso, plantear preguntas sobre ella, sin experimentar un ataque aplastante, una humillación, una seducción, etc. Presumir la utilidad de dialogar sobre las auto-revelaciones es presumir que el paciente es capaz de escuchar y usar el lenguaje de un modo simbólico (posición depresiva). Muchos pacientes no pueden hacer eso por prolongados períodos y todos los pacientes no lo pueden hacer durante extensos períodos en el proceso analítico (Mitchell, 1997c, p. 320).

Lo que a Mitchell le resulta más interesante es poder tener este modo de participar dentro de las respuestas posibles de su repertorio que, en su mejor juicio y hacer clínico, usará como usa otras formas de participación, sin presumir una continuidad entre intensión y resultado, o entre intención y límites de la conciencia de lo que vehiculiza la propia participación.

Otro de los elementos que es necesario considerar a la hora de evaluar una participación analítica, y también la self-disclosure, es si ha permitido abrir vías de exploración o si, por el contrario, las ha cerrado. Esto lo plantea muy bien Greenberg cuando comenta un material clínico que viene él mismo de presentar:

Fíjense que, aunque lo he hecho en otros lugares (Greenberg, 1986) no estoy en este caso defendiendo ningún tipo de auto-revelación. De hecho, en este contexto la auto-revelación puede contribuir al problema porque implica que los analista pueden ser jueces más exactos de sí mismos que el paciente. El analista auto-revelador a menudo cree que todo lo que necesita ser dicho debe ser dicho (véase Hoffman, 1983) y que nada de lo que quede fuera puede atribuirse

legítimamente a la distorsión del paciente. Cuando comparten información factual –si uno esta “realmente” cansado ese día o por qué una sesión fue repentinamente cancelada- auto-revelaciones convencionales suelen evocar respuestas convencionales. Paradójicamente, entonces, la auto-revelación cierra la exploración de las observaciones del paciente y su reacción a ellas. Mi prescripción técnica aquí es no auto-revelar sino continuar el camino más difícil de tomar conciencia de la plausibilidad de las percepciones del paciente, incluso cuando hacerlo sea incómodo. En general, mi impresión es que preguntas cuya forma general sería “¿Hay algo que yo haya hecho o que Ud. ve en mi que puede haberlo llevado a sentir de ese modo?” son muy raramente realizadas en el curso de un análisis. Este planteamiento está, por supuesto, totalmente de acuerdo con las sugerencias técnicas de Gill (1982) sobre el análisis de la transferencia (Greenberg, 1996, pp. 69-70).

La historia del psicoanálisis ha puesto de manifiesto diferentes formas de comprender la contratransferencia y diferentes usos de la misma. Ferenczi, Racker, Little, Heimann, Tauber, Searls, por no citar mas que algunas contribuciones, han establecido las grandes líneas que han guiado tanto al pensamiento como a la acción analítica sobre este asunto.

Pienso que ha sido un logro del psicoanálisis contemporáneo haber legitimado el asunto clínico de la revelación contratransferencial, de la self-disclosure -involuntaria como voluntaria- como parte de toda discusión clínica enriquecida y de que la misma forme parte del repertorio de intervenciones posibles del analista. Pero como con otros modos de participación, esta depende de factores vinculados al paciente, al analista y a la díada singular que forman. En este sentido, no comparto la crítica que realiza Maroda (2002) al acento que el psicoanálisis contemporáneo ha puesto en la singularidad de cada proceso, así como su crítica a cierta epistemología cercana al planteamiento relacional. Pienso que dicho énfasis no se opone, como cree la autora, a una buena transmisión y formación en un psicoanálisis relacional clínico, aunque puede llegar a hacer estas tareas más laboriosas y,

por lo tanto, ansiógenas. Es inevitable que en algún momento todo analista en formación –o sea, una dimensión de todo analista a lo largo de la vida- se plantee o sienta la necesidad de encontrar una regla o principio al cual pueda aferrarse y que organice centralmente su tarea. Por nuestro lado, sin dejar de reconocer que lidiamos a menudo con esto, nos gustaría aclarar que lo diferenciamos de otra necesidad, que sí pensamos que enriquece nuestra clínica: la de que todo analista encuentre sus modos preferentes de estar y participar en los procesos analíticos y que, de este modo, toda teoría de la técnica, como sostiene Aron (1996), sea construida y reconstruida en cada diada psicoanalítica singular.

4.4.6.4 Enactment

[...] la terapia consiste en una serie de caídas en puestas en escena [enactment] con los pacientes ("transformaciones") y en el desenredo creativo" (Levenson, 1998, p. 4)

Afirma Mitchell: "Levenson ha realizado una importante y cada vez más reconocida contribución al pensamiento psicoanalítico contemporáneo demostrando la utilidad de enfocar la interacción entre analizado y analista en términos de enactments y reenactments de patrones dinámicos centrales" (Mitchell, 1991, p. 101)

Por su lado, Irwin Hoffman sostiene, hablando también de Levenson, que este se "encuentra entre aquellos que han contribuido significativamente a la apreciación del hecho de que, en cierta medida, el analista queda tomado en el enactment de varios patrones interaccionales antes de ser identificados o en el proceso mismo de exploración" (1990, p. 289).

Nos interesa hacer estas dos referencias a la obra de Levenson como un pequeño homenaje-reconocimiento ya que pensamos que en este asunto su contribución generalmente ha sido ignorada por la mayor parte de la comunidad psicoanalítica por fuera de los autores de la tradición interpersonal (Lieberman, 2013a).

En la comprensión de la situación clínica vinculada a la idea de *enactment* Levenson fue sin duda uno de sus pioneros y promotores, aunque el término con el que lo conocemos hoy la mayor parte de nosotros haya sido acuñado unas décadas después por Theodor Jacobs (1986), un freudiano contemporáneo. El término “*enactment*”, que traducimos por “puesta en escena” (pero que también se puede traducir por “representación” en el sentido escénico aunque esta suele ser confusa), tiene, además, un antecedente claro en la perspectiva freudiana contemporánea en la obra de Sandler en el concepto de “actualización”⁹² (1976).

La concepción de Levenson es más amplia, es la que nutrió el pensamiento de Mitchell y está articulada y se solapa con el concepto de interacción. Si bien Levenson no usa al comienzo de su obra la noción de “enactment”, ya que no existía como concepto, sí recurre a un símil que lo evoca de modo evidente cuando afirma que “¡El analista ha pasado de ser una pantalla en blanco [para la proyección del pasado] a ser un co-actor [coprotagonista]. Hemos pasado del cine al teatro en vivo!” (Levenson, 1972, p. 183). Es una escena creada y recreada conjuntamente en el tratamiento. Escena que no podemos sortear, que es parte necesaria de proceso analítico mismo. Como dice Levenson en el epígrafe de este capítulo, la terapia o el proceso analítico consiste en caer y desenredarse una y otra vez de estas puestas en escena.

Otra cita temprana de Levenson nos permitirá ir afilando el concepto. Dice:

⁹² Dice Sandler en nota a pie de página: “I want to use the term actualization in the dictionary sense of the word, not in the specific technical senses in which it has been used by certain writers. The Oxford English Dictionary defines actualization as 'a making actual; a realization in action or fact', and actualise as 'to make actual, to convert into an actual fact, to realize in action'” (1976). Sandler quiere diferenciar el este concepto del concepto tradicional de repetición o del de acting out.

No es el desciframiento de las dinámicas lo que hace a una terapia, ni sus “interpretaciones” de significado y motivos, sino, más bien, nuestra amplia participación con el paciente [...] nuestra habilidad para estar atrapados, sumergidos y participando del sistema y desde allí trabajar un modo de salir [...] [esta es] una versión de la “elaboración”: no la constante reinterpretación de la distorsión sino el cambio gradual del campo entero del paciente por medio de la resistencia a la transformación –que es un proceso de perforación desde dentro (1972, p. 174).

Esta metáfora de la “perforación desde dentro” nos resulta muy evocadora de una concepción del proceso analítico como participación y enredo necesario, atrapamiento, desde el que hay que construir conjuntamente un modo de salir, no hacia un espacio neutral, sino hacia otros modos de estar con el otro que enriquezcan la experiencia.

Por lo tanto, es necesario señalar, como hace Mitchell (1997a), que la noción de enactment es deudora del concepto de interacción y, en esa medida, hay que estar atentos conceptualmente ya que el término enactment puede dar lugar a engaño al sugerir que se puede pensar que define una situación puntual –tenga la longitud temporal que tenga-, que es algo contingente y limitado en el tiempo, o que puede aparecer y desaparecer del proceso analítico. Esta es la forma en la que Jacobs y los freudianos contemporáneos han encarado el problema de la interacción, sostiene Mitchell (1997a, p. 144), es decir, tratando de circunscribir y limitar su alcance para, de alguna manera, poder seguir pensando que cuando no hay enactment el proceso analítico sigue caminos más o menos tradicionales con las enmiendas de turno.

Por su parte, la tradición kleiniana, en su enfoque del concepto de enactment, también ha tratado de limitar su alcance ya que ha extendido el concepto de

identificación proyectiva hasta, como dice Mitchell, interpersonalizarlo en situaciones concretas del tratamiento -con trabajos como los de Racker, Joseph y Ogden (Mitchell, 1992c; 1997a; 2000c).

Como hemos señalado al comienzo de este capítulo cada tradición psicoanalítica ha lidiado con el concepto de interacción desde el peso y el tipo de problemáticas y acomodaciones que el *background* de cada una de ellas requería y consideraba prioritario.

Por estas razones, porque las diferentes tradiciones, con estos conceptos, han tratado de limitar el alcance del concepto de interacción –es decir, no han sacado las consecuencias del mismo- es que Mitchell piensa que es más adecuado conceptualmente hablar de interacción aunque no desconoce, por un lado, que cada una de estas tradiciones ha aportado elementos importantes a nuestra reflexión clínica y que, además, el concepto de enactment (puesta en escena) se ha impuesto por su mayor capacidad de evocación clínica y, probablemente, de corrección política para muchos.

Anthony Bass (2003), un discípulo y colega de Mitchell, piensa que el término enactment se ha extendido de forma considerable en el psicoanálisis contemporáneo porque permite a analistas de diferentes orientaciones compartir un lenguaje común para discutir aspectos de su experiencia clínica. Afirma, siguiendo a Mitchell, que

La noción de “enactments” aislados corre el riesgo de oscurecer el darse cuenta (la toma de conciencia) de que toda interacción entre analista y paciente puede ser vista útilmente como enactment transferencial-contratransferencial incluso, como suele ser el caso, si su significado, o incluso su misma existencia, se reconoce sólo retrospectivamente (Bass, 2003, p. 660).

Para tratar de sortear este problema propone diferenciar entre “Enactments” con “E” mayúscula y “enactments” en minúscula. Los primeros harían referencia a los momentos en los que se “precipita” un entrelazamiento inconsciente entre analista y analizando que puede ser captado o del cual nos percatamos de su existencia –más allá de la construcción posterior del significado.

Pienso que una buena y clara definición de esta forma de entenderlo la realizó Mitchell antes de que el término enactment tuviera la prensa que tiene hoy, en la línea de Levenson, cuando sostuvo:

A menos que el analista entre afectivamente en la matriz relacional del paciente o, más bien, se descubra a sí mismo dentro de ella –a menos que el analista esté cautivado por los reclamos del paciente, modelado por sus proyecciones, enfrentado y frustrado por sus defensas- el tratamiento no está completamente jugado y se pierde una cierta profundidad (Mitchell, 1988b, p. 293).

Pienso que la idea de “descubrirse dentro” es central para comprender esta forma de encarar la participación del analista en un sentido amplio.

4.4.7 ¿Qué sabe el analista?

Interrogarse sobre el estatuto del conocimiento supone una pregunta que por muy inquietante que sea es inevitable plantearse: ¿Qué es lo que sabe-conoce el analista?

En 1992 Mitchell introduce un Symposium en la revista *Psychoanalytic Dialogues* que tenía por tema volver a pensar la naturaleza del conocimiento analítico y las implicaciones prácticas que esto tiene en nuestra clínica cotidiana. En el apartado en el que hemos revisado el concepto de interpretación hemos, muy brevemente, planteado algunas de las ideas que

Mitchell sostiene sobre el tema del conocimiento y aquellas que más lo han influenciado. Estas ideas renuevan nuestra visión de la interpretación al salir de una visión de una racionalidad clásica hacia un pensamiento hermenéutico-constructivista.

Claro, Mitchell se da cuenta que esta pregunta resulta extraña en un medio como el psicoanalítico en el que los resabios positivistas (y no tan resabios) de la “mentalidad grupal” siguen fuertemente vigentes. Es cierto que en las últimas décadas partes importantes de esta comunidad ha sido más permeable al reconocimiento general que ha habido en cuanto a los cambios en el campo de la ciencia y, sobre todo, de las llamadas ciencias sociales.

Para Freud y sus contemporáneos no había duda: el psicoanálisis era un conocimiento científico, compartía esa visión del mundo y tenía como objeto de estudio el funcionamiento psíquico, sector del mundo natural que era accesible (Mitchell, 1992b, p. 279). Recordemos que las “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis” (1933 [1932]) de Freud se cierran con una conferencia dedicada a “En torno a una cosmovisión (*Weltanschauung*)” (p. 146, AE, Vol. XXII) y que ya antes, en 1926, había afirmado que el psicoanálisis no era una “cosmovisión”, que ese tipo de pensamiento que cree dar razón de todo hay que dejarlo para los filósofos quienes, afirma Freud con cierta malicia, necesitan que una guía turística les diga cómo son las cosas (véase el final del capítulo II de “Inhibición, síntoma y angustia”, es una perla ilustrada y un alegato que hoy no puede menos que despertarnos cariño y respeto aunque nos sintamos muy lejos de su posición). Por el contrario, Freud afirma que el psicoanálisis, como ciencia especial, comparte y acepta la cosmovisión de la ciencia. Luego parte en una crítica de la religión, considerada por Freud como “la infancia de la humanidad” —en la línea de Comte— y defiende la necesidad de basar los “reclamos éticos” en otras fuentes que en las religiosas (Freud, 1933, p. 155) —con lo que, por supuesto, hoy estamos plenamente de acuerdo. Ciencia contra religión era uno de los debates de Freud, debate heredado de parte de la tradición ilustrada. Al mismo tiempo, advierte Freud, que, hablando propiamente, la ciencia no es una cosmovisión, ya que “es demasiado

incompleta, no pretende absolutismo ninguno ni formar un sistema” (Freud, 1933, p. 168) como la filosofía para él.

Para entrar en el debate actual sobre qué sabe el analista es condición indispensable compartir lo inadecuado que nos resulta hoy la visión tradicional basada en una correspondencia entre teoría y objeto (natural). Esto supone romper con el modelo arqueológico, que tanto impacto tuvo como símil-metáfora de la actividad del analista. Hoy se piensa que más que reconstructivo –como el arqueológico- el trabajo del analista es constructivo, que la experiencia humana sobre la que se construye es fundamentalmente ambigua y que, como afirma Mitchell, “no es lo mismo que decir compleja” (1992b, p. 280). El psicoanálisis tradicional, desde Freud, siempre supo de su complejidad y esta era pensada con la idea de “sobredeterminación”, es decir, que había una serie de motivos que estaban detrás de la formaciones psíquicas que, aunque muchas veces inaccesibles, siempre eran determinados (determinables potencialmente). Hay una única solución, compleja, aunque el rompecabezas no se complete. Para Mitchell, “decir que la experiencia es fundamentalmente ambigua es decir que sus significados no son inherentes o evidentes en sí mismos, sino que lleva a múltiples comprensiones, múltiples interpretaciones” (Mitchell, 1992, p. 281).

El conocimiento del analista no es la verdad sobre lo que hay “en” la mente del paciente sino una versión posible de ella. Hoy en día, a diferencia de la época de Freud, hay muchos psicoanálisis, es decir, diferentes escuelas que reclaman un cierto saber sobre lo que ocurre en la mente del paciente y en el proceso psicoanalítico. Mitchell afirma que esta heterogeneidad puede muchas veces ser perturbadora pero que también es muy estimulante y es una prueba más del tipo de saber que el psicoanalista puede reclamar para sí.

Ha habido, sostiene Mitchell, un movimiento de transformación fundamental de la racionalidad y/o epistemología de la época de Freud a la nuestra. Ha habido cambios importantes, en las perspectivas y sociales, entre la racionalidad clásica que imperaba a comienzos del siglo XX y el tipo de

racionalidad y comprensiones de la ciencia que conviven a finales del siglo XX y comienzos de este siglo. La racionalidad clásica, podemos decir muy esquemáticamente, era considerada como una capacidad de pensar claramente y sin ilusiones, centrada en el control y el dominio, al que puede acceder, por su universalidad, todo aquel que “piense” –racionalmente- y que encarna, sin duda, los ideales iluministas y progresistas de estos “hijos de la ilustración”, según la expresión de Peter Gay, para quién Freud fue “el último de los *philosophes*” (1993, p. 56). La racionalidad contemporánea, por el contrario, está llena de preguntas sobre su propia condición, reconoce la pluralidad interna e histórica que la constituye, una razón centrada en el sujeto y en el diálogo. En este asunto Mitchell está influido por los filósofos pragmáticos norteamericanos contemporáneos -Richard Rorty y Richard Bernstein- y por el pensamiento de Jürgen Habermas. Según Bernstein,

Habermas tiene mucha razón al reconocer que la intuición o juicio básico que está en el centro de su pensamiento también es central en la tradición pragmática. Ambos comparten una comprensión de la racionalidad como intrínsecamente dialógica y comunicativa (Bernstein, 1991, p. 48).

Una visión dialógica y constructivista de la “razón” sustituye a una visión a-histórica e universalista de la misma.

Esta revolución en la metateoría, como la denomina Mitchell (1993c, p. 41), es una respuesta a la crisis de confianza en el conocimiento y, sobre todo, en la capacidad del conocimiento llamado “científico” de responder a cuestiones humanas fundamentales que han atravesado el siglo XX. También se refiere a estas transformaciones como la caída del cientificismo que dominó el siglo XIX y principios del XX (Mitchell, 1997a, p. 205) o describiendo la sociedad en la que vivimos hoy como perteneciendo a una era post-científica (1992b, p. 282), es decir, con la ciencia pero sin la esperanza-expectativa de que esta defina significados y valores fundamentales. Como afirma Bernstein: “Tal vez la más severa amenaza a las esperanzas de Condorcet es el desafío de Weber a la idea de que la ciencia –como se ha “progresivamente”

desarrollado- pueda decirnos cómo debemos vivir nuestras vidas” (Bernstein, 1991, p. 37).

La ciencia, sabemos hoy, no puede darnos respuestas últimas sobre asuntos importantes para los seres humanos. En muchos lugares de su obra Mitchell hace referencia a la obra de Isaías Berlin, autor que lo acompañó, como hemos señalado ya, desde sus primeros trabajos de juventud (*El hombre y el Estado*). Berlin, en 1959 (y en muchos otros ensayos) hace una de las más claras y concisas críticas a cierto tipo de racionalidad que, para él, ha marcado el desarrollo occidental. Lo cito:

“[...] el núcleo de la tradición intelectual de occidente se ha apoyado, desde Platón, en tres dogmas indiscutibles:

- a. que para todo problema auténtico no hay más que una solución verdadera y solo una, siendo todas las demás desviaciones de la verdad y en consecuencia falsas, y esto se aplica a problemas de conducta y de sentimiento, es decir, a la práctica, como a problemas teóricos o de observación: tanto a problemas de valor como de hecho.*
- b. que las soluciones verdaderas a esos problemas son en principio cognoscibles*
- c. que esas soluciones no pueden chocar entre sí, pues una proposición verdadera no puede ser incompatible con otra; que esas soluciones deben formar juntas un todo armónico ...” (Berlin, 1959/1998, p. 197)*

Otra gran influencia de Mitchell, aunque menos citado en este aspecto, es el perspectivismo que Levenson introduce en psicoanálisis en su primer libro “The fallacy of understanding” (1972; Liberman, 2013a) y que, para nosotros, queda reflejado en el título de uno de sus capítulos: “De Anna O. a Portnoy: un replanteamiento perspectivista” (1972, p. 93) –recuerden a Alexander Portnoy, el protagonista de “El lamento de Portnoy” de Philip Roth.

Frente a ciertas objeciones que este planteamiento o replanteamiento suscita, Mitchell trata de hacer una evaluación del asunto como una corriente que está permanentemente asediada por dos males o peligros opuestos que

formula así: el Caribdis de la preservación del supuesto de una realidad que está “allí afuera”, que es representable tal y como es, que no es ambigua, es decir, el objetivismo, y la Escila “multifacética”, como la llama, que supone el “espectro (fantasma) del relativismo” (Mitchell, 1993, p. 63). Nos gustaría decir que Mitchell, tal como nosotros lo vemos, adopta una posición parecida al antropólogo Clifford Geertz que en 1984 se autodefine como “Anti anti-relativista” (1984/2010, p. 371). Si bien Geertz es una autor que Mitchell cita en otras oportunidades, en este tema se apoya básicamente en la obra de Richard Bernstein *Beyond Objectivism and Relativism* (1983). En este libro, que representaba el camino que estaban tomando cierto filósofos de la ciencia, Bernstein trata de plantear cómo el abandono del supuesto de la verdad como *adaequatio rei et intellectus*, es decir, como correspondencia representacional entre teoría y realidad, no necesariamente lleva al subjetivismo o al relativismo sino que, más bien, en este *Beyond* (más allá) del título, propone trabajar otro tipo de disciplina de la razón que llama “racionalidad práctica”. Esta forma de racionalidad, afirma Bernstein, permite la comparación de teorías según su valor de uso, su consenso y su economía explicativa. Por ello, esta racionalidad práctica es esencialmente dialógica e intersubjetiva y, por lo tanto, es inherente a ella la noción de comunidad. Afirma Mitchell:

Es crucial que el psicoanálisis amplíe este puesto de avanzada [cabeza de playa] en el territorio entre el objetivismo anacrónico y el relativismo irresponsable. Creer que no existe una única y correcta versión canónica de la mente del paciente no implica que todas las versiones sean igualmente válidas y convincentes. Muchos hechos hacen una vida, y estamos justificados en tener diferentes niveles de convicción sobre nuestras creencias sobre ellos (Mitchell, 1997a, p. 211).

Mitchell piensa que aquello en lo que en analista es “experto”, para seguir con esta expresión de cuño sullivaneano, es en construir y negociar significados en un contexto de interacción, con un particular tipo de sensibilidad reflexiva y auto-reflexiva que adjetiva de psicoanalítica, que

permite la reorganización de la experiencia, así como indagar en cómo se han construido los sistemas de significado que constituyen y afectan la vida del paciente y en cómo cambian, sistemas de significados que incluyen la historia personal y las motivaciones.

Pero, insistimos, no todo vale, no todo relato es viable. Mitchell debate aquí también con aquellos que piensan –para objetar o como posición tomada– que si no hay una versión canónica de cómo funciona la mente del paciente, entonces cualquier versión es posible. La experiencia actual, insiste Mitchell (1997c, p. 218) como han insistido Hoffman (1998) y Gill (1994), es ambigua y maleable pero implica restricciones contra las cuales las interpretaciones tendrán que ser confrontadas.

Merton Gill en su último libro sostuvo:

Más que decir que “los hechos son los que los analistas hagan que sean” [como dice Schafer] prefiero decir que los hechos son lo que analista y analizado llegan al acuerdo de que son hechos [...] Muchos analistas [...] malentienden las connotaciones de “narrativa”. Piensan que significa un relato, con el supuesto de que un relato es tan bueno como cualquier otro, que todo lo que se busca es que sea un consistente y cohesivo sin tener necesariamente que ver con lo que realmente ha ocurrido -dicho brevemente, una ficción. En otras palabras, las restricciones de la realidad son ignoradas [...] Tal perspectiva es una absurda distorsión del concepto de constructivismo y de las contribuciones del analista a la situación analítica (Gill, 1994, p. 10).

Lo que afirma Gill es interesante por varios motivos: por un lado, propone una salida a la paradoja que sitúa la idea de Paul Ricoeur cuando sostiene que analista y analizado configuran una suerte de micro-comunidad disciplinar en la que realizan conjuntamente el trabajo de historizar, es decir, de situar qué son “hechos históricos” a partir de una suerte de compleja masa documental –recuerdos (memoria), transferencia-contratransferencia,

asociación libre, cultura compartida, etc. Por otro lado, como insistió siempre Castoriadis (1975), la realidad no instituida socialmente nos ofrece fundamentalmente restricciones (lo que hace muchos años con unos amigos llamábamos ‘determinaciones negativas’) sobre las que se montan, por apuntalamiento (Castoriadis, 1975, p. 313) las significaciones sociales imaginarias así como las personales. Es decir, nos dice lo que no puede ser, lo que no puede funcionar, etc., o sea que de ella no se desprende, *per se*, el significado que le es adscrito. Mitchell también ha insistido en que no es necesario elegir entre hechos y el reconocimiento de la participación del analista como experto a la hora de generar sentido sobre dicho hechos (1997c, p. 212).

Nuestra habilidad, como analistas, consiste en historizar el modo en el que los sistemas de significados se construyen y se modifican. Pero dichos sistemas de significado no funcionan si entran en contradicción con “hechos conocidos”, socialmente instituidos. En todo psicoanálisis partimos de una “historia oficial” o “historia de la identidad” –en el sentido de Hobsbawm (1998, p. 266). Exploramos esta historia del modo en que los psicoanalistas sabemos acceder a interrogarla, es decir, desde el presente: presente de los síntomas, presente de la repetición, de la transferencia y de la contratransferencia, de las formaciones caracterológicas, de los sueños o los recuerdos, de la asociación libre, de la indagación detallada, lo que nos llevará, una y otra vez, a reescribirla conjuntamente con el paciente, a volver a narrarla siempre de formas vivas, plausibles y útiles -lo que no significa que el criterio estético (la coherencia) haya venido a sustituir al caduco criterio de correspondencia.

Pienso que Mitchell, también en este punto, está cerca del psicoanálisis interpersonal contemporáneo, sobre todo de Levenson, cuando este reformula el concepto de Sullivan de indagación detallada (Ávila Espada, 2013; Liberman, 2013a). En esta reformulación, Levenson entiende la indagación detallada como un método deconstructivo, es decir, como un modo de desarmar las “versiones cliché de los acontecimientos” (Levenson, 2005, p. 640) con las que el paciente nos consulta. Los Cabalistas sostenían,

refiere Levenson en diferentes oportunidades, que el misterio de dios reside en lo particular, y la indagación detallada tiene como meta explorar estas texturas tratando de no moverse prematuramente de los datos explícitos de la vida del paciente a las interpretaciones abstractas. En su texto “La búsqueda de lo particular” (1988) Levenson afirma:

Pienso que el impulso del proceso analítico emerge justamente de este forzar los datos, i.e., de la deconstrucción del texto preparado del paciente, del material clínico, más que de la explicación por parte del analista de la plétora de datos que emergen. Pienso que este es el vis-a-tergo analítico, la fuerza impulsora, más allá de la metapsicología imaginaria que se use (1988, p. 5).

La indagación detallada en las texturas del pasado y del presente del paciente así como en la relación transferencial-contratransferencial es una de las funciones centrales del analista. Esta le permite, pues, desafiar los límites de las narrativas familiares, en los dos sentido que este término tiene, como Mitchell ha señalado en diferentes ocasiones (1988b, p. 291), para abrir el mundo del paciente, enriquecer dichas formas de narrarse uno mismo y al mundo. El derrumbe del orden narrativo establecido será condición *sine qua non* de la reorganización de la experiencia, gracias a un proceso creativo, hacia modos y narrativas más complejos y flexibles.

4.4.8 La autoridad del psicoanalista

Ahora bien, si el psicoanálisis sale de la burbuja en la que ha estado mucho tiempo recluso -por motivos de asedio, de intolerancia del entorno, pero también por lógicas internas-, si se abre al mundo que lo rodea, afirma Mitchell, se dará cuenta que los cambios en el campo cultural, social y del conocimiento que se han producido “han hecho imposible el tipo de autoridad incuestionable que la primeras generaciones de psicoanalistas podían atribuir a su conocimiento” (Mitchell, 1992b, p. 281). En la época de Freud conocimiento y autoridad iban de la mano. Este conocimiento era

considerado como la herramienta principal de cambio para el paciente, una vez que haya sido incorporado y elaborado, a través del análisis de las resistencias, e integrado en el sistema consciente-preconsciente.

Mitchell considera que su forma de entender el problema de la autoridad del analista deriva, también, del tipo de conocimiento que el analista puede reclamar hoy, es decir, de lo que pensamos que el analista “sabe” o es “experto”. Si entendemos que la mente y el campo de la experiencia es ambiguo y flexible y que, por lo tanto, no existe una versión única y canónica de lo que pasa “en” la mente del paciente, entonces el tipo de autoridad del analista no derivará de este supuesto conocimiento.

Mitchell parte de la idea de que los pacientes comienzan los tratamientos otorgando al analista diferentes tipos de autoridad. Diferencia, como hemos visto antes que lo hace Brenner, entre la autoridad inicial y aquella vinculada al proceso analítico. Pero, a diferencia de Brenner, no piensa que el analista mejor analizado y con más experiencia será el que haga la mejor interpretación o la interpretación más exacta. Dice Mitchell:

[...esa] autoridad inicial [...] no es la autoridad que el paciente llegará a respetar como significativa del cambio analítico. Esta última autoridad no es traída al tratamiento sino que es el producto de la participación del analista en el tratamiento [...] A diferencia de Freud y Brenner, no considero a las comprensiones-suposiciones del analista sobre la mente del paciente como las mejores comprensiones-suposiciones en un sentido objetivo o genérico, sino más bien como la mejor comprensión-suposición de este analista particular, inserto [embedded] en la experiencia analítica y en el contexto de la predominancia de configuraciones transferenciales-contratransferenciales (Mitchell, 1997a, p. 222).

La diferencia es importante. Por un lado, lo que estamos llamando la autoridad inicial, es decir, aquella que deriva de los aspectos socialmente instituidos del rol del analista, no es la que parece más significativa ni para

Brenner, ni para Mitchell. Es cierto que, a priori, el analista, como afirma Brenner, propone un encuadre de la tarea, es decir, establece ciertas condiciones para su realización. Aquí, como ya hemos dicho, todo el asunto reside en la relación del analista con esas condiciones, es decir, cómo las piensa.

Una cosa es pensarlas como condiciones de control experimental para detectar las distorsiones transferenciales como ocurre en el modelo clásico, dentro de un ambiente de frustración; o como la condiciones que permiten crear un ambiente de seguridad, por definición y a priori, en el que se podrán reactivar y comprender en función de lo adecuado a la fase del desarrollo activada las transferencias del paciente, en el modelo del desarrollo; o como las condiciones que deberán ser consideradas como parte del proceso y cuyo impacto y significado se irá viendo y negociando. Para Mitchell, lo más importante en el debate sobre si el encuadre debe mantenerse firme o debe ser flexible es no perder de vista que el significado que tiene para el paciente no coincide necesariamente con lo que el analista quiere que signifique. En relación al tema del encuadre Mitchell afirma lo mismo que para todo otro elemento del proceso: “Si el paciente y el analista juntos encuentran un modo de construir el evento constructivamente, como una oportunidad, el proceso se abre y se enriquece” (Mitchell, 1993c, p. 195). Nuevamente, el acento está puesto en la negociación y en la construcción conjunta de una salida que permita que la exploración continúe y que el proceso se enriquezca. Tanto una actitud de firmeza no negociable como una flexibilidad no negociable cierran la exploración y se pierde la oportunidad. O, como afirma Aron:

El marco tiene más elasticidad, para invocar la metáfora de Ferenczi (1928) y es pensado como respuesta a o co-construido con el paciente en un continuo proceso que forma parte de la matriz interactiva (Greenberg, 1995) mas que pensado como una herramienta pre-construida que es “aplicada” al paciente (2005, pp. 27-28).

Tanto Brenner como Mitchell plantean que el quid de la cuestión, y su dificultad, está en la autoridad en el proceso, es decir, ¿desde dónde el analista interpreta y/o interviene? ¿Cómo se autoriza? Los lacanianos durante muchos tiempo hablaron de que el analista se autoriza de sí mismo, tratando de dar cuenta, en su terminología y a su modo, de que no es posible establecer reglas técnicas, un saber sobre cómo y cuando intervenir⁹³. Como hemos dicho antes, para Brenner el analista con mayor experiencia y un buen análisis detrás tiene todas las oportunidades para hacer la interpretación “correcta” ya que estaría menos mediada por su subjetividad. Esta idea de Brenner tiene al menos, como hemos visto, dos supuestos fuertes: uno, que hay “algo” determinado y único para conocer y, dos, que el análisis del analista, permitiéndole a este despejar su subjetividad, tendría acceso a ello.

Mitchell, por su lado, enfatiza lo contrario: no lo genérico del analista –gracias a un supuesto buen análisis y experiencia profesional- sino lo singular de ese encuentro, de lo que *un* analista puede lograr en él, atravesado por la trama transferencial-contratransferencial y formando parte de *este* proceso analítico particular. Es la autoridad, como dice Mitchell, que emerge en el tratamiento y que no deriva de un conocimiento y autoridad previos; tampoco de un supuesto mejor conocimiento que el analista tendría del paciente; sino, como dice comentando un material clínico propio:

[...de] la colaboración en la construcción de nuevos sistemas de comprensión que ni él ni yo concebíamos al comienzo; que él y yo

⁹³ Mi colega y amigo, de inquietudes y de tango, Joaquín Caretti, me ha corregido con posterioridad esta idea. Me comenta: “Pienso que el autorizarse de sí mismo tiene que ver con el momento en el que un analizante da el paso de convertirse en analista. Esa decisión es altamente singular y no está sostenida más que “de sí mismo” lo que quiere decir que no es autorizada por ningún otro. Es una decisión que se toma en soledad. Nadie le puede decir a otro: tu eres analista. No depende de un título o de una formación reglada sino solo del sujeto. Claro que esto se derivará de su análisis, de su formación analítica y se confrontará en el control y en la Escuela. Por eso es difícil pensar en analistas que anden sueltos por el mundo sin ningún tipo de referencia ni confrontación con otros colegas. En realidad es un autorizarse de sí mismo pero sin los otros.

Otra cuestión muy interesante es la de cuándo intervenir en la sesión pero esto no tiene que ver con el autorizarse de sí mismo porque esta es la condición inicial imprescindible. Obviamente todos los actos del analista están bajo esta condición de no sostenerse en el otro. Efectivamente, no hay reglas técnicas sobre cómo y cuándo intervenir pero si algunas ideas sobre la interpretación que fueron analizadas por Miller en un artículo muy bueno “Le mot qui blesse” (Comunicación personal).

tratamos de encontrar un modo para él de usarme sin quedar sepultado en mi [como le ocurría con su padre] (Mitchell, 1997, p. 227).

Por lo tanto, la autoridad y el conocimiento, y/o la condición de experto, se vuelven significativas *en* el proceso y no *antes* del proceso⁹⁴. Dice Mitchell: “Estoy dando una visión del conocimiento y la autoridad del analista que lo retrata como un experto en una auto-autorización auto-reflexiva y colaborativa en el desarrollo de construcciones útiles para comprender la experiencia del paciente” (Mitchell, 1997c, p. 227).

El analista deja, pues, de poseer un mayor conocimiento sobre la psique particular de este paciente (lo que no excluya que en su formación haya debido tener contacto con diferentes marcos referenciales psicodinámicos) y el espacio analítico se acerca mucho a lo que Winnicott entendió como espacio transicional y que podemos metaforizar con lo que denominó su *Squiggle game*, “juego del garabato”.

En nuestro trabajo sobre Winnicott decíamos (véase Liberman, 2011, capítulo 8) que este modo de estar en la entrevista que Winnicott nos propone despertó la imaginación de muchos analistas para comprender el acto interpretativo y el proceso analítico. Winnicott comenzó usando este juego en sus consultas terapéuticas y consistía en que, con lápiz y papel en mano, uno de los participantes (paciente o analista) debía realizar un trazo, una marca, que el otro participante debía completar y darle una forma. Los garabatos o sus resultados iban sucediéndose a lo largo de una entrevista. Función diagnóstica e «interpretaciones» gráficas, por llamarlas así, se superponían y entrelazaban. Éste era un modo tanto de entrar en contacto con el niño como de que vayan apareciendo cuestiones vinculadas al hecho que motivó la

⁹⁴ Recuerdo haber escuchado hace ya tiempo en medios lacanianos, con todo lo que la memoria tiene de construcción, que el sujeto supuesto saber de la transferencia, es decir, la suposición de saber al analista, debía transformarse en suposición de saber al trabajo analítico. En mi interpretación de entonces, probablemente medio intuitiva y poco rigurosa, esta idea se encuentra cerca de la idea que venimos sosteniendo: el saber surge del encuentro y de la participación del analista. El analista no posee ningún saber previo otro que su capacidad para llevar un psicoanálisis adelante, es decir, una serie de habilidades que le permiten hacerlo. En eso es “experto” –para seguir usando este término sullivaneano casi provocativamente.

consulta. Este juego ha sido considerado por muchos, y sugerido por Winnicott, como un modelo para la comprensión tanto de la interpretación como del proceso psicoanalítico en su conjunto, ya que de alguna manera representa, de forma paradigmática, lo que Winnicott entiende por el jugar [*play*]. En el contexto de este desplazamiento del centro gravitacional del proceso del modelo del sueño al modelo del juego, es cuando este juego se inserta como metáfora de lo que allí ocurre. Varias preguntas, relevantes al tema que estamos planteando, despiertan estos productos de la actividad conjunta de analista y analizado: ¿de quién es el garabato, del niño o de Winnicott? Pregunta que nos lleva nuevamente a ese espacio de experiencia en el que la superposición de espacios de juego hace que no sea, estrictamente hablando, ni de uno ni de otro, o también, estrictamente hablando, que sea de uno y de otro. En este sentido, con la interpretación ocurre lo mismo: no viene del analista, aunque éste haya «dicho» algo que tenía la forma de una interpretación, ni del paciente, aunque éste haya recogido ese algo de un modo propio, personal. La interpretación emerge en el espacio creado entre ambos (Ogden, 1994).

El sentido en este modelo, como en el de Mitchell, se construye relacional y dialógicamente, se negocia.

Por ello, coincidimos con Aron (1996) y Greenberg (1996) en que el cuestionamiento del tipo de saber objetivista y/o realista (Rorty, 2000) no necesita en absoluto abandonar los estándares éticos, la responsabilidad profesional o el juicio clínico. Por el contrario, como defiende Aron,

La aceptación del enfoque relacional-perspectivista que ha guiado mi pensamiento a lo largo de este libro lleva al reconocimiento que los analistas deben aceptar la responsabilidad de que sus personalidades, subjetividades, que sostienen sus valores y creencias, alimentan sus convicciones teóricas y que forman la base de sus intervenciones técnica y juicios clínicos. No hay elección técnicas o decisión clínica que no esté imbuida de la subjetividad del analista (Aron, 1996, p. 259).

O también, como dice Hoffman, es necesario considerar:

La experiencia subjetiva, personal, contratransferencial del analista es el contexto supraordenado en el que todo lo otro, incluyendo la teoría (Donnel Stern, 1991), esta incrustada [embedded]. Las perspectivas teóricas modelan la experiencia personal del analista y también están modeladas por dicha experiencia. Pero, el última instancia, el analista permite que la totalidad de esa experiencia sea la fuente de su acción en el proceso más que una guía (o más precisamente, pretendiendo ser una guía) por medio de un conjunto de constructos teóricos explícitamente formulados que su experiencia incluye (Hoffman, 1995, p. 108).

La condición de “experto” del analista, lo que “sabe”, no consiste en haber realizado un análisis “completo” (aunque sí, necesariamente, un psicoanálisis personal), ni que sea más sano-maduro-adulto (u otras versiones) que el paciente, como Racker denunció hace tiempo en su “mito de la situación analítica” (1953/1966, p. 231), es decir, la creencia de que el psicoanálisis es el encuentro de una persona “sana” y una “enferma”. Más bien, nuestro conocimiento consiste en haber adquirido y entrenado una serie de habilidades personales, interpersonales y profesionales en dónde hemos desarrollado, gracias a nuestra formación (análisis personal, estudios teóricos y supervisiones), una sensibilidad psicoanalítica auto-reflexiva que nos permite participar y pensar sobre nuestra participación, reconocer las limitaciones de dicha reflexión, escuchar y escucharnos en lo que dice-asocia el paciente, usar los modelos teóricos sin quedar completamente aplastado por ellos. Esta auto-reflexión no es fundamentalmente intelectual, sino que está transitando, constantemente, entre emociones, ideas, comportamientos y lenguaje. Deconstruimos y construimos, con el paciente, narrativas sobre su vida, historia, motivaciones, pero siempre tratando de mantener las narraciones abiertas y, por tanto, parciales y/o transitorias ya que no es esa, la construcción de una narrativa concreta, la meta o elemento central que debería dejar un proceso analítico como saldo privilegiado. El saldo, como

venimos diciendo, está en la construcción de una capacidad analítica autoreflexiva, más en el proceso que en un determinado resultado.

Por otro lado, como comenta Aron, desarrollamos la “capacidad de tolerar un cierto nivel de angustia y depresión cuando nuestros pacientes nos observan y examinan nuestras participaciones con ellos, y la capacidad de disfrutar, celebrar, y sentirnos orgullosos del crecimiento, intimidad y satisfacciones mutuas inherentes al proceso psicoanalítico” (Aron, 1996, p. 263).

4.4.9 Las metas del psicoanálisis

Mitchell, a lo largo de su obra, va situando diferentes matices de lo que entiende por metas del tratamiento: desde el enriquecimiento del self y la ampliación de las capacidades relacionales, pasando por la revitalización de la experiencia y el sentirla real, recuperar la capacidad de agencia (reagenciamiento) y todo ello sin dejar de lado los modos más tradicionales de entenderlas: recuperación de recuerdos, romper los sistemas cerrados de las neurosis que generan sufrimiento, aflojar los vínculos con el objeto “malo” o “viejo”, tolerar niveles mayores de incertidumbre y ansiedad, por situar solo algunas de las propuestas.

Nos gustaría resaltar, sin embargo, lo que entendemos son dos capacidades centrales que se adquieren según Mitchell:

El producto último de un buen trabajo analítico es menos una particular comprensión, una interpretación correcta, que la emergencia de una forma auto-reflexiva de experiencia que rompe lo que Fairbairn describió como un círculo cerrado de relaciones de objeto malas y mantiene la tensión entre agencia y motivación inconsciente (2002b, p. 230).

La capacidad auto-reflexiva ha sido frecuentemente acentuada en los últimos trabajos de Mitchell. No se trata, pues, de lograr una determinada comprensión sino de desarrollar una capacidad. En psicoanálisis siempre se ha hablado

del desarrollo de la capacidad autoanalítica como un saldo propio del proceso y Mitchell retoma esta línea. Pero pensamos que la amplía al no centrar su atención sólo en un continuado autoanálisis sino, como afirma Aron,

[...] mejorar el funcionamiento autoreflexivo basado en una mayor intercomunicación entre nuestros propios múltiples self así como incrementar la habilidad para mantener la tensión en la relación con los otros como sujetos y objetos [...] Es este reconocimiento de que la auto-reflexividad es un proceso inherentemente intersubjetivo e intrapsíquico lo que lleva a estos nuevos conceptos (auto-reflexividad, mentalización y toma de conciencia metacognitiva) más allá de las nociones más tradicionales de insight o autoanálisis (Aron, 2000, p. 688)⁹⁵.

El segundo elemento que señala Mitchell también nos parece central: la capacidad de mantener la tensión entre agencia y motivación inconsciente. Como hemos señalado reiteradamente, Mitchell recupera la noción de agencia sin por ello desconocer la motivación inconsciente. La recupera no para moralizar, como ya hemos señalado, sino, como sostiene en el comentario de un paciente cuyo material clínico sobre la agresividad presentó Anna Ornstein, para no contribuir

[...] a lo que yo pienso como su tendencia a negar (disclaim) más que a experimentar plenamente, aprender sobre y apropiarse su propia destructividad. Él tiende a verla como un defecto en él o una alteración de lo que él es realmente. Esto va junto con lo que sería mi interés: dar lugar a la versión destructiva de sí mismo en la situación analítica” (Mitchell, 1998b, p. 96).

⁹⁵ “My thesis is that psychoanalysis is the only treatment that operates directly to improve the capacity for self-reflexivity, a process that can only occur relationally because reflexive awareness is a developmental achievement that necessitates an interpersonal context” (Aron, 2000, p. 674).

O también, como señala, mantener esta tensión entre agencia y motivación inconsciente nos permite articular y dialectizar lo que suele ir separado y, por lo tanto, evitar dos peligros. Mitchell lo dice así:

Muchos psicoterapeutas practicantes rápidamente descubren que la tradicional interpretación psicoanalítica de los motivos debe ser complementada por la consideración de la voluntad si la terapia no quiere degenerar en un ejercicio de explicaciones post hoc. Por un lado, la explicación de los motivos sin el reconocimiento de la complicidad de la voluntad, sea activa o pasivamente, deja a la persona fuera de la explicación y alienta una mala fe interesada y que confunde (ofusca). Por el otro lado, focalizar en la voluntad sin establecer el contexto de los motivos y circunstancias dentro del cual opera es retratar a la persona como un imposible omnipotente operador de una mente totalmente transparente a sí misma (Mitchell, 2002a, p. 187).

Tener en cuenta el contexto de los motivos y circunstancias significa, para Mitchell, el trabajo sobre los contextos de relaciones de objeto internas y externas, el contexto tanto histórico como actual, dialécticamente articulados, así como “el contexto de ignorancia de los contextos” (Hoffman, 1998, p. 76), lo que queda estructuralmente en la oscuridad, ya que inevitablemente tenemos que actuar (no nos referimos al acting out), porque inevitablemente estamos haciendo continuamente elecciones, ya que en la clínica la elección es “forzada” como dice William James (*The will to believe*) o, como dice Hoffman, en el proceso analítico no hay “tiempo muerto” como en el basquetbol (Hoffman, 1998).

4.4.10 La concepción del cambio

El cambio analítico no se entiende simplemente como un acontecimiento intrapsíquico, el insight generado por las interpretaciones del analista. Se entiende que el cambio analítico comienza por cambios en el campo interpersonal entre el paciente y el analista, en la creación conjunta y de forma interactiva de nuevas pautas relacionales que se internalizan a continuación, generando nuevas experiencias, tanto en soledad como con los otros (Mitchell, 2000c, p. 70).

Aquí, como vemos, Mitchell vuelve a alterar el modelo y la secuencia tradicional del cambio. Tradicionalmente se pensaba que la interpretación o interpretaciones llevan al insight, el que tendrá que ser elaborado, es decir, articulado en el sistema consciente-preconsciente y, fruto de este trabajo, advendría el cambio –tanto estructural como, en un segundo momento, comportamental. En la cita que acabamos de realizar Mitchell invierte la secuencia: las modificaciones en el campo interpersonal permiten el enriquecimiento del mundo interno, lo que a su vez redundará en modificaciones en el campo interpersonal y así sucesivamente (Mitchell, 2002a; Wachtel, 2008). Esta secuencia de cambio puede nuevamente pensarse con el modelo de los “bucles extraños”, dispositivo conceptual con el que Mitchell articula, como hemos visto, toda una serie de fenómenos.

En esta línea, Fairbairn había defendido la importancia de la relación entre el analizado y analista como articulador central del conjunto de factores de cambio que operan en un tratamiento. Dice Fairbairn:

Después de todo, es en base a las relaciones existentes entre el individuo y sus padres en la infancia que la personalidad se desarrolla y asume su forma particular; y parece lógico inferir que todo cambio posterior en su personalidad que pueda ser realizado por el

tratamiento psicoanalítico (o otra forma de psicoterapia) debe ser realizado, en primer lugar, sobre la base de la relación personal (1958, p. 379).

Este será, para Fairbairn, el agente decisivo del cambio, y el tratamiento analítico tendrá como una de sus metas centrales “abrir una brecha”⁹⁶ (Fairbairn, 1958) en el sistema cerrado de relaciones de objeto internas del paciente y que, por tanto, en la medida misma que no se abren al intercambio, las perpetúan. Ahora bien, si la situación de anobjetalidad (*objectlessness*) es impensable en términos de experiencia o, mejor aún, remite a angustias “insoportables” como sostiene Fairbairn, o incluso “impensables” como lo podríamos decir con Winnicott, se plantea un problema que Fairbairn vio y planteó:

Es sólo cuando los objetos malos internalizados son liberados del inconsciente que existe alguna esperanza de que su investidura sea resuelta. Los objetos malos sólo pueden ser liberados en seguridad, sin embargo, si el analista ha podido establecerse y convertirse en un objeto suficientemente bueno para el paciente. De otro modo la inseguridad resultante sería insoportable (Fairbairn, 1943/1952, p. 69-70).

Ahora bien, aquí es donde Mitchell piensa que Fairbairn se ha quedado corto o no ha sido suficientemente claro. Si no podemos renunciar a los objetos viejos a menos que aparezcan nuevos, ¿cómo pensar esta idea de Fairbairn de un objeto “establecido como suficientemente bueno”⁹⁷?, como dice Fairbairn, esta posibilidad de un objeto que ofrezca la oportunidad para el desarrollo de una nueva relación. ¿En qué consistiría esta última? ¿Qué significa, se pregunta Mitchell (1988b), que el analista se convierta en un objeto bueno?

⁹⁶ Recordemos que la metáfora de la “brecha”, como movimiento de la acción terapéutica, está presente ya en Strachey en su trabajo de 1934 “Sobre la Naturaleza de la acción terapéutica”.

⁹⁷ No podemos dejar de evocar aquí el “good enough” object de Winnicott quién plantea un problema en la misma línea en su concepto de “regresión a la dependencia”.

Sostiene Mitchell:

En el sistema de Fairbairn (1952), el ego libidinal anhela el “objeto excitante”, que está compuesto de rasgos de las relaciones de objetos malas tempranas. Un verdadero objeto “bueno” es algo completamente diferente y se encuentra/desarrolla en la relación analítica. Tal como yo lo veo, expresado en los términos de Fairbairn, es sólo por medio de una disposición a ser experimentado como, y, tal vez, poner en escena algunas de las funciones de, el objeto excitante que el paciente y el analista juntos aprenden aquello en lo que una buena relación de objeto para este paciente particular puede consistir (1994c, p. 368).

Aquí Mitchell diferencia con más claridad lo que él entiende es la posición de Fairbairn y lo que podría ser su versión del cambio, en el camino de Fairbairn, del psicoanálisis interpersonal y de Ferenczi. Es cierto que Fairbairn diferencia en la relación entre el analizado y el analista aquello que corresponde a la transferencia y lo que denomina “la relación total” que existe, dice, entre paciente y analista “como personas” (1958, p. 379). En este trabajo de 1958 y allí donde llegan mis conocimientos –y al parecer los de Mitchell- no queda claro cual es la articulación entre esta “relación personal” –que vehicularía aparentemente el factor decisivo de cambio- con la transferencia como repetición. Nos faltaría este engranaje, sostiene Mitchell, para poder pensar no una solución genérica de lo que es nuevo para alguien sino para pensar en la singularidad de esa novedad sobre fondo de repetición o de enactment de un paciente el particular. “Si el analista no es experimentado a través de los viejos patrones [...] el análisis no se pone en juego en su profundidad” (Mitchell y Black, 1995, p. 122).

Es en este contexto, y con esta preocupación de fondo, que cobra sentido lo que cuentan que Sullivan comentó una vez de forma provocativa: “Dios, protégame de las terapias que andan bien” (citado por Levenson, 1983, p.

84). El supuesto de la afirmación provocadora de Sullivan, que también está como vemos en la obra de Mitchell, es que los tropezones y los desencuentros del proceso analítico, lo que los Baranger (1983) llamaron “el no-proceso”, forman parte constitutiva e insoslayable del camino mismo; que lo nuevo que el proceso aporta no surge, inmaculado, al lado de lo viejo sino que lo hace desde dentro de él, expandiendo la viejas relaciones de objeto “*from inside out*”, de adentro hacia afuera –para retomar la expresión de Bromberg (1991). Por ello, para gran parte del psicoanálisis relacional, y sin duda para Mitchell, el enactment no es algo que se hubiese podido y debido evitar gracias a una mayor pericia del analista. Mitchell se preguntó en una ocasión, comentando el material clínico de un colega: ¿pensamos mejor el *impasse* como el resultado de un análisis que va mal o de un análisis que va bien? (Mitchell, 1991). En la cita que hemos referido antes de Mitchell este afirmaba que es la disponibilidad no intencional a actuar, por parte del analista, algunas de las funciones de los objetos malos lo que permite que alguna salida y transformación sea posible. Recuerden que esta forma de comprensión la encontramos en el *Diario clínico* (1932/1985) de Ferenczi cuando este plantea, como hemos ya señalado, que el analista debe estar dispuesto a ser “el asesino”, es decir, a repetir el trauma “con sus propias manos”. Además, recordemos que Mitchell piensa que también el *impasse* es mejor pensarlo como “modo de vida” que se crea y recrea, que se cultiva, que como algo que viene a dificultar el tratamiento. Dice Mitchell:

Lo que estoy sugiriendo es que el rasgo central de la acción terapéutica del psicoanálisis es la emergencia de algo nuevo a partir de algo viejo. No puede estar allí en el comienzo, porque Ud. tiene que encontrarse en lo viejo para crear el contexto propio para la emergencia de algo nuevo. No puede ser la aplicación de un postura o estándar técnico, porque en ese caso no sería realmente algo nuevo y nunca va a alcanzar al analizado de ese modo (1997a, p. 59).

Hoffman va en esta misma línea cuando plantea que lo nuevo sólo surge por pequeñas diferenciaciones de lo viejo (1998) o cuando habla de forjar las diferencias a partir de las similitudes (2006).

Edgar Levenson, por su parte, afirma:

El gran insight de Freud fue que la resistencia y la transferencia en lugar de ser simplemente frustrantes y obstrucciones para el cambio son el sine qua non del psicoanálisis... Si el paciente responde exitosamente a una interpretación benigna autorizada (aunque disfrazada de indagación) esto es psicoterapia. El psicoanálisis comienza cuando la interpretación falla (1992, p. 456).

En su estilo, habitualmente punzante, Levenson no tiene en mente descalificar a la psicoterapia sino que trata de centrar por dónde pasa para él lo que el psicoanálisis trae de más específico ⁹⁸. Este *leitmotiv*, “el psicoanálisis comienza cuando falla la interpretación”, será retomado por Mitchell en diferentes oportunidades (1996i; 1997a).

Situado esto recordemos, en primer lugar, que para Mitchell la posición básica del analista no consiste en ninguna de las realizaciones ideales *a priori* que han sido propuestas en la historia del psicoanálisis –léase neutralidad, empatía, autenticidad, etc- sino, más bien, en un espíritu de escucha, de reflexión y de presencia clínica como hemos visto. Como conclusión de su libro “Influencia y Autonomía en psicoanálisis” (1997) afirma:

Una buena técnica analítica no se refiere a acciones correctas sino a un exigente trabajo de pensamiento, a un proceso continuo de reflexión y reconsideración. No hay una única acción clínica correcta (aunque seguramente hay algunas que son únicamente incorrectas) (Mitchell, 1997a, p. 268).

⁹⁸ Recuerdo haber escuchado a un especialista en la obra de Descartes, y también de la filosofía de la edad media, defenderse de los reproches que le hacían de reducir la obra de Descartes a la de sus antecesores. Y su argumento fue: mi intención no es en absoluto reducirlo sino circunscribir mejor su novedad.

4.4.11 La acción terapéutica

4.4.11.1 El *Bootstrap Problem*

Estoy diciendo que el psicoanálisis es una 'bootstrap operation', esto es, tratamos de elevar al paciente y a nosotros fuera del campo en el que estamos ambos metidos. Con ello me refiero, por supuesto, a la famosa tesis de Sullivan del observador-participante. Pero no podemos estar fuera del campo que estamos observando. Ergo, ¡el terapeuta deviene parte del problema que está tratando de resolver! Por ello las interpretaciones fallan en movilizar al paciente, no necesariamente porque sean erróneas o correctas sino porque al terapeuta le falta la necesaria palanca interpersonal” (Levenson, 1987, p. 483).

Lo que afirma aquí Levenson será retomado y ampliado por Mitchell en lo que denomina el “Bootstrapping (Bootsraps) problem”, expresión de difícil traducción pero que se refiere fundamentalmente en su uso coloquial *“pull yourself up by your bootstraps”* (“levántate desde tus propias botas”), es decir, a una situación –o una imagen- en la que alguien intenta levantarse a sí mismo tirando de sus botas, sin ayuda ajena, lo que introduce a la persona en una situación insostenible.

Partiré de dos formulaciones que Mitchell realiza del problema que queremos plantear. La primera es una pregunta que se hace en 1988: “¿Cómo puede el analista, incluso cuando interpreta, salirse del sistema del paciente para hacerle experimentar a éste que ofrece una clase de relación diferente?” (Mitchell, 1988b, pp. 294-296). La expresión “sistema del paciente” es equivalente en este contexto a lo que en otros lugares ha llamado su “matriz relacional”, es decir, los modos prevalentes de integrar las relaciones.

La segunda formulación es de casi 10 años después y en ella sostiene:

Las interpretaciones fallan (fracasan) porque el paciente las experimenta como modos de interacción viejos y familiares. La razón de que las interpretaciones operen, cuando lo hacen, es que el paciente las experimenta como algo nuevo y diferente, algo que no se ha encontrado antes. [...] La interpretación efectiva es la expresión de, y a veces el vehículo para, algo más profundo y significativo (Mitchell, 1997a, p. 52)

Como hemos visto antes, la interpretación poseía tradicionalmente el crédito de ser la herramienta del cambio, de ser aquello que llevaba al paciente fuera de la psicopatología.

Considerar la interpretación como un “acontecimiento relacional complejo”, como hemos visto, es dar por supuesto que ésta no consiste sólo en ofrecer información, -sea ésta un contenido, una comprensión o un nuevo significado- dirigida a esclarecer y adquirir conocimiento sobre la situación emocional del paciente, sino que implica, simultáneamente, establecer las coordenadas del tipo de relación que se propone, o sea, en qué lugar se ubica el analista —o, mejor aún, desde el que se descubre hablando.

A lo largo de los trabajos de Mitchell permanece la idea de que el cambio analítico significativo debe atravesar la trama central de las viejas relaciones de objeto del paciente para poder ampliarlas o transformarlas “desde dentro”. Esto puede verse de forma condensada e intensa en ciertos momentos del curso del tratamiento o en diversos momentos con diferentes niveles de intensidad.

Si bien podemos decir que todo paciente que llega a la consulta busca algo nuevo, no resulta contradictorio con esto sostener, como hace Mitchell, que lo busca al modo viejo (Mitchell, 1988b, p. 292). Levenson (1983), en una formulación más radical y provocadora, plantea que todo paciente viene a la consulta para perfeccionar su neurosis, ideal que sólo el destino del tratamiento podrá cuestionar.

El desafío de cada análisis es encontrar un modo de salir del impasse paradójico en el cual lo potencialmente transformador es traducido en algo familiar y estático. El analizando y el analista luchan juntos con la transferencia y la contratransferencia para producir una comprensión del modo en que el paciente vive las intervenciones del analista y encontrar un nuevo modo, para ambos participantes, de hablar al otro (1993c, p. 39).

La situación clínica que Mitchell intenta reflejar con el *Bootstrap problem* consiste en que la comprensión que el analista obtiene y trasmite por medio de la interpretación es también, muchas veces, una suerte de puesta en escena (enactment) de la misma comprensión que el analista intenta transmitir –o sea, de alguno de los modos en los que el paciente configura sus relaciones. Es decir que aquello que pretendía ser parte de la solución –en este caso, nuestra interpretación- se transforma en parte del problema que es necesario resolver; de aquí surgen muchas de las dificultades del analista para reconocer esta situación ya que lo que tradicionalmente parecía una zona resguardada de intervención al servicio de la transformación deviene una ocasión más de la repetición. Es la trama transferencial–contratransferencial, pues, la que significa el acto de interpretar y esto, clínicamente, aparece como lo que Anthony Bass (2003) denominó, como hemos visto, como un Enactment con “E” mayúscula, es decir, una suerte de precipitado altamente condensado del entrelazamiento de elementos psíquicos inconscientes de paciente y analista. Esta situación, que Mitchell describe en relación a la interpretación, puede darse también, por supuesto, con otras modalidades de participación del analista en el proceso analítico, ya que los elementos discretos de intervención forman parte del ambiente clínico gestado y construido en la díada analítica.

Estos momentos han sido descriptos de diferentes maneras en la literatura psicoanalítica –impasse, estancamiento, encierro mortífero, etc. Todas estas denominaciones son distintas formas de referirse a un momento de crisis en el tratamiento, crisis en la comprensión del analista, crisis en la que el “valor”

tanto de su comprensión como del tratamiento queda cuestionado. Son momentos en los que el campo del análisis se encuentra invadido, tomado por lo que tradicionalmente se definió como “círculo vicioso de la neurosis” o “neurosis de transferencia” y que hoy veríamos como micro neurosis de transferencia–contratransferencia.

4.4.11.2 Las soluciones que fueron propuestas históricamente

La forma clásica de enfrentar este problema ha sido proponer más interpretaciones, es decir, más de lo mismo, ya que se pensaba era lo mejor que teníamos –como bien ironiza Levenson, “la mejor mantequilla del mercado”. Para ello el psicoanálisis clásico articuló la interpretación con el concepto de alianza de trabajo, buscando así una zona guarnecida en la que el interpretar estuviese fuera de peligro; en el psicoanálisis de orientación kleiniana se lidió con este problema interpretando la relación del paciente con la interpretación. Ambas propuestas de salvaguardar el acto interpretativo no cambia fundamentalmente el asunto en cuestión ya que las dos comprensiones soslayan el problema que Mitchell se esfuerza, una y otra vez, en plantear: el lugar de la interacción en el proceso analítico y cómo la inclusión de esta premisa en nuestra comprensión de la clínica nos permite desarrollar una nueva perspectiva. El deseo de preservar la ilusión de la existencia de una “plataforma” (Mitchell, 1997c, p. 44) desde la cual se podría alcanzar al paciente directamente, plataforma por fuera de la trama transferencia–contratransferencia que facilitaría a la interpretación un “canal directo” de acceso, está presente en ambas soluciones. Esta ilusión sostiene que la interpretación sería escuchada como tal, es decir, que el paciente no alteraría (o distorsionaría como solía y suele decirse) el sentido novedoso que ésta vehiculiza y que estaría definido a priori en la intención del analista. O sea, las bondades de la interpretación estarían definidas por quien la enuncia. Como sugirió en alguna oportunidad R. Zukerfeld, el analista, en la operación de interpretar es, al mismo tiempo, vendedor y garante⁹⁹. Estas estrategias conceptuales fueron simultáneamente modos de abordar el

⁹⁹ Comunicación personal

problema y de tornarlo invisible: la interpretación apoyada en la alianza de trabajo o la interpretación de la relación del paciente con la interpretación tenían un crédito a priori que garantizaba y, de este modo, eludía, el problema central de la naturaleza interactiva del psicoanálisis, apuesta central del psicoanálisis relacional y sobre el que Mitchell no ha dejado de insistir. ¿Qué es lo que hace que una interpretación pueda ser escuchada como otra cosa que la repetición, una vez más, de las viejas y conocidas formas que el paciente ha encontrado a lo largo de su vida?

La insuficiencia de la interpretación para alcanzar al paciente directamente en este tipo de situaciones clínicas es lo que nos obliga, como analistas, a una reflexión sobre las interacciones que se generan entre paciente y analista.

4.4.11.3 El trabajo en la contratransferencia y la nueva conexión emocional¹⁰⁰

La situación podría, esquemáticamente, plantearse de la siguiente forma:

- 1- Descubrirse “dentro” de las viejas relaciones de objeto del paciente
- 2- Intentar, “desde dentro”, expandirlas y transformarlas.
- 3- Para ello, como veremos, será necesario realizar un trabajo en la contratransferencia

Mitchell ha usado diferentes metáforas para aludir a esto y una que siempre me ha gustado es la imagen del baile (Mitchell, 1986c, p. 130). Si alguien nos invita a bailar, sugiere, hagamos lo que hagamos estamos respondiendo a dicha invitación. Lo esperable es que podamos entrar en la escena que se nos propone y, de alguna manera –contra todo precepto clásico de “no jugar el juego del paciente”- podamos jugarla, es decir, podamos jugar el juego que el otro nos solicita. A diferencia de la analogía con el baile, en la que se evoca algo que podría entenderse como voluntario, la situación clínica es menos generosa. Pienso que podemos entender mejor lo que nos intenta

¹⁰⁰ Véase el libro de nuestro colega Ramón Riera que, desde una perspectiva convergente con lo que planteamos, desarrolla el concepto de “conexión emocional” (Riera, 2011)

transmitir Mitchell si pensamos que decidamos lo que decidamos siempre armaremos o pondremos en juego alguna escena –o escenas- más allá de nuestras mejores intenciones; que hagamos lo que hagamos actuaremos (en el sentido del enactment y no del acting out) las misma trama que estamos tratando de explorar.

Recordemos la frase de John Lennon: “la vida es eso que ocurre mientras estamos haciendo planes” (citada por Mitchell, 1988b). El asunto será, gracias a una comprensión diferente de la situación clínica que hemos tratado de delinear en este trabajo, poder en algún momento transformar “la reiteración del baile” en motivo de reflexión, de curiosidad compartida y, a partir de allí, de negociación de una realidad diferente. Pero, como observa Bromberg,

La habilidad de un individuo para permitir que su propia verdad se vea alterada por el impacto de un ‘otro’... depende de la existencia de una relación en la cual el otro pueda ser experimentado como alguien que, paradójicamente, acepta la validez de la realidad interna del paciente y, al mismo tiempo participa en el aquí y ahora del acto de construir una realidad negociada que discrepa con aquélla (1993, p. 160).

Como sabemos, es parte de la complejidad de la situación analítica que no exista una solución general o “técnica” y pienso que la situación que describe Mitchell aumenta la sensación abismal que le es propia. Se trata, en cada situación particular, de encontrar un modo singular, “una voz”, como le gustaba decir, que nos permita comprender la experiencia y participar en ella de un modo diferencialmente novedoso, lo que exige un importante “trabajo en la contratransferencia”. Este trabajo requiere tanto ampliar los registros sutiles de nuestras interacciones con los pacientes -incluso en ámbitos en los que nos resistimos a ello-, como decidir el uso o la posible instrumentación que de esos registros se haga. Este trabajo, realizado internamente por el analista o compartiéndolo muchas veces con el paciente, forma parte de la participación plena del analista en el curso del tratamiento.

Mitchell describe estas situaciones de crisis en los tratamientos, crisis dilemáticas en las que parece que nos debatimos entre modos diversos de repetición, como residiendo en el “corazón” del trabajo analítico (1991d, p. 526; 1997, p. 47), como aquello que, en un cierto sentido, lo define y caracteriza. Los esfuerzos por encontrar modos constructivos de salir de estas repeticiones conjuntas (puestas en escena) constituyen, por tanto, momentos cruciales del proceso analítico. Será la transformación del estado emocional del terapeuta y, por tanto, un cambio en el campo interpersonal, lo que llevará a que el impacto de la interpretación tenga otro destino. Es este “trabajo en la contratransferencia” lo que permitirá hallar una nueva forma de conexión emocional, un nuevo tipo de presencia –aunque dicho trabajo tenga como resultado la capacidad de recibir lo que el paciente nos está sugiriendo. “Es cuando la nueva conexión emocional aparece, afirma Mitchell, que las interpretaciones devienen realmente nuevas, verdaderos acontecimientos analíticos, y no repeticiones encubiertas” (Mitchell, 1997a, p. 59).

Recordemos la cita de Levenson con la que abrimos el *bootstrap problem*: la clave, dice, está en la “palanca interpersonal”.

Nos gustaría finalizar este apartado citando a Irwin Hoffman ya que pensamos que en esta cita condensa mucho de lo comentado y sitúa a H. Racker, psicoanalista rioplatense, como un claro antecedente de esta tradición psicoanalítica:

Un avance importante, más allá de Racker, ha sido abrazar más plenamente la condición de inevitable y de deseable de este fluir de enactment, que pueden preceder a la reflexión e interpretación explícitas y que contienen, en el interior, estas complejas aleaciones de repetición y experiencia nueva, incluyendo, a veces, su altamente paradójico interjuego. (...) La visión constructivista enfatiza una actitud más amistosa hacia las fases de desconocimiento de los múltiples aspectos del significado de la propia participación, alternando y aún mezclándose con fases de exploración colaboradora de las diversas posibilidades que están encarnadas en el interjuego de la transferencia y la contratransferencia (2006, pp. 48-49).

Capítulo 5: Conclusiones

*We shall not cease from exploration
And the end of all our exploring
Will be to arrive where we started
And know the place for the first time.
(Little Gidding, part V, four quartets, Elliot)*

Es el momento de cerrar este trabajo y de extraer algunas conclusiones que puedan sintetizar el camino recorrido y, al mismo tiempo, situar lo que entendemos son los nuevos trazados-horizontes que habría que recorrer a partir de aquí.

La obra de Mitchell, como hemos intentado mostrar, es de una enorme riqueza teórica, clínica y polémica. Se ha construido *con* y *contra* una rica y variada tradición de pensamiento, en un continuo diálogo y sin perder de vista la orientación práctica del psicoanálisis.

En los diferentes apartados desarrollados en esta tesis entendemos que se han realizado las siguientes aportaciones:

1. Hemos mostrado los efectos de transformación que la inclusión del concepto de interacción posee tanto en la teoría como en la práctica psicoanalítica, es decir, a la hora de reformular y repensar tanto los modelos teóricos como los conceptos psicoanalíticos claves vinculados al proceso psicoanalítico. En este sentido, el concepto de interacción atraviesa el conjunto de la tesis.
2. También hemos defendido la idea de que una comprensión intersubjetiva, en sentido amplio, no se opone a una comprensión intrapsíquica sino que es necesario pensarlas en su interdependencia tanto de constitución como de funcionamiento. Esta forma de entender se opone a una visión unipersonal cuyo centro gravitacional sería la

idea de mente aislada que hemos cuestionado, junto con Bleger y Mitchell, como parte de las mitologías y/o sistemas de creencias que han dominado los orígenes del pensamiento psicoanalítico y han funcionado como fondo descolorido de la mentalidad grupal. Nos gustaría dejar claro que esta no es una objeción a Freud, quién proviniendo de la neurología tenía naturalmente esa tendencia –como bien plantea Octave Mannoni (1969)-, sino a la “locura recitante” posterior, como diría Kierkegaard (1949), de la *mainstream* psicoanalítica norteamericana.

3. Hoy existe cierto acuerdo en que la relación interpersonal es fundante y está presente en los orígenes del psiquismo; lo que nosotros hemos tratado de resaltar, con Mitchell, es que también resulta central para comprender el proceso psicoanalítico.
4. Hemos desarrollado el continuo interjuego entre lo “intersubjetivo” y lo “intrapsíquico”, tomando el modelo de Escher o los “bucles extraños” de Hofstadter (1992), a los que Mitchell (2000) recurre una y otra vez, como un “dispositivo conceptual” para pensar, justamente, las diferentes articulaciones de lo que por lo general ha sido entendido como dimensiones y/o “continentes” separados.
5. Un asunto delicado, que ha generado bastante controversia, es la posición de Mitchell cuando afirma la necesidad de hacer una elección del marco de trabajo del que partimos, es decir, una elección sobre cuáles son los supuestos a partir de los que construimos nuestras teorías. Entendemos que la alternativa radical que asume, en el sentido de ir a las raíces del problema planteado, es decir, de pensar la relación como fundamento de la vida psíquica y no la pulsión, no es forzar una dicotomía más sino que implica descartar aquellos conceptos que con el correr de los años, del conjunto de los saberes y de la creciente experiencia psicoanalítica se han vuelto anacrónicos para muchos (Bleger, 1958; Wildlöcher, 1986). La posición según la cual se plantea que no es preciso elegir no responde necesariamente,

pensamos, a un afán más inclusivo sino, en general, a asuntos de tipo político (así como muchas de sus críticas). Cuando Mitchell plantea que de lo que se trata es de hacer una “elección”, deja claro, en una perspectiva de filosofía pragmática, que el pensamiento relacional es para él mejor, más útil y no más verdadero y/o correcto (Mitchell, 2000a, p. 118).

6. Es importante volver a resaltar que jerarquizar la relación en la construcción teórica de lo psíquico no implica desconocer ni la biología (como parece insinuar Fonagy, 2001, p. 213), ni el cuerpo, ni el mundo intrapsíquico, sino que requiere pensar su articulación de otro modo. Como hemos señalado, siguiendo a Mitchell (1988) y a Gill (1994), es necesario separar la idea de intrapsíquico o de cuerpo de la idea de pulsión. Cuestionar la utilidad que hoy tiene para nosotros este último concepto –insistimos, en su condición de concepto y no de realidad– no conlleva desconocer ni la biología, ni el cuerpo, ni el mundo interno.
7. La cuestión epistemológica es central en toda la revisión que propone Mitchell. Hacer converger la revolución en el campo clínico de las últimas décadas con la revolución en el campo metateórico fue uno de sus constantes desafíos. Mitchell señala que de las tres respuestas a la crisis del estatuto del conocimiento en psicoanálisis –la empírica, la fenomenológica y la hermenéutico-constructivista– sólo esta última nos permite articular la dimensión fundamentalmente ambigua de la experiencia humana con su necesidad de ser organizada para ser comprendida. La visión constructivista no lleva, como él señala en repetidas ocasiones, a la parálisis dubitativa del terapeuta frente a lo incierto de su acción –parálisis basada en presupuestos positivistas–, sino a que la acción, es decir, la respuesta del analista a una determinada situación clínica, es una elección que este realiza y que supone una compleja combinación de factores –de contextos, como refiere Hoffman (1998)– a los que siempre tenemos que añadir un contexto de ignorancia de los contextos como elemento inherente a la

acción, un “principio de ignorancia”¹⁰¹. Esto lleva a Mitchell a volver una y otra vez a desmitificar la idea de un analista que se pretenda transparente a sí mismo, sea porque considere que su participación no tiene impacto en el despliegue de la transferencia, sea porque crea que tiene un acceso directo a su contratransferencia –retorno inesperado del analista pantalla-, sea porque piensa que puede acceder a la subjetividad del otro de modo tal que la emergencia de su subjetividad es sólo comprendida como falla de su función –como falla neurótica o como falla necesaria aunque óptima. Como señala Mitchell:

El método analítico no es arqueológico, analizante y reconstructivo; no expone simplemente lo que está ahí. El método analítico es constructivo y sintético; organiza lo que esté allí –sea lo que sea- en patrones aportados por el método mismo (1993c, p. 56).

Pero no lo organiza de cualquier modo, como hemos visto. Mitchell, junto con Hoffman y otros, hace real la propuesta de Bleger (1958) de que la epistemología sea un momento de la praxis psicoanalítica, es decir, no de que el análisis se vuelva un lugar de reflexión epistemológica, sino que la práctica del analista requiere que la clínica sea interrogada desde la epistemología.

8. Nos gustaría dejar planteado, en relación al debate sobre los fundamentos, algo que sostuvo Merton Gill ya en 1977:

Tal vez, como psicoanalistas, debemos seriamente considerar que nuestro aparente fracaso en influirnos unos a otros por medio de argumentos sobre el tema signifique, como he dicho antes, que estamos confrontados con desacuerdos en relación a epistemologías y visiones del mundo que sostenemos en

¹⁰¹ Comunicación personal de José Llanos.

base a nuestras psicologías individuales. Tal vez seremos capaces de llegar a un acuerdo o ver por qué no estamos de acuerdo si examinamos dichas psicologías (Gill, 1977, p. 595).

De otro modo, aunque pensamos que la distinción vale y va en la misma línea de debate que propone Merton Gill, escuché hace algunos años a Rafael Paz proponer la necesidad de diferenciar nuestras antropologías latentes de nuestros esfuerzos por formalizar el funcionamiento psíquico. Pienso que aquí, efectivamente, los analistas tenemos una tarea difícil aunque enormemente atractiva por realizar – una vez que hemos aceptado la premisa de esta posición, es decir, la presencia de antropologías latentes en nuestros modos de encarar la tarea clínica.

9. Como hemos visto, Mitchell proviene de una tradición de pensamiento, el psicoanálisis interpersonal, que desde muy temprano se opuso a las consideraciones metapsicológicas freudianas por pensar, como lo dirá Habermas algunas décadas después, que la obra de Freud así como la de muchos de sus seguidores estaba atravesada por un “malentendido cientificista”. Habermas entiende que “el psicoanálisis, une de hecho la hermenéutica a realizaciones que parecían genuinamente reservadas a las ciencias de la naturaleza” (Habermas, 1968/1990, p. 215). O también, como señala Paul Ricoeur, “los escritos de Freud se presentan en primer lugar como un discurso mixto, incluso ambiguo, que enuncia tanto conflictos de fuerza que evocan una energética como relaciones de sentido que evocan una hermenéutica” (1965, p. 75). Hermenéutica y energética están entrelazadas en la obra de Freud, y en la de muchos psicoanalistas, de manera compleja; híbrido que responde a exigencias diferentes: por un lado, la clínica, en donde el trabajo sobre el sentido tiene un lugar privilegiado; por otro, la teoría (o la metapsicología) que, acorde a la exigencias científicas de la época de Freud, busca y/o postula fundamentos energéticos y, por tanto, potencialmente cuantificables,

como modo de legitimarse. Sentido y fuerza parecen pertenecer a ámbitos y tipos de exigencias muy diferentes.

10. En el debate sobre la necesidad o no de un concepto de “pulsión” (*drive*), en un sentido amplio y no restringido a la teoría pulsional freudiana, que lleve al individuo a buscar la interacción, Mitchell insiste en que plantear la cuestión de esta manera, es decir, postulando una “pulsión” pre-existente –y por lo tanto pre-experiencial- a la relación que lleva al sujeto a la interacción presupone –es decir, tiene como supuesto- que el “individuo *qua* individuo” es la unidad de estudio más apropiada. Esto lleva a retornar a la primera polémica con el modelo pulsional freudiano y, por tanto, a volver a la vieja y perenne división en las concepciones de las relaciones del hombre y la sociedad. Como Bleger, afirmará que tanto el mito del hombre aislado, como el del hombre abstracto, así como la falsa antinomia entre individuo y sociedad, son modos en los que el pensamiento ha desmentido la condición social primaria de lo humano. No hay “estado natural” otro que su ser social. Incluso la biología contemporánea parte de este mismo supuesto. Por ello, para Mitchell, cualquier comprensión de la pulsión “entificada” (transformado en un ente que opera desde dentro) o como motor primario de lo psíquico a la cual habría que remitir el conjunto de su actividad es, hoy, un anacronismo insostenible.

Pensamos que Mitchell suscribiría la hipótesis de Bleger de que la idea “fuerza” es una “antropomorfismo ‘de vuelta’” [*de retour*] (1958, p. 81), es decir, que la física (Newton) tomó la sensación subjetiva de fuerza muscular para hablar de una función matemática y nosotros reimplantamos esta “fuerza” en el interior de la persona. Bleger lo dice así: “De *fuerza* función matemática pasó a *Fuerza* entelequia; de aquí a *impulso*, luego a *instinto* para terminar el proceso de mitologización progresiva en *Instinto*” (1958, p. 84), es decir, *primun movens*, origen y explicación última de todo movimiento y actividad psíquica. Mitchell, al igual que hiciera Bleger, también tomará en su obra el camino de recuperar la fenomenología que contiene el modelo pulsional sin por

ello defender su “doble ontológico”, al decir de Bleger, es decir, su hipóstasis: la teoría de la pulsión.

11. También nos gustaría resaltar la permanencia en el pensamiento de Mitchell de la idea de conflicto y su articulación como conflicto entre configuraciones relacionales. Aquí su interlocutor polémico central es la psicología del self –corriente del pensamiento psicoanalítico que ha influenciado mucho su obra pero de la que se distancia en aspectos sustantivos. Esta reconsideración del conflicto nos permite salir de una mirada excesivamente escorada hacia lo que el paciente no tuvo, hacia las necesidades que no fueron satisfechas –según la comprensión del desarrollo de que se trate, con las correspondientes expectativas implícitas- y estar más atentos a lo que sí ocurrió, en la historia personal y familiar, y que fue configurando también lo que sí ocurre en el tratamiento. Esto no contradice la idea de que la experiencia emocional que se desarrolla en el proceso analítico sea motor de cambio, sino que enfatiza la idea de que dicho cambio viene sobre fondo de repetición, por diferenciaciones y discriminaciones sucesivas.
12. Otro elemento que nos resulta de gran interés es la recuperación, desde una epistemología constructivista, de las nociones de agencia y de autenticidad. No se trata, como hemos visto con el concepto de agencia, de volver a la vieja noción de “libre albedrío” o a la idea de voluntad en su sesgo más voluntarista. Recuperar esta noción es recuperar una dimensión ética central de la comprensión de lo humano: su capacidad de apropiarse, de identificarse y/o asumir la responsabilidad de sus deseos y experiencias. Lo mismo ocurre con el concepto de autenticidad: no se trata de volver a una visión centrada del sujeto, a una versión de lo que “realmente” sería su consistencia (en una perspectiva que enfatice los contenidos), sino de pensar el sentimiento de autenticidad como una construcción que está siempre en relación con otras construcciones posibles del self en un vínculo, siempre sujetas a revisión, reformulación y recontextualización en el

tiempo. Predominancia, pues, de la metáfora temporal sobre la metáfora espacial. No perdemos con este enfoque el descentramiento estructural del sujeto.

13. El cuestionamiento de la idea de una posición del analista que podría definir su significado a priori nos parece una de las contribuciones principales de Mitchell. En este asunto la herencia interpersonal es incuestionable; esta ocupa, en sus escritos tempranos, un papel central en el desarrollo de una nueva articulación de los saberes psicoanalíticos. Para nosotros, esta centralidad tiene que ver con el énfasis que el psicoanálisis interpersonal puso desde sus albores en la participación de la subjetividad del analista. El paso progresivo, en esta tradición, del “observador participante” de Sullivan al “participante observado” de Wolstein (1958) refleja claramente este énfasis, esta manera de pensar el lugar del analista de otro modo que como un “observador precipitante”, como ironiza Gill (1983) jugando con la misma expresión al referirse a la concepción del psicoanálisis clásico. En la línea de Sándor Ferenczi, este psicoanálisis, como su recuperación y ampliación por parte de Mitchell, entiende que el encuentro intersubjetivo supone una influencia mutua inevitable, es decir, lo que implica la noción de interacción o la interacción como concepto, que será un pivote sobre el cual Mitchell reformulará el proceso analítico. Influencia mutua o interacción que no desconoce la disimetría funcional que articula el espacio analítico, la diferenciación de roles y de responsabilidades que le es inherente.
14. Esta reformulación pasa por diversos caminos. Uno de ellos es redefinir el estar del analista en el proceso como una “sensibilidad analítica auto-reflexiva” (Mitchell, 1997a, p. 170). En ese entrelazamiento inevitable de la transferencia y la contratransferencia, en ese espacio de compromiso íntimo con el proceso que forma parte del quehacer psicoanalítico, la posibilidad de volver una y otra vez sobre lo que está ocurriendo en el paciente, en el analista o entre el

paciente y el analista, refleja ese pensamiento en acción (Schön, 1983) que se encuentra en las antípodas de la racionalidad técnica.

15. Nos parece de enorme interés la advertencia de Jay Greenberg (1997) cuando afirma que es necesario que el psicoanálisis relacional no envejezca prematuramente, es decir, que mantenga viva la idea de singularidad y de ausencia de prescripciones técnicas exitosas *per se* que formó parte de los nuevos y buenos aires que le dieron origen. Este psicoanálisis, nos parece claro, no implica un todo vale sino un todo (o casi todo) puede ser pensado en el contexto de la díada singular que forma este analista y este paciente. Pensamos que la propuesta de Mitchell de “sensibilidad analítica auto-reflexiva” y su insistencia en salir de prescripciones, de fórmulas o de técnicas (del color que sean) es lo que permite y permitirá al psicoanálisis relacional no caer de maduro sin haber ido muy lejos. Como insiste Mitchell una y otra vez, hay mucha sabiduría clínica en la historia del psicoanálisis, en sus conceptos, y tenemos que prestar mucha atención para no tirar el agua con el bebé adentro. El espíritu de renovación no está reñido, sino todo lo contrario, con la gratitud y la deuda hacia lo viejo. Originalidad y tradición, unión y separación, como bien refiere Winnicott, son polos que se requieren mutuamente.
16. La inversión que hace Mitchell del concepto de contratransferencia nos parece de una importancia capital: más allá del debate que emerge en los años cincuenta entre la contratransferencia como obstáculo o como instrumento, su posición es sostener que sólo podemos alcanzar al paciente a través de ella. Esto no abre la puerta a las arbitrariedades de la subjetividad del analista aunque sí la cierra a la creencia en una intervención ajena a dichas subjetividades. Hay muchos modos auténticos de participar en un proceso analítico de modo productivo sin por ello desconocer lo extremadamente personal del encuentro. Salir del objetivismo no es entrar en un subjetivismo o relativismo (Bernstein, 1983), sino afrontar la especificidad de la práctica que nos concierne y su inserción en terceridades cada vez

más amplias –la situación analítica, la pertenencia institucional, la pertenencia disciplinar, etc. (Nagel, 1998).

17. Reconfigurar la situación analítica hacia la subjetividad, como bien afirma Jessica Benjamin (1999), tiene un doble sentido: por un lado, implica reconocer la subjetividad del analista pero, por otro, que el paciente se transforme y se eleve a la posición de sujeto que colabora y sabe. Por ello, siguiendo una sugerencia de Wolstein (citado por Frankel, 2003) que sintetiza el camino que Ferenczi inicia, el paciente también es, a veces de forma consciente y otras inconscientes, “el supervisor del analista”, es decir, alguien que también supervisa nuestro trabajo en la medida en que, desafiando la falacia del paciente ingenuo que Hoffman denuncia (1998), este penetra debajo de la piel del analista quien, inevitablemente, está presente en el proceso (Lieberman y Ruvinsky, 2013). Que el paciente sea “supervisor” del analista no implica invertir la balanza del “saber” y ponerlo del lado del paciente, o sea, pasar de ser el analista quien “sabe” a serlo el paciente, sino que implica superar la escisión entre el que sabe y el que no sabe, y reconocer, con humildad, que el analista también desconoce los múltiples significados de su propia participación. Lección de humildad que Mitchell piensa que es necesario incorporar en los registros del analista de su propia participación sin por ello melancolizarse (lo que no sería más que la otra cara de la omnipotencia).

Nos gustaría a continuación situar uno de los asuntos que hubiéramos querido abarcar en este trabajo pero que dada su importancia requeriría un estudio en profundidad que excede los límites de lo que nos hemos propuesto. Nos referimos a los efectos que tiene la reformulación teórica y clínica que Mitchell plantea en el concepto de inconsciente –usando un singular probablemente incorrecto. Si bien hace referencia a este problema en diferentes momentos de su obra, no se detiene en su conceptualización. Pensamos que este no es un problema presente sólo en la obra de Mitchell, sino también de gran parte de los psicoanalistas relacionales. Si bien

encontramos algunos elementos para su articulación, esta no es tarea simple en el marco de este trabajo.

Existe hoy un rico debate sobre la consistencia del concepto de inconsciente. Pocos piensan ya en un inconsciente “cajón de sastre”, por decirlo de alguna manera, es decir, en uno en el que predominen los contenidos sobre el proceso. Los efectos de la visión constructivista, los nuevos descubrimientos sobre el funcionamiento de la memoria, por poner sólo dos ejemplos, nos alejan cada vez más de un inconsciente estático, “lleno de”.... (fantasías, significantes o lo que cada teoría refiera) y unitario. Mitchell ha enfatizado la idea de la mente como pre-existente pero no pre-organizada. Esto lo lleva a seguir el mismo camino que Ogden cuando este último sostiene:

La relación de objeto interna ... no es una entidad fija; es un conjunto fluido de pensamientos, sentimientos y sensaciones que están continuamente en movimiento y siempre son susceptible de modelarse y reestructurarse en las nuevas experiencias, en los contextos de cada nueva relación intersubjetiva inconsciente (Ogden, 1997, p. 190).

Así, se va instalando progresivamente la idea de un inconsciente contextual y/o situacional que no implica un puro contextualismo pero que sí excluye la idea de un inconsciente preformado o preorganizado.

O, como lo formula Mitchell recurriendo a su propia historia de formación:

Como Sullivan argumentó hace unos sesenta años, nuestras mentes no son estructuras estáticas que llevamos con nosotros para ser puestas en marcha en distintos contextos. Lo que llevamos con nosotros son potenciales para generar experiencias recurrentes que son actualizadas sólo en contextos específicos, en intercambios interpersonales con los demás. Por lo tanto estamos inmersos, en gran medida de forma inconsciente, en campos interpersonales, y las

configuraciones interpersonales están inmersas, en gran medida de forma inconsciente, en nuestras psiques individuales (Mitchell, 2004, p. 539).

Esta reformulación relacional de los procesos inconscientes, si la podemos denominar así, se encuentra, *in nuce*, en la teoría de las relaciones objetales y en la tradición interpersonal. Este problema de reformulación conceptual es, probablemente, uno de los desafíos más atractivos para el psicoanálisis relacional por venir. Hay, por supuesto, muchas líneas ya trazadas en la historia del pensamiento psicoanalítico, pero como en todos los cambios paradigmáticos nuestra tarea será recogerlas e integrarlas en un esquema que las incluya y articule.

6. Referencias bibliográficas

- Abello Blanco, A., y Liberman, A. (Eds.) (2011). *Una introducción a la obra de D. W. Winnicott: Contribuciones al pensamiento relacional*. Madrid: Ágora Relacional.
- Adolphs, R. (2006). A landmark study finds that when we look at sad faces, the size of the pupil we look at influences the size of our own pupil. *Social, Cognitive, & Affective Neuroscience*, 1(1), 3-4. doi: 10.1093/scan/nsl011
- Altman, N., y Davies, J. M. (2003). A plea for constructive dialogue. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 51S, 145-161.
- Arlow, J. A. (1985a). Some technical problems of countertransference. *Psychoanalytic Quarterly*, 54, 164-174.
- Arlow, J. A. (1985b). The concept of psychic reality and related problems. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 33, 521-535.
- Arlow, J. A. (1987). The dynamics of interpretation. *Psychoanalytic Quarterly*, 56, 68-87.
- Arlow, J. A., y Brenner, C. (1964). *Psychoanalytic concepts and the structural theory*. New York, N.Y.: International Universities Press.
- Arlow, J. A., y Brenner, C. (1990). The psychoanalytic process. *Psychoanalytic Quarterly*, 59(4), 678-692.
- Arlow, J. A., y Rothstein, A. (1983). Interpretation: Toward a contemporary understanding of the term. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 31, 237-245.
- Aron, L. (1991). The patient's experience of the analyst's subjectivity. *Psychoanalytic Dialogues*, 1, 29-51.
- Aron, L. (1992a). From Ferenczi to Searles and contemporary relational approaches [Review of the paper *Working in the countertransference*, by M. Blechner]. *Psychoanalytic Dialogues*, 2, 181-190.
- Aron, L. (1992b). Interpretation as expression of the analyst's subjectivity. *Psychoanalytic Dialogues*, 2, 475-507.
- Aron, L. (1996). *A meeting of minds*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- Aron, L. (2000). Self-reflexivity and the therapeutic action of psychoanalysis. *Psychoanalytic Psychology*, 17, 667-689.
- Aron, L. (2005). On the unique contribution of the interpersonal approach to interaction. *Contemporary Psychoanalysis*, 41, 21-34.
- Aron, L., y Harris, A. (Eds.) (2005). *Relational psychoanalysis II: Innovation and expansion*. Hillsdale, N.J.: The Analytic Press.
- Aron, L., y Starr, K. (2013). *A psychotherapy for the people*. New York, N.Y.: Routledge.
- Aron, L., y Todorova, A. (2003). Publications of Mitchell, S. A., Ph.D. *Contemporary Psychoanalysis*, 39, 361-366.
- Aulagnier, P. (1979). *Les destins du plaisir*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Ávila Espada, A. (Ed.) (2013). *La tradición interpersonal: Perspectiva social y cultural en psicoanálisis*. Madrid: Ágora Relacional.
- Bacal, H., y Newman, K. (1990). *Theories of object relations: Bridges to self psychology*. New York, N.Y.: Columbia University Press.
- Bálint, A., y Bálint, M. (1939). On transference and counter-transference. *International Journal of Psycho-Analysis*, 20, 223-230.
- Balint, M. (1949). Changing therapeutical aims and techniques in psychoanalysis. *International Journal of Psycho-Analysis*, 31(1-2), 117-124.
- Baranger, W. (1994). Proceso en espiral y campo dinámico. En W. Baranger, R. Zak de Goldstein, y N. Goldstein (Eds.), *Artesanías psicoanalíticas* (pp. 349-370). Buenos Aires: Ediciones Kargieman. (Versión original de 1979)
- Baranger, W. (1993). Polémica actuales acerca del enfoque económico. En W. Baranger, y

- M. Baranger (Eds.), *Problemas del Campo Psicoanalítico* (pp. 51-78). Buenos Aires: Kargieman. (Versión original de 1967)
- Baranger, M., y Baranger, W. (1999). La situación analítica como campo dinámico. En W. Baranger, y M. Baranger (Eds.), *Problemas del Campo Psicoanalítico* (pp. 129-164). Buenos Aires: Kargieman. (Versión original de 1961-62)
- Baranger, W., y Mom, J. (1984). *Corrientes actantes en el pensamiento psicoanalítico de América Latina*. Actas del XV Congreso de Fepal: Buenos Aires.
- Basch, M. (1983). Empathic understanding: A review of the concept and some theoretical considerations. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 31, 101-126.
- Bass, A. (2003). "E" enactments in psychoanalysis: Another medium, another message. *Psychoanalytic Dialogues*, 13, 657-675.
- Benjamin, J. (1995). *Like subjects, love objects: Essays on recognition and sexual difference*. New Haven, C.T.: Yale University Press.
- Benjamin, J. (1998). *The shadow of the other: Intersubjectivity and gender in psychoanalysis*. New York, N.Y.: Routledge.
- Benjamin, J. (2004). Beyond doer and done to. *Psychoanalytic Quarterly*, 73, 5-46.
- Berlin, I. (1953). *El zorro y el erizo: Tolstoi y su vision de la historia*. Barcelona: Península.
- Berlin, I. (1998). *El fuste torcido de la humanidad*. Barcelona: Península.
- Berman, E. (1997). Relational psychoanalysis: A historical background. *American Journal of Psychotherapy*, 51, 185-203.
- Berman, E. (2001). Stephen A. Mitchell (1946-2000). *International Journal of Psycho-Analysis*, 82, 1267-1272.
- Bernardi, R., y de León, B. (2000). *La contratransferencia*. Buenos Aires: Polemos.
- Bernstein, R. (1983). *Beyond objectivism and relativism: Science, hermeneutics, and praxis*. Philadelphia, PA: University of Pennsylvania Press.
- Bernstein, R. J. (1991). *The new constellation: Ethical-political horizons of modernity/postmodernity*. Cambridge, MA: The MIT Press.
- Bettelheim, B. (2001). *Freud and man's soul*. Londres: Pimlico. (La obra original es de 1982)
- Black, M. J. (2013). Remembrances of things past: In celebration of the publication of object relations in psychoanalytic theory. *Contemporary Psychoanalysis*, 49(1), 18-26.
- Bleger, J. (1958). *Psicoanálisis y dialéctica materialista*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Bleger, J. (1971). *Temas de psicología: Entrevista y grupos*. Buenos Aires: Nueva Visión. (Versión original de 1964)
- Bleger, J. (1973). *Psicología de la conducta*. Buenos Aires: Paidós.
- Bleger, J. (1989). *Simbiosis y ambigüedad: Estudio psicoanalítico*. Buenos Aires: Paidós.
- Bleichmar, H. (1983). *El narcisismo: Estudio de la enunciación y la gramática inconsciente*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Bleichmar, H. (1986). *Angustia y fantasma: Matrices inconscientes en el más allá del principio del placer*. Madrid: Adotraf.
- Bleichmar, H. (1997). *Avances en psicoterapia psicoanalítica: Hacia una técnica de intervenciones específicas*. Barcelona: Paidós.
- Bleichmar, H. (1974). *Introducción al estudio de las perversiones: La teoría del Edipo en Freud y Lacan*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Bloom, H. (1973). *The anxiety of influence: A theory of poetry*. London: Oxford University Press.
- Blumer, H. (1982). *El interaccionismo simbólico: Perspectiva y método*. Barcelona: Hora.
- Bollas, C. (1983). Expressive uses of the countertransference—Notes to the patient from oneself. *Contemporary Psychoanalysis*, 19(1), 1-34.
- Bollas, C. (1987). *The shadow of the object: Psychoanalysis of the unthought known*. New York, N.Y.: Columbia University Press.
- Bollas, C. (1991). *La sombra del objeto: Psicoanálisis de lo sabido no pensado* (J. L. Etcheverry, Trad.). Madrid: Amorrortu. (Versión original de 1987)

- Borges, J. L. (1974). *Jorge Luis Borges: Obras completas*. Buenos Aires: Emecé.
- Bouvet, M. (1968). La cure type. En M. Bouvet (Ed.), *Résistances transfert* (pp. 9-96). Paris: Payot. (Version original de 1954)
- Brenner, C. (1976). *Psychoanalytic technique and psychic conflict*. New York, N.Y.: International Universities Press.
- Brenner, C. (1979). Working alliance, therapeutic alliance, and transference. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 27S, 137-157.
- Brenner, C. (1985). Countertransference as compromise formation. *Psychoanalytic Quarterly*, 54, 155-163.
- Bromberg, P. M. (1993). Shadow and substance: A relational perspective on clinical process. *Psychoanalytic Psychology*, 10, 147-168.
- Caparrós, N. (Ed.) (1997). *Correspondencia de Freud*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Castillo Mendoza, C. A. (2006, Febrero). Contribuciones de Sándor Ferenczi a la perspectiva relacional-intersubjetiva en psicoanálisis. Trabajo presentado en el congreso para la Asociación de Psicoterapia Operativa Psicoanalítica (APOP), Madrid, Spain.
- Castillo Mendoza, C. A. (2008). Acerca de la configuración "relacional-intersubjetiva" del psiquismo y sus implicaciones clínicas. Contribuciones de Sándor Ferenczi: En intersubjetivo. *Revista de Psicoterapia Psicoanalítica y Salud*, 9, 1, 103-128.
- Castoriadis, C. (1975). *L'institution imaginaire de la société*. París: Seuil.
- Castoriadis, C. (1990). L'état du sujet aujourd'hui. En C. Castoriadis (Ed.), *Le monde morcelé: Les carrefours du labyrinthe* (Tome 3). (Versión original de 1986)
- Coderch, J. (2001). *La relación paciente-terapeuta: El campo del psicoanálisis y la psicoterapia psicoanalítica*. Barcelona: Paidós.
- Coderch, J. (2010). *La práctica de la psicoterapia relacional: El modelo interactivo en el campo del psicoanálisis*. Madrid: Ágora Relacional.
- Coderch, J. (2012). *Realidad, interacción y cambio psíquico: La práctica de la psicoterapia relacional ii*. Madrid: Ágora Relacional.
- De León, B., y Bernardi, R. (2000). *Contratransferencia*. Buenos Aires: Polemos.
- Descombes, V. (2004). *La querelle du sujet*. Paris: Gallimard.
- Descombes, V. (2004). *Le complement de sujet: Enquête sur le fait d'agir soi-même*. Paris: Gallimard.
- De Wilde, L. (1996). *Monk*. Paris: Gallimard.
- Dyrud, J. (1979). Sullivan's concept of the illusory other—Sullivan's the illusory other. *Contemporary Psychoanalysis*, 15, 190-194.
- Ehrenberg, D. B. (2005). *The intimate edge: Extending the reach of psychoanalytic interaction*. New York, N.Y.: W. W. Norton. (Versión original de 1974)
- Eisold, K. (1998). The splitting of the New York Psychoanalytic Society and the construction of psychoanalytic authority. *International Journal of Psycho-Analysis*, 79, 871-885.
- Eisold, K. (2003). The profession of psychoanalysis. *Contemporary Psychoanalysis*, 39, 557-582.
- Eissler, K. R. (1953). The effect of the structure of the ego on psychoanalytic technique. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 1, 104-143.
- Etchegoyen, R. H. (1986). *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Etchegoyen, R. H. (1999). *Un ensayo sobre la interpretación psicoanalítica*. Buenos Aires: Polemos.
- Ezriel, H. (1972). Experimentation within the psychoanalytic session. *Contemporary Psychoanalysis*, 8, 229-245.
- Fairbairn, W. R. D. (1952). *Psychoanalytic studies of the personality*. London: Tavistock Publications Limited.
- Fenichel, O. (1938). Problems of psychoanalytic technique. *Psychoanalytic Quarterly*, 7,

421-442.

- Fenichel, O. (1941). *Problems of psychoanalytic technique*. Albany, N.Y.: The Psychoanalytic Quarterly.
- Ferenczi, S. (1966). *Problemas y métodos del psicoanálisis*. Buenos Aires: Hormé. (Versión original 1931)
- Foehl, J. C. (2008). Follow the fox: Edgar A. Levenson's pursuit of psychoanalytic process. *The Psychoanalytic Quarterly*, 77(4), 1231-1268.
- Fonagy, P. (2001). *Teoría del apego y psicoanálisis*. Barcelona: Espaxs. (Versión original de 2000).
- Fonagy, P., y Target, M. (2003). *Psychoanalytic theories: Perspectives from developmental psychopathology*. London: Whurr Publications.
- Frankel, J. (2003). La découverte impardonnable de Ferenczi (Judith Dupont, Trad.). *Le Coq-Héron*, 174, 59-70.
- Freud, A. (1936). *The ego and the mechanisms of defense*. New York, N.Y.: International Universities Press.
- Freud, S. (1979). La interpretación de los sueños. En J. Etcheverry (Trad.), *Obras Completas* (Vol. 4 y 5, pp. 1-723). Buenos Aires: Amorrortu. (Version original de 1900)
- Freud, S. (1979g). Lo inconciente. En J. Etcheverry (Trad.), *Obras Completas* (Vol. 14, pp. 153-214). Buenos Aires: Amorrortu. (Versión original de 1915)
- Freud, S. (1979a). Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. En J. Etcheverry (Trad.), *Obras Completas* (Vol. 14, pp. 1-64). Buenos Aires: Amorrortu. (Versión original de 1914)
- Freud, S. (1979b). Dos artículos de encyclopedia: "Psicoanálisis y "Teoría de la libido." En J. Etcheverry (Trad.), *Obras Completas* (Vol. 18, pp. 227-254). Buenos Aires: Amorrortu. (Versión original de 1922)
- Freud, S. (1979c). Duelo y melancolía. En J. Etcheverry (Trad.), *Obras Completas* (Vol. 14, pp. 235-258). Buenos Aires: Amorrortu. (Versión original de 1917)
- Freud, S. (1979d). El yo y el ello. En J. Etcheverry (Trad.), *Obras Completas* (Vol. 19, pp. 1-66). Buenos Aires: Amorrortu. (Versión original de 1923)
- Freud, S. (1979e). Inhibición, síntoma y angustia. En J. Etcheverry (Trad.), *Obras Completas* (Vol. 20, pp. 71-164). Buenos Aires: Amorrortu. (Versión original de 1926)
- Freud, S. (1979f). *Las perspectivas futuras de la psicoterapia psicoanalítica* (Vol. XI). Madrid: Amorrortu. (Versión original 1910)
- Freud, S. (1979g). La transitoriedad. En J. Etcheverry (Trad.), *Obras Completas* (Vol. 14, pp. 305-312). Buenos Aires: Amorrortu. (Versión original de 1916)
- Freud, S. (1979h). Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica. En J. Etcheverry (Trad.), *Obras Completas* (Vol. 17, pp. 151-164). Buenos Aires: Amorrortu. (Versión original de 1919)
- Freud, S. (1979i). Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis: 29.^a conferencia. Revisión de la doctrina de los sueños. En J. Etcheverry (Trad.), *Obras Completas* (Vol. 12, pp. 7-28). Buenos Aires: Amorrortu. (Versión original de 1933)
- Freud, S. (1979j). Presentación autobiográfica. En J. Etcheverry (Trad.), *Obras Completas* (Vol. 20, pp. 71-164). Buenos Aires: Amorrortu. (Versión original de 1925)
- Freud, S. (1979k). Psicología de las masas y análisis del yo. En J. Etcheverry (Trad.), *Obras Completas* (Vol. 18, pp. 63-136). Buenos Aires: Amorrortu. (Versión original de 1921)
- Freud, S. (1980a). Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico. En J. Etcheverry (Trad.), *Obras Completas* (Vol. 12, pp. 107-120). Buenos Aires: Amorrortu. (Versión original de 1912)
- Freud, S. (1980b). Esquema del psicoanálisis. En J. Etcheverry (Trad.), *Obras Completas*

- (Vol. 23, pp. 133-140). Buenos Aires: Amorrortu. (Versión original de 1940)
- Freud, S. (1980c). Puntualizaciones sobre el amor de transferencia (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, III). En J. Etcheverry (Trad.), *Obras Completas* (Vol. 12, pp. 159-174). Buenos Aires: Amorrortu. (Versión original de 1915)
- Freud, S. (1980d). Recordar, repetir y reelaborar (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, II). En J. Etcheverry (Trad.), *Obras Completas* (Vol. 12, pp. 145-158). Buenos Aires: Amorrortu. (Versión original de 1914)
- Freud, S. (1980e). Sobre la dinámica de la transferencia. En J. Etcheverry (Trad.), *Obras Completas* (Vol. 12, pp. 93-105). Buenos Aires: Amorrortu. (Versión original de 1912)
- Freud, S. (1980f). Sobre la iniciación del tratamiento (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, I). En J. Etcheverry (Trad.), *Obras Completas* (Vol. 12, pp. 121-144). Buenos Aires: Amorrortu. (Versión original de 1913)
- Freud, S. (1981a). A Sándor Ferenczi. En Lopez-Ballesteros (Trad.), *Obras completas* (4^a Ed., Vol. 3, pp. 2827-2828). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1981b). Las neuropsicosis de defensas (Ensayo de una teoría psicológica de la histeria adquirida, de muchas fobias y representaciones obsesivas, y de ciertas psicosis alucinatorias). En J. Etcheverry (Trad.), *Obras Completas* (Vol. 2, pp. 41-68). Buenos Aires: Amorrortu. (Versión original de 1894)
- Freud, S. (1981c). Nuevas puntualizaciones sobre la neuropsicosis de defensa. En J. Etcheverry (Trad.), *Obras Completas* (Vol. 2, pp. 157-250). Buenos Aires: Amorrortu. (Versión original de 1896)
- Freud, S. (1981d). Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos. En J. Etcheverry (Trad.), *Obras Completas* (Vol. 2, pp. 25-40). Buenos Aires: Amorrortu. (Versión original de 1893)
- Freud, S. (1982a). Bosquejos de la "Comunicación preliminar" de 1893. En J. Etcheverry (Trad.), *Obras Completas* (Vol. 1, pp. 179-190). Buenos Aires: Amorrortu. (Versión original de 1940-41)
- Freud, S. (1982b). Fragmentos de la correspondencia con Fliess. En J. Etcheverry (Trad.), *Obras Completas* (Vol. 1, pp. 211-322). Buenos Aires: Amorrortu. (Versión original de 1950)
- Freud, S. (1994). Psicología de las masas y análisis del yo. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 18, pp. 65-136). Buenos Aires: Amorrortu. (Versión original de 1921)
- Freud, S., y Ferenczi, S. (2000). *Correspondance 1920-1933* (S. Achache-Wiznitzer, J. Dupont, S. Hommel, C. Froissart-Knoll, P. Sabourin, F. Samson, y B. This, Trans.). Paris: Calmann-Lévy.
- Friedman, L. (1996). The Loewald phenomenon. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 44, 671-672.
- Friedman, L. (2008). Loewald. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 56, 1105-1115.
- Fromm, E. (1964). Foreword. En M. R. Green (Ed.), *Interpersonal psychoanalysis: The selected papers of Clara M. Thompson* (pp. v-vi). New York, N.Y.: Basic Books.
- Gabbard, G. (1995). Countertransference: The emerging common ground. *International Journal of Psycho-Analysis*, 76, 475-485.
- Gadamer, H.-G. (1988). *Verdad y método: Fundamentos de una hermenéutica filosófica* (3.^a Ed.) (A.A. Aparicio y R. de Agapito, Trad.). Salamanca: Ediciones Sígueme. (Versión original de 1975)
- Gay, P. (1969). *The science of freedom: The enlightenment*. New York, N.Y.: W. W. Norton.
- Gay, P. (1987). *Un judío sin dios: Freud, el ateísmo y la construcción del psicoanálisis* (C. Pina, Trad.). Buenos Aires: Ada Korn Editora.
- Gedo, J., y Goldberg, A. (1973). *Modelos de la mente*. Buenos Aires: Amorrortu.

- Geertz, C. (2010). Anti anti-relativism. En M. Krausz (Ed.), *Relativism: A contemporary anthology* (pp. 371-392). New York, N.Y.: Columbia University Press. (Versión original de 1984)
- Gerber, A. (2001). *Bill Evans*. Paris: Fayard.
- Ghent, E. (1990). Masochism, submission, surrender: Masochism as a perversion of surrender. *Contemporary Psychoanalysis*, 26, 108-136.
- Ghent, E. (1992). Foreward. En N. J. Skolnick, y S. C. Warshaw (Eds.), *Relational perspectives in psychoanalysis* (pp. xviii). Hillsdale, NJ: Analytic Press.
- Ghent, E. (2002). Wish, need, drive: Motive in the light of dynamic systems theory and Edelman's selectionist theory. *Psychoanalytic Dialogues*, 12, 763-808.
- Gill, M. M. (1977). Psychic energy reconsidered—Discussion. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 25, 581-597.
- Gill, M. M. (1988). The interpersonal paradigm and the degree of the therapist's involvement. En B. Wolstein (Ed.), *Essential papers on countertransference* (pp. 304-338). New York, N.Y.: New York University Press. (Versión original de 1983)
- Gill, M. M. (1994). *Psychoanalysis in transition: A personal view*. Hillsdale, NJ: Analytic Press.
- Gomberoff, L. (1999). *Otto Kernberg, introducción a su obra*. Santiago: Mediterráneo.
- Gordon, R. M., Aron, L., Mitchell, S. A., y Davies, J. M. (1998). Relational psychoanalysis. En R. Langs (Ed.), *Current theories of psychoanalysis* (pp. 31-58). Madison, CT: International Universities Press.
- Greenberg, J. (1981). Prescription or description: The therapeutic action of psychoanalysis. *Contemporary Psychoanalysis*, 17, 239-257.
- Greenberg, J. (1986). Theoretical models and the analyst's neutrality. *Contemporary Psychoanalysis*, 22, 87-107.
- Greenberg, J. (1991). *Oedipus and beyond. A clinical theory*. Cambridge, M.A.: Harvard University Press.
- Greenberg, J. (1995). Psychoanalytic technique and the interactive matrix. *Psychoanalytic Quarterly*, 64, 1-22.
- Greenberg, J. (1997). Old before its time? [Review of the paper by K. A. Frank]. *Psychoanalytic Dialogues*, 7, 337-340.
- Greenberg, J. (1999). Analytic authority and analytic restraint. *Contemporary Psychoanalysis*, 35, 25-41
- Greenberg, J. (2001). Stephen A. Mitchell: 1946-2000. *Contemporary Psychoanalysis*, 37, 189-191.
- Greenberg, J. (2012). [Commentary on the paper *Theory and practice in psychoanalysis: Psychoanalytic praxis*, by J. Bleger]. *International Journal of Psychoanalysis*, 93(4), 1005-1016.
- Greenberg, J. R. (2013). Reflections on object relations in psychoanalytic theory: Twenty-seven years later. *Contemporary Psychoanalysis*, 49(1), 11-17.
- Greenberg, J., y Mitchell, S. A. (1983). *Object relations in psychoanalytic theory*. Cambridge, M.A.: Harvard University Press.
- Greenson, R. R. (1967). *The technique and practice of psychoanalysis* (Vol. I). New York, N.Y.: International Universities Press.
- Greenson, R., y Wexler, M. (1969). The non-transference relationship in the psychoanalytic situation. *International Journal of Psychoanalysis*, 50, 27-39.
- Guntrip, H. (1971). *Psychoanalytic theory, therapy, and the self*. London: Maresfield Library.
- Gutiérrez Terrazas, J. (1989). *Los dos pilares del psicoanálisis: El pulsional y el inconsciente*. Barcelona: Hogar del Libro.
- Gutiérrez Terrazas, J. (1990). *Los dos pilares del psicoanálisis. Segunda parte: La psicodinámica inconsciente*. Barcelona: Hogar del Libro.

- Gutiérrez Terrazas, J. (2002). *Cómo leer a Freud*. Madrid: Síntesis.
- Habermas, J. (1990). *Conocimiento e interés*. Madrid: Taurus Humanidades. (Versión original de 1968)
- Hartmann, H. (1950). Comments on the psychoanalytic theory of the ego. *Psychoanalytic Study of the Child*, 5, 74-96.
- Haynal, A. (1991). *Psychoanalyse et science face á face: Épistémologie, histoire*. Meyzieu, France: Césura Lyon.
- Heimann, P. (1950). On counter-transference. *International Journal of Psycho-Analysis*, 31, 81-84.
- Hobsbawm, E. (1998). *Sobre la historia*. Barcelona: Crítica.
- Hoffman, I. Z. (1983). The patient as interpreter of the analyst's experience. *Contemporary Psychoanalysis*, 19, 389-422.
- Hoffman, I. Z. (1987). The value of uncertainty in psychoanalytic practice. *Contemporary Psychoanalysis*, 23, 205-214.
- Hoffman, I. Z. (1990). In the eye of the beholder: A reply to Levenson. *Contemporary Psychoanalysis*, 26, 291-298.
- Hoffman, I. Z. (1995). Oedipus and beyond: A clinical theory by Jay Greenberg. *Psychoanalytic Dialogues*, 5, 93-112.
- Hoffman, I. Z. (1998). *Ritual and spontaneity in the psychoanalytic process*. Hillsdale, N.J.: Analytic Press.
- Hoffman, I. Z. (2001, Agosto). *Sixteen principles of dialectical constructivism*. Trabajo presentado en el congreso para la American Psychological Association, San Francisco, CA. Obtenido de <http://www.dspp.com/>
- Hoffman, I. Z. (2006). Forging difference out of similarity: The multiplicity of corrective experience. *Psychoanalytic Quarterly*, 75, 715-751.
- Hofstadter, D. R. (1992). *Gödel, Escher, Bach: Un eterno y grácil bucle* (4.^a Ed.) (M. A. Usabiaga y A. Lopéz Rousseau, Trads.). Barcelona: Tusquets.
- Holt, R. R. (1976). Drive or wish? A reconsideration of the psychoanalytic theory of motivation [Monografía]. *Psychological Issues*, 9(4, Serial No. 36), 158-197.
- Isaacs, S. (1967). The nature and function of phantasy. En P. King y R. Steiner (Eds.), *The Freud-Klein Controversies 1941-5* (pp. 501-530). London: Routledge. (Versión original de 1943)
- Jacobs, T. (1986). On countertransference enactments. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 34, 289-308.
- Joseph, B. (1989). *Psychic equilibrium and psychic change*. London: Routledge.
- Kernberg, O. (1996). The analyst's authority in the psychoanalytic situation. *Psychoanalytic Quarterly*, 65, 137-157.
- Kernberg, O. F. (1979). *Desordenes fronterizos y narcisismo patológico* (S. Abreu, Trad.). Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Kernberg, O. (1985). *Borderline conditions and pathological narcissism*. Northvale, N.J.: Jason Aronson. (Versión original de 1975)
- Kernberg, O. (2000). Le psychoanalyste en tant que psychothérapeute. En A. Green, O. Kernberg, et al. (Eds.), *L'avenir d'une désillusion* (pp. 137-164). Paris: Presses Universitaires de France.
- Khan, M. (1974). *The privacy of the self: Papers on psychoanalytic theory and technique*. London: Karnac.
- Kierkegaard, S. (1949). *Post-scriptum aux miettes philosophiques*. Paris: Gallimard.
- Killingmo, B. (1989). Conflict and deficit: Implications for technique. *International Journal of Psycho-Analysis*, 70, 65-79.
- Kohut, H. (1959). Introspection, empathy, and psychoanalysis: An examination of the relationship between mode of observation and theory. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 7, 459-483.

- Kohut, H. (1971). *The analysis of the self*. New York, N.Y.: International Universities Press.
- Kohut, H. (1972). Thoughts on narcissism and narcissistic rage. *Psychoanalytic Study of the Child*, 27, 360-400.
- Kohut, H. (1977). *The restoration of the self*. New York, N.Y.: International Universities Press.
- Kohut, H. (1978). Forms and transformations of narcissism. En P. Ornstein (Ed.), *The search for the self. Selected writings of Heinz Kohut: 1950-1978* (Vol. 1, pp. 427-460). New York, N.Y.: International Universities Press. (Versión original de 1966)
- Kohut, H. (1984). *How does analysis cure?* (A. Goldberg, y P. Stepansky, Eds). Chicago: University of Chicago Press.
- Kohut, H. (1981). Introspección, empatía y el semicírculo de la salud mental (R. Armengol, R. Riera, y S. Sember, Trads.). En H. Kohut (Ed.), *Los dos analisis del Sr. Z* (pp. 149-186). Freiburg: Herder.
- Kuhn, T. S. (1962). *The structure of scientific revolutions*. Chicago, IL: University of Chicago Press.
- Kuhn, T. S. (1971). *La estructura de las revoluciones científicas* (A. Contin, Trad.). México D.F.: Fondo de Cultura Económica. (Versión original de 1962)
- Kuhn, T. S. (1977). *The essential tension: Selected studies in scientific tradition and change*. Chicago, I.L.: University of Chicago Press.
- Lacan, J. (1966). Variantes de la cure-type. En J. Lacan (Ed.), *Écrits* (pp. 323-362). Paris: Seuil. (Versión original de 1955)
- Laplanche, J. (1987). *Nouveaux fondements pour la psychanalyse* (2.^a Ed.). Paris: Presses Universitaires de France.
- Laplanche, J. (1992). *La révolution copernicienne inachevée (Travaux 1967-1992)*. Paris: Aubier.
- Laplanche, J. (1993). *Le fourvoiement biologisant de la sexualité chez Freud*. Paris: Les Empêcheurs de Penser en Rond.
- Laplanche, J. (2000). *La sexualité humaine: Biologisme et biologie*. Paris: Institut Edition Synthelabo.
- Laplanche, J., y Pontalis, J.-B. (1967). *Vocabulaire de la psychanalyse*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Lear, J. (2000). Introduction. En Loewald, H. W. (Ed.), *The essential Loewald: Collected papers and monographs* (pp. ix-xliii). Hagerstown, M.D.: University Publishing Group.
- Le Rider, J. (2000). *Modernité viennoise et crises de l'identité*. Paris: Presses Universitaires de France. (Versión original de 1990)
- Levenson, E. A. (1972). *The fallacy of understanding: An inquiry into the changing structure of psychoanalysis*. New York, N.Y.: Basic Books.
- Levenson, E. A. (1974a). Changing concepts of intimacy in psychoanalytic practice. *Contemporary Psychoanalysis*, 10, 359-369.
- Levenson, E. A. (1974b). *Requiem por el psicoanálisis* (V. Pozanco, Trad.). Barcelona: Kairos. (Versión original de 1972)
- Levenson, E. A. (1983). *The ambiguity of change*. New York, N.Y.: Basic Books.
- Levenson, E. A. (1985). The interpersonal (Sullivanian) model. En A. Rothstein (Ed.), *Models of the mind: Their relationships to clinical work* (pp. 49-67) [Monograph]. New York, N.Y.: International Universities Press.
- Levenson, E. A. (1987a). An interpersonal perspective. *Psychoanalytic Inquires*, 7(2), 207-214.
- Levenson, E. A. (1987b). The purloined self. *Journal of the American Academy of Psychoanalysis and Dynamic Psychiatry*, 15, 487-490.
- Levenson, E. A. (1988). The pursuit of the particular: On psychoanalytic inquiry. *Contemporary Psychoanalysis*, 24, 1-16.

- Levenson, E. A. (1989). Whatever happened to the cat? Interpersonal perspectives on the self. *Contemporary Psychoanalysis*, 25, 537-553.
- Levenson, E. A. (1990). [Reply to the paper *In the eye of the beholder*, by I. Z. Hoffman]. *Contemporary Psychoanalysis*, 26, 299-304.
- Levenson, E. A. (1991a). Standoffs, impasses, and stalemates [Discussion: The analytic stalemate]. *Contemporary Psychoanalysis*, 27, 511-516.
- Levenson, E. A. (1991b). *The purloined self: Interpersonal perspectives in psychoanalysis*. New York, N.Y.: W. A. White Press.
- Levenson, E. A. (1992). Harry Stack Sullivan: From interpersonal psychiatry to interpersonal psychoanalysis. *Contemporary Psychoanalysis*, 28, 450-466.
- Levenson, E. A. (1993). Shoot the messenger: Interpersonal aspects of the analyst's interpretations. *Contemporary Psychoanalysis*, 29, 383-396.
- Levenson, E. A. (1996). The politics of interpretation. *Contemporary Psychoanalysis*, 32, 631-648.
- Levenson, E. A. (1998). An interpersonal therapist. En J. Reppen (Ed.), *Why I became a psychotherapist* (pp. 209-214). Northvale, N.J.: Jason Aronson.
- Levenson, E. A. (2001). Freud's dilemma: On writing Greek and thinking Jewish. *Contemporary Psychoanalysis*, 37, 375-390.
- Levenson, E. A. (2005). *The fallacy of understanding: The ambiguity of change* (D. B. Stern, Ed.). Hillsdale, NJ: Analytic Press.
- Levenson, E. A. (2006). Response to John Steiner. *International Journal of Psycho-Analysis*, 87, 321-324.
- Levenson, E. A. (2008, April). *Stalking the elusive mutative experience*. Trabajo presentado en el congreso para la American Psychological Association Division of Psychoanalysis (Division 39) 28th Annual Spring Meeting, New York, N.Y.
- Levenson, E. A. (2012, October 21). Why is it so hard to get a change? *Contemporary Psychoanalysis in Action*. Obtenido de <http://www.psychologytoday.com>
- Levenson, E. A., Hirsch, I., y Iannuzzi, V. (2005). Interview with Edgar A. Levenson. *Contemporary Psychoanalysis*, 41, 593-650.
- Liberman, A. (2001). Reseña de "Influence and autonomy" de Stephen A. Mitchell. *Aperturas Psicoanalíticas*, 9. Obtenido de <http://www.aperturas.org/>
- Liberman, A. (2003). Reseña de "The therapeutic communication" de Paul Wachtel. *Aperturas Psicoanalíticas*, 14. Obtenido de <http://www.aperturas.org/>
- Liberman, A. (2005). Reseña de "Ritual and spontaneity in the psychoanalytic process" de Irwin Z. Hoffman. *Aperturas Psicoanalíticas*, 19. <http://www.aperturas.org/>
- Liberman, A. (2007a). Algunas contribuciones de H. Racker y M. Y W. Baranger al psicoanálisis relacional. *Clinica e Investigacion Relacional*, 1(2), 410-417.
- Liberman, A. (2007b). Panel presentación: Contribución de la tradición de psicoanálisis latinoamericano y español al psicoanálisis relacional. *Clinica e Investigacion Relacional*, 1(2), 406-409.
- Liberman, A. (2007c). Reseña de "La isla de los sueños de Ferenczi" de José Jimenez Avello. *Revista de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis*, 10, 242-254.
- Liberman, A. (2007d). Reseña del capítulo, "The counter-transference scene in France." *Aperturas Psicoanalíticas*, 25. Obtenido de <http://www.aperturas.org/>
- Liberman, A. (2007e). Reseña del trabajo de Karen Maroda, "No place to hide: Affectivity, the unconscious, and the development of relational techniques." *Aperturas Psicoanalíticas*, 21. Obtenido de <http://www.aperturas.org/>
- Liberman, A. (2007f). Stephen A. Mitchell: Un constructor de puentes. *Revista de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis*, 10, pp. 19-41.
- Liberman, A. (2009). Cuando la interpretación falla: Algunas reflexiones sobre el proceso analítico. *Clinica e Investigacion Relacional*, 3 (3), 593-600.
- Liberman, A. (2011). Cuando falla la interpretación: Una nueva mirada sobre la

- acción terapéutica. Presentación y comentario del trabajo de Stephen A. Mitchell. *Aperturas Psicoanalíticas*, 23. Obtenido de <http://www.aperturas.org/>
- Liberman, A. (2013a). Edgard A. Levenson, una voz de los márgenes. En A. Ávila Espada (Ed.), *La tradición interpersonal: Perspectiva social y cultural en psicoanálisis* (pp. 299-333). Madrid: Ágora Relacional.
- Liberman, A. (2013b). Stephen A. Mitchell. Del psicoanálisis interpersonal al psicoanálisis relacional: De idas y vueltas. En A. Ávila Espada (Ed.), *La tradición interpersonal: Perspectiva social y cultural en psicoanálisis* (pp. 367-421). Madrid: Ágora Relacional.
- Liberman, A. (en prensa). Mitchell reading Fairbairn. En D. E. Scharff y G. S. Clarke (Eds.), *Fairbairn and the object-relations tradition*. London: Karnac.
- Liberman, A., y Abello Blanco, A. (2008). *Winnicott hoy. Su presencia en la clínica actual*. Madrid: Psimática.
- Liberman, A., y Ruvinsky, D. (2013). *El paciente como supervisor del analista y la cuestión del enactment*. Trabajo presentado en el Foro Ferenczi, Toledo, 10 de Noviembre.
- Lichtenberg, J. D. (1981). The empathic mode of perception and alternative vantage points for psychoanalytic work. *Psychoanalytic Inquiries*, 1, 329-355.
- Little, M. (1951). Counter-transference and the patient's response to it. *International Journal of Psycho-Analysis*, 32, 32-40.
- Loewald, H. (1960). On the therapeutic action of psycho-analysis. *International Journal of Psycho-Analysis*, 41, 16-33.
- Loewald, H. W., y Quist, N. (Eds.). (2000). *The essential Loewald: Collected papers and monographs*. Hagerstown, MD: University Publishing Group.
- Lyons-Ruth, K. (1998). Implicit relational knowing: Its role in development and psychoanalytic treatment. *Infant Mental Health Journal*, 19(3), 282-289.
- Lyons-Ruth, K. (1999). Attachment and psychopathology. *Infant Mental Health Journal*, 19(4), 451-453. doi: 10.1002/(SICI)1097-0355(199824)19:4<451
- Mannoni, O. (1969). *Clefs pour l'imaginaire ou l'autre scène*. Paris: Seuil.
- Maroda, K. (1995). *The power of countertransference: Innovations in analytic technique*. Northvale, N.J.: Jason Aronson. (Versión original de 1991)
- Maroda, K. (1999). *Seduction, surrender and transformation. Emotional engagement in the analytic process*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- Maroda, K. (2002). No place to hide. Affectivity, the unconscious and the development of relational techniques [No hay lugar para ocultarse. Afectividad, el inconsciente y el desarrollo de técnicas relacionales]. *Contemporary Psychoanalysis*, 38(1), 101-120.
- Martín-Cabré, L. J. (1998). La contribución de Ferenczi al concepto de contratransferencia [Monografía]. *Revista de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica de Madrid*, 28(98), 79-96.
- Martín-Cabré, L. J. (2008). Más allá de la interpretación: La concepción psicoanalítica del trauma en Ferenczi y la cuestión de la temporalidad. *Revista de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis*, 11(12), 243-248.
- Martín-Cabré, L. J. (2011). De la introyección a la intropresión. Evolución de un concepto teórico y sus consecuencias en la técnica psicoanalítica. En P. Boschan (Ed.), *Sándor Ferenczi y el psicoanálisis del siglo XXI* (pp. 301-310). Buenos Aires: Letra Viva.
- Meltzer, D. (1967). *The psycho-analytical process*. London: Karnac Books.
- Meltzer, D. (1970). *The psycho-analytical process*. Perthshire: Clunie Press. (Versión original de 1967)
- Millet, J. A. (1966). Psychoanalysis in the United States. En F. Alexander, E. S. Eisenstein, y M. Grotjahn (Eds.), *Psychoanalytic pioneers* (pp. 546-596). New York, N.Y.: Basic Books.

- Mitchell, S. A. (1973). *Social needs, environmental fit and rehospitization* (Unpublished doctoral dissertation). New York University Graduate School of Arts and Sciences, New York, N.Y.
- Mitchell, S. A. (1978). Psychodynamics, homosexuality, and the question of pathology. *Psychiatry: Journal for the Study of Interpersonal Processes*, 41, 254-263.
- Mitchell, S. A. (1979). Twilight of the idols: Change and preservation in the writings of Heinz Kohut. *Contemporary Psychoanalysis*, 15, 170-189.
- Mitchell, S. A. (1981a). Heinz Kohut's theory of narcissism. *American Journal of Psychoanalysis*, 41, 317-326.
- Mitchell, S. A. (1981b). Max Deutscher, Ph.D.: In memoriam—dedication. *Contemporary Psychoanalysis*, 17, 155-155.
- Mitchell, S. A. (1981c). The origin and nature of the "Object" in the theories of Klein and Fairbairn. *Contemporary Psychoanalysis*, 17, 374-398.
- Mitchell, S. A. (1981d). The psychoanalytic treatment of homosexuality: Some technical considerations. *International Review of Psycho-Analysis*, 8, 63-80.
- Mitchell, S. A. (1983a). [Discussion of the paper *Some implications of self psychology*, by H. Levine]. *Contemporary Psychoanalysis*, 19, 171-177.
- Mitchell, S. A. (1983b). [Reflections on the paper *Difficulties in the teaching of interpersonal psychoanalysis*]. *Contemporary Psychoanalysis*, 19, 133-140.
- Mitchell, S. A. (1984a). Object relations theories and the developmental tilt. *Contemporary Psychoanalysis*, 20, 473-499.
- Mitchell, S. A. (1984b). The problem of the will [Discussion of the paper *Sartre and psychoanalysis: What we can learn from a lovers' quarrel*, by J. F. Dyrud]. *Contemporary Psychoanalysis*, 20, 257-265.
- Mitchell, S. A. (1986a). Interpersonal psychoanalysis. En A. Wolf, y I. Kutash (Eds.), *Psychotherapist's casebook* (pp. 159-176). San Francisco: Jossey-Bass.
- Mitchell, S. A. (1986b). Symposium. Interpersonal psychoanalysis: Its roots and its status. *Contemporary Psychoanalysis*, 22, 458-466.
- Mitchell, S. A. (1986c). The wings of Icarus: Illusion and the problem of narcissism. *Contemporary Psychoanalysis*, 22, 107-132.
- Mitchell, S. A. (1987). [Discussion of the paper *The interpersonal and the intrapsychic: Conflict or harmony?* by M. F. Basch]. *Contemporary Psychoanalysis*, 23, 400-410.
- Mitchell, S. A. (1988a). The intrapsychic and the interpersonal: Different theories, different domains, or historical artifacts? *Psychoanalytic Inquiries*, 8, 472-496.
- Mitchell, S. A. (1988b). *Relational concepts in psychoanalysis: An integration*. Cambridge, M.A.: Harvard University Press.
- Mitchell, S. A. (1990a). Goldstein: An appreciation. *Contemporary Psychoanalysis*, 26, 616-620.
- Mitchell, S. A. (1990b). A relational view: How theory shapes technique. Commentary on clinical protocol by J. Fosshage. *Psychoanalytic Inquiries*, 10, 523-540.
- Mitchell, S. A. (1991a). Contemporary perspectives on self: Toward an integration. *Psychoanalytic Dialogues*, 1, 121-147.
- Mitchell, S. A. (1991b). Contemporary perspectives on self: Toward an integration—Response. *Psychoanalytic Dialogues*, 1, 173-180.
- Mitchell, S. A. (1991c). Discussion. The analytic stalemate: Clinical perspectives. *Contemporary Psychoanalysis*, 27, 518-527.
- Mitchell, S. A. (1991d). Editorial philosophy. *Psychoanalytic Dialogues*, 1, 1-7.
- Mitchell, S. A. (1991e). Wishes, needs, and interpersonal negotiations. *Psychoanalytic Inquiries*, 11, 147-170.
- Mitchell, S. A. (1992a). [Commentary on the paper *Defense analysis in self psychology: A Developmental view*, by J. Trop and R. Stolorow]. *Psychoanalytic Dialogues*, 2, 443-453.

- Mitchell, S. A. (1992b). Introduction to symposium: "What does the analyst know?" *Psychoanalytic Dialogues*, 2, 279-285.
- Mitchell, S. A. (1992c). [Response to the paper *Back to the future: The new psychoanalytic revisionism*, by E. Levenson]. *Contemporary Psychotherapy Review*, 7, 97-107.
- Mitchell, S. A. (1992d). True selves, false selves, and the ambiguity of authenticity. En N. J. Skolnick, y S. C. Warshaw (Eds.), *Relational perspectives in psychoanalysis* (pp. 1-20). Hillsdale, NJ: Analytic Press.
- Mitchell, S. A. (1993a). Aggression and the endangered self. *Psychoanalytic Quarterly*, 62, 351-382.
- Mitchell, S. A. (1993b). Introduction [Commentary on the paper *Defense analysis in self psychology: A Developmental view*, by J. Trop and R. Stolorow]. *Psychoanalytic Dialogues*, 3, 623-625.
- Mitchell, S. A. (1993c). *Hope and dread in psychoanalysis*. New York, N.Y.: Basic Books.
- Mitchell, S. A. (1993d). [Reply to the paper by Bachant and Richards]. *Psychoanalytic Dialogues*, 3, 461-480.
- Mitchell, S. A. (1994a). The origin and nature of the "Object" in the theories of Klein and Fairbairn. En J. S. Grotstein, y D. B. Rinsley (Eds.), *Fairbairn and the origins of object relations* (pp. 66-87). New York, N.Y.: Guilford Press.
- Mitchell, S. A. (1994b). Recent developments in psychoanalytic theorizing. *Journal of Psychotherapy Integration*, 4, 93-103.
- Mitchell, S. A. (1994c). Something old, something new [Commentary of the paper *Needed relationships*, by S. Stern]. *Psychoanalytic Dialogues*, 4, 363-369.
- Mitchell, S. A. (1995a). Afterword: A view from the outside. *Psychoanalytic Dialogues*, 5, 431-434.
- Mitchell, S. A. (1995b). Follow-up questions. *Psychoanalytic Dialogues*, 5, 401-402.
- Mitchell, S. A. (1995c). Foreword. *Psychoanalytic Dialogues*, 5, 351-352.
- Mitchell, S. A. (1995d). Interaction in the Kleinian and interpersonal traditions. *Contemporary Psychoanalysis*, 31, 65-91.
- Mitchell, S. A. (1995e). [Review of the book *The legacy of Sandor Ferenczi*, by L. Aron, y A. Harris]. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 43, 228-231.
- Mitchell, S. A. (1995f). Contemporary structural psychoanalysis and relational psychoanalysis [Special section]. *Psychoanalytic Psychology*, 12, 575-582.
- Mitchell, S. A. (1996a). Afterword. En B. Gerson (Ed.), *The therapist as a person: Life crises, life choices, life experiences, and their effects on treatment* (Vol. 6, pp. 295-296). Hillsdale, N.J.: Analytic Press.
- Mitchell, S. A. (1996b). Constructions of gender and sexuality, sandcastles on the shore [A response to Mayer and Schwartz]. *Gender and Psychoanalysis*, 1, 261-269.
- Mitchell, S. A. (1996c). Editorial statement. *Psychoanalytic Dialogues*, 6, 1-3.
- Mitchell, S. A. (1996d). Gender and sexual orientation in the age of postmodernism: The plight of the perplexed clinician. *Gender and Psychoanalysis*, 1, 45-75.
- Mitchell, S. A. (1996e). Introduction: Symposium on the "False memory" controversy. *Psychoanalytic Dialogues*, 6, 151-153.
- Mitchell, S. A. (1996f). Living together alone or together [Commentary on the essay *Living alone together*, by T. Todorov]. *New Literary History*, 27, 35-41.
- Mitchell, S. A. (1996g). Merton Gill: In appreciation. *Contemporary Psychoanalysis*, 32, 177-182.
- Mitchell, S. A. (1996h). [Reply to Hainer and Weishaus]. *Psychoanalytic Dialogues*, 6, 737-740.
- Mitchell, S. A. (1996i). When interpretations fail: A new look at the therapeutic action of psychoanalysis. En L. E. Lifson (Ed.), *Psychoanalytic Inquiry Book Series: Vol. 15. Understanding therapeutic action: Psychodynamic concepts of cure* (pp. 165-186). Hillsdale, N.J.: The Analytic Press.

- Mitchell, S. A. (1997a). *Influence and autonomy in psychoanalysis*. Hillsdale, N.J.: The Analytic Press.
- Mitchell, S. A. (1997b). Psychoanalysis and the degradation of romance. *Psychoanalytic Dialogues*, 7, 23-41.
- Mitchell, S. A. (1997c). Two quibbles [Commentary on the paper by K. A. Frank]. *Psychoanalytic Dialogues*, 7, 319-322.
- Mitchell, S. A. (1998a). Aggression and the endangered self. *Psychoanalytic Inquiries*, 18, 21-30.
- Mitchell, S. A. (1998b). Aggression and the endangered self: Commentary on case. *Psychoanalytic Inquiries*, 18, 89-99.
- Mitchell, S. A. (1998c). Attachment theory and psychoanalytic tradition: Reflection on human rationality. *British Journal of Psychotherapy*, 15, 177-193.
- Mitchell, S. A. (1998d). From ghosts to ancestors: The psychoanalytic vision of Hans Loewald. *Psychoanalytic Dialogues*, 8, 825-855.
- Mitchell, S. A. (1998e). [Reply to commentary]. *Psychoanalytic Dialogues*, 8, 561-572.
- Mitchell, S. A. (1998f). The analyst's knowledge and authority. *Psychoanalytic Quarterly*, 67, 1-31.
- Mitchell, S. A. (1998g). The emergence of features of the analyst's life. *Psychoanalytic Dialogues*, 8, 187-194.
- Mitchell, S. A. (1999a). Are interpersonal and relational psychoanalysis the same?: Commentary. *Contemporary Psychoanalysis*, 35, 355-359.
- Mitchell, S. A. (1999b). Attachment theory and the psychoanalytic tradition: Reflections on human relationality. *Psychoanalytic Dialogues*, 9, 85-107.
- Mitchell, S. A. (1999c). Foreword. En J. Bowlby (Ed.), *Attachment and loss: Separation, anxiety, and anger* (Vol. II, pp. vii-x). New York, N.Y.: Basic Books.
- Mitchell, S. A. (1999d). Looking back looking forward. *Psychoanalytic Dialogues*, 9, 717-719.
- Mitchell, S. A. (1999e). The wings of Icarus: Illusion and the problem of narcissism. En S. A. Mitchell, y L. Aron (Eds.), *Relational psychoanalysis: The emergence of a tradition*. Hillsdale, NJ: Analytic Press. (Versión original de 1986)
- Mitchell, S. A. (1999f, Winter). Reply to Richards: The round robin. *Section I: Psychologist-Psychoanalyst Practitioners*, 10-14.
- Mitchell, S. A. (2000a). Between philosophy and politics. En P. L. RudN.Y.tsky (Ed.), *Psychoanalytic conversations: Interviews with clinicians, commentators, and critics* (pp. 101-136). Hillsdale, N.J.: Analytic Press.
- Mitchell, S. A. (2000b). Juggling paradoxes [Commentary on the work of Jessica Benjamin]. *Studies of Gender and Sexuality*, 1, 251-269.
- Mitchell, S. A. (2000c). *Relationality: From attachment to intersubjectivity*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- Mitchell, S. A. (2000d). [Response to commentaries]. *Psychoanalytic Dialogues*, 10, 505-507.
- Mitchell, S. A. (2000e). [Response to Silverman (2000)]. *Psychoanalytic Psychology*, 17, 153-159.
- Mitchell, S. A. (2000f). You've got to suffer if you want to sing the blues: Psychoanalytic reflections on guilt and self-pity. *Psychoanalytic Dialogues*, 10, 713-733.
- Mitchell, S. A. (2001). No search or getting down to business? *Psychoanalytic Quarterly*, 70, 183-199.
- Mitchell, S. A. (2001). Psychoanalysis and the degradation of romance. En M. Dimen, y A. Harris (Eds.), *Storms in her head: Freud and the construction of hysteria* (pp. 203-222). New York, N.Y.: Other Press.
- Mitchell, S. A. (2001). The treatment of choice [Commentary on a paper by S. Fairfield]. *Psychoanalytic Dialogues*, 11, 283-291.

- Mitchell, S. A. (2002a). *Can love last? The fate of romance over time*. New York, N.Y.: W. W. Norton.
- Mitchell, S. A. (2002b). Fairbairn and the problem of agency. En F. Pereira, y D. E. Scharff (Eds.), *Fairbairn and relational theory* (pp. 212-230). London: Karnac Books.
- Mitchell, S. A. (2002c). The psychoanalytic treatment of homosexuality: Some technical consideration. *Studies of Gender and Sexuality*, 3, 23-59.
- Mitchell, S. A. (2002d). [Response to JAP's questionnaire]. *Journal of Analytical Psychology*, 47, 83-89.
- Mitchell, S. A. (2002e). The texture of fields [Commentary on the contributions of Louis Sander]. *Psychoanalytic Dialogues*, 12, 65-71.
- Mitchell, S. A. (2003). Commentary: Somebodies and nobodies. En J. D. Safran (Ed.), *Psychoanalysis and buddhism: An unfolding dialogue* (pp. 80-86). Boston, M.A.: Wisdom Publications.
- Mitchell, S. A. (2004). My psychoanalytic journey. *Psychoanalytic Inquiries*, 24, 531-541.
- Mitchell, S. A., y Aron, L. (Eds.) (1999). *Relational psychoanalysis: The emergence of a tradition*. Hillsdale, N.J.: The Analytic Press.
- Mitchell, S. A., y Black, M. (1995). *Freud and beyond: A history of modern psychoanalytic thought*. New York, N.Y.: Basic Books.
- Mitchell, S. A., y Black, M. (1998). Mitchell and Black fault a review. *Journal of the American Psychological Association*, 46, 991-995.
- Mitchell, S. A., y Harris, A. (in press). What's American about American psychoanalysis? *Psychoanalytic Dialogues*.
- Mitchell, S. A., Lehmann, S., y Cohen, B. (1978). Environmental adaptation of the mental patient. *American Journal of Community Psychology*, 6, 115-124.
- Mullahy, P. (1959). Una teoría de las relaciones interpersonales y la evolución de la personalidad. En H. S. Sullivan (Ed.), *Concepciones de la psiquiatría moderna* (pp. 237-289). Buenos Aires: Psique. (Versión original de 1940)
- Nagel, T. (1998). *Una visión de ningún lugar* (J. I. Gonzáles, Trad.). México City: Fondo de Cultura Económica.
- Nemirovsky, C. (2007). *Winnicott y Kohut. Nuevas perspectivas en psicoanálisis, psicoterapia y psiquiatría*. Buenos Aires: Grama.
- Nemirovsky, C. (2008). Encuadre, salud e interpretación. En A. Liberman y A. Abello, *Winnicott hoy. Su presencia en la clínica actual* (pp. 273-294). Madrid: Psimática.
- Nietzsche, F. (1973). El nacimiento de la tragedia. Madrid: Alianza. (Original work published 1872)
- Ogden, T. H. (1983). The concept of internal object relations. *International Journal of Psychoanalysis*, 6, 227-241.
- Ogden, T. H. (1986). *The matrix of the mind: Object relations and the psychoanalytic dialogue*. New York, N.Y.: Rowman y Littlefield Publishers.
- Ogden, T. H. (1989a). On the concept of an autistic-contiguous position. *International Journal of Psychoanalysis*, 70, 127-140.
- Ogden, T. H. (1989b). *The primitive edge of experience*. Northvale, N.J.: Aronson.
- Ogden, T. H. (1991). Some theoretical comments on personal isolation. *Psychoanalytic Dialogues*, 1, 377-390.
- Ogden, T. H. (1994). *Subjects of analysis*. London: Karnac Books.
- Ogden, T. H. (1997). Reverie and metaphor. *International Journal of Psycho-Analysis*, 78, 719-732.
- Ogden, T. H. (2004). Review essay: The fate of romance over time. *Psychoanalytic Dialogues*, 14, 373-379.
- Oppenheimer, A. (1998). *Heinz Kohut*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Orange, D. (1993). Chapter 18 countertransference, empathy, and the hermeneutical circle. *Progress in Self Psychology*, 9, 247-256.

- Orfanos, S. D. (2002). Relational psychoanalysis. En M. Hersen, W. H. Sledge, et al. (Eds.), *Encyclopedia of psychotherapy* (Vol. II, pp. 507-513). Atlanta, G.A.: Elsevier Science.
- Ornstein, P. H. (1998, October). *My current view of the psychoanalytic process*. Trabajo presentado en la 21st Annual Conference of the Psychology of the Self, Coronado, California.
- Orozco, D. S. (2000). El sujeto y el objeto de la contratransferencia. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 92, 137-158.
- Pantone, P. J. (2013). A sea change in psychoanalysis. *Contemporary Psychoanalysis*, 49(1), 3-7.
- Paz, R. (1994). Contratransferencia y clínica: Mesa redonde. *Revista de la Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados*, 20, 47-98.
- Racker, H. (1966). *Estudios sobre técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós. (Versión original de 1959)
- Racker, H. (1965). Carácter y destino, en *Psicoanálisis del espíritu* (2ª Ed.). Buenos Aires: Paidós. (Versión original de 1956)
- Reich, A. (1951). On countertransference. *International Journal of Psycho-Analysis*, 32, 25-31.
- Renik, O. (1993). Analytic interaction: Conceptualizing technique in light of the analyst's irreducible subjectivity. *Psychoanalytic Quarterly*, 62, 553-571.
- Renik, O. (1995). The ideal of the anonymous analyst and the problem of self-disclosure. *Psychoanalytic Quarterly*, 64, 466-495.
- Ricoeur, P. (1965). *De l'interprétation: Essai sur Freud*. Paris: Seuil.
- Romero, J. L. (1999). *Estudio de la mentalidad burguesa*. Buenos Aires: Alianza Bolsillo. (Versión original de 1987)
- Rorty, R. (1979). *Philosophy and the mirror of nature*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- Rorty, R. (1993). Centers of moral gravity [Commentary on the paper *The hermeneutic turn*, by Donald Spence]. *Psychoanalytic Dialogues*, 3(1), 21-28.
- Rorty, R. (2000). Pragmatism. *International Journal of Psycho-Analysis*, 81(4), 819-823.
- Sandler, J. (1976). Countertransference and role-responsiveness. *The International Review of Psycho-Analysis*, 3, 43-47. Obtenido de <http://www.pep-web.org/>
- Sandler, J., Dare, C., y Holder, A. (1973). *The patient and the analyst*. London: Karnac Books.
- Schafer, R. (1976). *A new language for psychoanalysis*. New Haven, C.T.: Yale University Press.
- Schafer, R. (1983). *The analytic attitude*. New York, N.Y.: Basic Books.
- Scharff, D. E., y Fairbairn Birtles, E. (Eds.) (1994). *From instinct to self: Selected papers of W.R.D. Fairbairn* (2.ª Ed.). Northvale, N.J.: Jason Aronson.
- Scharff, D. E., y Pereira, F. (2002). Introduction. En F. Pereira y D. E. Scharff (Eds.), *Fairbairn and Relational Theory* (pp. 1-10). London: Karnac Books.
- Schön, D. (1983). *The reflective practitioner*. New York, N.Y.: Basic Books.
- Schön, D. (1992). *La formación de profesionales reflexivos*. Barcelona: Paidós.
- Searles, H. F. (1959). Oedipal love in the counter transference. *International Journal of Psycho-Analysis*, 40, 180-190.
- Spence, D. P. (1982). *Narrative truth and historical truth. Meaning and interpretation in psychoanalysis*. New York, N.Y.: W. W. Norton.
- Spence, D. P. (1993). The hermeneutic turn: Soft science or loyal opposition? *Psychoanalytic Dialogues*, 3(1), 1-10.
- Spezzano, C. (1995). "Classical" versus "contemporary" theory: The differences that matter clinically. *Contemporary Psychoanalysis*, 31(1), 20-46.
- Spezzano, C. (1997). The emergence of an American middle school of psychoanalysis:

- Commentary on Karen Rosica's paper. *Psychoanalytic Dialogues*, 7, 603-618.
- Stern, D. B. (1992). Commentary on constructivism in clinical psychoanalysis. *Psychoanalytic Dialogues*, 2, 331-363.
- Stern, D. (1998). *The interpersonal world of the infant: A view from psychoanalysis and development*. New York, N.Y.: Basic Books. (Versión original de 1985)
- Stern, D. B. (2003). *Unformulated experience: From dissociation to imagination in psychoanalysis*. Hillsdale, N.J.: Analytic Press.
- Stern, D. (2004). *The present moment in psychotherapy and everyday life*. New York, N.Y.: W. W. Norton.
- Stern, D. B. (2005). Introduction. En E. A. Levenson, y D. B. Stern (Eds.), *The fallacy of understanding: The ambiguity of change* (pp. v-xvi). Hillsdale, NJ: Analytic Press.
- Stolorow, R. (1999). The phenomenology of trauma and the absolutisms of everyday life a personal journey. *Psychoanalytic Psychology*, 16(3), 464-468.
- Stolorow, R., y Atwood, G. (1992). *Contexts of being: The intersubjective foundations of psychological life*. Hillsdale, N.J.: The Analytic Press.
- Stolorow, R., y Atwood, G. (1997). Deconstructing the myth of the neutral analyst: An alternative from intersubjective systems theory. *Psychoanalytic Quarterly*, 66, 431-449.
- Stolorow, R. D., y Lachmann, F. (1980). *Psychoanalysis of developmental arrests: Theory and treatment*. New York, N.Y.: International Universities Press.
- Stone, L. (1961). *The psychoanalytic situation: An examination of its development and essential nature*. New York, N.Y.: International Universities Press.
- Strachey, J. (1934). The nature of the therapeutic action of psychoanalysis. *International Journal of Psycho-Analysis*, 15, 127-159.
- Sullivan, H. S. (1953). *The interpersonal theory of psychiatry*. New York, N.Y.: W. W. Norton.
- Sullivan, H. S. (1959). *Concepciones de la psiquiatría moderna*. Buenos Aires: Psique. (Versión original de 1940)
- Sullivan, H. S. (1968). The illusion of personal individuality. En H. Swick (Ed.), *The fusion of psychiatry and social science* (pp. 198-226). New York, N.Y.: Norton. (Versión original de 1950)
- Sutil, C. R. (2010). *Introducción a la obra de R.D. Fairbairn*. Madrid: Ágora Relacional.
- Sutil, C. R. (2013). Philip M. Bromberg: Trauma y disociación. En A. Ávila Espada (Ed.), *La tradición interpersonal: Perspectiva social y cultural en psicoanálisis* (pp.335-365). Madrid: Ágora Relacional.
- Tauber, E. S. (1988). Exploring the therapeutic use of countertransference data. En B. Wolstein (Ed.), *Essential papers on countertransference* (pp. 111-119). New York, N.Y.: New York University Press. (Versión original de 1952)
- Thöma, H., y Kächele, H. (1989). *Teoría y práctica del psicoanálisis*, Vol. I. (G. Bluhm-Jiménez y J. Pablo Jiménez de la Jara, Trans.). Barcelona: Herder.
- Thomä, H., y Kächele, H. (1990). *Teoría y práctica del psicoanálisis*, Vol. II. (G. Bluhm-Jiménez y J. Pablo Jiménez de la Jara, Trans.). Barcelona: Herder.
- Viñar, M. (2002). *Psicoanalizar hoy: Problemas de articulación teórico clínica*. Montevideo: Ediciones Trilce.
- Wachtel, P. L. (1982). Vicious circles: The self and the rhetoric of emerging and unfolding. *Contemporary Psychoanalysis*, 18, 259-274.
- Wachtel, P. L. (1986). From neutrality to personal revelation: Patterns of influence in the analytic relationship (a symposium): On the limits of therapeutic neutrality. *Contemporary Psychoanalysis*, 22, 60-70.
- Wachtel, P. L. (1993). *Therapeutic communication: Knowing what to say when*. New York, N.Y.: Guilford Press.
- Wachtel, P. L. (2008). *Relational theory and the practice of psychotherapy*. New York, N.Y.:

Guilford.

- Wallerstein, P. (1995). *The talking cures: The psychoanalyses and the psychotherapies*. New Haven, C.T.: Yale University Press.
- Whitebook, J. (2004). Hans Loewald. *International Journal of Psycho-Analysis*, 85, 97-115.
- Wildlöcher, D. (1986). *Métapsychologie du sens*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Winnicott, D. W. (1953). Transitional objects and transitional phenomenon: A study of the first not-me possession. *International Journal of Psycho-Analysis*, 34, 89-97.
- Winnicott, D. W. (1958). Metapsychological and clinical aspects of regression within the psycho-analytical set-up. En D. W. Winnicott (Ed.), *Through Paediatrics to Psychoanalysis*. Londres: Karnac. (Versión original de 1954)
- Winnicott, D. W. (1960). The theory of the infant-parent relationship. *International Journal of Psycho-Analysis*, 41, 585-595.
- Winnicott, D. W. (1971). *Playing and reality*. London: Routledge.
- Winnicott, D. W. (1989). *Psychoanalytic explorations*. Cambridge, M.A.: Harvard University Press. (Versión original de 1969)
- Winnicott, D. W., y Khan, M. R. (1953). *Psychoanalytic study of the personality*. London: Tavistock.
- Winograd, B. (2002). El psicoanálisis rioplatense. *Aperturas Psicoanalítica*, 12. Obtenido de <http://www.aperturas.org/>
- Wolf, E. (1976). Ambience and abstinence. *Annual of Psychoanalysis*, 4, 101-115.
- Wolf, E. S. (1983). Aspects of neutrality. *Psychoanalytic Inquiries*, 3, 675-689.
- Wolf, E. S. (1983a). Empathy and countertransference. En A. Goldberg (Ed.), *The future of psychoanalysis* (pp. 309-326). New York, N.Y.: International Universities Press.
- Wolf, E. S. (1993). Disruptions of the therapeutic relationship in psychoanalysis: A view from self psychology. *International Journal of Psycho-Analysis*, 74, 675-687.
- Wolf, E. S. (1979). Transferences and countertransferences in the analysis of disorders of the self. *Contemporary Psychoanalysis*, 15, 577-594.
- Wolf, E. (1988). *Treating the self*. New York, N.Y.: Guilford Press.
- Wolstein, B. (1988). *Essential papers on countertransference*. New York, N.Y.: New York University Press.
- Zetzel, E. R. (1956). Current concepts of transference. *International Journal of Psycho-Analysis*, 37, 369.
- Zukerfeld, R. (1990). Transferencia y sugestión. En E. Braier (Ed.), *Psicoanálisis: Tabúes en teoría de la técnica* (pp. 137-167) Buenos Aires: Nueva Visión.

7. Anexos

7a Principales hitos en la cronología de Stephen A. Mitchell

1946	Stephen A. Mitchell nace el 23 de julio de 1946, en Manhattan, en el seno de una familia de primera generación de americanos. Su padre, Stanley, era contador y su madre, Lillian, secretaria forense (procuradora).
1960-1964	Sus primeras lecturas de Freud las realiza en la adolescencia, en el <i>High School</i> , lo que en parte influenciará su orientación hacia la psicología.
1964	Realiza sus <i>undergraduate studies</i> en la Universidad de Yale
1967-1968	Realiza su <i>major</i> en <i>History, Art & Literature</i> , dedicando el segundo año del mismo a realizar un trabajo en filosofía política sobre " <i>The Man and the State</i> ". Se gradúa con un <i>Bachelor of Science degree</i> con la calificación de <i>summa cum laude</i> en 1968.
1968	Comienza su primer análisis personal con un analista freudiano contemporáneo, Richard Mulliken
1970	Conoce, realizando su <i>internship</i> (Residencia) en el <i>Columbia Psychiatric Institute</i> a quién será su segunda mujer, colega y madre de sus hijos, Margaret Black
1972	Presenta su tesis de doctorado con el tema: " <i>Social needs, environmental fit and re-hospitalization</i> " [<i>Necesidades sociales, sintonía ambiental y rehospitización</i>]
1978	Publica su primer trabajo: <i>Psychodynamics, homosexuality, and the question of pathology</i>
1980	Comienza su actividad docente en el programa de post-doctorado de la NYU, en la rama (<i>track</i>) interpersonal-humanista y el National Institute for the Psychoterapies, impartiendo el curso sobre tradición interpersonal y de las Relaciones de Objeto
1983	Publica, junto con Jay Greenberg, el libro: <i>Object relations Theories in Psychoanalysis</i> [<i>Las Relaciones de Objeto en la Teoría Psicoanalítica</i>].
1988	Publica su primer libro de autoría personal: <i>Relational Concepts in Psychoanalysis. An Integration</i> [<i>Conceptos relacionales en psicoanálisis: una integración</i>].
1989	Junto con Emmanuel Ghent, Bernard Friedland, Philip Bromberg y James Fosshage, abren una tercera vía de formación en la NYU: el " <i>Relational Track</i> ".
1991	Funda, junto con Lewis Aron, la revista <i>Psychoanalytic Dialogues: A Journal of Relational Perspectives</i>
1992	Dirige e inaugura, junto con Lewas Aron, la <i>Relational series books</i> en la editorial <i>Analytic Press</i>

1993	Publica <i>Hope and Dread in Psychoanalysis</i> [Esperanza y temor en psicoanálisis]
1995	Junto con Margaret Black, publica <i>Freud and Beyond</i> [Freud y más allá].
1997	Publica <i>Influence and Autonomy in Psychoanalysis</i> [Influencia y autonomía en psicoanálisis].
1999	Junto con Lewis Aron publican <i>Relational Psychoanalysis: The Emergence of a Tradition</i> [Psicoanálisis relacional: la emergencia de una tradición]
1999	Participa en el proceso de organización de la <i>Internacional Association for Relational Psychoanalysis and Psychotherapy</i> (IARPP).
2000	Publica <i>Relationality: From attachment to intersubjectivity</i> [Relacionalidad: del apego a la intersubjetividad]
2000	Muere el 21 de diciembre en New York.
2002	Se publica su libro: <i>Can Love Last? The Fate of Romance over Time</i> [¿Puede el amor durar? El destino del “romance” en nuestro tiempo]

7b Publicaciones de Stephen A. Mitchell

Artículos

- Mitchell, S. A. (1978). Psychodynamics, homosexuality, and the question of pathology. *Psychiatry: Journal for the Study of Interpersonal Processes*, 41, 254-263.
- Mitchell, S. A. (1979). Twilight of the idols: Change and preservation in the writings of Heinz Kohut. *Contemporary Psychoanalysis*, 15, 170-189.
- Mitchell, S. A. (1981a). Heinz Kohut's theory of narcissism. *American Journal of Psychoanalysis*, 41, 317-326.
- Mitchell, S. A. (1981b). Max Deutscher, Ph.D.: In memoriam—dedication. *Contemporary Psychoanalysis*, 17, 155-155.
- Mitchell, S. A. (1981c). The origin and nature of the “Object” in the theories of Klein and Fairbairn. *Contemporary Psychoanalysis*, 17, 374-398.
- Mitchell, S. A. (1981d). The psychoanalytic treatment of homosexuality: Some technical considerations. *International Review of Psycho-Analysis*, 8, 63-80.
- Mitchell, S. A. (1983a). [Discussion of the paper *Some implications of self psychology*, by H. Levine]. *Contemporary Psychoanalysis*, 19, 171-177.
- Mitchell, S. A. (1983b). [Reflections on the paper *Difficulties in the teaching of interpersonal psychoanalysis*]. *Contemporary Psychoanalysis*, 19, 133-140.
- Mitchell, S. A. (1984a). Object relations theories and the developmental tilt. *Contemporary Psychoanalysis*, 20, 473-499.
- Mitchell, S. A. (1984b). The problem of the will [Discussion of the paper *Sartre and psychoanalysis: What we can learn from a lovers' quarrel*, by J. F. Dyrud]. *Contemporary Psychoanalysis*, 20, 257-265.
- Mitchell, S. A. (1986a). Symposium. Interpersonal psychoanalysis: Its roots and its status. *Contemporary Psychoanalysis*, 22, 458-466.
- Mitchell, S. A. (1986b). The wings of Icarus: Illusion and the problem of narcissism. *Contemporary Psychoanalysis*, 22, 107-132.
- Mitchell, S. A. (1987). [Discussion of the paper *The interpersonal and the intrapsychic: Conflict or harmoN.Y.?* by M. F. Basch]. *Contemporary Psychoanalysis*, 23, 400-410.
- Mitchell, S. A. (1988). The intrapsychic and the interpersonal: Different theories, different domains, or historical artifacts? *Psychoanalytic Inquiries*, 8, 472-496.
- Mitchell, S. A. (1990a). Goldstein: An appreciation. *Contemporary Psychoanalysis*, 26, 616-620.

- Mitchell, S. A. (1990b). A relational view: How theory shapes technique. Commentary on clinical protocol by J. Fosshage. *Psychoanalytic Inquiries*, 10, 523-540.
- Mitchell, S. A. (1991a). Contemporary perspectives on self: Toward an integration. *Psychoanalytic Dialogues*, 1, 121-147.
- Mitchell, S. A. (1991b). Contemporary perspectives on self: Toward an integration—Response. *Psychoanalytic Dialogues*, 1, 173-180.
- Mitchell, S. A. (1991c). Discussion. The analytic stalemate: Clinical perspectives. *Contemporary Psychoanalysis*, 27, 518-527.
- Mitchell, S. A. (1991d). Editorial philosophy. *Psychoanalytic Dialogues*, 1, 1-7.
- Mitchell, S. A. (1991e). Wishes, needs, and interpersonal negotiations. *Psychoanalytic Inquiries*, 11, 147-170.
- Mitchell, S. A. (1992a). [Commentary on the paper *Defense analysis in self psychology: A Developmental view*, by J. Trop and R. Stolorow]. *Psychoanalytic Dialogues*, 2, 443-453.
- Mitchell, S. A. (1992b). Introduction to symposium: "What does the analyst know?" *Psychoanalytic Dialogues*, 2, 279-285.
- Mitchell, S. A. (1992c). [Response to the paper *Back to the future: The new psychoanalytic revisionism*, by E. Levenson]. *Contemporary Psychotherapy Review*, 7, 97-107.
- Mitchell, S. A. (1993a). Aggression and the endangered self. *Psychoanalytic Quarterly*, 62, 351-382.
- Mitchell, S. A. (1993b). Introduction [Commentary on the paper *Defense analysis in self psychology: A Developmental view*, by J. Trop and R. Stolorow]. *Psychoanalytic Dialogues*, 3, 623-625.
- Mitchell, S. A. (1993c). [Reply to the paper by Bachant and Richards]. *Psychoanalytic Dialogues*, 3, 461-480.
- Mitchell, S. A. (1994a). Recent developments in psychoanalytic theorizing. *Journal of Psychotherapy Integration*, 4, 93-103.
- Mitchell, S. A. (1994b). Something old, something new [Commentary of the paper *Needed relationships*, by S. Stern]. *Psychoanalytic Dialogues*, 4, 363-369.
- Mitchell, S. A. (1995a). Afterword: A view from the outside. *Psychoanalytic Dialogues*, 5, 431-434.
- Mitchell, S. A. (1995b). Follow-up questions. *Psychoanalytic Dialogues*, 5, 401-402.
- Mitchell, S. A. (1995c). Foreword. *Psychoanalytic Dialogues*, 5, 351-352.
- Mitchell, S. A. (1995d). Interaction in the Kleinian and interpersonal traditions. *Contemporary Psychoanalysis*, 31, 65-91.
- Mitchell, S. A. (1995e). [Review of the book *The legacy of Sandor Ferenczi*, by L. Aron, y A. Harris]. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 43, 228-231.

- Mitchell, S. A. (1995f). Contemporary structural psychoanalysis and relational psychoanalysis [Special section]. *Psychoanalytic Psychology*, 12, 575-582.
- Mitchell, S. A. (1996a). Constructions of gender and sexuality, sandcastles on the shore [A response to Mayer and Schwartz]. *Gender and Psychoanalysis*, 1, 261-269.
- Mitchell, S. A. (1996b). Editorial statement. *Psychoanalytic Dialogues*, 6, 1-3.
- Mitchell, S. A. (1996c). Gender and sexual orientation in the age of postmodernism: The plight of the perplexed clinician. *Gender and Psychoanalysis*, 1, 45-75.
- Mitchell, S. A. (1996d). Introduction: Symposium on the "False memory" controversy. *Psychoanalytic Dialogues*, 6, 151-153.
- Mitchell, S. A. (1996e). Living together alone or together [Commentary on the essay *Living alone together*, by T. Todorov]. *New Literary History*, 27, 35-41.
- Mitchell, S. A. (1996f). Merton Gill: In appreciation. *Contemporary Psychoanalysis*, 32, 177-182.
- Mitchell, S. A. (1996g). [Reply to Hainer and Weishaus]. *Psychoanalytic Dialogues*, 6, 737-740.
- Mitchell, S. A. (1997a). Psychoanalysis and the degradation of romance. *Psychoanalytic Dialogues*, 7, 23-41.
- Mitchell, S. A. (1997b). Two quibbles [Commentary on the paper by K. A. Frank]. *Psychoanalytic Dialogues*, 7, 319-322.
- Mitchell, S. A. (1998a). Aggression and the endangered self. *Psychoanalytic Inquiries*, 18, 21-30.
- Mitchell, S. A. (1998b). Aggression and the endangered self: Commentary on case. *Psychoanalytic Inquiries*, 18, 89-99.
- Mitchell, S. A. (1998c). Attachment theory and psychoanalytic tradition: Reflection on human rationality. *British Journal of Psychotherapy*, 15, 177-193.
- Mitchell, S. A. (1998d). From ghosts to ancestors: The psychoanalytic vision of Hans Loewald. *Psychoanalytic Dialogues*, 8, 825-855.
- Mitchell, S. A. (1998e). [Reply to commentary]. *Psychoanalytic Dialogues*, 8, 561-572.
- Mitchell, S. A. (1998f). The analyst's knowledge and authority. *Psychoanalytic Quarterly*, 67, 1-31.
- Mitchell, S. A. (1998g). The emergence of features of the analyst's life. *Psychoanalytic Dialogues*, 8, 187-194.
- Mitchell, S. A. (1999a). Are interpersonal and relational psychoanalysis the same?: Commentary. *Contemporary Psychoanalysis*, 35, 355-359.
- Mitchell, S. A. (1999b). Attachment theory and the psychoanalytic tradition: Reflections on human relationality. *Psychoanalytic Dialogues*, 9, 85-107.

- Mitchell, S. A. (1999c). Looking back looking forward. *Psychoanalytic Dialogues*, 9, 717-719.
- Mitchell, S. A. (1999d). Reply to Richards: The round robin. *Section I: Psychologist-Psychoanalyst Practitioners*, 10-14.
- Mitchell, S. A. (2000a). Juggling paradoxes [Commentary on the work of Jessica Benjamin]. *Studies of Gender and Sexuality*, 1, 251-269.
- Mitchell, S. A. (2000b). [Response to commentaries]. *Psychoanalytic Dialogues*, 10, 505-507.
- Mitchell, S. A. (2000c). [Response to Silverman (2000)]. *Psychoanalytic Psychology*, 17, 153-159.
- Mitchell, S. A. (2000d). You've got to suffer if you want to sing the blues: Psychoanalytic reflections on guilt and self-pity. *Psychoanalytic Dialogues*, 10, 713-733.
- Mitchell, S. A. (2001a). No search or getting down to business? *Psychoanalytic Quarterly*, 70, 183-199.
- Mitchell, S. A. (2001b). The treatment of choice [Commentary on a paper by S. Fairfield]. *Psychoanalytic Dialogues*, 11, 283-291.
- Mitchell, S. A. (2002a). The psychoanalytic treatment of homosexuality: Some technical consideration. *Studies of Gender and Sexuality*, 3, 23-59.
- Mitchell, S. A. (2002b). [Response to JAP's questionnaire]. *Journal of Analytical Psychology*, 47, 83-89.
- Mitchell, S. A. (2002c). The texture of fields [Commentary on the contributions of Louis Sander]. *Psychoanalytic Dialogues*, 12, 65-71.
- Mitchell, S. A. (2004). My psychoanalytic journey. *Psychoanalytic Inquiries*, 24, 531-541.
- Mitchell, S. A., y Black, M. (1998). Mitchell and Black fault a review. *Journal of the American Psychological Association*, 46, 991-995.
- Mitchell, S. A., y Harris, A. (in press). What's American about American psychoanalysis? *Psychoanalytic Dialogues*.
- Mitchell, S. A., Lehmann, S., y Cohen, B. (1978). Environmental adaptation of the mental patient. *American Journal of Community Psychology*, 6, 115-124.

Capítulo de libro

- Mitchell, S. A. (1986). Interpersonal psychoanalysis. En A. Wolf, y I. Kutash (Eds.), *Psychotherapist's casebook* (pp. 159-176). San Francisco: Jossey-Bass.
- Mitchell, S. A. (1992). True selves, false selves, and the ambiguity of authenticity. En N. J. Skolnick, y S. C. Warshaw (Eds.), *Relational perspectives in psychoanalysis* (pp. 1-20). Hillsdale, NJ: Analytic Press.

- Mitchell, S. A. (1994). The origin and nature of the "Object" in the theories of Klein and Fairbairn. En J. S. Grotstein, y D. B. Rinsley (Eds.), *Fairbairn and the origins of object relations* (pp. 66-87). New York, N.Y.: Guilford Press.
- Mitchell, S. A. (1996a). Afterword. En B. Gerson (Ed.), *The therapist as a person: Life crises, life choices, life experiences, and their effects on treatment* (Vol. 6, pp. 295-296). Hillsdale, NJ: Analytic Press.
- Mitchell, S. A. (1996b). When interpretations fail: A new look at the therapeutic action of psychoanalysis. En L. E. Lifson (Ed.), *Psychoanalytic Inquiry Book Series: Vol. 15. Understanding therapeutic action: Psychodynamic concepts of cure* (pp. 165-186). Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- Mitchell, S. A. (1999a). Foreword. En J. Bowlby (Ed.), *Attachment and loss: Separation, anxiety, and anger* (Vol. II, pp. vii-x). New York, N.Y.: Basic Books.
- Mitchell, S. A. (1999b). The wings of Icarus: Illusion and the problem of narcissism. En S. A. Mitchell, y L. Aron (Eds.), *Relational psychoanalysis: The emergence of a tradition*. Hillsdale, NJ: Analytic Press. (Versión original de 1986)
- Mitchell, S. A. (2000). Between philosophy and politics. En P. L. RudN.Y.tsky (Ed.), *Psychoanalytic conversations: Interviews with clinicians, commentators, and critics* (pp. 101-136). Hillsdale, NJ: Analytic Press.
- Mitchell, S. A. (2001). Psychoanalysis and the degradation of romance. En M. Dimen, y A. Harris (Eds.), *Storms in her head: Freud and the construction of hysteria* (pp. 203-222). New York, N.Y.: Other Press.
- Mitchell, S. A. (2002). Fairbairn and the problem of agency. En F. Pereira, y D. E. Scharff (Eds.), *Fairbairn and relational theory* (pp. 212-230). London: Karnac Books.
- Mitchell, S. A. (2003). Commentary: Somebodies and nobodies. En J. D. Safran (Ed.), *Psychoanalysis and Buddhism: An unfolding dialogue* (pp. 80-86). Boston, MA: Wisdom Publications.

Libros

- Mitchell, S. A. (1973). *Social needs, environmental fit and rehospitalization* (Unpublished doctoral dissertation). New York University Graduate School of Arts and Sciences, New York, N.Y.
- Mitchell, S. A. (1988). *Relational concepts in psychoanalysis: An integration*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Mitchell, S. A. (1993). *Hope and dread in psychoanalysis*. New York, N.Y.: Basic Books.
- Mitchell, S. A. (1997). *Influence and autonomy in psychoanalysis*. Hillsdale, NJ: Analytic Press.

Mitchell, S. A. (2000). *Relationality: From attachment to intersubjectivity*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.

Mitchell, S. A. (2002). *Can love last? The fate of romance over time*. New York, N.Y.: W. W. Norton.

Mitchell, S. A., y Aron, L. (Eds.) (1999). *Relational psychoanalysis: The emergence of a tradition*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.

Mitchell, S. A., y Black, M. (1995). *Freud and beyond: A history of modern psychoanalytic thought*. New York, N.Y.: Basic Books.

7c Trabajos sobre Stephen A. Mitchell

- Altman, N., y Davies, J. M. (2003). A plea for constructive dialogue. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 51S, 145-161.
- Aron, L. (1996). Chapter 2: Relational Theory and its Boundaries. One and Two Person Psychologies, en *A meeting of minds*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- Aron, L. (2005). On the unique contribution of the interpersonal approach to interaction. *Contemporary Psychoanalysis*, 41, 21-34.
- Aron, L., y Todorova, A. (2003). Publications of Mitchell, S. A., Ph.D. *Contemporary Psychoanalysis*, 39, 361-366.
- Berman, E. (2001). Stephen A. Mitchell (1946-2000). *International Journal of Psycho-Analysis*, 82, 1267-1272.
- Coderch, J. (2010). *La práctica de la psicoterapia relacional: El modelo interactivo en el campo del psicoanálisis*. Madrid: Ágora Relacional.
- Coderch, J. (2012). *Realidad, interacción y cambio psíquico: La práctica de la psicoterapia relacional II*. Madrid: Ágora Relacional.
- Greenberg, J. (2001). Stephen A. Mitchell: 1946-2000. *Contemp. Psychoanal.*, 37:189-191
- Liberman, A. (2007f). Stephen A. Mitchell: Un constructor de puentes. *Revista de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis*, 10, pp. 19-41.
- Liberman, A. (2009). Cuando la interpretación falla: Algunas reflexiones sobre el proceso analítico. *Clinica e Investigacion Relacional*, 3 (3), 593-600.
- Liberman, A. (2011). Cuando falla la interpretación: Una nueva mirada sobre la acción terapéutica. Presentación y comentario del trabajo de Stephen A. Mitchell. *Aperturas Psicoanalíticas*, 23. <http://www.aperturas.org/>
- Liberman, A. (2013). Stephen A. Mitchell. Del psicoanálisis interpersonal al psicoanálisis relacional: De idas y vueltas. En A. Ávila Espada (Ed.), *La tradición interpersonal: Perspectiva social y cultural en psicoanálisis* (pp. 367-421). Madrid: Ágora Relacional.
- Liberman, A. (2013 en prensa). Mitchell reading Fairbairn. En D. E. Scharff y G. S. Clarke (Eds.), *Fairbairn and the object-relations tradition*. London: Karnac.
- Ogden, T. H. (2004). Review essay: The fate of romance over time. *Psychoanalytic Dialogues*, 14, 373-379.

